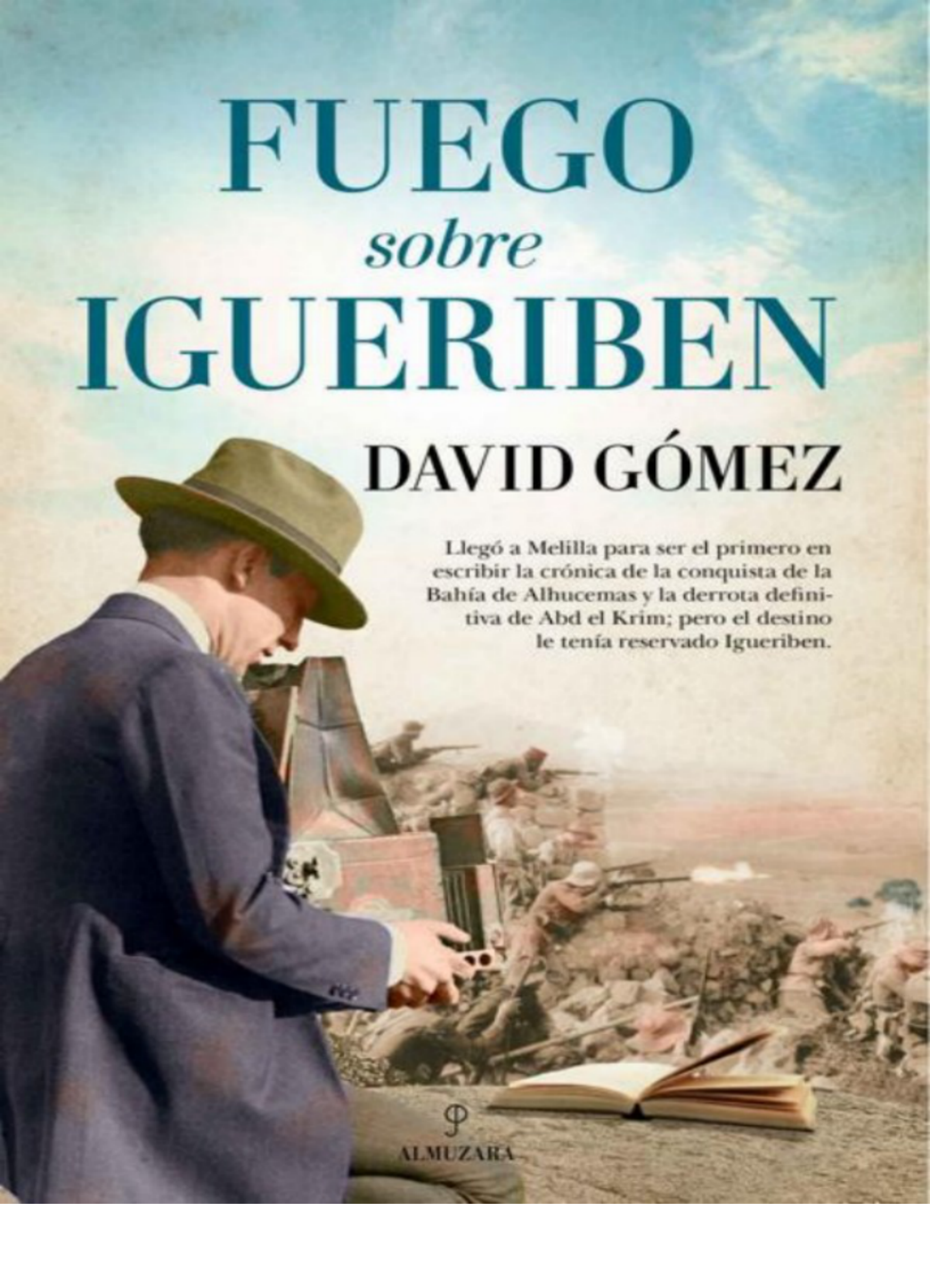

FUEGO
sobre
IGUERIBEN
DAVID GÓMEZ
Llegó a Melilla para ser el primero en escribir la crónica de la conquista de la Bahía de Alhucemas y la derrota definitiva de Abd el Krim; pero el destino le tenía reservado Igueriben.
ALMUZARA

David Gómez Domínguez

Fuego sobre Igueriben

Colección novela histórica
Editorial Almuzara
Director editorial: Antonio E. Cuesta López
Edición al cuidado de Rosa García Perea
Conversión a Epub: Rosa García Perea
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com — info@almuzaralibros.com
ISBN: 978-84-18578-91-5

A Isabel Belén.
A todos aquellos que dieron su vida por el que luchaba a su lado.

NOTA DEL AUTOR

Basándome en los hechos ocurridos en el campamento de Igueriben durante el mes de julio del año 1921, en los prolegómenos del llamado «Desastre de Annual» y con los naturales límites que la realidad de lo acontecido impone, me he tomado la licencia, de dar una visión de lo que pudo ocurrir en aquel reducto español y que solo aquellos que allí estuvieron, sufrieron y conocieron. Los personajes ficticios se mezclan con los reales en una argamasa que da como resultado esta historia.

Toda batalla, incluso la más desastrosa, revela los verdaderos héroes y hazañas sobre los que es obligado escribir.

David Ortenberg director de *Estrella Roja.* 1942.

I. ESPAÑA OS OBSERVA

1

Igueriben, madrugada del 20 de julio de 1921

«Me llamo Luis Codrán, y voy a morir en Igueriben».

Los dedos sucios con sangre seca en las uñas que sostenían el lápiz dejaron de bailar sobre la superficie amarillenta y rugosa de la hoja al tiempo que el joven lanzaba un vistazo a su alrededor.

—No hay esperanza —dijo con voz apagada.

La fría luz que arrojaba aquella luna llena situada en la bóveda celeste descubría un cuadro dantesco de muerte, desolación y tragedia. Las sombras fantasmales y deformes que se proyectaban hacían más tenebrosa aquella visión. En las alambradas exteriores que rodeaban el muro defensivo del campamento, los cuerpos inmóviles de los moros yacían junto a los de las mulas del último convoy. Antes, hombres y bestias tenían papeles diferentes por la gracia de Dios, pero ahora, para buitres, hormigas y gusanos formaban parte del mismo menú.

El silencio aterrador de la noche era profanado por los gritos de soldados que, sobresaltados, despertaban de sus pesadillas para regresar al oscuro presente, donde solo se escuchaban los lamentos contenidos de los heridos y el tiroteo intermitente pero continuo de los moros que en la seguridad de la negrura esperaban pacientemente a una presa desprevenida. El olor pútrido y nauseabundo, casi irrespirable de aquella atmósfera, era aspirado lastimosamente por los sitiados con respiraciones roncas y lúgubres.

Los sargentos Dávila, Daza y Chapino recorrían el parapeto de un lado a otro. Encorvados, como si del cuello les colgara una piedra, alertaban a los soldados y los animaban procurando levantar la moral y hacer olvidar la idea de la muerte y la sed.

—No os distraigáis. Estad atentos.

—No podrán con nosotros, ánimo.

—No erréis el tiro, aprovechad las municiones.

—Mañana terminará todo.

Quizás el amanecer de un nuevo día traería el fin de toda aquella agonía, pero ahora nada indicaba que hubiera un mañana para aquellos hombres.

Luis apoyaba la espalda en la muralla de sacos terreros que conformaba el perímetro defensivo, escribía sobre una caja vacía de municiones y escrutaba con la mirada el campamento y sus moradores; la tienda del comandante Benítez donde este se encontraba; el capitán De la Paz junto a su batería de cañones; los soldados acurrucados en posición fetal en el muro tiritando por la fiebre que causaba la sed o por miedo; las cajas vacías de municiones esparcidas por el suelo alfombrado de casquillos de proyectiles; los cuerpos de los mulos que yacían muertos; los cráteres de las explosiones; los cuerpos inertes de los caídos y la bandera hecha jirones que ondeaba lenta y ocasionalmente aprovechando alguna ráfaga de viento; esta era la fotografía que se impresionaba en sus ojos.

Su mano luchaba por conseguir una letra clara y legible en aquella hoja de papel donde escribía.

—¿La crónica del día *Plumilla*? —preguntó el sargento Dávila.

—La crónica sargento —dijo fatigado.

—Di que sí *Plumilla*, acuérdate de hablar de mí, quiero ver mi nombre en ese periódico tuyo y que Madrid entera me conozca.

—Claro… eso está hecho —respondió no muy convencido de ello.

—No dejes nunca de escribir chico…

—No lo haré sargento.

El sargento puso la mano sobre el hombro de Luis, le guiñó un ojo y dándole una suave bofetada le entregó un trozo de vela para que se alumbrara. Después se alejó por el parapeto perdiéndose entre las sombras. Luis agradeció aquel gesto. A pesar del riesgo que suponía encender cualquier luz, con la vela vería mejor para escribir la que tal vez fuera su última crónica.

Se acurrucó en el muro colocando unas cajas junto a él con el fin de limitar en lo posible cualquier resplandor que lo señalara, prendió el pabilo de esta y la tímida llama hizo bailar su sombra sobre la madera. La miraba con fijeza encantadora; la oscilación de la diminuta luz atraía la atención del periodista de manera poderosa. La cera derretida se deslizaba gota a gota hacia la base de la vela, que se consumía como la vida de los que allí estaban, lenta e inexorablemente. Con la imagen de la llama reflejándose en sus pupilas se imaginó en la estafeta de telégrafos de Melilla, sus compañeros de oficio se morían de envidia por las exclusivas que solo él había conseguido. Todos se arremolinaban a su alrededor felicitándole por su trabajo, empujándose entre ellos por estar más cerca de él y escuchar su magnífica aventura en Igueriben. Aquel pensamiento hizo que se dibujara una sonrisa patética en su rostro. Pero pronto volvió a la realidad.

El sonido provocado por el golpeo de las gotas de agua al caer en

la caja de municiones lo llevaron al presente y todo se inundó de un silencio tenso y angustioso.

Dejó de escribir sintiendo como se aceleraba su corazón al ver como la hoja se humedecía y la llama de la vela se apagaba por el impacto de las gotas de agua. Los soldados, casi con miedo, alzaron la vista al cielo y pudieron comprobar que la luna era cubierta por unas nubes oscuras. Solo podía significar una cosa. Lluvia.

—¡Está lloviendo! —gritó un soldado.

Eran solo unas tímidas gotas que sumadas a las oscuras nubes que aparecieron llenaban de esperanza y alegría a esos hombres. El comandante Benítez salió de su tienda y al ver que su cara se mojaba por aquellas gotas de lluvia suspiró aliviado, se sentía como un condenado a muerte que en el último instante es indultado. Se quitó las gafas y miró hacia el cielo cerrando los ojos.

—¡Vamos, tontos del culo! Agachad la cabeza y coged todo lo que pueda contener agua —ordenó el sargento Daza—. Te lo dije *Plumilla*, ya verás como salimos de esta —dijo riendo al pasar junto al periodista.

—¡Por Dios! ¿Qué haces? No te muevas que te vas a desangrar.

—¿Llueve, Luis? ¿Es verdad?

—Sí, no te muevas, no malgastes energías, voy a coger cubos para llenarlos de agua.

Luis dejó al herido apoyado en los sacos terreros con la promesa de que volvería pronto y todo saldría bien, pero la palidez de su rostro, las pronunciadas líneas de sus pómulos y los ojos apagados, hundidos en las cuencas oculares, le decían todo lo contrario, aunque no quisiera creerlo. Aquella cara comenzaba a mostrar las señales que precedían a la muerte.

Al igual que otros soldados corrió hacia su tienda nervioso, la cabeza no respondía, no sabía por dónde empezar, lo revolvía todo buscando cubos y latas, esa lluvia era la vida, la salvación, quizá no estuviera todo perdido. Lloviendo, los moros tal vez levantarían el cerco y toda aquella pesadilla terminaría. Cogió una cantimplora y un cacillo, eso bastaría por ahora hasta encontrar algo más grande pues el tiempo apremiaba.

Pero algo no iba bien, se dio cuenta de que las risas y los gritos de júbilo se apagaron, su corazón se paró por un instante y sintió una punzada en lo más hondo de su alma, se dirigió hacia el exterior andando muy despacio temeroso de lo que pudiera ver fuera. Al salir su miedo se hizo realidad, aquellas gotas de agua dejaron de caer y las nubes que las contenían se disiparon disipándose también la esperanza de aquellos hombres y su salvación. Allí, arrodillados, lamiendo las pocas gotas que cayeron sobre sus manos o sobre sus cacillos, tumbados semidesnudos en el suelo o de pie como el comandante

Benítez mirando desafiante al cielo; todos volvieron a la realidad de la manera más cruel que existe.

Una detonación hizo que Luis dejara caer la cantimplora que aún sostenía en su mano, los moros atacaban otra vez —pensó— mientras se agachaba en un movimiento instintivo. Buscó refugio cerca de la tienda esperando a que el tiroteo cesara, pero comprobó que nadie respondía al fuego; entonces vio al cabo Prada que se dirigía hacia la posición del periodista en el muro con paso resignado.

—No, no puede ser… —susurró atemorizado Luis.

Se repetía una y otra vez que no era posible, que no podía ser verdad. Pero conforme se acercaba al parapeto su miedo cobraba cuerpo materializándose. El cabo, arrodillado junto al cadáver de un soldado procedía como en tantas otras veces a recoger los efectos personales del desdichado. La sangre salpicaba los sacos de tierra que sostenían el inanimado cuerpo goteando al suelo.

—Ya no sufrirá más —pensó el joven al caer de rodillas junto a este tapando su rostro deformado y sanguinolento con una manta.

—¿Erais amigos? —preguntó el cabo.

Luis asintió. Seguía mirando aquel cuerpo con una mueca de dolor e incredulidad.

—¿Quieres guardarlos tú *Plumilla*? —preguntó al mostrarle lo encontrado.

—Sí —dijo mientras agarraba fuertemente el brazo inerte del soldado.

El cabo le dio una lata que contenía una medalla de la Virgen, la cartilla de identidad militar que tenía en el bolsillo y una carta cerrada sin dirección. Al cogerla, Luis apretó con su mano aquella lata que contenía todo lo que quedaba de una vida, lo que quedaba de una juventud que estaba siendo sacrificada sin ningún tipo de pudor.

—Ya sabe lo que es una guerra; dolor, muerte, oscuridad y odio.

Las palabras del comandante Benítez resonaron a su espalda.

—¿Qué dirán de él? —preguntó abatido.

—Lo que se dice siempre, que murió como un valiente dando la vida por la patria. Que fue un héroe…

—¿Hay héroes en la guerra? —dijo con sarcasmo volviéndose hacia Benítez.

—No… No lo sé —Benítez se arrodilló frente al joven sosteniéndole la mirada con aquellos ojos que manaban cansancio y entereza al mismo tiempo—. Pero hay amistad, generosidad, valor… Lealtad. Tú puedes hacer que su muerte no haya sido en vano —dijo con un ademán de ánimo.

En ese momento se inició un fuerte paqueo sobre la posición que hizo a Benítez dejar la conversación para dirigir la defensa, las balas volvían a silbar. Los moros gritaban a los españoles: «¡Paisa tú morir!

Rendir vosotros y beber agua». Volvía la pesadilla.

—¡Tus muertos, hijos de puta! —contestó Dávila al tiempo que disparaba con su máuser moviendo el cerrojo para alojar otro proyectil en la recámara—. Venid uno a uno y os meteré el machete por el culo —decía disparando y animando a la tropa a que hicieran lo mismo.

Dávila miró al comandante Benítez buscando su ayuda, su experiencia le decía que aquel instante era crucial. El moro no era ahora el enemigo, lo era la angustia, el miedo y la desesperanza.

—Disparad hijos míos! ¡Disparad, hijos míos! —ordenó Benítez—. Ánimo, no desmayéis.

—¡Viva España! —gritó el teniente Ovidio.

Los soldados contestan al unísono mientras continúan disparando con sus fusiles. Una vez más, aquellos soldados sedientos, heridos, febriles, medio muertos, se levantaron como cadáveres andantes para defender ese maldito trozo de roca amarillenta donde se encontraba su bandera. Saben que no pintan nada, que son carne de cañón, que están muertos, pero Benítez les había ordenado disparar y aún latían sus corazones.

—España entera os observa, no la defraudéis —dijo Ovidio.

Menuda mentira, pensó Luis al escucharlo. España... España dormía en su indolencia. Él sabía lo que se publicaba en los periódicos, leyó las noticias sobre la pérdida de Abarrán y el sitio de Sidi-Dris, lo que se publicó los días posteriores nada tenía de parecido con la realidad que conoció más tarde. ¿Por qué sería diferente esta vez con Igueriben? ¿Por qué España sabría de ellos en esta ocasión?

España estaba ciega, él mismo estaba ciego y fue necesario ir a Igueriben para entender, para ver. Era irónico y triste pensar que la guerra sea la auténtica escuela de la vida, la auténtica reveladora de la condición humana. Se prometió que, si salía de allí, si regresaba a Melilla, haría lo imposible porque España supiera la verdad, supiera quienes eran aquellos hombres, aquellos desgraciados, aquellos analfabetos que luchaban lejos de sus casas y daban su vida por una España que carecía de dignidad, honor, integridad y lealtad.

Nadie en España los miraba, nadie en España se acordaba de ellos. Nadie, excepto las madres de los que allí estaban.

—España os observa… España os observa… España os observa…

Repetía Luis en voz queda, absorto, como transportado a otro tiempo, a otro lugar, mientras miraba el cadáver de aquel soldado que no pudo soportar más sufrimiento.

II. EL PERIÓDICO

2

Madrid, 10 de junio de 1921

—Si hacemos lo mismo que ellos, estamos listos, ¿me entiendes? No podemos competir con periódicos como La Voz, ABC o El Heraldo que llevan más tiempo que nosotros en el negocio. Nuestro periódico es joven y debe ser diferente o no duraremos mucho. Debemos destacar.

Arturo Peral, director de *La Crónica de España,* fumaba nervioso. Ojeaba de manera compulsiva las páginas de los periódicos del día que estaban sobre su mesa, lo hacía de pie, de espaldas a un gran ventanal que iluminaba un despacho amplio, sin estantes en las paredes, pero con una gran mesa que prácticamente no dejaba espacio alguno.

—Las mismas noticias, ¡y así no conseguimos nada!

—Si son las mismas será porque no hay otras, Arturo —repuso Federico, jefe de redacción del periódico.

—No me jodas Federico, eso no te lo crees ni tú —dijo dejando de ojear el periódico al tiempo que se dirigía a la ventana dándole la espalda a su jefe de redacción—. Madrid es muy grande, España es muy grande, el mundo es muy grande como para que no podamos buscar una noticia de interés que otros periódicos no publiquen. Una maldita exclusiva ¡cojones!

Federico, sentado frente a la mesa del despacho se levantó y cogió los periódicos que estaban sobre la mesa, los manoseaba, repasaba cada noticia comprobando si lo dicho por Arturo se ajustaba a la verdad.

—¿Qué hay en África, Federico? —preguntó sin dejar de mirar por la ventana.

—¿A qué te refieres, eh? ¿Desiertos?

—No digas tonterías hombre —Arturo hizo una pausa—. No sabemos nada de lo que hay allí, no sabemos que pasa en Melilla, no sabemos que pasa en Ceuta, no sabemos que pasa en Tetuán, ¡no sabemos nada! Y allí hay sangre, y la sangre vende. Vamos siempre un paso por detrás, un día por detrás de otros periódicos y eso nos condena a morir. Tenemos que cambiar...

—Somos un periódico joven Arturo, tú mismo lo has dicho,

tenemos que ir paso a paso.

—Pero no lo entiendes *Fede*, por eso mismo deberíamos ir por delante, porque somos un periódico joven con jóvenes periodistas que deberían comerse el mundo con avaricia y decisión; tenemos que ser arrogantes y ambiciosos, la falta de medios deberíamos suplirla con ilusión y entusiasmo, debemos estar allí donde suceda la noticia, ser los primeros y no acudir una vez haya sucedido, eso sí acudimos… —se lamentó Peral.

—Y de dónde vamos a sacar el dinero para eso, de ilusión no se alimenta el hombre, mandar a una persona que se mueva por París, por Berlín o en Marruecos para que cuando suceda la noticia esté allí cuesta dinero, no lo olvides.

—¿Qué hay del nuevo? —interrumpió Arturo sin dejar de mirar por la ventana con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones—. El universitario.

Federico se quedó en silencio, pensativo, intentando buscar la respuesta adecuada.

—El nuevo… Bueno… Escribe bien… Estudia para abogado —comentaba mientras se rascaba la cabeza—. Él fue quién nos contó que su majestad había insinuado a Silvestre que sería una buena noticia para España llegar a la Bahía de Alhucemas el veinticinco de julio, coincidiendo con la festividad de Santiago Apóstol. Por lo visto su padre conoce a Silvestre de cuando estuvo en Cuba y se lo contó a su paso por Madrid, en esa ocasión sí fuimos los primeros en publicar la noticia —dijo Federico, no sin cierto orgullo.

—Ahí lo tienes Federico, él es nuestro hombre. Lo llevaremos a Melilla y estará allí cuando suceda la noticia, cuando lleguemos a Alhucemas. Y esta vez seremos los primeros.

—¿Quién? ¿Luis? ¿El universitario? ¿Te has vuelto loco?

—Ni mucho menos. Cómo dices que se llama, Luis ¿verdad?

—Sí, sí, Luis Codrán —aclaró temblándole la voz—. Pero está aquí de rebote, su padre conoce a Jiménez de Asúa que es catedrático de Derecho Penal en la universidad y me pidió el favor, como amigo, de meterlo en la redacción durante el verano, con el fin de mantenerlo ocupado, pero es un niñato que apenas tiene barba —dijo intentando quitarle la idea de la cabeza—. Además, él está en la sección de sociedad, lo colocamos ahí aprovechando que es de buena familia y que su vida se reduce a las tabernas, teatros, fiestas y saraos de Madrid. No irá a meterse en un pozo infecto lleno de garrapatas, piojos y pulgas para darte a ti una noticia. Búscate a otro porque este no irá.

El director de aquel joven periódico dejó de mirar por la ventana y se sentó en el sillón de su mesa, miraba fijamente a Federico.

—Te equivocas, irá, te lo aseguro. Es joven, de buena familia y con

dinero, eso significa arrogancia y ambición, si me apuras estoy casi seguro de que está deseando salir de su casa; si lo unes a la falta de visión del peligro y los sueños de aventuras que son innatos a la juventud, tendrás a tu primer reportero en Melilla.

—No me parece bien... Lo veo muy verde. Podría pasarle algo y quizá tengamos problemas...

—¡Tonterías! —dijo acercándose a Federico de manera siniestra, como si fuera el diablo tentando a Eva en el paraíso—. Federico, piénsalo bien, es perfecto, es conocido de Silvestre, con dinero, joven, y escribe bien, tú lo has dicho hace un rato. No tendremos que preocuparnos del alojamiento, su padre no dejará que vaya a cualquier lugar a dormir, costeará su hospedaje y alimentación. La idea de estar en primera fila con Silvestre el día de la toma de la Bahía de Alhucemas, con la posible presencia del rey, será el cebo para su ambición. Lo exótico de Melilla y las promesas de batallas fáciles de ganar que hacen todos los militares llenarán su mente de aventuras, peligros y experiencias que querrá vivir. Además, no tiene que pasar nada, solo son un grupo de desarrapados moros frente a un ejército moderno, no hay nada que temer, es que no lees los periódicos —dijo Arturo soltando una risotada y dando una palmada de satisfacción como quién encuentra la solución a todos sus problemas—. Llámalo, lo haremos bien, le ofreceremos la oportunidad de su vida y no podrá rechazarla, aceptará Federico, aceptará. *Andar y contar, en esto consiste nuestro oficio. Andar y contar.*

3

Luis tomaba su segundo café en la cafetería *Collao* que estaba cerca de la redacción y aún no había pasado por su casa. La noche se había alargado debido a la Fiesta del Sainete organizada por la Asociación de la Prensa y su cuerpo aún no había *destilado* todo el alcohol ingerido.

—¿Qué tal don Luis? —preguntó amable el camarero—. ¿Mejor?

—Regular, Paco, regular…—contestó con dificultad—. ¿Tienes los periódicos a mano?

—Por supuesto, como siempre, ahora mismo se los traigo.

Paco guardaba los periódicos del día, se los entregaba a Luis cuando llegaba y así podía leerlos sin estar esperando a que los dejaran otros clientes.

El joven, sentado al fondo de la cafetería evitando así la luz, con una camisa blanca desabrochada por el cuello, de cara redonda y facciones aniñadas, leía los periódicos con ojos rojos y cansados que pedían a gritos un descanso. Una mancha de carmín en el hoyuelo de

su barbilla indicaba que su risa contagiosa y una mirada tierna que invitaba casi a la adopción habían vuelto a tener éxito entre las invitadas a la fiesta.

No le hizo mucha gracia la idea de trabajar en un periódico durante el verano, pero tampoco su padre le dejo muchas opciones. No obstante, esto le dio la excusa perfecta para acudir a cualquier evento como a las carreras de caballos, los toros, estrenos teatrales y, por supuesto, a cualquier fiesta que se organizara.

—Estás aquí, por fin te encuentro —dijo jadeante Federico.

—Hola Federico, buenos días. ¿Quiere un café? Estaba revisando lo que dice la competencia...

—No gracias ya tengo el cuerpo animado. Vamos, el jefe quiere verte, tiene que proponerte algo, venga vamos.

—Pero es que no he dormido en toda la noche.

—Ya tendrás tiempo, y límpiate la barbilla… ¡A saber dónde has estado toda la noche!

—Pues para que sepa usted…

—No, no me lo digas, prefiero no saberlo —dijo Federico, y tirándole del brazo lo sacó del bar para ir apresuradamente al despacho del director de *La Crónica de España*.

4

Julia, la doncella de la casa que la familia Codrán tenía en el edificio Titanic del madrileño Paseo de Ronda, junto a la Glorieta Cuatro Caminos, casi cae atropellada por Luis al abrirle la puerta.

—Bue... ¡Pero señor!

—Perdona Julia, pero tengo mucha prisa, ¿dónde está mi madre? Y mi padre, ¿ha regresado ya? Por favor lleva a mi habitación todos estos paquetes.

—Su padre aún no ha llegado, pero su madre se encuentra en la cocina y no de muy buen humor —dijo mientras recogía las bolsas del suelo y meneaba la cabeza suspirando.

Efectivamente, la madre de Luis se encontraba en la cocina, y como de costumbre intentaba calmar los ánimos hablando con Fernanda, la cocinera, diciéndole como debía condimentar las comidas y la cantidad de sal que debía poner.

—¡Madre, madre! Buenas noticias, ¿cuándo llegará padre? —dijo Luis dándole un beso en la mejilla.

—¿Otra noche de duro trabajo en el periódico? —preguntó con sarcasmo la madre.

—Mejor aún, en la cena os lo cuento a los dos, ahora tengo que ir a mi habitación y organizar unas cosas —Luis dejó la cocina y corrió por

el pasillo de la vivienda hasta llegar a su habitación, donde Julia había dejado ya todos los paquetes y las bolsas con las que llegó a casa.

—Pero dime de qué se trata, no corras —protestó la madre que mirando a Fernanda no pudo más que decir: *«Me huelo lío de faldas»*.

Luis no tenía tiempo que perder; había que hacer la maleta y no sabía cómo iba a meter en tan poco espacio todo lo que había comprado; unos gemelos *Quillet*, una linterna, un salacot, varias cajetillas de cigarrillos, una máquina de escribir, la cámara de fotos *Kodak Pocket* que según el dependiente era la preferida de los soldados de la Gran Guerra, varias camisas y pantalones, botas, chaquetas y sus efectos de aseo personal.

Había comprado un billete de tren que lo llevaría a Málaga. El Expreso de Andalucía salía a las siete y veinte de la mañana. Había intentado coger el tren de la tarde, pero no tenía ya plazas libres. Llegaría a Málaga sobre las nueve de la mañana del día siguiente. Una vez en la ciudad andaluza embarcaría en un vapor hasta Melilla; de eso se encargaría Federico, que debía comprar el pasaje y entregárselo en la estación de Atocha antes de partir.

Todo se organizó rápido. Peral pensó que tal vez si le dieran tiempo para pensarlo, Luis no aceptaría o no lo permitirían sus padres. Y no se equivocaba.

Sobre las ocho de la tarde, el padre de Luis llegó a casa. Ignacio Codrán tenía la costumbre de ir al café Gijón a las tertulias, era su particular ejercicio de escape, su intento de arreglar el mundo y también una forma cómoda de conocer a gente y llevar a buen término algún que otro negocio.

Ignacio era de complexión fuerte, con manos prominentes, recias y ásperas que indicaban que no siempre vistió de traje ni se paseaba por los cafés. Pese a su aspecto imponente era un perfecto bonachón, ayudaba a ello su risa amable y mirada franca e indulgente, de ojos que habían visto demasiada miseria. Emigrante de América, de los llamados *indianos*, hizo dinero en Cuba y ahora se dedicaba a las inversiones urbanísticas e inmobiliarias. Pero no renegaba de sus orígenes humildes y duros, ni olvidaba que todo lo conseguido, todo lo que era, podría desaparecer y perderse en cualquier momento. Por eso le gustaba recordar en sus tertulias la historia de los generales romanos que llegaban victoriosos a Roma en grandes desfiles, y que cuando los vítores y alabanzas se hacían más fuertes, un esclavo mentor situado detrás de ellos le susurraba al oído una verdad fundamental. Que toda gloria es pasajera.

La cena transcurrió sin que Luis explicara por qué estaba tan nervioso, Marisa ya se había encargado de poner en antecedentes a Ignacio contándole sus sospechas. Y todos se lanzaban miradas

intrigantes mientras degustaban unas jugosas chuletitas de cordero lechal.

—El niño está enamorado —le dijo Marisa a su marido, cosa que no le hacía mucha gracia a su marido, pues pensaba que sería otra distracción para los estudios de Luis, aunque confiaba en que solo fuera un amor de verano.

Terminada la cena y ya en los postres, mirando fijamente a sus padres Luis se decidió a hablar.

—Me voy a Melilla padre, voy a ser el enviado especial del periódico que cubra la guerra, con la amistad que tienes con Silvestre seré el primer periodista en estar en la bahía de Alhucemas cuando la tomemos, incluso es posible que el mismo rey esté allí. Y yo estaré allí y lo entrevistaré. Venceremos a los moros y yo seré el primero en dar la noticia desde la mismísima bahía.

Luis no dejaba de hablar emocionado. Sus padres petrificados se miraban sin saber si realmente aquello estaba pasando o era una pesadilla.

—Te has vuelto loco —interrumpió Marisa malhumorada—. ¿Qué es eso de irse a Melilla? Es que no ves que allí hay una guerra y muere gente.

Luis se quedó mirando a su madre con los ojos azules que este había heredado de ella. Marisa le rogaba que olvidara aquella locura y pronto aparecieron las lágrimas al ver que su hijo no cedía pese a sus protestas. El padre, sereno, aguantando la mirada de su hijo y evitando la de su mujer, digería la noticia.

—Padre es perfecto, estaría con Silvestre, con una carta de recomendación tuya, podría estar cerca de él, estaría siempre alejado de las zonas más peligrosas; además, allí no hay una guerra de verdad, solo son escaramuzas y pequeños combates. Sería estupendo para mi futuro.

Ignacio vio en su hijo la misma mirada de ambición, determinación y arrogancia juvenil que tantas otras veces había visto en jóvenes que marcharon a los campos de batalla con la maleta llena de ideales, para no volver jamás.

—No voy a permitir que mi hijo se vaya a una guerra por las buenas después de evitar que hiciera el servicio militar —dijo furiosa Marisa mirando fijamente a Ignacio—. No lloraré una tumba vacía.

Luis no comprendía muy bien aquellas palabras y miró a su padre exigiendo una explicación; no lo entendía pues él fue declarado inútil para el servicio patrio por un médico. Pero el padre agachó la mirada eludiendo la respuesta y eso hizo sospechar al joven de que sus padres le ocultaban algo.

—Díselo —exigió Marisa mirando amenazante a su marido—. Díselo.

Al final, Ignacio se decidió a hablar bajo la atenta mirada de su hijo.

—Pagamos al médico con la intención de que te declarara inútil para el servicio, puso en tu ficha que padecías una enfermedad de la sangre —el hombre dio un trago a su vaso de coñac—. Eres nuestro único hijo, habíamos visto lo cruel que podía ser la guerra cuando el desastre del noventa y ocho y no queríamos que te vieras implicado en una.

—Entonces… ¿No tengo nada en la sangre? —dijo Luis que se sentía en cierto modo engañado y avergonzado.

—Nada, pero lo tendrás si vas —dijo Marisa.

A Fernanda, que se encontraba en el comedor con Julia, no le sentó nada bien escuchar la conversación, retiraba los platos de la mesa cuando escuchó toda la explicación y no pudo disimular un gesto de reproche al cruzar la mirada con el joven. Su hijo sí estaba en África, llevaba cerca de año y medio allí y lo que para algunos eran escaramuzas sin importancia y pequeños combates, a ella le sonaba a guerra en toda regla. Y mientras Marisa dormía plácidamente con su hijo a pocos metros, Fernanda se pasaba las noches en vela rezando o con pesadillas. Ellos no pudieron sobornar a alguien para que declarara inútil a su hijo, ella era cocinera y su marido un simple ayudante en un taller mecánico.

—Pero madre, no me va a pasar nada, no me moveré de Melilla, solo será este verano, serán unas vacaciones pagadas por el periódico.

—Te dije que lo del periódico era una mala idea Ignacio —recriminó Marisa a su marido que seguía callado mientras le daba otro trago al vaso de coñac—. Pero tú no querías oírme, nadie quiere oírme en esta casa.

—Bueno… Ya basta, tranquilicémonos —dijo en tono conciliador Ignacio—. A mí tampoco me gusta que vaya a Melilla, pero el chico ya es mayor y no puede estar toda la vida debajo de tu falda, si no se mueve de Melilla no tiene por qué ocurrir nada. Es una ciudad como otra cualquiera.

—Claro madre, ya verás, no me ocurrirá nada, de verdad, solo serán dos meses —dijo Luis acercándose a su madre.

Marisa se levantó de la mesa con evidente gesto de contrariedad, aguantándose las lágrimas.

—Haced lo que queráis… —dijo derrotada abandonando la estancia.

Tras unos segundos de silencio, Ignacio le dijo a su hijo que accedería si le prometía que no se alejaría de Melilla salvo para ir a Alhucemas una vez conquistada, aunque no estaba muy seguro de que su hijo lo cumpliera. No obstante, nada podía hacer ya por retenerlo. Para Luis aquel viaje significaba independencia, aventura, la

oportunidad de ir allí donde muchos no regresaban, donde iban los otros, los que no tenían dinero para pagar una invalidez, los que no sabían leer ni escribir. Ir donde ninguna madre quería ver a su hijo: Melilla.

5

Las cristaleras de la estación de Atocha aquel 11 de junio de 1921, pese a la temprana hora, dejaban pasar la luz permitiendo ver aquella magnífica construcción. Esa luminosidad hacía que Luis apreciara las caras de todos aquellos que fueron a despedirlo a la estación. Los gestos y miradas de temor, orgullo, alegría, satisfacción, tristeza y odio se mezclaban en el andén. Allí estaban Federico y Arturo que eran fulminados por la mirada de la madre de Luis.

—Pero ¿qué llevas ahí muchacho? —interrogó el director sorprendido al ver cuanto equipaje era introducido en el coche del tren—. El viaje será largo; un día en tren hasta Málaga, llegarás mañana sobre las nueve de la mañana, una vez allí tendrás que hacer tiempo hasta que embarques, no te despistes. El barco se llama Monte Toro y parte a las ocho de la tarde, con lo que llegarás a Melilla al día siguiente por la mañana temprano, allí te esperará Esteban Valenzuela que te llevará a tu hotel.

—Esteban es conocido mío —dijo Federico—. Él cuidará de ti, sabrá presentarte a la gente importante y al resto de colegas, trabaja en un periódico local y lleva ya algún tiempo en Melilla. Hazle caso y no te metas en líos.

—De acuerdo, no te preocupes hombre, todo irá bien.

—Otra cosa, si mandas artículos críticos con el gobierno o el ejército no mandes las cartas a la dirección del periódico, es posible que puedan extraviarse o que quieran corregirlas antes de publicarlas. ¿Entiendes?…

Luis sabía a qué se refería su amigo. La censura, aunque no de manera explícita, estaba presente en todo lo que estuviera relacionado con el Protectorado de Marruecos y las altas personalidades.

—Así lo haré, enviaré las cartas a la tía Federica —dijo riendo.

Luis se acercó a su madre para despedirse y aunque ella no quería montar un drama fue imposible contener las lágrimas cuando su hijo se abrazó a ella.

—No sufras madre, no me va a pasar nada, Federico ya me ha asignado niñera —decía para intentar calmar a su madre.

Después dio un fuerte apretón de manos a su padre el cual le hizo entrega de un paquetito. Luis lo cogió sorprendido y lo abrió con cierta ansiedad. Era un reloj de bolsillo plateado Omega, donde había

grabado las iniciales de su nombre y apellido. Su padre lo tenía reservado para cuando acabara la carrera, pero creyó conveniente entregárselo anticipadamente dadas las circunstancias.

—Ten cuidado Luis, recuerda que esto es temporal que es solo un trámite para tu futuro, no hagas ninguna tontería. Haz amistades, conoce a gente, invítales a beber en los bares y aprende de lo que te cuenten. Toma esta carta para el general Silvestre, entrégasela cuando lo veas, te ayudará. Él es hombre de honor, valiente y enérgico, creo que es la mejor elección para acabar con esta guerra en Melilla, además, tiene el favor del rey, así que es bueno que te acerques a él.

En aquellos momentos el revisor gritó dando el último aviso: quedaba poco tiempo para las despedidas.

—Adiós padre, tendré cuidado, descuida —se despidió abrazándolo —. Adiós, madre, léeme en el periódico —dijo mientras ella se secaba las lágrimas con un pañuelo y él le besaba en la mejilla.

—Luis muchacho, mucha suerte y mándame esas crónicas que hagan de ti el cronista de guerra más famoso de España y de mi periódico el más leído de todo Madrid.

—Las tendrá.

Luis entró en el coche, cuando llegó a su compartimento bajó la ventanilla para despedirse de sus amigos y padres. La locomotora iniciaba su marcha, las ruedas giraban sobre los raíles arrastrando los coches y vagones con un brusco movimiento de arranque. El maquinista hacía sonar el silbato anunciando la inminente salida de la estación. El tren empezó a moverse. Luis agitaba los brazos, les gritaba animando a sus padres, prometiéndoles que todo iría bien y que nada pasaría. Su padre lo miraba fijamente, levantando la mano en un ademán de saludo se despedía solemnemente mientras sostenía a su mujer que lloraba abrazada a él sin querer ver como partía el tren. El tren, a través de aquel camino de hierro, iniciaba el viaje que llevaría al joven periodista a la ciudad malacitana para allí subir a un barco rumbo a Melilla. Luis se sentó derrumbándose en el sillón del coche, las piernas le temblaban, resopló un par de veces intentando serenarse. Reía satisfecho mientras se aflojaba el nudo de la corbata convencido de que estaba ante su gran oportunidad, su billete a la popularidad.

Ya había oscurecido cuando el tren hizo una parada en la estación de Linares-Baeza para aprovisionamiento y subida de pasajeros. Luis dormía, los nervios del viaje y lo poco o nada que había descansado el día anterior lo dejaron exhausto. Después de comer al medio día en Alcázar de San Juan se tumbó en el sillón de su compartimento y solo despertó gracias a los gritos del revisor anunciando la inminente salida de la estación linarense para continuar el trayecto hasta Málaga.

Al ver la hora que era se aseó rápido y se dirigió a toda prisa al

coche *restaurant* rezando porque aún estuviera abierto y poder cenar. Pese a ser cerca de las once de la noche pudo encontrar una mesa. En ese momento, una pareja se levantaba dejándola libre y la cocina seguía preparando comidas. Se sentó satisfecho por la suerte que había tenido, encendió un cigarrillo y cogió la carta para leer el menú. Mientras ojeaba los platos, un oficial del ejército se acercó preguntando si podía sentarse con él pues no había sitio en las otras mesas.

—Perdón… —dijo el oficial—. ¿Le importaría compartir la mesa?

—¡Oh! claro, no faltaba más —respondió apagando rápidamente su cigarrillo en un pequeño cenicero de cristal y recomponiendo la mesa para el nuevo comensal—. Camarero por favor, otro cubierto —reclamó casi de inmediato.

—Teniente Juan Ochoa —dijo el oficial acercando su mano para estrechar la de Luis mientras se sentaba.

—Luis Codrán, encantado —correspondió el joven con una sonrisa —. Tenemos suerte de que la cocina aún tenga algo caliente que darnos.

—Eso parece —confirmó su acompañante.

—Disculpe, ¿es del Tercio de Extranjeros verdad?

—Así es, me dirijo a Algeciras para tomar un barco que me lleve a Ceuta donde está mi unidad.

—¿Y qué hace por aquí, si no le importa contestar?

—No, para nada, además creo que es lo mínimo que puedo hacer, ya que me ha permitido acompañarle en su mesa, ¿no cree? —dijo sonriendo.

Aquel oficial, del recientemente creado Tercio de Extranjeros, y Luis hicieron buenas migas en el transcurso de la velada. El camarero dormía como un niño acomodado en los asientos de una mesa situada a la entrada del coche mecido por el balanceo del tren, mientras los dos jóvenes pasaban la noche fumando, bebiendo, hablando y riendo en aquella mesa iluminada por una pequeña lámpara fijada sobre el chasis del coche comedor junto a la ventana.

El tiempo que quedaba de viaje hasta Málaga pasó rápido, algo que siempre ocurre cuando se está en buena compañía. Luis supo que aquel oficial había visitado a sus padres, naturales de Linares, en un permiso para anunciarles su ascenso a teniente. Procedía del Regimiento de Infantería Ceriñola nº 42, en el que ejercía como instructor de reclutas en Melilla. Pero hastiado de la vida en Melilla y deseando entrar en acción, en febrero se incorporó a la Quinta Compañía de la Segunda Bandera del Tercio, que actualmente se encontraba destinado en el Zoco de Arbaa.

Los casos de corrupción consentida y compartida entre miembros del ejército no era algo ajeno al teniente, pero comprobar que la

oficialidad participaba de ello, animando a quién no realizaba tales artes a iniciarse en ellas, colmó la capacidad de aguante de este oficial que consideraba que llevar el uniforme debía ser motivo más que suficiente para ser ejemplo de honradez y dignidad, no para presuponer una honorabilidad que en realidad no existía.

Luis pudo comprobar como el teniente era hombre culto y consumado lector, consideraba a la historia como prueba palpable de numerosos ejemplos en los que pueblos, a priori menos avanzados y con carencias tecnológicas y militares, habían dado lecciones a las supuestas potencias. Lecciones a base de sangre y vidas humanas. Las guerras Zulú, las Guerras Indias en Estados Unidos de América y, más reciente y próximo, el Desastre del Barranco del Lobo sufrido por el ejército español, lo afirmaban aún más en su idea de que la vanidad y la soberbia no eran buenos compañeros de viaje de un militar.

Al amanecer se despidieron en la estación de Bobadilla donde el teniente Ochoa cogía otro tren que lo llevaría hasta Algeciras. La despedida fue un «hasta la vista» prometiendo volver a verse en Melilla. Se había establecido en entre aquellos viajeros esa amistad que nace en los viajes largos entre gente joven y entusiasta. Luis prometió devolver al teniente su libro sobre la Gran Guerra Europea que este le prestó, a condición de que hablara del Tercio de Extranjeros en el periódico.

A primera hora de la mañana el tren llegó a Málaga, algo más tarde del horario previsto. El viaje, aunque largo y agotador, había merecido la pena pues ha conocido al teniente Ochoa y la charla mantenida con él le ha dado material para una crónica que mandar a Madrid. Ochoa le ha dado cierta visión de la situación del ejército en Melilla que no tenía.

El vapor *Monte Toro* partiría para Melilla en nueve horas, tiempo suficiente para poder comer algo, ordenar las notas que ha tomado para mandarlas a Madrid por correo y descansar del viaje.

El faro de la boca del puerto quedaba tras la silueta del barco atracado en el muelle con su chimenea humeante. A Luis le parecía algo imponente. En breve quitarían las escalas y plataformas de acceso al barco, sonarían las sirenas, se agitarían los pañuelos en señal de despedida y el vapor se haría a la mar. Se balancearía en su cubierta sintiendo el viento y las minúsculas gotas de agua de mar salpicando en su cara. Pasearía por la toldilla y, agarrado a su barandilla, vería acercarse el Cabo Tres Forcas que una vez doblado por el *Monte Toro* dejaría a la vista la plaza de Melilla. Al amanecer empezaría a distinguirse el contorno del monte Gurugú y la Plaza Vieja amurallada de la ciudad. Entonces, el vapor de la Compañía Transmediterránea enfilaría su rumbo hacia el puerto escoltado por los delfines que saltan una y otra vez delante de la quilla jugueteando con el barco, dejando

sus estelas en el mar, un mar que baña al deseado continente africano.

III. MELILLA

6

En la cubierta del Monte Toro Luis observaba el puerto de Melilla y las murallas de las fortificaciones de su Ciudad Vieja. Sentía escalofríos, no solo por el fresco de la mañana a pesar de ser verano, sino también por esa sensación de emoción frente a lo desconocido.

En el muelle, el confluir de los soldados que llegaban de la península en otros barcos, los pasajeros que desembarcaban, los familiares que se despedían o recibían a sus allegados, los grupos de niños que se arremolinaban junto a cualquier occidental pidiendo dinero y los pescadores, que con pasmo miraban su caña en el mar esperando a que los peces picaran el anzuelo, se mezclaba con los trabajadores que descargaban todo tipo de mercancías de los barcos allí atracados haciendo que aquella dársena fuera de lo más concurrida y caótica. El olor a sal, a humo de las chimeneas y a humanidad perfumaban de manera peculiar el ambiente.

Fijada la pasarela, los pasajeros comenzaron a descender por ella. Luis, que tuvo esforzarse para no caer al suelo al pisar tierra firme, pues su equilibrio no estaba muy fino después de doce horas de vaivén continuo, asentaba firmemente cada paso que daba y respiraba con dificultad por la boca. Nunca pensó que un puerto pudiera oler tan mal. Pese a todo, se sentía libre. Madrid quedaba atrás y la aventura comenzaba.

Se fijó en los soldados que esperaban a ser embarcados. «Demasiados soldados», pensó, algunos con las señales que el combate les había dejado. Observó a los heridos —que se encontraban en una zona del muelle habilitada para los militares—, listos para subir al barco hospital sonrientes y nerviosos. Junto a ellos, otros soldados sentados en el suelo con sus petates, con la mirada perdida, cansada; el uniforme raído, los rostros morenos por el sol del desierto, barbudos, castigados por el rigor del Rif. Las miradas de espanto de los nuevos reclutas que se cruzaban con estos chocaban con las de los veteranos. No parecía un moderno ejército colonial, concluyó Luis al ver la escena, más bien parecía una tropa compuesta de viejos y niños. Los pies casi descalzos —con las alpargatas rotas— contrastaban con los mocasines marrones del periodista que adquirió en la zapatería Castellanos de Madrid. Los soldados lo miraron con cierto desprecio al pasar junto a ellos. El salacot y la chaqueta color camel le daban el

aspecto de un explorador del África profunda, y al mirar sus pies Luis empezó a sentir vergüenza.

La sirena del vapor sacó a Luis de aquel trance. Se sentía incómodo y aceleró el paso para dejarlos atrás y huir de aquel lugar que empezaba a ser agobiante. Buscó a su alrededor por si el amigo de Federico estuviera allí esperándole. Un morito descalzo, con una chilaba amarillenta con los bajos desgarrados y sucios, con una especie de gorrillo en la cabeza se le acercó apresurado.

—*Paisa* ¿maletas? Yo coger, yo Hussein, yo coger.

—¿Cómo dices?

—Yo Hussein, ¿maletas?

—Vale… Pero ten cuidado con esas maletas y no les des golpes. Tengo que ir al Hotel Reina Victoria, ¿podrías llamar a un coche que me dejara allí?

—Si *paisa,* yo llevar Hotel, yo llevar Hotel —repetía el moro.

En aquel momento, Luis escuchó que alguien gritaba su nombre. Un hombre de estatura media y regordete, con sombrero modelo *canotier*, chaqueta colgada del brazo, tirantes y camisa abierta hasta el esternón, se secaba el sudor de su frente con un pañuelo y paseaba acelerado por el muelle gritando.

—¡Aquí! Yo soy Luis Codrán. Espera —ordenó al moro.

—¿Eres Luis Codrán? —preguntó aquel hombre extenuado y sudoroso—. Me llamo Esteban, me telegrafió Federico, siento no haber llegado antes, pero tenía que mandar un telegrama, con el tiempo verás que aquí los milagros y la eficiencia en los telegramas son la misma cosa...

—Me alegro de conocerle Esteban —dijo Luis estrechando su mano con sonrisa afectuosa y aliviado por salir de allí.

—Qué tal el viaje en barco, ¿bien? Yo odio el barco con tanto meneo. Tú, síguenos, —señaló al moro—. Fuera tengo un coche y nos llevará a tu hotel. Déjame que te ayude con eso, veo que te has traído tu propia máquina de escribir —dijo sorprendido—. Eso está bien. Por cierto, quítate eso que tienes en la cabeza, que no estas estás de safari, aquí lo mejor es un sombrero ligero, como el mío, para que respiren los sesos. Hazme caso chico. Venga vamos, hay que ir al hotel, después tomaremos algo en el café. Te presentaré a los colegas de profesión y esta noche nos iremos al casino, para que conozcas la verdadera Melilla.

—Lo que usted diga —concedió—. Se les ve felices —dijo Luis haciendo ademán hacia los soldados que esperaban embarcar.

—Sobre todo los que tienen heridas en la mano o pie izquierdo; se disparan ellos mismos para apartarse del frente; se disparan, o se follan a todo lo que se mueva para coger cualquier enfermedad. Y no me llames de usted que no soy tu abuelo chico, aquí todo el mundo

me conoce por *Boris*.

—¿*Boris*? ¿Y eso? —preguntó curioso Codrán.

—Aquí hay mucho cabronazo suelto y a mí me gusta demasiado el vodka, pero no te preocupes que ya te buscaremos a ti un mote, no sufras por eso —Esteban se paró en seco—. ¡Vaya! Mira tú por donde no va a quedar vacía esta visita al puerto.

Aquel hombre se recompuso, se secó el sudor, se abotonó la camisa y se puso la chaqueta.

—Mira, aquél es el general Felipe Navarro y parece que se va de Melilla. Ven sígueme.

Esteban agarró del brazo a Luis y con paso acelerado se acercó al general.

—Buenos días, mi general, ¿Se va de Melilla? —preguntó casi al asalto por sorpresa.

—Buenos días, *Boris* —correspondió el general que se giró con cierto desdén al oírlo—. Pues sí, me voy a la Península. Tengo asuntos personales que atender.

—¿Alguna petición del general Silvestre o del Alto Comisario para nuestro estimado ministro de Guerra? —preguntó con sorna.

—Déjese de ironías, aquí la situación está calmada y Silvestre lo tiene todo controlado, y eso es lo único que voy a decirle.

—Al menos me dirá cuánto tiempo espera estar fuera de Melilla.

—Dos semanas. Estaré en Madrid, disfrutaré de la familia y de una buena corrida de toros.

—Esperemos que los diestros corten buenas orejas —dijo irónico *Boris*—. General, le presento a un nuevo colega, se llama Luis Codrán, es cronista de un periódico de Madrid, empieza a aumentar el número de periodistas para hablar de la guerra, ¿qué piensa de eso?

—Me parece estupendo —dijo de manera seca—. Cuantos más periodistas vengáis más españoles sabrán lo que sus camaradas hacen en esta tierra por defender los intereses de España.

—A propósito, ¿por qué hay tantos soldados en el puerto? —interrumpió intrigado Luis.

—Es cierto —confirmó Esteban echando un vistazo al muelle del puerto—. Viene mucho *borrego* en barco.

—No tiene nada de extraño, hay quién ya ha terminado su compromiso con la patria y el general Silvestre ha concedido licencia a los soldados de la quinta del dieciocho y diecinueve.

—Pero... ¿Al licenciarlos no es perder a muchos soldados con experiencia? —expuso Luis.

—Amigo mío, no debe preocuparse, los soldados que vienen tienen una gran instrucción y capacidad, además, en estos momentos no hay nada que temer, el general Silvestre sabe lo que hace. Señores, les dejo, mi barco sale, encantado de conocerle señor Codrán ya nos

veremos a mi vuelta.

—Lo mismo digo. Buen viaje general Navarro.

—General algo que decir del último oficial que se ha suicidado por deudas de dinero —insistió Esteban.

—Como he dicho tengo que marcharme, adiós, *Boris*.

Navarro hizo un gesto de despedida y se encaminó hacia la pasarela del Vicente de Roda, junto a esta, le esperaba otro militar al que tras el saludo castrense dio un abrazo de despedida.

—¿Quién es aquél?

—Ese es el coronel Morales, jefe de la policía indígena, lleva aquí más tiempo que los moros, ya lo conocerás. ¡Ea! Vámonos ya, hay que ir al hotel y enseñarte donde queda la oficina de telégrafos para que puedas despachar tus crónicas.

—Las maletas —ordenó Codrán al niño.

—Por cierto, chico, bienvenido a Melilla —dijo Esteban con una sonrisa complaciente mientras le guiñaba un ojo.

El pequeño Hussein cogió un par de maletas con dificultad intentando que no se cayeran, caminaba tras los dos periodistas que abandonaban el muelle entre la gente que lo abarrotaba. Luis observó el barco, mientras caminaba siguiendo a Esteban, miraba hacia los soldados, hacia el mar; atrás quedaba España, atrás quedaba una vida. Ahora podía ser otro, o ser él mismo, ahora estaba en Melilla.

CRÓNICAS DESDE MELILLA

La inmortal Melilla

Melilla, 14 de junio. Situaré al lector, cerca del hotel donde me alojo, en la confluencia de la calle O'Donnell y la Avenida Alfonso XIII, verdadera arteria de la ciudad y a pocos metros de la Plaza de España, tengo el perfecto observatorio de la ciudad. Un kiosco, de nombre La Peña, tiene unos toldos que dan sombra a las mesas dispuestas a su alrededor en la pequeña placita donde se asienta, aquí se reúnen mis colegas de profesión, tomamos el famoso té moruno u otro refrigerio mientras comentamos las incidencias del día y alguna que otra indiscreción. Ya he sido adoptado por ellos, al ser el más joven me han acogido con cierto espíritu materno y así como el discípulo sigue al maestro, yo les sigo a todas partes. Además de nuestros colegas enviados desde la península por otros periódicos, hay periodistas de otros países: de Alemania Franz Luttenberger del Berliner Illustrierte;, de Francia Jean Arnaud Charron del Le Figaro y de Italia Máximo Bortoli de La Stampa, con el que he podido entablar una cordial amistad fruto quizá, de ese fondo latino que tenemos españoles e italianos. La presencia de estos corresponsales deja fuera de toda duda la importancia que tiene estar aquí informando.

Melilla, la antigua Rusadir fenicia, crece con esfuerzo bajo la

sombra del monte Gurugú de infausto recuerdo para España, pues fue allí donde el general Pintos perdió la vida con sus leales en la batalla del Barranco del Lobo. Bañada por el eterno Mare Nostrum esta hermosa ciudad trae hoy en barcos de vapor, atraídos por la promesa de una nueva vida, a los europeos como antaño trajo en barcos de madera y velas impulsadas por el viento a fenicios, cartagineses y romanos.

Arrebatada a los moros a finales del siglo XV por Pedro de Estopiñan, Melilla es hoy una ciudad próspera y cosmopolita, donde miles de colonos en busca de fortuna en las minas, el comercio o la construcción, conviven con militares y la población indígena. El trazado urbano crece constantemente mordiéndole terreno al desierto, nuevos barrios nacen, las carreteras surgen de la nada y la civilización avanza inexorable de la mano de España. Los domingos las bandas de los regimientos deleitan a los ciudadanos con su música para después disfrutar de los numerosos espectáculos que se ofrecen en los teatros como el Kursaal o el Alfonso XIII, y al llegar la noche, las tabernas, cafés y casinos sirven de cobijo a los más noctámbulos, de marcado aspecto internacional, pero con bastantes chilabas.

Los muelles del puerto se abarrotan de soldados que llegan de la Península para cumplir con la patria y con su rey.

Nuestro ejército abre camino al comercio y a la industria, es ahora cuando España, al igual que hizo antes con el Nuevo Mundo, sustentará y acometerá las más altas empresas en todo el Protectorado en pos del desarrollo.

Cuarenta mil almas viven en Melilla, moros, judíos y cristianos luchan día a día por ver cumplidos sus sueños. Cuarenta mil almas elevan su rezo cada día en Melilla a su dios, en esta tierra de fortuna y gloria.

7

Luis bajó a la recepción del hotel. Habían pasado cuatro días desde que desembarcó en Melilla y no había tenido aún la oportunidad de ir a la Comandancia General y conocer al general Silvestre, pero hoy iba a remediarlo. Había quedado con Esteban a las once y media para acompañarle. Debía entregar la carta de recomendación de su padre e intentar obtener alguna entrevista. Mientras lo esperaba, ojeaba el *Telegrama del Rif,* periódico local donde trabajaba su nuevo amigo, cuando un mozo del hotel le entregó un telegrama.

—Es para usted sr. Codrán, de Madrid.

—Ah, gracias, gracias.

Luis abrió el telegrama, la ansiedad que se reflejaba en su cara fue tornándose en extrañeza y finalmente en decepción al terminar de leerlo.

«No estás allí de turismo, empieza a mandar crónicas con garra y sangre o vuelve».

Firmado: Arturo Peral.

—¿Cómo estás novato? —preguntó Esteban que llegó en ese momento golpeando suavemente la espalda de Luis.

—Por lo visto estoy de turismo —respondió acercándole el telegrama.

Esteban lo leyó y al terminarlo miró a su pupilo riendo a carcajadas.

—No le veo la gracia —protestó Luis.

—No te enfades novato —dijo en tono conciliador para calmarle—. Esto nos ha pasado a todos. Todo el mundo habla de Melilla en sus primeras crónicas. Anda, vamos a la Comandancia General a ver que nos pueden decir allí, intentaremos ver a tu amigo Silvestre y por el camino te diré un par de trucos del oficio.

Mientras caminaban por el parque Hernández y subían la cuestecilla que desembocaba en la calle del edificio donde el general Silvestre tenía su oficina, Luis fue instruido por Esteban, un veterano del oficio que empezaba a tener cierto afecto por el joven. El *Niño,* apelativo con el que lo había bautizado, escuchaba atentamente como quién escucha a un maestro.

—Este oficio es difícil *Niño*, sucio en ocasiones y lleno de canallas, pero… En cambio te permite una cosa que no todo hijo de vecino puede hacer; influir sobre miles de personas, atemorizar a los políticos y poderosos, pero, sobre todo, contar al mundo lo que pasa a tu alrededor, lo que ves, la realizad que te rodea.

—Como todos…

—No, no como todos. Hay periodistas que solo escriben lo que les dictan. Y otros inventan sus realidades. Un periodista debe crear inquietudes y no doblegarse al «parte oficial», buscar en el fango aquello que no quieren que salga a la luz.

—Pero ¿cómo? Los partes oficiales…

—Hazme caso, lo que nos digan en la Comandancia General seguro que está rebajado, así que tú tendrás que investigar para que se sepa la realidad.

—¿Investigar?

—Observa, escucha, aprende, analiza, conoce y critica. Estás al servicio del ciudadano no del que manda, no del político, ni siquiera al servicio de tu director; tu jefe es tu lector. Puedes… Decir que tienes una fuente no oficial, eso da sensación de secretismo, los rumores corren rápido y la gente presta más atención a una noticia

que no está confirmada que a una confirmada por todos. Debes pelear no solo contra otros periódicos sino contra tus propios compañeros, debes quitarles su espacio, debes ser la primera plana de tu periódico. Que te lean un lunes y aún se comente tu noticia el viernes. Los lectores deben ver una fotografía al leerte, sentir en sus propias carnes lo que les trasmites. Manda crónicas movidas, de acción, cifras de muertos y heridos en las acciones militares, detalles escabrosos y algún héroe accidental. El morbo engancha y las historias de héroes animan el espíritu.

—Pero… —Luis intentaba en vano pausar aquella instructiva lección para preguntar, pero *Boris* siempre lo callaba con otra lección.

—Debes ser lo bastante sutil para que el censor de turno no descuartice tu noticia, y sencillo para que el ciudadano de a pie sepa lo que le estás diciendo.

—No parece complicado —dijo Luis con una sonrisa irónica.

—La información es poder, búscate un confidente ya sea moro, cristiano o judío, que te pase buenas noticias del frente o de la plaza. Incluso las putas pueden ayudarte, se acuestan con todos los oficiales y soldados de aquí y créeme, no hay nada como un par de tetas para querer hacerse el importante y valiente soldadito español contando batallitas.

—¿Una puta?

—Sí coño, ¡una puta! Deberás recorrerte cualquier prostíbulo, casino o taberna de Melilla. Visita el hospital de vez en cuando, los heridos también son buenos informadores, todos quieren ser héroes y famosos, ni te imaginas de lo que son capaces algunos por un poco de tinta. No acudas al director del hotel, acude al botones; no preguntes al cocinero, pregunta al camarero; no invites al general, invita al centinela. ¿Entiendes?…

Luis y Esteban se pararon frente a la puerta de la Comandancia General donde dos soldados hacían guardia. Esteban tomaba aire y se secaba el sudor del esfuerzo que le supuso la cuesta.

—Escucha *Niño*, el mundo es cada vez más pequeño, lo que pasa ahora en New York lo sabremos por la tarde y por la noche las rotativas de los periódicos lo sacarán impreso en papel para que mañana, lo sepa todo hijo de vecino… Pronto sabremos lo que pasa al instante, pero siempre debes tener en cuenta una cosa; debes transmitir conocimiento, no te quedes en el simple hecho de informar.

—Y cómo se supone que se hace eso. Si informo estoy transmitiendo conocimiento.

—Eso es un error, nunca olvides las cinco preguntas clave; quién, qué, cuándo, dónde y, por encima de todas ellas, por qué. Ahí está la diferencia entre informar y conocer. En Madrid no quieren saber nada de Melilla, nos toca a nosotros darles conocimiento, contar lo que

pasa, lo que en realidad sucede y por qué ha sucedido. Si quieres hablar de viajes o de lo bonita que es Melilla, de las puestas de sol y los espléndidos amaneceres, vete a *Nuevo Mundo,* pero si quieres quedarte aquí, y hacerte un buen periodista, haz lo que te he dicho.

Luis asintió con la cabeza sonriendo dispuesto a seguir sus consejos.

—Pues hala *«pa»* dentro —dijo Esteban dándole una palmadita en la espalda.

Entraron decididos en aquel edificio. Iban en busca de noticias, de algún informe del frente que pudieran adecuar al público de Madrid. Hablarían con cualquier soldado u oficial que quisiera soltar la lengua mientras tomaban alguna copita por cuenta de la prensa. Y, sobre todo, iban en busca de Silvestre.

CRÓNICAS DESDE MELILLA

Combatientes y centinelas

Melilla, diecisiete de junio. En mi última visita a la Comandancia General, el general Silvestre ha tenido a bien concederme una interviú el próximo sábado día 25 del presente mes. Será la primera entrevista que conceda desde que regresó de la península para dirigir los últimos combates que se sostienen en la zona del río Amekran, cercana al campamento de Annual.

Según informes facilitados desde la Comandancia de Melilla, en las primeras horas del día dieciséis del presente mes, se produjo un cruento ataque a las tropas españolas por parte de la harka enemiga cuando nuestros soldados iniciaban los habituales servicios del campamento, entre ellos, el de la necesaria aguada a los puestos más avanzados y de mayor riesgo. Los informes de los confidentes alertaban de un gran número de moros hostiles concentrados en las alturas fronterizas al campamento de Annual, el comandante Villar al mando de la Policía Indígena, cumpliendo órdenes y sin dudarlo un instante, se dirigió hacia dichas alturas sin hacer caso de las advertencias dadas ni adoptando las debidas precauciones. Pronto se vio envuelto en un fuego cruzado que causó numerosas bajas entre su tropa. Estaba claro que no se encontraban ante una escaramuza de los cabileños sino ante un combate en toda regla por lo numeroso del enemigo. Entonces, la artillería descarga su mortífera lluvia sobre la llamada Loma de los Árboles, donde se encuentra el grueso del enemigo con la intención de que abandonen sus reductos defensivos, y así pueda avanzar la columna española para tomar dicha loma. Al medio día el combate decrece en intensidad, las tropas de ambos bandos parecen estancadas, la harka pese a ser mermada no se rinde y los españoles, pese a su esfuerzo y pundonor, no consiguen su objetivo. Desde la cercana posición de Buimeyan se mandaron tropas de refuerzo en un último intento por restablecer el statu quo inicial y

desalojar al enemigo de la loma con la ayuda de la artillería, que reanudaba el fuego haciéndose intensísimo por momentos.

No cambiando el signo de la batalla, desde Annual se mandaron tropas de regulares de refuerzo al mando del teniente coronel Núñez del Prado para evitar la catástrofe. Finalmente, sobre las diecisiete horas, tras más de diez horas de combates y sin posibilidad alguna de tomar las posiciones enemigas, donde los moros se encontraban atrincherados, se ordenó la retirada hacia Annual. El teniente medico Vázquez Bernabéu de la Policía Indígena, según noticias particulares acordes con los partes facilitados por la Comandancia, se ha destacado en el combate. Haciendo honor a su juramento, despreció su vida en incontables ocasiones atendiendo heroicamente a los heridos caídos en el campo de batalla, no dejando a nadie atrás en la retirada.

Se desconoce el número de bajas, aunque a la espera del parte oficial, se supone que son numerosas a juzgar por lo duro del combate y la duración de este, sobrepasando el medio centenar entre muertos y heridos. Esto prueba que cada palmo de tierra conquistado se hace con gran sacrificio y sangre derramada.

Se espera que el ejército español realice una acción de castigo por la agresión sufrida, seguiremos atentos a próximos episodios de la guerra en Marruecos de los que serán puntualmente informados en nuestro periódico.

8

—¿Da usted su permiso? —dijo tímidamente Luis con la puerta entreabierta después de golpear en ella con los nudillos un par de veces.

—Adelante, adelante. Te estaba esperando, toma asiento por favor.

—Gracias general, quisiera agradecerle que haya tenido la amabilidad de recibirme a pesar de estar tan ocupado.

—Nada, nada, es lo menos que podía hacer por el hijo de un viejo amigo. Dime, ¿qué tal se encuentra tu padre? —preguntó afable Silvestre.

—Bien, le manda saludos.

El militar se acercó a su mesa y sacó de un cajón la carta de recomendación que Luis le entregó la última vez que estuvo en la Comandancia.

—Ni que decir tiene que si no fueras hijo de Ignacio esta reunión no se hubiera podido realizar —dijo sentándose.

—Lo sé, y por eso mismo le estoy muy agradecido —respondió Luis.

Silvestre abrió su pitillera y sacó un cigarrillo, ofreció uno al periodista que aceptó gustoso. Después de encenderlo y darle un par de chupadas se sentó sobre la mesa y se quedó mirando a Luis.

—Tu padre me pide un imposible. No puedo cuidar de ti cuando tengo miles soldados a mi cargo y una guerra entre manos. ¿Lo entiendes verdad?

—Por supuesto general, yo no quiero ser una carga, ni pretendo ser un problema para usted —contestó Luis indignado, pues consideraba que no era un crío como para que tuvieran que cuidar de él.

—No obstante, haré cuanto esté en mi mano para que tu estancia aquí sea la mejor posible dadas las circunstancias. ¿En qué hotel te alojas?

—En el Reina Victoria… General, la verdad es que si hay algo en lo que podría ayudarme…

—Tú dirás muchacho —contestó Silvestre dirigiéndose a su silla.

—Verá, como habrá visto por la carta de mi padre trabajo para un periódico en Madrid, *La Crónica de España*, y me sería de gran ayuda si tuviera a bien contestar unas preguntas para mi periódico.

Silvestre carraspeó y dio una chupada a su cigarrillo.

—La verdad es que ahora me encuentro muy ocupado muchacho… —intentó excusarse el general que haciendo gestos con las manos mostraba la gran cantidad de papeles que tenía sobre la mesa.

—Será muy breve, se lo prometo, no le molestaré mucho…

Silvestre se quedó pensativo, estudiando las intenciones de aquel muchacho, tenía tiempo suficiente para la entrevista, lo que no tenía eran ganas de hacerla, pero temía que aquella persona fuera tan testaruda como su padre y no pudiera quitárselo de encima hasta que la realizara.

—Está bien... No tengo mucho tiempo, pero... De acuerdo —accedió al fin.

Luis apagó el cigarrillo en un cenicero de la mesa y sacó rápidamente de su bolsa de lona una libreta con las preguntas y un lápiz para tomar notas de la entrevista.

—General, ¿debemos estar preocupados después de los últimos acontecimientos ocurridos como la derrota de Abarrán?

—No hay duda de que la pérdida de Abarrán ha sido un golpe duro. Pero se trata de un hecho aislado al que no hay que darle más importancia de la que tiene, son hechos lamentables que suceden en las guerras coloniales, cierto que ha sido mi primera derrota… Aunque, no debemos olvidar que sucedió porque la cabila de los Tensamán chaqueteó. Hemos aprendido de nuestros errores y la línea del frente está lo suficientemente asegurada como para detener una posible penetración de las harkas. No, España no debe preocuparse en absoluto, es más, podemos asegurar que pronto acabará esta guerra.

—Lo veo muy seguro, ¿cree entonces que no volverán a atacar?

—No sé si lo harán, es posible que los levantamientos de la zona no sometida a raíz de lo de Abarrán se hayan diluido. Las cabilas son bastante impredecibles e independientes, pero estaremos preparados si deciden atacar. Como ya he dicho, aprendimos después de lo de Abarrán. Y la prueba está en Igueriben. Tomamos esta posición sin sufrir una sola baja y la hemos consolidado. El enemigo no puede tener la impresión de que nos ha vencido, que no hacemos nada cuando se nos ataca o que estamos a la defensiva. Esa gente se pone del lado del fuerte y repudian al débil. Sin embargo…, por el tipo de terreno al que nos enfrentamos, es imposible asegurar al cien por cien que por la noche pequeños grupos de rifeños armados no puedan hostilizar nuestras posiciones.

—Entonces…, son ciertos los rumores que corren sobre cierta carta enviada por usted a los jefes de las cabilas prometiendo el desquite.

—Como acabo de decir, no voy a dar una impresión equivocada al enemigo, en ocasiones es necesario poner los cojones sobre la mesa amigo Codrán.

—Usted siempre ha dicho que el soldado moro del Tabor vale por tres; uno que se ahorra, el español; otro que se adquiere; y un tercero que se resta al enemigo. ¿Después de lo sucedido en Abarrán, sigue pensando lo mismo?

—Las guarniciones de los puestos más avanzados serán nutridas por soldados españoles, al menos en un setenta y cinco por ciento para que no se repita lo de Abarrán. Pero tenga en cuenta, que un grupo de traidores, no puede echar por tierra todo lo bueno que nos hace contar con tropas moras entre nuestros efectivos.

—¿Con qué cabilas amigas contamos?

—Prácticamente con todas las cabilas de aquí al límite de la zona sometida que coincide con los beniurriagueles y los traidores de Tensaman. Las cabilas de Beni Said, M´Talza, Beni Sidel, Beni Buifrur o Beni Sicar con el jeque Abd el Kader son leales a España. Muchos de los soldados que componen las Mías de Policía Indígena pertenecen a estas cabilas.

—¿Cómo se encuentra la moral de los soldados?

—La moral está alta, como no podía ser de otra manera, recientemente vengo de realizar una inspección de rutina en el campamento de Annual y puedo asegurarle que nuestros soldados se encuentran muy animosos y deseando vengar la muerte de sus compañeros en Abarrán y Sidi Dris.

— ¿De qué efectivos dispone?

—Es difícil dar un número exacto de la totalidad de fuerzas… Si me disculpas, creo que por aquí…

Silvestre empezó a remover los montones de papeles dispuestos en

su mesa, intentaba encontrar el escrito que le confirmara una cantidad aproximada de los soldados que se hallaban destinados en el protectorado.

—Sí, aquí —dijo satisfecho—. Pues verás, aproximadamente tenemos en el sector oriental unos veinticinco mil efectivos, de los que cinco mil pertenecen a las Mías de Policía Indígena y fuerzas de Regulares. Pero si quitamos a todos los que se encuentran de baja por enfermedad y los que están destinados para servicios burocráticos… Aproximadamente tenemos de fuerza efectiva unos quince mil soldados, distribuidos por el territorio en los diferentes campamentos y en la plaza de Melilla. Es una cantidad que considero suficiente para las labores de vigilancia y control del territorio, pero… Si queremos acometer empresas mayores debemos disponer de un mayor número de soldados y armamento. Deberías señalar eso en tu periódico.

—Entiendo general que ha solicitado la llegada de más efectivos y no se los mandan.

—Efectivamente, además de solicitar dinero tanto para hacer la guerra como para poder ayudar a las tribus amigas, solicité al Alto Comisario Berenguer armamento y soldados para poder llevar a cabo mis planes… Bueno, entenderás que no puedo contártelos.

—Claro, es natural, permítame otra pregunta entonces, al llegar a Melilla me encontré con el general Navarro y me comentó que había licenciado usted a un importante número de soldados veteranos, ¿no cree que pueda necesitarlos?

—De ningún modo, esos soldados tienen merecido su licenciamiento, y no son retirados sino sustituidos por otros de igual valía y coraje, lo que no quita que pida más soldados.

—Ya… ¿General, por qué tantos campamentos y blocaos?

—Sencillo. Debemos asegurar las rutas de abastecimiento, caminos y carreteras. Además, tenemos la obligación de dar protección a las tribus amigas por lo que se hace necesario disponer de una red de pequeños fortines por todo el territorio. Así mostramos al enemigo que estamos presentes en todo el Rif.

—Pero ¿no estaremos debilitando así nuestras fuerzas?

—Lo que estamos haciendo es controlar todo el territorio, mantenemos la retaguardia con las tribus amigas, y avanzamos dejando cada vez menos espacio a las más belicosas. Caerán una a una.

—¿Qué puede decir de Abd el Krim?

—Abd el Krim —musitó el general con desprecio—. Es el jefe de la cabila Beni Urriagel, su padre era leal a la causa española, pero murió en septiembre del año pasado y su hijo no ha querido seguir con la tradición familiar. Para congraciarse con las tribus limítrofes a su territorio ha decidido organizar un levantamiento en armas contra

nosotros.

—Dicen que sus mensajeros van soltando proclamas en contra de España y se jacta de nuestra derrota en Abarrán para hacerse con más adeptos.

—¡Abd el Krim es un necio! No pienso tolerar ningún tipo de chantaje de un vulgar camellero que pensó que él debía recibir un trato mejor que el de los demás jefes rifeños. Disfraza de patriotismo lo que en realidad es codicia y no voy a dar crédito a lo que se diga de él. He sido demasiado indulgente en otras ocasiones y esta vez no habrá perdón.

—Entonces, es cierto eso que dicen que tuvo un enfrentamiento personal con este personaje.

Silvestre se quedó mirando a su interlocutor. El periodista se sintió incómodo ante la mirada del oficial.

—La entrevista ha terminado. Tendrás que disculparme, pero tengo muchos asuntos que atender.

—Pero no cree que…

En aquel momento sonaron unos golpes en la puerta que cortaron la pregunta del periodista. Instantes después se abrió dejando ver a un oficial de caballería.

—¡Bolete! —exclamó Silvestre.

—¿Da usted su permiso mi general?

—¡Hijo! Pasa, pasa.

Silvestre se levantó de su asiento y se acercó a la puerta con evidentes síntomas de alegría, aquella mirada fría y calculadora había desaparecido. Aquel muchacho alto, delgado y de ademanes sencillos, al que abrazaba y miraba con orgullo poco se parecía a su padre.

—Luis, te presento a mi hijo, el alférez de las Fuerzas Regulares Indígenas Manuel Fernández. Luis es un periodista de Madrid, hijo de un buen amigo mío —aclaró Silvestre.

—Encantado de conocerle teniente —dijo Luis mientras estrechaba la mano del joven oficial.

Silvestre cogió a su hijo por los hombros mirándolo fijamente, había verdadera satisfacción en su cara.

—Te veo bien —dijo el general sonriendo.

Luis entendió que allí estaba sobrando y levantándose para dejar aquella improvisada reunión familiar le hizo una última petición.

—General, antes de despedirme quisiera preguntarle si podría visitar el campamento de Annual.

Silvestre se quedó algo descolocado ante aquella petición, meditaba si era conveniente que fuera para dar publicidad a sus avances o por el contrario era mejor retenerlo en Melilla. Se acercó a su mesa y empezó a remover los papeles que había encima de ella intentando ganar tiempo para pensar. Pero se le adelantaron.

—Podría venir conmigo padre —dijo Bolete solícito—. Mi regimiento ira allí en dos semanas.

Si las miradas fusilaran, la de Silvestre en aquel momento sería todo un pelotón esperando la orden de abrir fuego. Tal vez por no contradecir a su hijo o por no dejarlo en evidencia, el general accedió no sin antes eximirse de toda responsabilidad por lo que pudiera sucederle al periodista, pues iba a primera línea de combate y nada era seguro.

Luis, recogiendo su libreta y guardándola en la bolsa de lona que colgó de su hombro, se despidió del general Silvestre agradeciéndole el trato recibido y la oportunidad que le daba al permitirle ir a Annual.

—Le debo un favor —dijo a Bolete estrechándole la mano.

—Le daré la oportunidad para pagarlo, estaré aquí dos semanas —respondió sonriendo.

—Así será entonces, les dejo, y gracias otra vez, hasta pronto.

Luis abandonó la Comandancia General, al salir ofreció un cigarrillo a los dos soldados que hacían guardia en la puerta, siguiendo los consejos de *Boris*, de *«hacerse»* con la soldadesca antes que con la oficialidad. Estaba contento, parecía que aquello marchaba, tenía una entrevista en el bolsillo y toda una aventura por delante.

9

CRÓNICAS DESDE MELILLA

La carrera por Alhucemas

Melilla, 1 de julio. La bahía de Alhucemas es la meta. La carrera por la victoria es dura y exige sacrificios que el dios Marte se cobra en sangre por cada metro conquistado. Dos corredores compiten por llevar la bandera española a la playa de Alhucemas. Silvestre y Berenguer. Berenguer y Silvestre. Dos hombres y un destino, dos púgiles en el cuadrilátero, pero… ¿Quién llegará primero?

En un rincón, Silvestre; el general con «buena estrella», resolutivo y temperamental, desde Melilla ha conquistado en apenas año y medio con rápidos y eficaces avances en el Rif central, la misma extensión de terreno dominada por España desde 1909. El Alto Comisario Berenguer lo ha dicho claramente: «No se puede hacer más, ni mejor».

Asentado en Annual desde marzo, nuestro ejército se encuentra a escasos treinta kilómetros de la bahía. Acumula efectivos en la zona y ha establecido posiciones avanzadas en Buimeyan y en Igueriben. La traición de Abarrán solo ha sido un ligero contratiempo que no ha

variado en nada los planes de Silvestre, pronto llevará a sus soldados a la victoria confiando en su buena estrella, y aunque han surgido voces que piden su destitución, todo apunta a que hay general Silvestre para rato.

En otro rincón, Berenguer; frío y calculador, el conde de Xauen, título recibido en recompensa por la conquista de dicha ciudad y fundador del cuerpo de Regulares, desde el oeste consigue semana a semana, victoria tras victoria, acercarse más a la bahía. Su ariete; los Regulares y el Tercio de Extranjeros al mando del teniente coronel Millán Astray. Nada se resiste a su empuje.

Las tropas a su mando, penetran en el territorio de la cabila de Beni Aros estrechando el cerco al Raisuni que se refugia en Tazarut. El jerife moro ve cada vez más cerca la hora de su rendición a España.

Alhucemas debe ser conquistada, acabando con el contrabando de armas en esta bahía y asestando así el golpe de gracia a la cabila más belicosa de todo el protectorado: los Beni Urriagel, de la que Abd el Krim es su líder. La derrota de la cabila arrastraría a las demás hacia la sumisión a España y el territorio sería pacificado. Sin Abd el Krim y con el Raisuni vencido, la comunicación entre Ceuta y Melilla será total, las tierras del Rif y Yebala quedarían unidas, pues Alhucemas se encuentra en el centro del territorio. Estamos ante una carrera por la victoria, por la gloria de ser el primero, una carrera por la paz.

Mientras tanto, un hombre en Madrid, espera impaciente una llamada. La llamada que le permita festejar el día de Santiago Apóstol en la Bahía de Alhucemas. Pero, ¿quién llamará?

La carrera ha comenzado. Hagan sus apuestas.

Aquella noche, el casino estaba de lo más concurrido. Era sábado y los permisos de fin de semana hacían que apenas hubiera un sitio libre en la barra del bar. Todas las mesas se encontraban ocupadas de oficiales con mujeres que hacían su trabajo y se dejaban querer. El ambiente cargado de humo, de risas, de aplausos con las jugadas ganadoras y tristes ovaciones cuando la banca ganaba, indicaba que la gente quería gastar dinero. La noche sería larga.

En una mesa Luis compartía espacio con sus amigos. Allí estaban Jean Arnaud, Esteban y Máximo. Franz, como de costumbre, prefería la compañía que ofrecía el burdel y otros tugurios. Y aunque la Gran Guerra había terminado hace años, difícilmente se sentaba en la mesa con el francés. Esteban incluso apuntó a Luis que sospechaba que alguno de los dos, si no los dos, podrían haber sido espías durante la guerra europea. Máximo en cambio era de lo más sociable, en especial con las mujeres, a las que adulaba y cortejaba sin reparar en gastos.

Luis estaba contento, alardeaba y se vanagloriaba de su entrevista

con Silvestre y más aún de su reciente amistad con Bolete.

—Me dijiste que me buscara un confidente y tengo al hijo de Silvestre —le decía a Esteban—. *Veni, Vidi, Vinci* —continuaba con su burla apurando de un trago una copa de coñac y llamaba al camarero para que sirviera una ronda en la mesa a su cuenta. La invitación fue aclamada por Máximo mientras besaba el cuello de la acompañante femenina de turno.

—¡Hurra per il bambino e la signorina!

—¡Hurra! —correspondió Luis—. Anímate *Boris*, sabes que todo lo que me diga Bolete te lo voy a soplar a ti, eres mi maestro —dijo a su amigo.

Esteban sonrió forzado. El joven periodista le pasaba el brazo por su hombro, moviéndolo de izquierda a derecha para después levantarse y reclamar al camarero las copas que aún no le habían servido.

—¡Oh! No te preocupes *mon ami* —intervino el francés que dejaba ver sus dientes amarillos mientras se reía malicioso— tu eres un padre para él, estoy seguro de que te informará puntualmente de lo que el hijo del *bigotes* le cuente.

—Crees que eso me preocupa, me importa poco si me quiere contar lo que le diga ese. Yo tengo mis propios confidentes tan buenos o mejores que Bolete —contestó airado Esteban—. Lo que me inquieta es su vanidad y que cree que lo que ocurre por ahí es un juego.

—*L´enfant*, es joven e impetuoso, ya se relajará.

—Sí, pero quizás para cuando lo haga ya esté en una caja de pino. Él no sabe lo que es una guerra…, yo sí.

—Oui… Pero todo aquello quedó atrás.

En aquel momento llegó el camarero con una botella de champaña y sirvió cinco copas, Luis se levantó y lanzó un brindis.

—Señores, ¡por Alhucemas!

—¡Por Alhucemas! —repitieron todos para acto seguido, apurar hasta el final el contenido de la copa lanzando un suspiro de satisfacción. Todos menos Luis, que con la copa a medio beber, la miraba fijamente.

—Y por el primer periodista que estará allí para verlo —dijo terminando de un trago la copa.

Cuando todos se sentaron, *Boris* pudo ver a un oficial sentado en un taburete de la barra del bar que intentaba dar buena cuenta de una copa con la que jugueteaba entre sus manos. No era la primera, varios vasos vacíos que se encontraban sobre la barra a su lado daban prueba de ello. Su gorra guardaba unas gafas redondas y una pitillera plateada. Estaba solo, algo despeinado, con la mirada puesta en un punto perdido del horizonte.

—Ahí lo tienes Luis, el héroe de Sidi Dris.

—¿Quién? —interrogó Luis dirigiendo su mirada hacia la barra del bar sin saber muy bien dónde.

—El comandante Benítez, aquél que está sentado cerca del caballero gordo. ¿Lo ves? ¿Por qué no vas y le pides una entrevista? —insinuó *Boris*.

El resto de los miembros de la mesa se miraron torciendo las bocas en sonrisas cómplices animando a Luis a que se acercara al oficial.

—Sí, veo más bien al gordo, pero encontraré a Benítez a su lado —comentó burlón—. Me acercaré, España quiere héroes decías ¿verdad?, pues yo le daré héroes a España —concluyó levantándose de la mesa.

Luis se adecentó, se ajustó la chaqueta, centró su corbata y resoplando se dirigió hacia la barra esquivando a la gente que llenaba el local.

—Ciertamente eres cruel —apuntó Jean Arnaud.

—Calla, qué sabrás tú gabacho. ¡Ea! Bebamos champaña —zanjó Esteban al tiempo que dirigía una mirada a Luis que se perdía entre la multitud.

Luis llegó a la barra donde estaba sentado Benítez, llamó al camarero para que le pusiera una copa a él y otra al militar. Benítez se volvió en aquel momento y miró con desagrado al desconocido que se había sentado a su lado, instante que el joven aprovechó para presentarse.

—Buenas noches comandante, me llamo Luis Codrán, permítame que invite al glorioso héroe de Sidi Dris a una copa —expuso el periodista alargando su mano sin que el oficial se la estrechara.

No se rindió el joven pese a la mirada de desprecio de Benítez.

—Verá, trabajo para un periódico y le estaría muy agradecido si me concediera unas palabras —continuó.

Benítez no lo miraba, seguía con la mirada fija al frente, bebiendo el bourbon que el camarero le había servido. Luis no se desanimaba fácilmente y continuaba con la esperanza de la victoria por agotamiento o aburrimiento.

—En Madrid están deseando conocer de primera mano qué sucedió en Sidi Dris, incluso se comenta que podrían concederle una medalla —añadió astutamente para intentar que la vanidad del oficial le ayudara.

—¿En Madrid? —repitió Benítez con evidentes síntomas de embriaguez mientras seguía bebiendo.

—Sí, todo el mundo quiere saber cómo defendió la posición —alegó entusiasmado el periodista que veía a Benítez algo más comprometido—. Cuántos moros atacaron, los que murieron…

—¿Una medalla? —interrumpió Benítez apurando lo que quedaba de bourbon en su vaso.

—Efectivamente, y no me extrañaría que fuera la Laureada de San Fernando a juzgar por la hazaña —adulaba Luis sin pudor viendo que la presa se le escapaba cuando Benítez se incorporó con cierta dificultad y cogiendo sus gafas, se puso la gorra en la cabeza mirando fijamente al periodista.

—No hay gloria en la guerra. Métase la medalla por donde le quepa, y después se la puede meter su periódico.

—Pero… —balbuceó Luis sorprendido de aquella respuesta.

—¿Quieres saber cuántos moros atacaron?, ¿cuántos murieron? Haber estado allí periodista, que Madrid hubiera estado allí.

—Comandante no creo que… —protestó molesto Luis algo envalentonado por el alcohol.

—¿Cómo dice? ¿No cree, qué? —se encaró Benítez—. Usted y lo que crea pueden irse al infierno. Pueden irse todos al infierno.

Benítez empujó a Luis y abandonó el casino andando con la dificultad propia del que se ha tomado unas copas de más, dejó al joven periodista con la boca abierta, sin reacción frente a la primera derrota. Este le seguía con la mirada hasta que salió del local, cogió su vaso y volvió pensativo a la mesa donde Jean Arnaud reía por la broma y *Boris* intentaba consolar a su amigo diciéndole que no siempre se ganaba. En esta ocasión jugaron con ventaja, pues era conocido por todos ellos que el comandante Benítez no era muy dado a fanfarronerías y alardeos. Más bien era de los pesimistas e introvertidos.

—Ya veremos, ya veremos… —dijo el joven periodista apurando de un trago lo que quedaba en su vaso.

—Anda, no te lo tomes tan a pecho y vámonos de putas para que se te pase el disgusto —propuso *Boris* levantándose tirando de su amigo.

Este lo miraba sabiendo que, aunque fueran al burdel no olvidaría lo dicho por Benítez. Ciertamente, no dejaba de pensar en sus palabras y en la forma de hacérselas tragar cuando viera que él iba a primera línea de combate.

Los periodistas frecuentaban un burdel llamado *El Buen Tono.* Melilla, como plaza militar que era, tenía infinidad de burdeles donde los soldados gastaban su dinero. Había burdeles para oficiales y burdeles para la tropa, pero uno de los privilegios de los periodistas que allí estaban, era que tenían carta blanca para entrar en aquél que más les interesara, previo pago al portero de tan ilustres locales. Donde estuviera la noticia decían. Interés que siempre estaba supeditado a los encantos de las meretrices. Y en *El Buen Tono,* eran de lo más satisfactorias.

Máximo, al conocer que su joven colega de profesión se quería aventurar a primera línea y que Silvestre le había dado permiso, le

presentó a su compatriota Angelo Girelli que se encontraba en el burdel. Este hacía fotos a los oficiales y soldados que mandaban posteriormente por carta a sus casas. También fotografiaba a las fulanas del burdel, que eran así mostradas discretamente a los altos mandos y personalidades de la ciudad. Pero él estaba allí para vender fotografías a *La Stampa*, aunque si los demás periódicos le pagaban bien, no tenía inconveniente en venderles las fotos. Se había adentrado en el Rif en varias ocasiones con el fin de fotografiar los campamentos, aduares y zocos. Era conocedor de la lengua árabe y tolerado por los jefes de las cabilas, sin duda era la persona ideal para aconsejar a Luis en su aventura.

Pero aquella noche no estaban para muchas conversaciones y se comprometieron a verse en unos días con el fin de ultimar los detalles del viaje al interior del Rif que el joven periodista planeaba. Esta vez Luis no quería pecar de novato y llevaría el equipo más adecuado e imprescindible para su visita a primera línea. Esta vez se trataba de demostrar que él también podía estar en el frente.

IV. EL COMPLOT

10

CRÓNICAS DESDE MELILLA
El Zoco del Had de Beni Sicar

Melilla, 10 de julio. Hoy es domingo y recorro el Zoco del Had de Beni Sicar, la población de Melilla y los soldados que se encuentran en la plaza acuden a realizar sus compras a este enclave comercial. El zoco es el mercado del moro por antonomasia, aunque siempre hay puestos regentados por judíos que venden mercancía inglesa; té y tabaco principalmente. Todos caben en el zoco si tienes buena mercancía que ofrecer.

Todo se compra y se vende en el zoco: pan, legumbres, frutas, dátiles, té, sal, higos secos, kif, bien en placas verdosas o panecillos de color chocolate. Hay joyeros que venden sus baratijas, collares, sartas de coral y otros abalorios; médicos y curanderos con sus talismanes curan y protegen de maldiciones con todo un arsenal de frascos donde guardan sus preparados y mezclas purgantes; sangradores que pinchan bubas de los infelices que a ellos se acercan succionando la sangre con un canutillo de hojalata. Hay zapateros, matarifes y carniceros que matan en el momento de la compra al cordero despellejándolo a la vista de todos, formando bajo los rudimentarios trípodes de troncos donde cuelgan al infeliz animal, charcos de sangre que son invadidos por miles de moscas. Las entrañas, humeantes aún, son retiradas con verdadera maestría del interior del animal. El olor a sangre se hace casi insoportable.

Hay mujeres que solo dejan ver sus ojos, cubiertas con enormes sombreros de esparto, que venden esencias aromáticas, jabones, tintes y trocitos de raíces de nogal usados para cepillarse los dientes llamados suak.

Las armas fruto del contrabando, la tan apreciada «fusila» para los cabileños, también se venden y compra en el zoco, los proyectiles de los fusiles máuser son vendidos por los soldados de manera descarada para así obtener un dinero extra. Les importa poco vender la munición, creen que no podrá ser usada por los moros que suelen disponer del fusil Lebel francés, alimentado por otro tipo de proyectil. Y aunque está prohibido, se permite este comercio ilegal.

Pero el zoco no es solo lugar de intercambio comercial y de

contrabando sino lugar de encuentro. Confidencias, rumores, mensajes y sucesos circulan de boca en boca. Se forman juntas donde los hombres toman las decisiones que afectan a la cabila, en especial los relacionados con la guerra y con la impartición de justicia por los notables. No hay secretos en el zoco para quien sabe ver y escuchar.

Hoy es domingo, el zoco manda en Melilla y todo el Rif está aquí.

—¡Coronel Morales! Me alegra verle aquí —saludó afectuoso Luis al oficial mientras se acercaba a él.

Morales se quedó mirando al joven periodista, guiñaba los ojos y fruncía el ceño intentando hacer memoria y recordar al personaje que estaba frente a él haciendo fotografías en el zoco. Luis al comprender que no se acordaba de él decidió adelantarse.

—Luis Codrán, corresponsal de *La Crónica de España*, ¿se acuerda de mí?, Bolete… el alférez Fernández, el hijo del general Silvestre nos presentó en la Comandancia General hace unos días.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo, el periodista de Madrid amigo del hijo de Silvestre ¿Qué tal ese paseo por los fortines de Melilla con el alférez Fernández?

—Muy bien coronel, fue una visita de lo más instructiva. Los fortines son formidables. ¿Qué hace usted por aquí?

—Amigo mío, si quiere saber lo que ocurre en el Rif hay que venir aquí, no quedarse detrás de una mesa leyendo informes. ¿Cómo le va? —preguntó el oficial.

—No me puedo quejar, llevo casi un mes aquí y ya ve, conociendo el Rif —Luis se quedó mirando intrigado al acompañante del coronel Morales, aquel personaje vestía ropajes más ricos y sus paisanos le dedicaban reverencias al pasar junto a él.

—Permítame que le presente a este amigo de España. Es el jeque Abd el Kader jefe de la cabila de Beni Sicar.

—Encantado señor —dijo el joven haciendo una ligera inclinación del cuerpo hacia el jeque.

—*Salam aleikum* —respondió el notable realizando unos movimientos ascendentes con la mano derecha tocándose el pecho, la boca y la frente.

Morales dirigió unas palabras en árabe al jeque y entablaron una pequeña conversación que dejó a Luis un poco inquieto. El notable moro le señalaba con el dedo y Morales negaba dubitativo con la cabeza al tiempo que Abd el Kader insistía en sus gestos. Tras unos instantes, Morales reanudó la conversación.

—El caíd desea invitarle a cenar en su humilde campamento que tiene instalado cerca del Parque del Hipódromo, si no tiene inconveniente —dijo al fin Morales.

—Estaré muy honrado de ir, dígaselo a su excelencia —respondió el periodista inclinándose respetuoso.

—En ese caso, pasaré a recogerle sobre las ocho y media de la tarde.

—Hotel Reina Victoria —dijo animoso Luis.

—Allí estaré —concluyó Morales que se despidió del periodista continuando su paseo por el zoco con el caíd.

Después de comer, como de costumbre, Luis se vio con *Boris* en el café para perfilar y revisar la crónica antes de mandarla en el vapor de las seis de la tarde que partía a Málaga. Salvo para noticias urgentes o dificultades en el transporte marítimo que iría a la oficina de telégrafos, había decidido mandar sus crónicas por correo postal al igual que el resto de sus colegas.

—A qué no sabes con quién voy a cenar —insinuó vanidoso Luis.

—¿Con Abd el Krim…, con el rey…? —respondió con guasa su amigo.

—Eres muy gracioso *Boris*… Si sigues así no te voy a contar nada de lo que hable... Con el coronel Morales y su amigo Abd el Kader…

—Vaya *Niño*, esta vez he de reconocer que me has sorprendido.

—¿Qué sabes de ellos?—preguntó interesado el joven.

— Abd el Kader fue un jefe que luchó contra nosotros en la guerra de 1909, pero se rindió y desde entonces ha estado de nuestro lado. Él y el viejo Morales son bastante amigos.

—¿Y qué querrá ese moro de mí? No entiendo por qué me ha invitado a cenar en su casa.

—Cualquiera sabe, no te puedes fiar de estos moros por muy amigos de España que digan ser. Morales lleva aquí más tiempo que el desierto y dicen que es amigo personal de Abd el Krim. Pero estas amistades…

Esteban hizo un chasquido de desaprobación con la boca mientras Luis lo miraba atentamente.

—¿Qué quieres decir? —interrogó Luis.

—Nada, que no sé yo si es bueno rodearse de tanto moro. Pero mira, creo que es una buena oportunidad para ti. Nada pierdes por cenar con ellos. Te vas dentro de muy pocos días y te podrías ir con una buena noticia para tú periódico… Y el mío —terminó con una sonrisa pícara.

—Sí, creo que llevas razón, nada pierdo. En cambio, puedo sacar mucho con esta cena —miró pensativo el vaso humeante de té que había sobre la mesa —. Y no te preocupes que serás el primero en saber lo que me digan —dijo Luis riendo.

Mientras los sirvientes retiraban las mesitas donde solo quedaban platos vacíos, los comensales se acomodaban entre los confortables cojines que los rodeaban. Abd el Kader se quedó mirando a Codrán. Era una mirada serena y franca, con fuerza.

—Excuse por no hablar mucho español —comentó el caíd.

—De ningún modo, lo habla muy bien caíd y debería ser usted quien perdonara que yo no sepa hablar árabe.

El caíd hizo un gesto con la mano como si quisiera concederle la razón al periodista.

—Lo dejaremos en empate —dijo sonriendo—. Nos serviremos de mi viejo amigo el coronel Morales para entendernos en caso de dificultad.

—No somos tan viejos —repuso el coronel.

—Alma joven… Cuerpo viejo —suspiró el caíd dando una chupada a la burbujeante pipa de agua que dispusieron a su lado.

Luis tomaba higos secos y dátiles junto con una humeante taza de café en una pequeña mesita que los sirvientes del caíd llevaron para el postre. El caíd dirigió unas palabras en árabe a Morales e inmediatamente el militar se dirigió al periodista.

—Luis, desde hace tiempo vengo realizando una importante labor pacificadora y de estrechamiento con los jefes de las cabilas ayudado por el caíd, y pese a que la mayoría de las cabilas son afines a la causa española, bien de palabra, por dinero o por miedo, temo que pronto puedan unirse y se desencadene un levantamiento generalizado.

—¿Un levantamiento contra España?

Morales asintió acercando el vaso de té a su boca dando un sonoro sorbo.

—Sería una locura. ¿Qué podrían hacer un puñado de tribus contra un ejército moderno?

—Amigo Codrán, le ruego que me deje continuar. Mis temores no son injustificados. Mis confidentes me aseguran que en las montañas hablan de Abd el Krim como el mejor jefe de la cabila, que es valiente, que va como un montañés todo tostado por el sol y sucio pues no tiene tiempo de descansar y cuidarse. Abd el Krim se está posicionando como líder no solo de su harka sino de todo el Rif.

Morales sacó del bolsillo de su guerrera una carta donde Luis pudo ver la firma de Abd el Krim en ella.

—El propio Abd el Krim me pide en una carta que trabajemos juntos por la paz. Aquí la tiene.

Mientras el joven la leía lanzaba fugaces miradas de asombro hacia sus acompañantes y finalmente, mirándolos a la cara recitó lo leído.

—*«Rogamos a Dios que su empresa sea coronada con triunfo y que en esta obra común seamos nosotros también protagonistas…»*

Durante unos segundos Luis miró fijamente a Morales.

—El general… ¿Sabe de esta carta?

—Yo estaba en Annual cuando cayó Abarrán… —dijo Morales mirando a su vaso de té— Cuando el crepitar de fusiles y ametralladoras dejaron de escucharse y una columna de humo negro se alzó en el horizonte. Yo vi los ojos de Villar cuando entraba en el campamento sin mirar atrás. Vi el miedo en sus hombres…

—Coronel, ¿qué quiere decir Abd el Krim con *«esta obra»*?

Morales no levantaba la mirada de su vaso que sostenía con evidente nerviosismo.

—Yo le previne de lo de Abarrán, pero prefirió escuchar a Villar, prefirió oír a los suyos antes que a mí, y de aquel desastre tendremos que seguir contando más bajas si no hacemos algo para remediarlo.

Luis miraba incrédulo al coronel Morales. Y elevó el tono de voz.

—Coronel… Insisto. ¿Qué quiere decir Abd el Krim con *«su obra»?*

Morales miró al periodista.

—¿Insiste? ¿Usted insiste? —dijo con sarcasmo—. Advertí a Silvestre hace meses de que habíamos llegado a nuestro límite de elasticidad, Pero él no me hizo caso, ocupó Abarrán y firmó la sentencia de muerte de muchos soldados… De buenos soldados, y todo por su buena estrella, por su vanidad.

—¿Límite de elasticidad? —preguntó Luis.

El caíd entró en la conversación.

—Mi querido joven, el ejército español es como el cielo estrellado del Rif, muchas pequeñas luces en un inmenso fondo negro. Luces separadas entre ellas por millones de kilómetros.

—Silvestre no tiene ejército —dijo Morales en tono de reproche—. La corrupción lo invade; juego, estafas, venta ilegal de armas y municiones, nadie confía en nadie y nadie quiere saber de nadie. Y Silvestre, a pesar de saberlo no hace nada. Está aislado de toda realidad, confía la vida de muchos hombres a su buena estrella, pero al final el Rif acabará por apagarla.

—Pero me está hablando de tener miedo a quién, ¿pastores y campesinos?

—No subestime al rifeño amigo mío, yo estuve con el general Pintos en la batalla del Barranco del Lobo. También en aquella ocasión se trataba de pastores y campesinos —Morales hizo una pausa como si reviviera escenas de aquel día en su mente—, y ya ve, acabaron con todo un ejército. No debemos cometer el mismo error dos veces.

—Somos un pueblo combativo que no se rinde sin lucha —añadió Abd el Kader.

—Con todos mis respetos caíd, eso no es lo que parece. Los avances del general Silvestre han sido simplemente espectaculares, y ya se encuentra prácticamente en la bahía de Alhucemas.

—Pero esos avances —irrumpió Morales— no se han debido tanto

a la habilidad militar y estratégica de Silvestre como a la situación de hambre y miseria del territorio. Los rifeños solo querían comer —Morales hizo una pausa mirando fijamente al periodista—. Pero con las buenas cosechas de este año todo puede tomar un giro inesperado.

—Perdone que insista coronel, pero este año precisamente el ejército se ha posicionado en Annual y no ha encontrado mucha resistencia, todo lo contrario —Luis sonreía burlón—. Y este mes de marzo, Silvestre tuvo un encuentro en el Peñón de Alhucemas con Berenguer y los jefes de las cabilas de ese territorio que fueron a presentar sus respetos. No, no me parece que el rifeño quiera combatir —concluyó.

Morales agachó la cabeza como si se diera por vencido, dijo unas palabras en árabe y el caíd tomó el relevo.

—La paz puede venir de otras formas joven amigo.

A Luis empezaba a molestarle que le llamaran tantas veces «joven», y tampoco sabía muy bien a que se refería el caíd con aquello de «otras formas».

—Silvestre no quiere la paz, solo quiere medallas y las medallas cuestan vidas y sangre —añadió Morales—. Debe ser apartado de Melilla a toda costa y cuanto antes, o temo que pueda suceder una tragedia. Debemos esperar al otoño, reforzando posiciones en este frente y acabando con el Raisuni en el oeste. Silvestre ha roto lo pactado con Berenguer y está actuando a sus espaldas. La toma de Igueriben ha sido una provocación en toda regla —concluyó algo agitado.

—¿Apartado? —Interrogó el joven.

—Me temo que sí. Abd el Krim no pactará si Silvestre continúa al mando de la Comandancia General.

—Empiezo a entender lo que Abd el Krim quería decir con «su obra», ustedes traman un golpe de estado a pequeña escala, o peor aún. Un asesinato… En la oscuridad del Rif.

—¡Soy un soldado! —respondió enérgicamente el coronel Morales molesto por la sola insinuación de que estuvieran urdiendo un asesinato—. No un asesino.

—Ahora parece un golpista coronel.

—Usted es periodista señor Codrán, en Madrid se lee su periódico y la información es una poderosa arma si se sabe utilizar con inteligencia —Morales se acercó a Luis—. Lo que quiero decirle es que Silvestre tiene el favor del rey, solamente desacreditándolo públicamente podríamos destituirlo de su cargo. Fuera de Melilla, tendríamos la posibilidad de volver a reunirnos con Abd el Krim y parar esta estúpida guerra. Ya lo ha visto, de su puño y letra, le conozco bien y sé que no habrá paz si Silvestre continúa en el protectorado, pero yo…

—Con Silvestre fuera, usted sería propuesto para la Comandancia General ya que es la persona más capacitada y apropiada, además de gozar del respeto y amistad de Abd el Krim… Empiezo a comprender…

—Evitaríamos muchas muertes y nos posicionaríamos en mejor lugar frente a Francia —insistió Morales—. Se salvarían muchas vidas. Desde lo de Abarrán nada he visto en Silvestre que me haga pensar que el general haya ganado en prudencia, cautela y sabiduría. Solamente si Silvestre deja Melilla habrá paz.

Tras unos instantes de silencio en los que tanto Abd el Kader como el coronel Morales miraban fijamente a Luis, este se echó a reír.

—Resulta que estoy en medio de una conspiración para acabar con Silvestre —dijo riéndose—. Están ustedes locos, el calor ha debido afectarles, o tal vez su avaricia.

—Pero no comprendes que Silvestre pide lo imposible. Que Alhucemas no puede ser tomada por el interior sino desde la costa. Que es necesario negociar con las tribus de la zona para…

—¡No! —cortó a Morales rápidamente—. Ya he oído más que suficiente, escúchenme ahora ustedes. Sepan que creo firmemente que la única respuesta posible a la traición de Abarrán es la fuerza de las armas. Yo no he venido aquí a poner o a quitar reyes sino para hablar de una guerra. Y otra cosa, pueden dar gracias a Dios o a Alá de que parto para Annual a ejercer de corresponsal de guerra y no de marioneta suya. Y si no le digo nada de esto a Silvestre es porque quiero que lean mi próximo artículo que hablará de la conquista de la Bahía de Alhucemas por Silvestre y no quiero que los fusilen antes.

Luis se levantó, cogió su sombrero y se dirigió hacia la salida de la tienda.

—Y les aseguro que, si leo en cualquier periódico algo referente a Silvestre, en Madrid sabrán de esta conversación. Y serán ustedes dos los que aparezcan en mi periódico. Buenas noches.

—Hemos fracasado —dijo suspirando Morales con signos de abatimiento cuando el periodista abandonó la estancia—. No habrá paz.

Abd el Kader levantando las manos y mirando hacia arriba contestó a su amigo.

—Alá así lo ha dispuesto.

V. IGUERIBEN

12

CRÓNICAS DESDE MELILLA
Camino de Annual

Annual, 12 de julio. Una nube de polvo amarillento se levanta al paso de nuestro vehículo ocultando la ciudad de Melilla, pasado el anillo defensivo de la ciudad con sus fortines, ponemos rumbo a Annual. Nos quedan ciento diez kilómetros por la geografía rifeña, terreno inhóspito y traicionero.

Nador, Zeluan, Monte Arruit, Dar Drius, Ben Tieb y el barranco de Izumar quedarán atrás. Delante está Alhucemas, delante está la victoria y la completa pacificación del territorio.

Hasta Dar Drius, la carretera… Si se puede llamar así, existe, pero en adelante una pista infernal destroza nuestro «rápido». Vemos morabitos y aduares, rebaños de cabras llevados por viejos pastores que nos siguen con su mirada al pasar. Son caras curtidas por el sol y el rigor del Rif. Las mujeres, que lavan la ropa en los arroyuelos de agua sucia por el fango y la arena que se deposita en ellos, nos miran con desprecio. Los niños ríen y chillan jugando ajenos, tal vez, a tanta miseria. No vemos a hombres jóvenes aptos para la batalla, ni un rifeño con su «fusila». Temo que hayan acudido ya a la llamada de la guerra, la yihad de Abd el Krim.

Charlo con el alférez Fernández, al que su padre el general Silvestre apoda cariñosamente «Bolete», intentando disimular la sensación de ahogo que me invade al circular por los barrancos y cortados de Izumar cuya pista no es más ancha que nuestro vehículo. El comandante Benítez sentado a mi lado se protege del sol con la gorra, quizás duerma o lo intente pues el camino no es precisamente la Gran Vía madrileña y creo que el Ford se va a desarmar como si de un mecano se tratara en cada bache que superamos.

Felipe, el chauffer, no levanta el pie del acelerador y no frenaría así tuviera delante al mismísimo general Berenguer, tiene miedo a que algún francotirador rifeño escondido en una roca o en una chumbera le pegue un tiro, aquí los llaman «pacos». Miro intranquilo

las laderas de las lomas que nos rodean contagiado por su miedo. Bolete me toca en el hombro; «Bienvenido al Rif» me dice mientras suelta una carcajada. Benítez, tal vez animado por las risas, aparta la gorra de su cara, se incorpora y pregunta a Felipe por donde vamos. «Por Izumar», contesta rápido el conductor.

Queda poco para nuestro destino, pero circulamos muy despacio por el camino de piedras de este agónico y siniestro barranco, la estrechez del camino proclive para emboscadas, hace que todos miremos de reojo hacia sus paredes.

A nuestra derecha, en las alturas, se adivina el contorno de un blocao que vigila este camino, verdadero cordón umbilical para Annual. Felipe mira de reojo el fortín y hace una mueca de desagrado. Parece que haya tenido la «suerte» de ese destino alguna vez, quiere contármelo, pero rápidamente es reprendido por el comandante Benítez que le ordena no aparte la mirada de la carretera. Lo miro molesto por no dejar que Felipe hable, pero el comandante no se inmuta, sonríe con la mirada fija en el horizonte, como si tuviera en marcha algún plan para mí y no quisiera que nadie me lo contase. No me importa, ya sé lo que me iba a decir, he hablado con otros que no tuvieron al censor a su lado. Lanzo un último vistazo al blocao antes de que se pierda de vista y me compadezco de sus defensores, aún sin conocerlos, ni haberlos visto en mi vida. El tiempo se detiene cuando estás en uno de ellos. Los primeros días son los más difíciles pues aún piensas en todo lo que has dejado atrás. Pero una vez que te acostumbras a las ratas, los piojos, la sed y a la falta de espacio. El calor y las oscuras noches de centinela, esperando a cada segundo la muerte, son lo de menos.

El alférez Fernández me indica con la mano que mire al frente, Annual me dice, y ante nosotros se abre una hondonada donde al fondo se asienta el campamento con sus innumerables tiendas de campaña, parapetos, puestos de vigilancia, alambradas de espino, caballerizas y soldados dispuestos a la conquista de Alhucemas. Por fin diviso lo que será mi hogar en los próximos días; por fin Annual.

13

La noche en el campamento tuvo pocos momentos de tranquilidad, el paqueo a la posición por los moros y los preparativos del convoy a Igueriben no dejaron mucho tiempo para el descanso. Pese a todo, Luis estaba lleno de energía y preparaba sus pertrechos y equipo con ilusión contando los minutos para su partida. Echaba de menos a su amigo *Boris*, pues lo consideraba como un hermano. Fue una sorpresa saber que estuvo en las trincheras de Francia durante la Gran Guerra

trabajando para ABC. Este se lo contó antes de partir para Annual en un vano intento de hacerle cambiar de opinión, pero pese a lo terrible de la experiencia de *Boris,* el joven periodista tenía claro cuál era su objetivo y nadie lo desviaría de él. Ahora comprendía el tono amargo de su amigo, los momentos de soledad buscada, las miradas fijas en un lugar inexistente buscando algo que solo él podía saber y el porqué de sus intentos para que no fuera a primera línea de fuego.

El convoy salió antes del amanecer como era preceptivo. Benítez iba en cabeza junto al oficial de Regulares que mandaba la tropa de escolta; la compañía de acemileros cargaba con los víveres y municiones; el periodista cabalgaba detrás de ellos procurando no caerse del caballo o que este no lo tirara; a oscuras, con la sola iluminación de la luna, iniciaron el camino de ascenso a Igueriben.

Al concluir la primera etapa del camino, en la que el terreno no ofrecía graves dificultades, iniciaron la penosa subida a la posición a través de las barrancadas donde parecía que, tras cada roca, tras cada matorral se escondía un rifeño. Luis empezó a vislumbrar su nuevo destino. El pequeño campamento se situaba en la cima de la loma que llevaba su nombre, sin más sombra que la proporcionada por las nubes que el viento arrastraba. Pudo apreciar los cráteres negros formados por las explosiones de la artillería española al pasar por la conocida loma de Los Árboles que flanqueaba el sendero, donde los árboles tenían ojos.

El camino serpenteaba por la ladera y las avanzadas españolas del campamento estaban desplegadas en guerrillas para proteger la llegada del convoy que, como una gran serpiente, se enroscaba en la elevación montañosa.

Al pasar junto a ellos saludaron a Benítez llevando su mano a la frente con un movimiento rápido y enérgico. Casi en la entrada, Luis miró hacia atrás y pudo divisar el campamento de Annual a lo lejos, donde hizo noche tras su llegada desde Melilla en un coche junto a Benítez y Bolete. Pero también vio a un jinete moro que, tras un instante inmóvil, espoleó a su caballo para perderse a toda velocidad por los cortados de aquella geografía tan agreste. Al volverse para dar aviso de lo que acababa de ver se dio cuenta de que ya estaba entrando en el campamento, la impresión que le causó entrar en Igueriben hizo que olvidara aquel incidente.

Le invadió cierta sensación de alivio por estar a refugio de lo que a su vista consideraba un reducto fortificado. La posición se encontraba rodeada de un intrincado laberinto de alambre de espino con el que dificultar al enemigo sus posibles asaltos.

Recordó en ese instante su llegada a Melilla y esbozó una sonrisa de autosatisfacción; bajó de un barco con salacot y ahora estaba en Igueriben con un capote-manta que le dio Bolete. Hay alegría en los

rostros de los soldados pues en el convoy viene el agua, municiones y lo más importante: las cartas y noticias del exterior. Lo que no hay es una sombra que resguarde del abrasador sol, salvo la que puedan arrojar las tiendas y toldos que se han montado junto a ellas.

El comandante Mingo, jefe de la posición, esperaba a Benítez junto a un pelotón formado en dos filas paralelas en el acceso presentando armas a la entrada del comandante. Este, al bajar del caballo saludó militarmente a su homónimo para darse después la mano. Fue aquel un saludo afectuoso a los ojos de Luis, como si se conocieran de tiempo atrás. Benítez quitándose la gorra se secó el sudor de la cara y acompañó a Mingo a su tienda.

—Deberías haber llegado hace tres días Julio, ¿por qué ese retraso?

—Intenté venir antes en un *rápido*, pero no había disponibles, algunos oficiales duermen en la plaza y por la mañana regresan a sus puestos en los coches quedándose con ellos. Ya ves cómo están las cosas… El único disponible era uno que el hijo de Silvestre tenía para venir a Annual acompañado de un periodista.

—¿Algún contratiempo? —preguntó curioso Mingo.

—Ninguno. Pero nos han estado vigilando todo el camino —respondió Benítez al instante.

—Si solo se dedicaran a mirar…

Luis no se ha dormido. Con su kodak ha fotografiado el encuentro, el comandante Mingo miró al joven cuando Benítez dijo la palabra periodista, y este le explicó que el general Silvestre lo había mandado a Annual como favor personal, para que puedan ver en Madrid lo cerca que estaban de Alhucemas, y para hacer fotos de la tropa y así demostrar que la moral es alta en el ejército español.

Luis saludó a Mingo presentándose y animándolo a que posara junto a Benítez para tomar otra instantánea del momento. Tomada la foto, Mingo ordenó al sargento Daza que se ocupara del periodista para quitárselo de encima y poder marcharse con Benítez a su tienda.

El resto del convoy ha entrado dentro de la posición y la maquinaria se pone en marcha; un grupo de soldados se arremolina junto a un cabo que tiene el correo y diciendo nombres reparte cartas y paquetes. Los sargentos de la posición hablan con los recién llegados, los soldados y acemileros se ocupan de descargar la carga del convoy según las indicaciones de los sargentos. Pero nadie se acerca a los regulares, estos permanecen aislados, han protegido el convoy ocupando los puestos más peligrosos. Sin embargo, sus camaradas no se molestan en intercambiar los detalles de la subida. Luis tomaba varias instantáneas de los regulares que se juntaban y reían al ser retratados. Se acercaba a ellos y les ofrecía cigarrillos, intentaba así ganarse su confianza para poder sacarles información, fumando con ellos les preguntó el porqué de aquel aislamiento.

—Soldados no se juntan con nosotros, nosotros dar miedo —comenta un regular moro que se ríe dejando ver los espacios entre sus dientes amarillentos—. Hacer foto solo a mí *paisa* —le dice a Luis—. Yo soy valiente, hacer foto con *fusila*.

Luis no puede negarse y le hace la foto, y al ver que se acercaba el resto de la tropa dio unos pasos atrás alejándose disimuladamente, no quería desperdiciar todas las fotografías con los mismos modelos. El sargento Daza que le esperaba junto a su equipaje —esta vez más ligero que cuando desembarcó en Melilla— le interrogó. Está extrañado por la presencia de un periodista en el campamento, pero sus dudas son resueltas cuando Luis le cuenta que permanecerá en la posición dos o tres días, lo suficiente para hacer fotos, algunas entrevistas y poder tener material para dar que hablar en Madrid con sus crónicas.

Daza dejó la maleta de Luis en la tienda de los sargentos de Ceriñola, donde había un camastro libre, y se marchó para organizar la descarga de las provisiones y municiones. La tienda, situada frente al muro norte del campamento, estaba cerca de la del comandante. Al entrar en ella el periodista lanzó una mirada de izquierda a derecha escudriñando cada centímetro de este espacio. Al acercarse al tálamo donde el sargento dejó la maleta, se sentó probando la rigidez de la que sería su cama, dejó su cámara sobre el catre y salió fuera de la tienda. La rodeó para comprobar su instalación y observó que la del comandante se encontraba justo detrás. Nada podía perder y ahora no tenía niñera, así que echó un vistazo para comprobar que el sargento estaba lejos ocupado con el convoy y decidió aproximarse. Ofreció un cigarrillo al soldado que montaba guardia en la entrada y así tuvo la oportunidad de oír la conversación entre los dos oficiales.

Escuchó a Mingo decirle a Benítez que solamente podían abastecerse de agua a base de aguadas al pueblo de Uxanen y de convoyes cada dos días desde Annual y que si fallaba uno lo pasarían mal. Mingo intentó obtener agua de un pozo situado cerca de la posición, junto al camino de acceso, a unos cuatrocientos metros, pero fue inútil. El suelo, de piedra, es una barrera infranqueable para los rudimentarios picos que tienen. Benítez debería conseguir lo antes posible depósitos de agua lo suficientemente grandes para poder tener reservas de tan preciado líquido.

Mientras Luis fumaba con el soldado, Mingo seguía informando a Benítez dando una gran importancia a la posición de la Loma de los Árboles para la supervivencia de Igueriben, pues desde aquella, podía ser batido el campamento. Todos los días se ha ido realizando un servicio de descubierta para proteger el camino y mantener la loma hasta que el enemigo se hizo con ella. Desde entonces todas las aguadas y convoyes de Annual fueron hostilizados. El joven periodista

tomaba buena nota de todo lo que escuchaba procurando no olvidar aquella conversación.

—Aunque no hay bajas por el momento, no han dejado de hostigarnos desde que nos instalamos, ayer mismo fuimos tiroteados, por lo que no se puede bajar la guardia. Tengo a dieciocho soldados con dos cabos y un sargento que se ocupan de la vigilancia del perímetro por la mañana; son los mejores tiradores que tenemos. Los *pacos* únicamente esperan una distracción para eliminarnos, sobre todo a los oficiales. Te cuidado Julio, esto puede acabar mal, si nos sitian, sin un oficial con dotes de mando que mantenga la disciplina...

—¿Y las noches?

—No hemos tenido muchos problemas. Por ahora los ataques más continuados han sido a la luz del día. No obstante, he doblado la guardia nocturna a cuarenta y dos de tropa, cuatro sargentos, ocho cabos y dos oficiales al mando... No quiero problemas por la noche. Ayer mismo una compañía de ingenieros reforzó la entrada al campamento. Hemos instalado ametralladoras allí para dar mejor cobertura, elevado el muro defensivo y reforzado el laberinto de alambre de espino, se colocaron latas en las tiradas más externas para disponer de un sistema de alarma, pero te confesaré que lo más fiable es un chucho que se ha quedado en la posición —rio Mingo—. Lo mejor de todo es que da confianza a los centinelas pues saben que ladrará en cuanto huela a alguien cerca: lo dicho, el mejor amigo del hombre. Los soldados le han puesto el nombre de *Niebla* y comparten sus raciones con la nueva mascota. Pero volviendo a lo importante, es conveniente que nos suministren granadas de mano, los moros pueden llegar hasta las alambradas y hay que evitarlo a toda costa, hablaré con Silvestre en cuanto que llegue a Melilla para que te suministren todo lo necesario cuanto antes y tenga conciencia de lo delicado de esta posición... Sin reservas de agua estamos vendidos.

—¿Como está la moral de la tropa?

—¿La moral? Te lo puedes imaginar. Aquí, perdidos de la mano de Dios, sin que venga el correo que distraiga las mentes de estos infelices, las pagas atrasadas, con el susto en el cuerpo por los *pacos*, con tiendas de campaña llenas de piojos y ratas, y sin fiarnos de la policía indígena tras lo de Abarrán... Mal, la moral está mal, sobre todo después del intento fallido de encontrar agua en el pozo —el comandante Mingo empezó a reírse con cierta amargura—. Ayer tuvimos en el punto de mira a todos los jefes de las cabilas, ¿te lo puedes creer?, toda la maldita harka se reunió a rendir pleitesía a Abd el Krim, en la meseta de Amesauro. Todos los cañones apuntaban, los artilleros estaban preparados para hacer el mayor número de impactos certeros en el mínimo tiempo posible con el fin de abatirlos antes de que se dispersaran.

—¿No disparasteis?

—No me dejaron, no me dejaron —dijo con voz apagada—. Informé de lo que estábamos viendo, solicité encarecidamente confirmación para bombardear la zona y acabar con todos a la vez y ¿sabes que me dijeron? —Mingo cogió un papel de la mesa y se dispuso a leerlo—. *«El cañoneo sería contraproducente caso de no venir en actitud hostil contra la posición y, en caso de duda, consulte».* Caso de no venir en actitud hostil... ¡Qué se lo digan a Salafranca! Que te lo digan a ti cuando atacaron Sidi Dris, estamos en guerra ¡cojones!... Contraproducente... Temo haber condenado a Igueriben y a toda su guarnición por no dar la orden de disparar y mandar al diablo a toda «la alta superioridad» que nos manda.

14

Mingo se quedó pensativo y mirando la taza de café que se había servido, hizo una mueca de hastío.

—El café ya no es tan fuerte como antes Julio, es una pena.

—Vamos Paco no te desanimes, estoy seguro de que pronto tendremos un café mejor y más fuerte —respondió Benítez con complicidad.

—Eso espero, por el bien de todos.

—No le des más vueltas, esperemos que Silvestre mande cuanto antes lo que le solicites, mientras tanto reforzaremos las defensas y procuraremos hacer acopio de agua por si el convoy se retrasara, no te atormentes, somos militares y cumplimos órdenes. ¡Ea! Demos una vuelta para inspeccionar las defensas y vete a Melilla que merecido tienes el relevo.

Al escuchar esto, Luis se despidió del centinela no sin antes darle un par de cigarrillos y corrió a su tienda para coger la cámara de fotos y un cuaderno para anotar todo lo escuchado antes de olvidarlo. Unas fotos de los dos comandantes recorriendo las defensas antes del relevo del mando se le antojaba una buena portada para el periódico. Salió rápido de su tienda en busca de los oficiales a los que asaltó cuando se dirigían a la entrada de la posición.

—Disculpen, les importa que haga unas fotografías, les prometo que no molestaré.

—Haga lo que quiera, pero procure que no le peguen un tiro —dijo Benítez.

—Has de reforzar los muros Julio, hacer más troneras para proteger a los soldados, estos moros son buenos tiradores, no quiero que suceda como en Abarrán que el muro defensivo no cubría nada, pon a trabajar en eso a los hombres.

—¿Qué distancia hay a las alambradas?

—Treinta metros…

—Treinta…— repitió Benítez—. Apenas diez segundos…

—Tendrás suerte si hacéis tres disparos una vez que las superen…, sin contar con los que fallen. Coloca bien las ametralladoras, reparte granadas y posiciona a los mejores tiradores.

—No tenemos muchas opciones, reforzaremos las alambradas, haremos que sean infranqueables.

—Julio, otro tema importante es la tienda hospital, hay que acondicionar una tienda como enfermería para que...

—No hemos traído a ningún enfermero —interrumpió Benítez—. No querían dejar el campamento desprovisto de los enfermeros y médicos ya que se prevé la llegada de más tropas. Los enfermos o heridos bajarán en los convoyes, esas han sido las órdenes al respecto.

—¿¡Qué!? ¿Y qué haremos cuando nos disparen en las tripas? ¿Qué han pensado esos brillantes mandos, que esperemos dos días y los bajemos en burro o les damos *matarile* directamente nosotros?

Luis comprendió que no era momento para entrevistas. Sacó su pitillera y se la ofreció a los oficiales que aceptaron encendiendo sus cigarrillos. Mingo dio una profunda calada al pitillo, exhalando el humo movía la cabeza con gesto contrariado.

—Somos soldados Paco, somos soldados —decía Benítez mientras miraba indiferente su cigarrillo—, peones que se mueven al antojo de un rey que intenta jugar al ajedrez… Guiado por caballos.

—Caballos… Qué cansado estoy de la caballería Julio, no te lo puedes imaginar —se lamentó Mingo, que tirando el cigarrillo regresó a su tienda para recoger sus pertenencias.

El comandante Mingo abandonó la posición despidiéndose de Benítez con un fuerte apretón de manos. Le esperaba Melilla y la lucha por conseguir los suministros prometidos, en especial, el depósito de agua. En el campamento, Benítez lo primero que hizo fue reunirse con todos los oficiales en su tienda, era necesario conocer la situación de las diferentes unidades que formaban la guarnición y a quienes estaban bajo su mando. Tiene referencias de varios oficiales, algunos han luchado ya con él y otros participaron en acciones militares como la toma de Sidi Dris y otros enclaves como Talilit, Afrau y Buimeyan, pero debe conocerlos a fondo si van a estar bajo su mando en aquella posición que a priori, no iba a resultar tranquila.

Una vez el convoy dejó el campamento, la actividad en él volvió a su tediosa rutina. Aprovechando las horas de luz que quedaban, Luis decidió darse una vuelta, tomar algunas fotografías y hacerse una idea de lo que iba a ser su hogar por unos días. El campamento tenía forma pentagonal, las tiendas de campaña cónicas donde se alojaba la tropa estaban posicionadas en tres líneas paralelas a lo largo del reducto en

función de las zonas de defensa asignadas a cada una de las diferentes compañías. Así, el parapeto oeste, fue encomendado a artillería, pues sus baterías estaban apuntando a la loma del bosquecillo desde donde los moros baten el camino de acceso y el poblado de Amesauro; las tiendas del parapeto sur y norte eran ocupadas por los soldados del regimiento Ceriñola nº 42. En sus muros se dispusieron las cocinas y cuadras para las caballerías que acompañan a los convoyes. El extremo este del campamento, donde se encontraba la entrada a la posición, era defendido por la compañía de ametralladoras y la policía indígena, situándose allí para ellos unas rudimentarias edificaciones a base de piedras y tablones de madera protegidos por sacos terreros. La entrada estaba fortificada con un pequeño murete que salía al exterior del campamento a modo de brazo, envolviendo la entrada para proteger el hueco dejado por esta. Finalmente, en el centro se dispuso la tienda del comandante junto a la de la compañía de telégrafos. En el exterior del campamento, no muy alejado de allí, se localizaban las letrinas para el uso de la tropa, no obstante, para las necesidades nocturnas unos retretes en el muro sur servían para ello.

Un civil paseándose con una cámara de fotos llamó pronto la atención de los soldados siendo el blanco de preguntas y miradas curiosas. Había buena disposición por parte de todos, aunque nunca faltaban los que miraban con cierto reproche, pues ir en busca de noticias podía significar ser la noticia y, a menudo en aquellos lugares, las noticias se escribían en la sección de necrológicas. El periodista hizo fotos a las baterías de cañones *Schneider* posicionadas, a las ametralladoras con sus servidores, a los centinelas en sus puestos, a los soldados, que sentados en cajas o sacos terreros junto a las tiendas mantenían charlas o jugaban a las cartas con barajas grasientas y desgastadas de tanto usarlas. Los hay que entonan coplas en corros donde no falta alguien con una guitarra. Unos escriben las cartas de los compañeros que no saben leer ni escribir; otros, en cambio, se encuentran menos ociosos y se dedican a reforzar las defensas del campamento colocando sacos terreros, o pelando patatas para el rancho; los hay que deben cumplir labores menos militares quemando los excrementos de los cubos de los retretes del campamento y están los que guardan las municiones en el polvorín y los que se encargan de guardar los bidones de agua distribuidos en dos zonas para mayor seguridad.

Una vez se agotó la película de ocho exposiciones, el periodista la extrajo de la cámara y se acercó a su tienda en busca de un nuevo rollo para continuar. De camino, escuchó con sorpresa una voz familiar que lo llamaba por su nombre.

15

—Don Luis, ¿es usted?

—¿Manuel? ¡Manuel qué alegría verte aquí! —exclamó contento el periodista que se dirigía con los brazos abiertos hacia la persona que lo había reconocido—. No me lo puedo creer.

Se trataba del hijo de Fernanda, la cocinera en casa de Luis, los jóvenes de edad similar se conocían ya que Manuel iba con frecuencia a recoger a su madre para acompañarla a su casa antes de ser llamado a filas.

—Lo mismo digo don Luis. ¿Cómo está mi madre?

—Tu madre está estupendamente y por favor, no me llames don Luis, solo Luis, te lo ruego.

—De acuerdo —dijo sonriendo— ¿Qué haces aquí?

—Trabajo para un periódico y he venido para escribir sobre la guerra. Se comenta que pronto llegaremos a la Bahía de Alhucemas y quiero ser el primero en contarlo. Este encuentro hay que celebrarlo. Escribiré una carta y cuando llegue a Melilla mandaré un telegrama diciendo a tu madre que estás estupendamente.

—Eso sería estupendo, podría hacerme un favor…

Manuel se acercó al periodista y en voz baja le pidió que mandara también a su madre cierta cantidad de dinero que tenía ahorrada pues no se fiaba de entregarlo a cualquier correo que fuera a la plaza.

—Claro, no faltaba más, pero dime ¿desde cuándo estás aquí?

—Desde que llegamos el 7 de junio. Pertenezco al I batallón de la 2ª compañía del regimiento Ceriñola 42. Llegamos a Annual hace tiempo y tras la pérdida de Abarrán tomamos esta posición.

—¿Y cómo fue?

—Los cogimos por sorpresa, apenas tuvimos jaleo, no creo que esperasen que íbamos a venir aquí, se fortificó rápido y desde esa fecha hasta hoy no hemos tenido bajas.

—¿Ni un muerto?

—Ni uno. Hemos tenido heridos y enfermos que han sido trasladados a Annual en los convoyes de aprovisionamiento, pero nada serio. Y nos han tiroteado de lo lindo.

—Sí, algo he oído.

—Desde el primer día, te lo aseguro. Afortunadamente el parapeto es alto y tenemos troneras para cubrirnos de los francotiradores y aunque con las ametralladoras y los cañones estamos bien armados —meditó dubitativo—, nunca se sabe…

El anochecer llegaba. La luz crepuscular del sol se hacía intensamente roja justo antes de morir tras las colinas y dentro del campamento empezaba a repartirse el rancho por el cocinero y sus

ayudantes. Los soldados, tras recoger la comida se reunían alrededor de las lámparas de carburo y alguna que otra hoguera, Manuel hizo las correspondientes presentaciones entre sus camaradas reunidos para comer que acogieron al joven periodista amistosamente. Allí estaban José Aguilera, Gregorio Blanco, Cecilio Aguado, Manuel Casas y José Jaramillo. Quizá fuera por su cara infantil y nada curtida por los rigores del calor y el trabajo manual o por el hecho de que venía de la península y era portador de noticias frescas, el caso es que Luis percibió cierto arropo por aquella gente que no conocía de nada y que fuera de la obligada convivencia a la que se veían sometidos en aquel campamento, tanto ellos como él sabían que pertenecían a clases sociales tan separadas como Europa y América.

—Manuel, ¿qué hacéis aquí durante el día? —preguntó el joven periodista.

—Sobre todo no dejar que nos peguen un tiro —rio—. Aquí las tareas están repartidas y salvo algunos servicios como aguadas o vigilancia, en los que se establecen turnos, otras faenas son realizadas por los mismos soldados. Hay un equipo que se encarga de la limpieza del campamento, ese servicio no lo quiere nadie como podrás imaginar, así que se encasqueta a los que la cagan —esbozó una sonrisa con el resto de los que se apretaban junto al fuego—. Nunca mejor dicho —finalizó al tiempo que los compañeros estallaron en una carcajada.

—¿A qué te refieres por limpieza del campamento? —se interesó Luis.

—Tienen que limpiar las letrinas —dijo al fin un soldado de Ceriñola que estaba con ellos, uniéndose el periodista a las risas.

—Y con lo que comemos aquí, te puedes encontrar cualquier cosa —dijo otro soldado riendo todos otra vez—. Un oficial se encarga de inspeccionar el campamento por si presentara cualquier deficiencia subsanarla de inmediato.

—Lo jodido son las aguadas al zoco de Uxanen, hay cerca de cuatro kilómetros que recorrer y apenas somos veinticinco para la protección, estamos a expensas de que nos peguen un tiro y últimamente el ambiente está calentito.

—Pero te puedes hartar de beber agua —dijo otro soldado.

—Y de que te sirve si te meten un tiro en la tripa —replicó su compañero.

—*Pos* yo no sé tú, pero no salir de esta cuadra es una locura, así que, aunque te juegues la vida, prefiero salir y que me dé el aire, al menos podré sentarme bajo la sombra de un árbol. Esto es un horno.

—¿De dónde eres Aguilera?

—Yo soy de la Pobla de Claramont.

—¿Y tú Casas?

—Oye Manuel que preguntón es tu amigo —dijo Gregorio.

—Natural, es periodista, así que portaros bien con él y seréis famosos, vuestros nombres se leerán en todo Madrid y sabrán lo que hacéis aquí.

—¡Madre! —exclamó alarmado el soldado Aguilera llevándose la mano a la cara atrayendo la atención de todos—. ¡Cómo se entere mi mujer!

De nuevo las risas aparecieron en aquel grupo. Terminado el rancho, Luis se despidió de Manuel marchándose a su tienda dejando a sus nuevos amigos hasta la mañana siguiente. Había sido un día duro y estaba cansado. Al entrar en la tienda se encontró al teniente Justo Sierra que había ido en busca de los sargentos Antón Cisneros, Bernal y Daza que esa noche tenían servicio de vigilancia nocturna. El sargento Daza hizo las oportunas presentaciones. Aquel día tocaba conocer a gente.

—Teniente, ¿es posible que ataquen?

—No lo creo, pero los moros saben que hay movimiento en la posición, aunque no lo parezca, nos observan todo el día desde sus agujeros, camuflados con sus chilabas, pacientes, a la espera de un error, y no quiero que ahora que me toca la guardia el enemigo nos pille desprevenidos, después de la charla que hemos tenido con el comandante.

—Entiendo —dijo el periodista intuyendo el tono de aquella charla.

—Daza, Bernal, Cisneros, ¿listos? —los sargentos se cuadraron dando a entender que así lo estaban—. Pues andando, el teniente Casado ya está en marcha, avisen a sus hombres y establezcan los turnos correspondientes. Son las diez de la noche, el capitán Bulnes y yo inspeccionaremos las posiciones en cuanto queden dispuestas. Tienen quince minutos.

—A la orden mi teniente —respondieron al unísono los sargentos e inmediatamente después salieron de la tienda abrochándose los correajes y cogiendo sus fusiles.

—Teniente Sierra ¿me permitiría unos minutos para hacerle unas preguntas?

—Le diré lo que vamos a hacer, el capitán y yo terminaremos de inspeccionar los puestos de vigilancia dentro de una hora más o menos, nuestra tienda es la que está justo a la izquierda de esta. Venga entonces con un par de tazas de café y le prometo al menos media hora de charla. ¿Le parece bien?

—Trato hecho.

En la oscuridad del Rif, en la soledad de Igueriben, el único ser vivo que dormía plácidamente era la perrita *Niebla* que se acomodaba cerca de las cocinas. Noche en la que el silencio y la quietud lo

envuelven todo. Para Benítez podía ser la calma que precedía a la tormenta, tal y como dijo al inspeccionar el servicio de vigilancia nocturna. Quizá por eso mientras el campamento dormía él seguía despierto en su tienda, iluminado por una pequeña lámpara de petróleo, estudiando los mapas, informes y planificando estrategias de defensa. Y siempre llegaba a la misma conclusión: sin la Loma de los Árboles y sin abastecimiento de agua la posición caería, aguantarían más o menos días, pero se perdería. Al fin y a la postre, la resistencia hasta la llegada de la ayuda sería lo que daría la victoria o la derrota. Si vencían tendrían Alhucemas, pero si eran derrotados, Benítez sabía que no solamente se perdería Igueriben.

VI. RODEADOS

16

Luis comenzó esa batalla interna entre la pereza y la diligencia que supone despertarse. El día anterior fue beneficioso recogiendo datos e impresiones propias de su llegada al campamento, pero también pensamientos, vivencias, frustraciones y esperanzas de los soldados. Durante la noche charló con el teniente Sierra y el capitán Bulnes más rato del que debiera y en una ronda, que hizo con ellos, intercambió sensaciones con un centinela. La madrugada es el momento apropiado para las confidencias y confesiones. El centinela, natural de un pueblo de la costa almeriense, había sido arrastrado allí al llegarle la hora de cumplir con la patria teniendo que dejar su empleo de pescador con el que ayudaba a mantener la casa de sus padres. No se quejaba de la dureza del servicio, ni del calor, ni de las privaciones, era algo a lo que estaba acostumbrado, pero sentía no estar en su casa para poder ahorrar un dinero con el que pudieran pasar una buena Navidad. Lamentaba no poder estar junto a sus seres queridos pues no creía que pudiera regresar vivo a España. Sorprendía el aplomo y el convencimiento con que exponía su presentimiento. Es lo que tiene el oficio de soldado, comentó al periodista, *que te matan*. Era uno más de tantos soldados que se encontraban allí, con idénticos problemas y esperanzas de vida.

Luis quería dormir, pero había demasiado ruido. Dando una vuelta tras otra intentaba apagar aquel escándalo tapándose la cabeza con la manta que tenía por almohada, pero era imposible, se maldecía por haberse ido a la cama tarde y maldecía a los soldados españoles tan escandalosos. De golpe, el sonido de la corneta tocando llamada lo levantó de un salto. Por la entrada de la tienda podía ver el correr de los soldados y empezaba a oír voces cada vez más claras.

—Llevad esos cubos junto a las ametralladoras.

—Vamos, vamos…

—Apartad de ahí esas cajas de municiones, llevadlas al parapeto.

Luis se acercaba a la entrada despacio, con prudencia, agachaba la cabeza intentando ver algo más por el escaso espacio que la tela caída de la entrada dejaba libre, de repente entró Manuel, sobresaltado, Luis dio un traspiés hacia atrás apartándose y cayendo al suelo.

—¡Por fin!

—Joder ¡qué susto! —dijo suspirando en el suelo—. ¿Qué pasa?

—La harka nos ha rodeado, esperamos un asalto, no te muevas de aquí.

Manuel salió de la tienda para ocupar su posición en la muralla de sacos terreros que los separaban del enemigo. No pudo esperar la respuesta de su amigo que se quedó con la boca abierta intentando asimilar lo escuchado.

—¿La harka? ¿Qué no me mueva de aquí?

Luis corrió a su catre, se calzó los pies de forma acelerada y cogió la bolsa de lona que estaba junto al camastro, se la cruzó a la espalda e introdujo los prismáticos, lápices y uno de sus cuadernos. Salía ya de la tienda cuando se paró un instante, giró la cabeza hacia atrás como si sopesara una idea y volvió corriendo, abrió su maleta y buscó la cámara fotográfica, la miraba victorioso, seguro de sí mismo.

—Vas a ser grande Luis—se dijo mientras corría hacia la salida de la tienda.

Al salir, vio a soldados corriendo con cajas de municiones que repartían entre los defensores apostados en el parapeto, el cocinero apagaba el fuego que calentaba el café del desayuno de la mañana y Benítez se dirigía a la entrada del campamento junto a su ayudante Víctor Martínez.

Luis se acercó decidido al muro que formaba el anillo defensivo justo en frente de su tienda, cuando llegó allí, dos soldados sentados sobre unas piedras apoyaban la espalda en los sacos terreros mientras fumaban y hablaban de toros. Aprovechando que el hueco de la tronera estaba libre, el periodista se asomó por esta con la intención de elegir un objetivo y tomar alguna foto.

—Tenga usted cuidado señor periodista si no quiere quedarse sin cámara de fotos y sin cara —dijo uno de los soldados esbozando una risa burlona.

—¿Usted cree? ¿Tan fina van a tener la puntería? —respondió Luis agachándose temeroso de que aquel soldado tuviera razón.

—Si yo le contara... Estos moros son capaces de acertarle en la nariz a un kilómetro de distancia.

Luis sin hacer mucho caso de las advertencias de aquel soldado guardó la cámara en su bolsa y sacó sus gemelos con el fin de echar un vistazo por la tronera.

—No lo haga, hágame caso, de todas formas, no verá a nadie —insistió aquel soldado que escupía restos del tabaco de la boquilla de su cigarrillo—. Esos condenados se esconden muy bien.

Luis le miró molesto, harto de tanto consejo, no estaba muy acostumbrado a que le dijeran lo que debía o no hacer.

—Y ustedes ¿por qué no ponen la bayoneta? —dijo reprochando la actitud pasiva de aquellos dos soldados.

—Anda este, ¿lo oyes *Pichón*? Y ya puestos, si lo cree conveniente

el mariscal, ordenamos una carga con la bayoneta calada —replicó el soldado mirando a su camarada con actitud irónica.

Luis se disponía a contestarle cuando el soldado al que llamaban *Pichón* contestó.

—No hay necesidad de bayoneta, no vamos a llegar al cuerpo a cuerpo y molesta más que ayuda para disparar desde la tronera. Me llamo Pablo Cantalicio —dijo el soldado adelantando el brazo para estrecharle la mano a Luis—. Pero todos me llaman *Pichón* y este de aquí es el cabo Manuel Pardo, pero todos le llamamos *Belmonte*.

—Me llamo Luis Codrán, tú eres el que me ha despertado esta mañana —dijo sonriente señalando a la corneta —, llegué ayer en el convoy.

—Ya lo sabemos, el campamento es pequeño y las noticias vuelan.

—Es un *Plumilla*, pórtate bien con él *Pichón* para que escriba cosas buenas de nosotros, oye ¿por qué no nos hace una foto aquí a mi amigo y a mí para que nos vean en el pueblo?

Luis, con tal de firmar la paz con el cabo, accedió pidiéndole que lo tuteara y tomó aquella instantánea, los dos soldados, uno de pie con el codo en el hombro del otro que estaba sentado sobre una caja de madera con la barricada de sacos terreros a la espalda, se erguían mostrando sus fusiles. Tenían cierto aire de cazador junto a la presa caída.

—¿Por qué te llaman *Belmonte* cabo? —preguntó Luis ajustando el obturador de la cámara.

—Es un banderillero sin banderillas —rio Cantalicio adelantándose a su amigo.

—Oye tú, tengamos la fiesta en paz que todavía te meto en el calabozo.

Luis los miró riendo esperando a que estuvieran quietos para tomar la instantánea. Al poco rato volvieron a componerse y Luis pudo por fin inmortalizar el momento.

—Pues ya está, espero que os vean en vuestro pueblo. ¿No estáis muy tranquilos para estar a punto de ser atacados?

—No es la primera vez *Plumilla*. Hemos sufrido ataques prácticamente desde que llegamos aquí, nos han paqueado de lo lindo, por eso las tiendas se han montado excavando el suelo, para tener más protección y poder dormir con un mínimo de seguridad.

Teniendo en cuenta que después de las numerosas agresiones sufridas aún no había bajas y creyendo que el aviso de *Belmonte* tenía más guasa que advertencia seria, Luis cogió sus prismáticos y se asomó por la tronera. Intentaba enfocar la imagen y poder visualizar al enemigo, pero solamente veía rocas, matorrales y el camino que llegaba a la posición. De repente pudo ver algo que se movía junto a unas rocas, enfocó y pudo confirmar lo que los latidos de su corazón y

la aceleración de la respiración le hacían presentir, el enemigo estaba ahí. Una chilaba polvorienta que se confundía con el terreno se arrastraba lentamente hacia una chumbera solitaria.

17

—¡Ahí! —exclamó exaltado—. Estoy viendo a uno que se arrastra.

La adrenalina hacía que el corazón vibrara con tal fuerza que era casi audible cada palpitación; el sudor que brotaba de cada poro de su cuerpo se contrarrestaba con la sequedad de la boca. Eran sensaciones nuevas para Luis. Por un instante olvidó que podía morir en cualquier momento por el disparo de un rifeño, que su vida podía apagarse en un suspiro, en ese momento solo estaba él y esa chilaba parda que se arrastraba. Luis sintió una excitación que nunca imaginaba que pudiera existir y quería más, escrutaba cada rincón, cada roca, cada chumbera para descubrir a más moros.

—Tengo otro. ¡No! Son dos, se acercan por el camino —pronto dejó Luis de sentir esa alegría del principio, ya no era uno, ni dos, ni tres los moros que se acercaban, eran decenas, cientos, Cantalicio y el cabo Pardo ya no fumaban tranquilos. Apartaron al periodista y se prestaron para el combate cargando el fusil y preparando los peines con proyectiles junto a ellos para hacer más rápida la recarga. Las voces de los sargentos dando órdenes resonaban en el aire. Cantalicio se santiguaba y besaba la culata de su fusil. Lo importante no era quien daba el primer tiro, sino el último, decía. El sargento Cisneros se acercó dónde estaba Luis trasmitiendo las órdenes recibidas.

—Tranquilos, estad atentos y preparados para cuando se dé la orden de disparar, no malgastéis la munición; la cabeza periodista, no la asomes si no quieres que te despeinen.

—No sargento, no...

En aquel momento sonó un disparo y el periodista se agachó al oír la detonación, a los pocos segundos una lluvia de plomo cayó sobre Igueriben. El ataque se había iniciado.

— ¡Fuegooo!

Igueriben contestó. Luis se tumbó en el suelo justo detrás de *Belmonte*, el ruido era ensordecedor, las ametralladoras martilleaban y los soldados no dejaban de disparar. El periodista veía a Cantalicio apretar el gatillo y recibir el retroceso del fusil al tiempo. Apuntar, disparar, cargar y volver a disparar, una y otra vez. El sargento Daza permanecía de pie detrás de los sacos terreros, miraba a uno y a otro lado, como examinando a los soldados, vigilando que todos cumplieran con su cometido, dando las ordenes que los oficiales pudieran transmitirle.

Luis miró hacia la entrada, allí estaba Benítez junto a las ametralladoras dirigiendo el fuego de una de ellas. De repente el sonido atronador de una de las piezas de la batería de cañones hizo girar casi al instante la cabeza de Luis en dirección a la detonación, la artillería inició el cañoneo sobre alguna posición dominada por el enemigo y desde la cual, el enemigo lanzaba a sus tropas o hacía fuego sobre los españoles.

Un soldado situado en la entrada de la posición gritó llamando la atención del comandante Benítez.

—Están incendiando el zoco. ¡Queman Uxanen!

—Manténgalos a raya teniente, que no se acerquen —ordenó Benítez al oficial de la compañía de ametralladoras antes de dirigirse al soldado que dio el aviso.

Luis decidió pegarse al oficial. Era con Benítez donde tenía la noticia, con quien tenía la cuenta pendiente que pagar desde aquella noche en la barra del casino y corrió detrás de él.

—Esto no me gusta —dijo Sierra que se encontraba junto al comandante—. La aguada será ya imposible, solo tendremos el convoy de Annual para poder abastecernos de agua. Se acabaron los aliados.

—Todas estas agresiones no surgen espontáneamente, todo esto obedece a un plan —dijo Benítez frunciendo la boca con gesto de contrariedad.

Los cañones seguían disparando levantando nubes de tierra a su alrededor. El olor a pólvora, el calor sofocante y la atmósfera cargada de polvo hacían difícil la respiración que a causa de la adrenalina y la ansiedad por el combate se hacía con aspiraciones cortas y rápidas, abrasando la garganta a su paso hacia los pulmones. Luis debía tranquilizarse, le temblaba el pulso y parecía que el corazón le fuera a salir por la boca. Pegado al parapeto cerró los ojos y comenzó a respirar de forma acompasada mientras escuchaba de fondo las órdenes de Benítez, las descargas de los fusiles y los impactos en los sacos terreros de los disparos del enemigo.

Poco a poco la intensidad de la lucha fue a menos, los disparos pasaron a ser esporádicos hasta que cesaron finalmente. El ataque parecía que había terminado. El enemigo ya no disparaba, pero no se podía confiar en el hecho de que aquello hubiera concluido. Los cuerpos inanimados de los moros que intentaron llegar hasta las alambradas se mezclaban con los heridos cuyos lamentos llegaban a oídos de la guarnición. El periodista volvió junto a sus dos nuevos amigos y se parapetó en el suelo junto a ellos.

—Permaneced agachados esto aún no ha terminado —dijo el teniente Sierra a los soldados—. Sargento, usted y dos más reparta con los cocineros café entre la tropa, no sabemos cuánto tiempo estaremos aquí.

—Sí, mi teniente. Tú y tú dejad los fusiles y seguidme.

—¡Ah! sargento, con mesura, ¿entendido? —advirtió mirándolo con cara de circunstancia, sabía que si el cerco se prolongaba el convoy a Igueriben no se realizaría y no habría suministros.

El sargento afirmó con la cabeza apretando los labios de la boca con evidente gesto de contrariedad, acto seguido se dirigió a la cocina y con el cocinero, sus dos ayudantes y los soldados que había escogido iniciaron el reparto del café. Se acercaban a los soldados con las cafeteras y vertían el café sobre las tazas de latón. Apenas dos sorbos de un café frío y sin azúcar para desayunar, para mantenerse en pie. Si a eso se le podía llamar café.

Luis no pudo reprimir un gesto de asco al probar aquel líquido negro, desde luego no era el café que tomaba en Madrid o en Melilla. Pudo comprobar con sorpresa que los soldados se lo bebían sin ningún tipo de problema. Otras cosas peores hemos bebido decían riendo, este no ha probado el vino del *Veloz,* este café a su lado es zumo de naranja, decían a carcajada limpia *Belmonte* y *Pichón* colocándose en cuclillas imitando la postura que adoptaban cuando iban al retrete.

Eran cerca de las doce de la mañana y lo sucedido tenía visos de haber sido solo una toma de contacto, el enemigo quería conocer la capacidad de respuesta del campamento. Medir las defensas españolas y de paso desgastar a los soldados. Luis intentaba organizar sus ideas y escribía de forma compulsiva en su libreta aprovechando la tregua, el cabo Pardo y Cantalicio volvían a fumar sentados apoyándose en los sacos terreros. ¿Habría terminado el asalto de manera definitiva? Se preguntaba Luis, ¿había muertos o heridos entre los nuestros?, ¿cómo valoraba el ataque el comandante Benítez? Se acercó a hablar con el teniente Sierra, estaba situado en el centro del muro mirando por una tronera. Buscaba a alguien que pudiera responder a esas preguntas.

—Teniente, me alegro de verle de una pieza.

—Lo mismo digo periodista. ¿Ha sido su primer combate? —contestó volviendo a mirar con sus prismáticos hacia las posiciones del enemigo.

—Sí, hoy voy de bautizo. ¿Hemos tenido bajas? ¿Volverán?

—No hay muertos que yo sepa, pero una cosa es segura, que esto es solo el principio.

El periodista comprendió que aquella situación no era para tomarla a broma, y tras una mueca siguió con el interrogatorio al oficial.

—Antes, viendo el humo que salía del zoco de Uxanen, comentó el comandante que era algo planeado. ¿A qué se refería?

El teniente se apartó de la tronera y bajando los prismáticos que quedaron colgados de su cuello. Contestó a Luis que los moros solían reunirse para hostilizar de manera esporádica a posiciones fáciles o realizaban rápidas emboscadas a los convoyes. Después, volvían a sus

poblados con el botín o con una bala en el cuerpo. En este caso, sospechaba el comandante que esta ofensiva respondía más a un plan meditado y concebido para un fin, seguía una estrategia que no quería ni imaginársela, aunque era muy clara para él.

—Periodista, si querías una exclusiva para tu periódico aquí la vas a tener.

—Desde luego —sonrió con cara de circunstancia sin saber si debía preocuparse por lo que acababa de oír o tomarlo como una broma.

El teniente se alejó dejando a Luis tomando notas en su libreta. Miró a su alrededor. Los soldados no bajaban la guardia y repartían la munición, aquella tregua podía terminar en cualquier momento y debían estar preparados. Decidió volver a la tienda y así poder escribir sobre lo vivido más tranquilamente y protegerse del sol.

Pasada la tarde, el movimiento dentro del campamento se detuvo, los trabajos de refuerzo en las defensas y reabastecimiento habían terminado y los soldados descansaban, otros vigilaban los alrededores del campamento desde las aspilleras. Todo parecía calmado, pero los soldados se preguntaban si la harka regresaría por la noche.

En los corrillos surgió el rumor de que podría ser una jugada de tanteo por parte de los moros, saber si la posición disponía de fuerzas suficientes para defenderla, si tenía armamento y artillería para rechazar una acometida en toda regla.

Algunos de los soldados con los que Luis pudo hablar antes de que el campamento quedara invadido por el silencio, deseaban que la harka atacara, estaban cansados de jugar al gato y al ratón y tenían ganas de vengar la afrenta de Abarrán. Otros en cambio, solo pensaban en el relevo y en salir de allí cuanto antes. Los que llevaban más tiempo en el ejército callaban, guardaban para ellos sus opiniones, aunque no pudieran ocultarlas con su mirada. No parecía que les gustara lo que pasaba, dedujo Luis, pero no podían hacer nada, así pues, lo que sucediera era indiferente. Estaban allí. Pasara lo que pasara, les tocaría a ellos. Llegado el momento solo podrían confiar en ellos, en su máuser y en su puntería.

18

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

¡La Harka!

Jueves, 14 de julio. El campamento levantado en la loma de Igueriben ha sido hostilizado por parte de la harka mora que en gran número han intentado tomar dicha posición, a la que me he trasladado desde Annual con el fin de hacer llegar a los lectores de

este periódico las noticias desde primera línea de batalla. Desde primeras horas de la mañana los soldados españoles fueron paqueados sin descanso hasta las seis de la tarde, hora en la que el enemigo dejó de hostigarlos. Este periodista que llegó a dicha posición el día 13, da fe de la entrega de sus soldados por defender la bandera a la que han jurado lealtad y que ondea en lo alto de este pequeño reducto protegido con piedras, sacos terreros y alambre espinoso. He podido comprobar como los soldados, de manera casi autómata, gracias a su entrenamiento, cumplen las órdenes que sus oficiales dan en pos de lograr la victoria. Casi sin alimento, con tan solo un café y una lata de sardinas acompañada de unas galletas, han luchado bajo un sol abrasador que hacía imposible poder respirar el aire ardiente de la atmósfera en la que nos vemos envueltos. He notado el sabor de la pólvora en mi boca seca, mis manos sudaban y temblaban con cada explosión de la artillería impidiéndome escribir con claridad esta crónica.

Después del intento de asalto que se saldó sin muertos por nuestra parte, pero con decenas de caídos en el bando contrario, y en la creencia de que volverían a atacarnos, los defensores pasaron todo el día apostados en sus troneras dispuestos a devolver cada bala que impactara en nuestro muro defensivo, las lamentaciones de los moros caídos allí donde fueron abatidos eran escuchadas por todo el campamento. Al llegar el fin de la tarde el paqueo finalizó y pudimos oír como retiraban a sus bajas del campo de batalla amparados en la oscuridad. Por nuestra parte, y movidos por un principio cristiano y honorable, los dejamos hacer no sin estar vigilantes en la sospecha de que se tratara de un ardid.

La noche fue respetada y no hubo hostilidades por parte de los moros, no obstante, el servicio de vigilancia era tal que permitía dormir plácidamente al resto de los habitantes de este pequeño corralito.

El espíritu de hermandad que existe hace que este corresponsal sienta envidia de no ser soldado, de no pertenecer a este grupo, la amistad, el sacrificio y el compañerismo que se nota entre ellos me llena de orgullo.

El día 16 los dejaré para regresar al campamento de Annual y tengo intención de visitar desde allí otras posiciones más cercanas a la Bahía de Alhucemas, objetivo final de esta campaña militar. El 25 de julio, coincidiendo con la festividad del Apóstol Santiago, las tropas españolas llegarán a esta bahía derrotando definitivamente a los rifeños. Es posible que el mismo rey Alfonso XIII, acompañado del general Silvestre, visite la zona sellando con su presencia el fin de esta exitosa campaña, mientras tanto, seguiré informando a los lectores de este periódico de las acciones de nuestro ejército desde

primera línea de combate.

Amanece un nuevo día en Igueriben, es viernes y la luz del sol inunda el horizonte con colores anaranjados. La noche había sido tranquila, tan silenciosa que abrumaba, la guardia y vigilancia nocturna se habían reforzado y todo aquél que pudo dormir lo hizo con el equipo puesto y el fusil en mano. Intranquilos, sabedores de que un ataque nocturno podría llevarse a cabo en cualquier momento, los oficiales se mantuvieron en sus puestos dando confianza y serenidad a sus soldados. Tan solo el comandante Benítez, aquejado de un fuerte dolor de cabeza se retiró un par de horas a su tienda para descansar, dando orden de despertarlo pasado ese tiempo.

Luis se levantó temprano aquella mañana del 15 de julio, esta vez no hizo falta que todo el campamento en armas sirviera de despertador, en esta ocasión y pese a lo trabajado del día anterior se despertó por un motivo simple: tenía sed. La garganta aún le molestaba y bebió con ansiedad el agua que le quedaba en la cantimplora, ahora debía rellenarla. Se vistió rápido. Se abotonó la camisa y se puso el pantalón con los tirantes, se calzó las botas y cogiendo la cantimplora salió de la tienda tapándose los ojos molesto por el cambio de luminosidad. Andando con cierto ímpetu y prisa llegó a la zona del depósito de víveres, situado junto a la de telegrafistas y cerca de la tienda del comandante; pudo ver que no era el único que quería llenarla, varios soldados hacían cola con gestos de nerviosismo mientras el sargento Ansa, su amigo Manuel y otro soldado intentaban desesperadamente poner orden pidiendo calma y asegurando que habría para todos. Ellos eran los encargados de custodiar las cubas de agua y de repartirla según las órdenes dadas. Uno de los soldados que ya la había llenado, se quejaba a los compañeros que seguían en la fila haciéndose más larga a medida que pasaban los minutos. Protestaba porque solo le habían dejado llenar la cantimplora hasta la mitad. Cuando Luis oyó aquello no pudo remediar elevar su vista al cielo y ver a ese sol abrasador que mandaba en aquel montículo, aquel sol inmisericorde y letal.

Al aparecer más soldados las protestas se generalizaron. Manuel llenaba la cantimplora a Luis cuando apareció Benítez. De pronto las quejas a viva voz dieron paso a los murmullos casi mudos. Benítez se acercó hasta las cubas de agua y se dirigió a los soldados con mirada desafiante.

—Las restricciones de agua son necesarias para poder asegurar un abastecimiento general y prolongado —dijo Benítez—. Dependemos del convoy de Annual, la aguada al zoco se suspende por falta de seguridad hasta nueva orden.

El comandante miró fijamente al sargento Ansa.

—Media cantimplora por soldado y día. La oficialidad correrá la

misma suerte y no habrá favoritismos pues todos estamos juntos en esto, ni siquiera para el comandante de la posición. Sargento, le hago personalmente responsable de que el reparto se realice con igualdad, y arreste a quién se crea con derecho a beber más.

Manuel aprovechó que todos estaban atentos a lo que Benítez decía y echó un cazo más de agua a la cantimplora de Luis, le guiñó un ojo y Luis sonrió agradecido. Cerró su cantimplora y dejó paso al siguiente en una fila que se había quedado muda tras el discurso de Benítez. Las quejas y protestas dieron paso al pesimismo y a la duda, pero al menos, estas se hacían en silencio, Benítez necesitaba toda la concentración posible para plantear la defensa de la posición. Luis le dio un sorbo a su cantimplora y cuando iba a darle otro, se paró pensativo recordando lo escuchado, optó por colocar el tapón decidido a reservar tan escaso líquido. Pensó en acercarse a la tienda del comandante aprovechando que después de aquel discurso nadie se atrevería a verle.

—¿Da usted su permiso comandante?

—¿Qué quiere? —respondió contrariado.

El oficial estaba de pie frente a su mesa, se apoyaba con los brazos en esta y respondió a Luis sin despegar la mirada de un mapa lleno de líneas rojas y negras junto a símbolos que indicaban las posiciones de tropas y zonas de combate.

—¿Tan difícil lo ve? —ahora Benítez si lanzó una mirada al periodista.

—¿Es usted…? Venga señor periodista —dijo haciendo un gesto con la mano invitando a Luis a que se acercara.

—El plan de Silvestre —indicó—. Acabar con los Tensamanis y Beni Urriaguel desde Annual, para ello pretende partir en dos la línea del Amekran con un avance múltiple desde todas las posiciones, llegar a la desembocadura del Nekkor y desde allí hasta Alhucemas… Y ahora vea la realidad, esto es Igueriben; aquí, Annual y esto es el zoco de Uxanen, donde hacemos la aguada. La Loma de los Árboles aquí, estos los caminos del convoy y este, el camino de Izummar por el que vinimos desde Melilla y por donde llega el suministro de víveres, tropas y municiones a Annual. Aquí, aquí y aquí trincheras enemigas. Esto de aquí, posiciones donde se concentra la harka y ahí más posiciones…, es posible que por esta zona existan grupos de caballería mora —Benítez continuaba moviendo su mano indicando sobre el mapa las posiciones enemigas—. Estimo que entre cinco y diez mil rifeños pues no tenemos mucha información en cuanto a los efectivos enemigos. Como verá estamos copados, las líneas de abastecimiento controladas por ellos, las cotas más altas también están bajo su control y quizás nos bombardeen con los cañones que se rumorea tomaron en Abarrán. La situación no es difícil señor, es imposible. Y el plan de

Silvestre…, un castillo de arena. La Loma de los Árboles manda sobre nosotros y está en su poder, ellos saben que es vital y por eso se han atrincherado allí, ayer nos quitaron la aguada del zoco y ahora dependemos de Annual —Benítez hizo una pausa—. Y si cae Igueriben caerá Annual y si cae Annual caerá Melilla —Benítez chasqueó la boca y resopló—. Debemos aguantar como sea, debemos resistir, de nosotros depende la suerte de todo lo que se ha conquistado hasta hoy; y lo peor de todo es que nosotros dependemos de ellos para nuestro abastecimiento. Esperemos que Mingo haya hablado con Silvestre y sea capaz de hacerle ver lo vital de nuestra posición y nos mande los refuerzos que necesitamos.

—Ayer atacaron y se retiraron, tal vez se hayan marchado. Tal vez...

—Parece que no lo ve. Estamos rodeados y si desde Annual no les hacen retirarse de sus posiciones... No saldremos de aquí —Benítez dirigió una mirada al periodista—. Si quería contar muertos, aquí lo hará.

19

El griterío y los vítores que empezaron a oírse hicieron callar al comandante Benítez y a Luis por un instante intentando escuchar lo que sucedía fuera, en ese momento el asistente del comandante entró con cara sonriente y muy acelerado en la tienda.

—Comandante. ¡Un cantinero! ¡Ha llegado un cantinero!

—Tráigalo inmediatamente aquí. Debemos interrogarlo.

—A sus órdenes.

El asistente salió de la tienda con gran rapidez para llevar al cantinero a presencia del oficial.

—Lo ve comandante, si el cantinero ha llegado aquí, el convoy también.

—Ya veremos, las suposiciones son malas compañeras de viaje. Y más en estas circunstancias…

Los cantineros hacían negocio con los soldados españoles vendiendo tabaco y licores, pero también con los moros en los zocos y poblados, eran comerciantes y el dinero no entiende de bandos ni colores, sino de oferta y demanda y aquí, precisamente aquí, en las posiciones aisladas es donde la oferta escaseaba y la demanda aumentaba.

—Mi comandante, el cantinero espera…

Benítez hizo un ademán con la cabeza al soldado indicándole que podía hacerle pasar. Luis inició su retirada de la tienda cuando Benítez le pidió que se quedara, su intención era que el cantinero no se viera

cohibido al estar solo ante la presencia del militar. Tal vez, al acompañarlo un civil y siendo este un periodista como así se lo presentaría al cantinero, pudiera hacer que soltara algo más la lengua.

—Mi comandante, le presento a Fermín el cantinero.

—Gracias Martínez, que pase y retírese.

—¿Da usted su permiso?

—Pase, pase, por favor adelante —contestó Benítez con amabilidad —. ¿Quiere un poco de agua? Hace calor verdad, siéntese por favor.

—Se agradece, hace «*caló*» sí, pero uno se acostumbra a «*tó*».

El cantinero sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón con el que se secó el sudor de la frente. Luis pudo descubrir las profundas entradas que tenía en su cabeza al quitarse el sombrero de paja que llevaba puesto. No obstante, mantenía bastante pelo para estar todo el día al sol, pensó. El cantinero, de cabeza prominente, cuadrada y facciones duras miraba con un ojo más abierto que otro, tenía la cara arrugada y morena por los años y el sol. Con sus manos rudas, manoseaba nervioso el sombrero. Sus brazos y la parte del pecho expuesta al sol por la abertura de la camisa que se abotonaba hasta la mitad tenían un color rojizo.

—Le presento a Luis Codrán, es periodista y está con nosotros de paso.

—Encantado Fermín, ¿qué tal el viaje? —remató el periodista ofreciendo su mano al recién llegado.

—Mucho gusto en conocerle, pueden llamarme *Cajas*, todo el mundo me conoce así. El viaje «*jodío*», no están ustedes precisamente en una pradera —rio el cantinero—. ¿De verdad es usted periodista?

—Sí, sí lo soy, si quiere luego podríamos hacer alguna foto de usted con los soldados, ¿qué le parece?

—Y saldría en los periódicos… —dijo suspicaz.

—Al menos en los de Madrid.

—¡Leche! Eso sí que es ser importante —concluyó satisfecho.

—¿Ha visto moros al venir aquí? —terció Benítez.

—Sí que los he visto comandante, había moros a caballo y a alguno he visto «*escondío*», pero como si «*ná*». A nosotros los cantineros no suelen hacernos mucho caso, somos comerciantes que compran y venden. Y puestos a robar, esperan a que salgamos de los campamentos o de los zocos, ahí es cuando hay que estar más pendientes, ¿sabe usted?

—Imagino. ¿De dónde viene Fermín?

—De Annual señor comandante, llegué ayer por la tarde, anteriormente estuve en Drius. Mayormente prefiero los campamentos grandes, sabe usted, pero pensé que aquí arriba estarían algo «*necesitaos*» y anoche me dije: Fermín, «*tiés*» que hacerles una visita a los de la colina, y aquí estoy.

—Ya, y de paso marca el terreno y hacemos algo de negocio, ¿verdad?

—Como ya le he dicho señor comandante soy comerciante, yo también tengo una familia que alimentar.

—Claro, espero que no tenga nada que se encuentre en mal estado, sobre todo el vino. Si uno solo de mis soldados cae enfermo por algo que haya comido o bebido que usted haya vendido le hago fusilar, ¿entendido?

—Sí, sí, sí, claro señor comandante yo le puedo asegurar que no hay «*ná*» que yo tenga que esté en malas condiciones, sabe usted, Fermín *El Cajas* solo «*tié*» mercancía de calidad. Las latas no «*tién*» golpes, ni están «*pasás*» y el vino…

—Bien, bien amigo cantinero, le dejo para que pueda irse a vender, pero antes dígame una cosa, ¿qué camino ha recorrido para llegar hasta aquí desde Annual?

—Pues me dijeron que tomara dirección sur, siguiendo las vaguadas y barrancadas, dejando la Loma de los Árboles a la derecha, y la verdad, parece que me quisieron gastar una broma porque el caminito se las trae.

—Sí, el caminito se las trae… Está bien Fermín, eso es todo.

El cantinero abandonó la tienda de Benítez, este volvió a mirar el plano que tenía sobre la mesa y observándolo se repetía a sí mismo: «le han dejado pasar…», «le han dejado pasar…»

—Lo ve comandante, tenemos camino libre para ir a Annual y que ellos vengan aquí.

—¿Usted cree? Un simple cantinero no es presa para ellos. Si le hubieran atacado sabríamos que los pasos y caminos están cortados; dejándole libre, nos están invitando a salir. Están preparando la emboscada y nosotros vamos a luchar allí donde ellos quieren —dijo enfurecido—. Reforzaremos la posición, los servicios de vigilancia no se limitarán a este reducto, una escuadra vigilará el exterior y el camino de acceso, al menos de día. Si hoy no hubiera agresiones por parte de la harka tal vez mañana venga el convoy, de cualquier forma, mantendremos las restricciones de agua, dependemos de ella para nuestra supervivencia.

—Estoy seguro comandante. Le dejo, veo que tiene mucho en que pensar y yo tengo que trabajar. Le veré más tarde —comentó el periodista saliendo de la tienda.

— Sí, ya nos veremos —murmuró Benítez sentándose dispuesto a escribir unas notas sobre su mesa.

Luis salió de la tienda. Fuera, un soldado hacia guardia y le ofreció un cigarrillo siguiendo la costumbre de mantener la amistad con todos los que pudieran facilitarle su labor reportera. Mientras caminaba hacia su tienda, pudo ver que el cantinero ya había montado con palos

y lonas, que tendrían piojos en cada centímetro cuadrado de estas, todo un tenderete para su negocio. Dejó ver una leve sonrisa en su boca pensando que el cantinero se iba a forrar como tardarán mucho en enviar el convoy. Tenía igual cola que la del reparto de agua.

20

Luis empezó a echar de menos el Hotel Reina Victoria de Melilla y recordó su casa en Madrid con todas sus comodidades cuando notó como la naturaleza les pedía a gritos una visita a las letrinas. Desde que salió de Melilla no había ido a defecar. El viaje, el cambio de hábitos, las emociones vividas y el hecho en sí de estar en la incomodidad de un campamento con trescientos soldados, hicieron retener lo que ahora pedía a gritos salir.

Las letrinas se encontraban fuera de la posición, a cuarenta metros del parapeto este, donde se encontraba la entrada y el camino de la aguada. Estas letrinas estaban destinadas a la tropa y como era de suponer, eran de todo menos higiénicas. Consistían en dos trincheras paralelas excavadas en el suelo y separadas entre sí algo menos de dos metros. Se habían colocado sobre ellas unos cajones de madera con orificios para sentarse, ofreciendo así cierta comodidad. Se levantaron a su alrededor paredes de piedras y sacos terreros de manera que sus ocupantes estuvieran a salvo de cualquier *paqueo*. Había varios orificios a modo de troneras para facilitar algo la ventilación que, por otro lado, era del todo inexistente teniendo en cuenta que la cubierta de chapa de zinc expuesta al sol lograba que dentro de estos aposentos la respiración se convirtiera en un milagro. Los servicios diarios de limpieza e higiene se hacían por el día, la presencia de una escuadra que vigilaba el camino de acceso daba cierta seguridad y tranquilidad para los usuarios. Sin embargo, muchas veces la tropa aprovechaba los cortados tan pronunciados localizados al sur y al oeste de la posición, preferían hacer sus necesidades al aire procurando no recibir algún *pacazo*. Dentro de la posición, dos retretes eran usados por la oficialidad y para las emergencias nocturnas, consistían estos en pozos excavados donde se introducía un bidón agujereado para facilitar la salida de los orines, llenado el bidón de excrementos se cambiaba quemando el contenido del saliente. No obstante, en cada tienda era común el uso de una lata o vaina de un proyectil de cañón para las necesidades nocturnas, siendo vaciada por el último en usarla o por el que la colmara. Lo que antes llegara.

Luis agarró el periódico del *Telegrama del Rif* del día doce con el que salió de Melilla y se acercó a la letrina, en la entrada vio clavados en un anillo de alambre varios manuales del fusil máuser a los que le

faltaban las hojas, utilizadas ahora para usos menos nobles que la enseñanza. Al entrar sufrió el cierre de sus fosas nasales casi de manera inmediata; las moscas, el hedor y el aire irrespirable hizo que con su mano se tapara la nariz. Entró y vio a dos soldados que se encontraban allí. Al verlos hizo de tripas corazón y apartó la mano de la cara pues no quería dar sensación de debilidad. Se acercó lentamente a uno de los orificios de los cajones montados espantando las moscas que sobre este revoloteaban y al bajarse los pantalones no pudo aguantar más. Se los volvió a subir y salió corriendo hacia la salida dando arcadas, lo que originó la risa de los dos soldados que allí estaban.

El periodista salió apoyándose con una mano en la pared de piedras y sacos que formaban la letrina intentando no vomitar respiraba profundamente, levantaba la cabeza procurando aspirar el máximo de aire, pero era misión imposible. Uno de los soldados que se encontraba en la letrina salió fuera.

—Cuesta acostumbrarse al olor, pero en unos días la nariz se hace insensible.

Luis, que estaba de rodillas con una mano en la barriga y la otra apoyada en el suelo, intentó contestarle al tiempo que su estómago se contraía con unos movimientos espasmódicos que le produjeron arcadas.

—No creo que pueda —dijo con dificultad.

—Tranquilo, vosotros los de ciudad no estáis acostumbrados a estas situaciones, pero al final te acostumbrarás zagal, porque cagar tienes que cagar todos los días ¿verdad?, a mí también me costó al principio, pero en dos semanas...

—No pienso estar aquí tanto tiempo —interrumpió Luis mientras se ponía en pie, limpiándose la boca con el puño de la camisa.

—Pues donde vayas no creas que te vas a encontrar algo mejor.

Los dos soldados ayudaron a Luis a levantarse y mientras este se ponía en pie le aconsejaron que por esta vez lo hiciera fuera de las letrinas, ellos le esperarían fumando un cigarrillo mientras vigilaban, cosa que, dadas las circunstancias, a Luis le pareció lo mejor. Terminado el asunto y algo más entero, al llegar a la altura de los soldados se miraron los tres soltando una risa.

—La vida en la milicia —dijo en plan filósofo el soldado Serafín.

—La verdad, no sé cómo podré escribir esto en mi periódico.

—Escribas lo que escribas, lo utilizaremos para limpiarnos el culo —dijo el otro soldado que se llamaba Oviedo, riendo nuevamente los tres mientras marchaban de vuelta.

Ya en el campamento, Serafín y Oviedo volvieron a sus obligaciones. Consistían en ese momento en la limpieza y engrase de las ametralladoras apostadas junto a la entrada. Luis se quedó con

ellos para poder saber más sobre sus dos nuevos amigos.

—¿De dónde sois?

—Yo soy de Lorca y cuando termine nuestra vida militar nos iremos juntos a Madrid y montaremos una taberna... ¿Es o no es Serafín?

—Es, Oviedo, es —respondió este.

—¿Trabajabais en una taberna antes de estar en el ejército?

—Yo sí, pero Serafín trabajaba como jornalero en el campo.

—Así es, de sol a sol y cobrando una miseria, lo justo para comer y poco más, siempre dependiendo del patrón, pero eso se va a terminar. Con nuestra taberna no tendremos jefes, seremos nuestros dueños. Con el dinero que ahorremos de estos años tostándonos al sol podremos empezar una nueva vida, sin nadie que nos mande.

—La llamaremos *El Bigotes* —dijo con malicia—. Cuando venga le invitaremos a un trago periodista.

—Me pasaré, lo prometo. ¿Qué tal con ellos? —preguntó Luis refiriéndose a la policía indígena que estaba asignada a la posición.

—De esos no se puede fiar uno, y menos después de lo de Abarrán. Según dicen, mataron a su oficial y se pasaron al enemigo. No me gusta tenerlos junto a mí.

—Pero también los hay leales a España.

—¿Y cómo los distingues *Plumilla*? Tú sabes si este es andaluz o gallego o catalán, pero cómo sabes si ese es de una cabila amiga o enemiga, cómo saber si cuando llegue el momento no te pegará un tiro y chaqueteará. No se puede tener un ojo en el frente y otro en la espalda cuando hay jaleo. Ni nosotros, ni nuestros oficiales se fían, ¿por qué tienen que estar aquí? Hay que saber escoger a los aliados y esta gente hoy son tus amigos, pero como los mires mal o se les antoje irse con otro, te rebanan el cuello en un suspiro.

Luis estuvo un rato más con sus nuevos amigos en el puesto de ametralladoras y pasados unos minutos se dirigió a su tienda. Aprovechando la luz y que había una relativa calma quería tomar varias fotografías del campamento y sus moradores en la ejecución de las tareas diarias. Si todo seguía su curso, a la mañana siguiente abandonaría el campamento aprovechando el convoy, por lo que hoy debía conseguir muchas entrevistas y hacer todas las fotos que pudiera para tener material suficiente con el que poder realizar las crónicas.

Al dirigirse a su tienda, se tropezó con el teniente Sierra que iba con el teniente Castro Muñoz camino del depósito de víveres.

—Hola *Plumilla*, ¿has dormido bien?

—Teniente Sierra buenos días. Me costó coger el sueño... El calor y esa almohada…, sin olvidarme del catre —sonrió el periodista.

—Aquí se echa de menos ciertas comodidades del hogar, te presento al teniente Castro, de la 4ª compañía, vamos a por un poco

de café, ¿nos acompañas?

—Por supuesto, si me permiten un minuto iré a mi tienda y cogeré mi kodak y una libreta para tomar notas —dijo Luis alejándose de los tenientes a paso acelerado.

—Aquí estamos —concedió Sierra.

Luis volvió al rato y tras recuperar el aliento pudo hablar con ellos. El teniente Castro Muñoz era soldado profesional y le venía de familia. Se había quedado al mando de su compañía tras la partida del capitán Fernando Correa a Melilla por estar su esposa enferma. Tomó muy en serio las labores y responsabilidades del mando. Conocía de sobra al enemigo pues llevaba tiempo en África, coincidiendo en las apreciaciones de Sierra y otros militares sobre lo arriesgado de la posición de Igueriben y la delicada situación en la que se encontraban.

21

Después de comer con los oficiales Castro y Sierra, Codrán buscó a su amigo Manuel al que no veía desde el reparto de agua, tuvo el gesto de llenarle la cantimplora con un poco más del preciado líquido y quería agradecérselo. Cuando lo encontró le pidió que lo acompañara, quería tomar varias fotos de los soldados y de paso, alguna instantánea de su amigo que mandar al periódico para que la publicaran. Pensó que sería un bonito regalo para su madre ver a su hijo, aunque fuera en la portada de un periódico. Se dirigieron al sur de la posición, que era defendida por la cuarta compañía del tercer batallón de Ceriñola.

Pasaron junto a un grupo de compañeros que engrasaban y limpiaban sus armas. El armamento, viejo, anticuado y demasiado usado, requería un continuo mantenimiento para poder ofrecer la mayor seguridad en el tiro. Allí estaban los cabos Manuel López Prada y Alfonso Sánchez Rodríguez junto a los soldados Fernando Colón, Alejandro Cordero, Justo Corral y un joven llamado Santiago Molina. Luis los fotografió a todos delante de la tienda, con sus bayonetas y fusiles en actitud desafiante. Tuvo el acierto de anotar sus nombres para preparar la correspondiente crónica que adjuntar a la foto. Los soldados se colocaron de diferentes posturas; unos en actitud cómica; otros solemnes y alguno distraído miraba a otro lado, pero se colocaban todos. Nadie se negaba a salir en una fotografía.

Luis enfocaba y disparaba con su kodak.

—Menuda cara de patibularios tenéis todos —dijo riendo, siendo acompañado por las risas de los soldados—. Mandaré esta foto lo más rápido posible a Madrid y cuando la publiquen tu madre podrá ver que estás bien.

—Me conocerán en todo Madrid, cabo —dijo Manuel al cabo Prada —. Mi amigo el periodista me va a hacer famoso, me van a rifar todas las mujeres guapas de la capital.

—Yo que me alegraré tocayo —respondió Prada—. Y espero que te toque una de esas mujeres que no te deja ir a la taberna con tus amigos a echar unos vinos, y que te obligue a trabajar de sol a sol y así ella pueda comprarse uno de esos vestidos repipis para irse con las amigas. Y tú estarás en casa limpiando los culos de tus hijitos.

—Por favor, no dejes que me case nunca —le suplicó en actitud burlona poniéndose de rodillas frente a él.

Luis abandonó poco después aquella animada reunión no sin antes enterarse de cómo se montaba y desmontaba el fusil máuser. Lección que fue impartida por Cantalicio.

No era la primera vez que Luis cogía un arma. En ocasiones se iba de caza con su padre y no era mal tirador. Prueba de ello era su cuarto puesto en la competición de Tiro al Pichón, celebrada en la Casa de Campo de Madrid, en la que fue felicitado, por el mismo Alfonso XIII que acudió al evento, al ser uno de los competidores más jóvenes.

Aunque aquel máuser del 93 no era precisamente su escopeta Wolf Patent n.º 2, seguía siendo un arma terrible en manos de un buen tirador.

La tarde se precipitaba por el horizonte y el periodista buscaba a alguien del cuerpo de artillería con quien hablar. Junto con los de telégrafos, formado por tres soldados de la estación de señales, eran los únicos que faltaban por tachar de su lista, sin contar con los miembros de la policía indígena. Con estos últimos tenía serias dudas de si aceptarían hablar con él.

A Luis le sorprendía la rapidez con la que los telegrafistas interpretaban los destellos de luz y la responsabilidad que tenían en la transmisión de las órdenes encriptadas. No quería irse sin saber algo más de ellos y de los códigos de cifrado.

Decido a concluir con su labor periodística, se encaminó con su cámara de fotos hacia la batería de cañones. Había comprobado que su kodak era un elemento muy útil para iniciar una conversación, una historia. La cámara de fotos como instrumento del tiempo, como vehículo hacia la inmortalidad. A quién no le gustaba ser retratado, dejar para los años venideros su impronta, que sus hijos o nietos pudieran ver cómo eran de jóvenes, recordarles después de muertos tal y como eran ahora: joviales, fuertes y soldados.

No le fue difícil reunir a un grupo junto a un cañón *Schneider* y su munición, y pertenecían al Mixto de artillería. Estaban realizando tareas de mantenimiento de los cañones, su engrase y limpieza. Estas tareas llenaban las horas de las largas jornadas bajo el sol abrasador. En otra pieza artillera se realizaban maniobras dirigidas por Federico

de la Paz. Este oficial sabía que la rapidez y la efectividad en un combate era vital, pues solo la precisión y la eficacia podían suponer la diferencia entre la vida y la muerte. Hacían simulacros de tiro con sus cañones, a los que habían bautizado como uno, dos, tres y cuatro. Luis era ya conocido en el pequeño campamento y allí, en el costado oeste, junto a varios de sus oficiales, como el teniente Bustamante y sus artilleros a los que De la Paz llamaba *«Fieras»* estaban José Olivet, Bernardino Sánchez, Ángel Fontanilla, Napoleón Carazo conocido por sus compañeros cariñosamente como *«Napo»,* Domingo Iglesias, al que le habían puesto el mote de *«el Fraile»,* Ricardo González, Pedro Martínez y varios más que rápidamente posaron con sus piezas. A horcajadas, sobre el cañón se colocaron el soldado Carazo y el cabo Iglesias, en el centro el capitán De la Paz y Bustamante y el resto de la tropa rodeándolos; unos sosteniendo las balas del cañón; otros abrazándose por el hombro con caras sonrientes, como Ricardo Andréu con Ricardo Amell. De todos ellos Luis tomó nota de sus nombres. Todos se agolpaban a su alrededor, «yo soy…», «yo me llamo…», «oye no me pongas el mote…», nadie quería quedarse sin decirle su nombre al periodista para que apareciera en el periódico.

El capitán De la Paz tuvo al fin que poner orden y mandó que continuaran con las tareas; quería tener los cuatro cañones preparados antes de que anocheciera pues dos de los cañones eran engrasados al tiempo que otros dos permanecían listos para la defensa.

—Vamos, volved al trabajo, *Plumilla* no me los distraigas que tienen que hacer.

—De acuerdo capitán, con la condición de distraerle a usted unos minutos —dijo con una sonrisa en la cara ofreciéndole un cigarrillo.

—Está bien, pesado, pero solo tienes hasta que estos terminen el engrase, y llámame Federico que tú no eres militar. Teniente supervise usted los trabajos y avíseme en cuanto termine.

—A la orden —contestó riendo.

—¡Ah! y no te olvides de repetir lo que hay que hacer en caso de inutilizar los cañones.

Esta vez Bustamante no sonrió ni contestó, se limitó a apretar los labios y asentir con la cabeza.

Luis se quedó junto al oficial y allí mismo, viendo la puesta de sol, inició su charla.

—¿Qué cree que podría suceder?

De la Paz no contestó, se limitó a mirarlo y a encogerse de hombros, suspiró y empezó a contar a Luis que quería ver a su hija de siete meses, no quería perderse los primeros pasos de su pequeña Marisa, sus primeras palabras, sus primeras risas, sentir el tacto de su pequeña mano sobre su cara, su aliento al quedarse dormida sobre su pecho. Quería volver a su casa con su mujer Lola y ver a su hija.

El periodista pudo comprobar como detrás de aquel uniforme y ese aspecto de grandullón había una persona, amable y familiar. De la Paz era el segundo al mando, si algo le pasaba a Benítez, él sería el responsable, no solo de su batería sino de todo el campamento y por eso mismo, desde que llegó a Igueriben se preocupaba de pasar por todos los puestos. Tenía muy en cuenta todo lo que Benítez había dicho, pues era un comandante con mucha experiencia militar y ya conocía lo que era estar en situaciones comprometidas.

—Todo listo mi capitán —el teniente Bustamante se acercó dónde estaban Luis y De la Paz—. Los cañones están engrasados y listos para su uso.

—¿Y los *Fieras*?

—Siempre dispuestos.

—Estupendo, pues aquí te quedas con el *Plumilla* que voy a terminar de inspeccionar los cañones. Hasta la vista periodista, si no nos vemos más, acuérdate de mandar esa foto a mi esposa.

—Así lo haré Federico y gracias por todo.

El capitán estrechó la mano de Luis y se despidió.

—Buena persona —le comentó Luis al teniente.

Bustamante se apoyaba en un saco terrero al tiempo que sacaba un cigarrillo de su pitillera y lo encendía.

—Y un buen oficial. Respetado por todos, y eso aquí es difícil.

—¿Aquí? ¿En Igueriben se refiere?

—No, no me refiero a Igueriben, me refiero a Melilla. Los hermanos De la Paz son conocidos y respetados, son buenos oficiales. Miguel de la Paz, también es artillero y está en Annual. Federico bromea mucho cuando disparan desde el campamento para apoyarnos diciendo que un día una de esas caerá dentro del campamento porque su hermano tiene muy mala puntería.

—¿Lo conoce desde hace mucho?

—Desde la academia de artillería, y de eso ya ha llovido. Compartimos la tienda con el teniente Galán de ametralladoras, ¿te lo han presentado?

—Sí, ya he hablado con él, ustedes son los últimos, bueno... Me faltan los telegrafistas. ¿Lleva mucho tiempo en esto?

—Algo… Me alisté en la infantería de marina ya que mi padre fue capitán de ese cuerpo, pero al final ingresé en artillería. Llegué a Melilla hace tres años y he estado con el capitán De la Paz desde entonces. Tendrás que disculparme, pero… —se excusó Bustamante dando una última chupada al cigarrillo y tirándolo con un movimiento del dedo índice bajo su pulgar.

—Claro, lo comprendo, no se preocupe, una última pregunta si no le importa.

—No me importa —dijo.

—Antes, el capitán le recordó lo que debían hacer los soldados en caso de inutilizar los cañones… ¿Cree usted que podría suceder?

—Todo es posible *Plumilla,* en cualquier caso, debemos estar preparados para inutilizarlos y para reservar una última bala… Hasta mañana periodista.

Bustamante se alejó dejando a Luis que encendió un cigarrillo mirando como terminaba aquel día en Igueriben. Sonreía mientras el viento se llevaba el humo saliente de su boca. Todo iba a la perfección, tenía material bueno y esperaba en apenas una semana pisar la Bahía de Alhucemas. El veinticinco de julio estaba a la vuelta de la esquina y él sería el primer periodista en estar allí y con suerte, el único.

El campamento se preparaba para la noche, se iban reuniendo los soldados que quedarían como centinelas y Benítez recorría el parapeto comprobando las defensas y dando las últimas instrucciones. Si no había problemas Luis partiría con el próximo convoy y abandonaría aquel reducto español en el Rif. Sentía que echaría de menos a esa gente, fue bien acogido por aquella tribu de hombres que fueron a Marruecos por no tener el dinero necesario para evitar el servicio militar, para evitar el horror de Marruecos. Él podía haber sido uno de ellos; ese fue el último pensamiento antes de cerrar los ojos y quedarse dormido, que pudo haber sido uno de ellos, uno más de tantos que iban a Marruecos en alpargatas, sin saber leer o escribir, sin futuro.

VII. 16 de julio de 1921

22

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

Los hombres de igueriben

Igueriben, 15 de julio. Hoy, el enemigo no ha hecho aparición por este montículo pedregoso, lo que nos anima a pensar que mañana se podrá efectuar la tan ansiada aguada y el convoy de abastecimiento nos haga llegar víveres y municiones. Aprovechando estos momentos de calma he podido entablar amistad con varios de los habitantes de este corralito, tal y como lo llama el comandante Benítez. Así he podido conocer al teniente Justo Sierra Serrano del Ceriñola 42, este oficial de treinta años recién cumplidos posee varias condecoraciones, pues participó activamente en la pasada Campaña del Kert y en esta ha tomado parte en Annual, Sidi Dris o Talilit, siempre en puestos de gran peligro y responsabilidad.

He recibido de nuestros compatriotas una sesión de instrucción militar enseñándome el manejo del fusil Máuser modelo 1893, que pese a ser antiguo, aún merece respeto. La ametralladora es algo más complicado, necesita de una constante atención por parte de los servidores, bien introduciendo los peines de munición para evitar que esta se quede sin proyectiles, bien cambiando el cañón para evitar su recalentamiento. El teniente Galán, al mando de la compañía de ametralladoras, maneja dicho equipo como si hubiera nacido para ello. La batería de cañones Schneider de 75 mm que disponemos es harina de otro costal, su manejo requiere gran preparación y estudio para poder acertar en el blanco seleccionado a varios kilómetros de distancia. Pero resulta un juego de niños a manos del capitán Federico de la Paz. Difícil situación la de nuestros artilleros, aquí ya han sido aleccionados y llegado el momento, lo más importante aún más que proteger sus vidas, es la destrucción de su cañón. Muchos me han confesado que prefieren pegarse un tiro a caer prisioneros de la harka una vez sean inutilizados.

El grueso de las fuerzas defensivas pertenece al Regimiento Ceriñola 42, cerca de doscientos cuarenta hombres y el resto de la

guarnición la componen una batería de artillería ligera y una compañía de ametralladoras, este es todo nuestro ejército aquí en Igueriben.

Podríamos decir que he sido adoptado por estos hombres, como si de una mascota se tratase. Me han permitido estos días estar con ellos, aprender de ellos, sentirme orgulloso de ellos. Me han permitido llamarles camaradas, amigos. He podido comprobar lo penoso y duro de su trabajo, del esfuerzo con que a diario realizan sus tareas.

Soy mayor que muchos de los jóvenes que hay aquí y sin embargo ellos parecen viejos a mi lado. Al hablar con ellos descubres que tienen una historia diferente que les ha conducido a Igueriben, pero todos tienen un sentir común. Cansancio y el presentimiento, que no por callado es menos intenso, de la muerte.

Tragan polvo. Pasan sed y miedo. Mal equipados, con los uniformes raídos, apenas comen y los piojos los devoran. La paga llega tarde y menguada. Sin médico o enfermero que los trate en estas posiciones avanzadas. Bajo el ardiente sol africano. Muchos saben que no volverán nunca a España y que sus huesos se quedarán en esta tierra hostil, para siempre. Pero están aquí. Juntos como hermanos alrededor de una bandera. Son el Ceriñola 42. Son soldados de España.

Agachado, intentando no ofrecer un blanco fácil, Manuel se dirige hacia la barraca fortificada donde se almacenan las municiones, tiene solo dos peines, cree que esta vez va a necesitar unos cuantos más y de paso intentará conseguir una granada. Cuando llega se detiene a descansar un rato y tomar aire, sus compañeros, desde el muro de sacos terreros están atentos a cualquier movimiento del exterior y disparan siempre que ven un blanco fácil. El cabo Isidro Hernández era el encargado del polvorín, ansioso por saber que pasa tras el muro le preguntaba a todos los que se acercaban cómo estaba la situación, lleva todo el día encargado de entregar la munición y nadie le dice nada.

—Sigue igual, todo sigue igual, cañoneo desde Annual, ellos se esconden y nos disparan y nosotros esperando a verlos para dispararles antes y así desde que amaneció este maldito día, ni desayunar tranquilos nos han dejado. Me tienen hasta los huevos, se ha suspendido la aguada, llevo tres horas apostado bajo este sol que nos está derritiendo y no he podido cagar en todo el día; a ver si paran de una puta vez.

El cabo golpeó con su mano la pierna de Manuel en ademán amistoso, como diciendo: *«bienvenido al ejército muchacho, te vas a encontrar días como éstos muchas veces»* y le entregó varios peines de munición. Las granadas eran otra cosa y sin orden de entregarlas

quedaban reservadas. Manuel introdujo los peines en las cartucheras de su correaje y preguntó al cabo por Benítez.

—No deja de comunicar con Annual y de entrar en su tienda con De la Paz y Bulnes, que después hablan con Casado y con Castro —dijo aburrido—. Lo de siempre, pero esta vez… Algo se cuece, te lo digo yo que llevo tiempo en esto.

—Lo que se cuece es mi cabeza con este chambergo y este sol.

—Lo que me preocupa son esos fuegos, las hogueras que anoche vimos a lo lejos y las que hoy continúan humeantes —pensativo, el cabo se quedó mirando a lo lejos donde se levantaban columnas de humo blanco—. Sí, son señales no hay duda, pero las intenciones de estas no me gustan nada.

Manuel se despidió militarmente llevando su mano derecha a la sien y la mano izquierda a una granada con el consentimiento casi paterno del cabo. Aprovechando el viaje de vuelta, decidió pasar por la tienda donde estaba Luis. Al entrar de manera brusca lo asustó, pues estaba absorto redactando sus notas y algo nervioso pensando que tal vez no pudiera irse.

—Coño, que susto cabrón —dijo riendo al comprobar que se trata de Manuel.

—¿Qué creías, que era un *Mohamed* de esos?

—¿Cómo va todo? ¿Puedo salir ya del calabozo? —dijo con sarcasmo.

Manuel se encogió de hombros.

—A mí que me cuentas, haz lo que quieras, pero el comandante prefiere que tengamos la fiesta en paz, así que te recomiendo que te quedes aquí.

—Sí, tal vez lleves razón, pero estoy un poquito harto ya de tanto tiro.

—¡Eh! ¡A quién se lo vas a decir! —ironizó su amigo con una mueca burlona desde la entrada de la tienda segundos antes de marcharse.

Luis se asomó al exterior de la tienda, agachado junto a la entrada puede al menos distraerse y ver lo que pasa en el campamento, necesitaba algo de aire y despejar la mente, le dolía la cabeza de tanto disparo y calor. Encendió un pitillo y con evidentes signos de nerviosismo dio una profunda chupada expulsando el humo. Hoy debía marcharse de allí, pero el enemigo no estaba de acuerdo en eso y desde primeras horas de la mañana inició un *paqueo* sobre la posición. Cada disparo que sonaba era seguido de un leve temblor de su mano, agudizaba el oído como si quisiera estar preparado para escuchar el siguiente disparo y evitar el espasmo que le producía, el maldito silbido con un seco *«pof»* al chocar el proyectil contra los sacos. Observó que algunos servicios seguían su curso habitual. No

todos los defensores estaban apostados en los sacos terreros, varios pelotones lo defendían, pero otros quedaban en la reserva para relevarlos. Continuaron con las tareas de fortificación en el muro con las precauciones que ello conllevaba. El cantinero no dejaba de hacer negocio, vendió una cuba de aceite al cocinero, mientras sus ayudantes pelaban más patatas. Los cañones y ametralladoras no se prestaban al combate, no era necesario gastar munición para unos cuantos moros apostados entre rocas que solo pretendían incordiar. Aunque sus servidores no se apartan de sus armas.

Durante la tarde y hasta que el sol desapareció tras el horizonte nada cambió, los moros *paqueaban* la posición manteniendo en un continuo estado de alerta a los españoles que se arrastraban por el muro de sacos terreros, empezaban a perder los nervios cansados de esa situación, sin poder salir del campamento en todo el día, bajo el ardiente sol, sin otra orden que la de permanecer en las posiciones. Con la llegada de la noche cesó el paqueo, tras unos momentos de incertidumbre los soldados pudieron al fin dormir y recuperar fuerzas. Todos, excepto los centinelas y Benítez.

Donato Gracia, como muchos otros jóvenes, salió de su pueblo y dejó atrás una vida para ir a Marruecos y, como muchos soldados, solo pensaba en salir de allí lo antes posible y con todo lo que pudiera llevarse consigo. Puestos a perder tres años jugándose el pellejo, que fuera lo más lucrativo posible, y ciertamente le importaba un carajo el modo. Si tenía que vender proyectiles a los moros los vendería sin problema. Si el gobierno les daba fusiles y les dejaba tenerlos, por qué no venderles la munición que él tenía. De paso, se ganaba unas pesetas para mandar a su casa; mejor tener el dinero lejos, cerca se lo gastaría en bebidas, juego o mujeres que, por otro lado, era lo único que se podía hacer para intentar olvidar donde estabas. Donato no era diferente a otros soldados, ni siquiera a otros oficiales que estaban destinados en Melilla, era uno de tantos que pasaban por allí, ni más ni menos. Pero esta noche, Donato se encuentra en el extremo norte del campamento y tiene la guardia de las cinco y cuarenta horas de la madrugada.

23

—¡Alto! ¿Quién va? ¡Cabo de guardia, cabo de guardia!

Luis saltó del catre despertado por los gritos del centinela y por las maldiciones de sus compañeros de tienda. Aquella noche dormía plácidamente pues se encontraba completamente agotado, el día había sido trabajado y peligroso gracias al continuo paqueo al que la posición se vio sometida. No podía llamarse a eso un asalto de la

harka, pero sí incomodó a la tropa evitando que se pudieran realizar todos los servicios de forma normal, como el de la aguada y el de descubierta, lo que dejaba a la posición ciega más allá de lo que las colinas y los prismáticos dejaban ver.

Obligado a permanecer dentro de la seguridad que ofrecía la tienda de campaña, su cabeza no había dejado de pensar y de esbozar hasta muy entrada la madrugada las diferentes crónicas que iba a publicar con las entrevistas a los soldados y oficiales, incluso al cantinero. Dejó hechas un par de crónicas para mandarlas en el primer correo que saliera para Melilla. Era posible que tardara en volver a la plaza, pues de Annual quería viajar a Sidi Dris y desde allí a Alhucemas o a Melilla dependiendo de cómo viera los avances en la zona. Tuvo que pedirle al comandante Benítez un calmante de los que este tenía para poder continuar trabajando pues sufría un fuerte dolor de cabeza provocado sin duda por el calor y la falta de agua. Tal y como le había enseñado su amigo periodista en Melilla debía mantener a los lectores siempre pendientes y deseosos de comprar el periódico, este era el objetivo de sus crónicas, dejar al lector en un estado de ansiedad por saber el resultado de cualquier enfrentamiento con el enemigo o conocer si un convoy había llegado o no a su destino o si se había tomado una nueva posición que nos acercara cada día un poco más a la victoria en Alhucemas. De hacerlo así, se convertiría en el cronista más solicitado y todo eso antes de iniciar el viaje de regreso. Pensó en el bueno de *Boris*. ¿Qué estaría haciendo mientras él se agachaba evitando las balas rifeñas? En el casino, de putas o corriendo para mandar un telegrama con las últimas noticias que le habría sacado a algún oficial tras unas cuantas copitas. Era ahora, estando la memoria fresca y las sensaciones e impresiones recientes, cuando debía escribir en el papel para no perder un ápice de realismo. Pensó que sentado en un despacho o en un café no podría escribir nada auténtico, que todo lo que había estado haciendo hasta entonces era mentira y aquello que tenía frente a él era sin duda la noticia, la vida real, lo que los lectores debían conocer.

—Pero ¿qué pasa ahora? —protestó el sargento Bernal que se hacía el remolón—. Que nos dejen descansar, aunque sea un par de horas.

Donato creía haber visto arrastrarse por el pedregal que tenía frente a él unas sombras sospechosas, alertado por el sonido de las rocas que chocaban unas con otras, avisó a su compañero Germán Herrán pidiéndole que le ayudara a escrutar el horizonte, aunque la luna arrojaba cierta luz era difícil poder ver algo más allá de diez metros.

—Germán he oído algo te lo juro por mis muertos.

—¿Estás seguro tú? Mira que siempre estas oyendo ruiditos.

—Que no te engaño joder que he oído como se movían las piedras.

—¡Qué cojones pasa! ¡Qué es todo este escándalo! ¡Vais a despertar a todo el maldito campamento!

El cabo Baltasar acudió a la llamada del centinela con la mala leche del que quiere que en su turno no ocurra nada y ve que más bien va a ser todo lo contrario.

—Mi cabo le juro que he visto moverse algo por ahí.

—Ahora lo has visto Donato, antes decías «oído» En qué quedamos, ¡coño!

—Visto, oído ¡yo que sé! Pero allí hay algo se lo juro.

El cabo Baltasar se quedó mirando a la oscuridad junto a los dos soldados y sin pensárselo dos veces exclamó:

—¡Identifíquese o abrimos fuego!

Pasaron unos segundos angustiosos, Donato apuntaba a la oscuridad con su fusil manteniendo alerta sus ojos, pero no vio ni oyó nada. Allí no había nadie.

La mirada del cabo a Donato era la de un homicida a punto de cometer un asesinato movido por una rabia incontrolable. Pero eso a Donato le daba igual, resoplaba aliviado, todo había sido una falsa alarma fruto de sus nervios.

—Yo ser moro amigo de «*Ispania*»—se escuchó desde la espesa negrura.

—Me cago en mi padre —murmuró el cabo.

En ese momento, de la oscuridad surgió una figura con las manos en alto que pedía que no le disparasen.

A Donato se le congelaron las facciones.

—¡Alto! No se mueva, quédese... Quédese de pie… ¡Quieto ahí! —ordenó tembloroso.

—Germán, Donato, apuntad bien y disparad a la más mínima tontería que haga, voy a por el teniente Castro —dijo el cabo dejando el parapeto.

Baltasar salió disparado soltando maldiciones por su boca en busca del teniente Castro dejando a los soldados apuntando con sus fusiles a la oscuridad. Al llegar, Castro requirió al moro que se acercara muy despacio y con las manos en alto, dando orden al cabo de que avisara al comandante Benítez y al resto de oficiales al tiempo que el soldado Germán recorría los diferentes puestos de centinelas alertando a los soldados en previsión de un asalto. El moro había dicho venir en son de paz, ser amigo de España y que tenía que darles una importante noticia, pero los engaños eran el pan nuestro de cada día y no debían confiarse, más aún, de noche y en Igueriben.

—¡Quieto ahí! —ordenó Castro cuando el moro llegó hasta las alambradas—. Sigue el cerco de alambradas hasta la entrada al campamento y con las manos bien visibles. Tú y tú salid fuera y retirad las barreras de la entrada para que pase ese moro —los dos

soldados se miraron entre sí como preguntándose si era verdad lo que acababan de oír—. ¿A qué esperáis? ¡Vamos!

—Mi comandante... —el cabo Baltasar había llegado a la tienda de Benítez y este se encontraba sentado en su catre atándose una de las botas.

—¿Qué pasa cabo? —preguntó incorporándose amartillando su pistola e introduciéndola en la cartuchera de su cinturón.

—Un moro quiere hablar, el teniente Castro solicita su presencia.

—Un moro quiere hablar —repitió en voz alta mirando fijamente al soldado abrochándose la chaqueta —. Pues vamos a hablar — concluyó desafiante.

Cuando Luis salió de su tienda pudo observar que en la entrada un moro hablaba con el comandante Benítez que era flanqueado por el teniente Castro y dos soldados. Hacía algo de fresco y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Entró en la tienda para buscar la chaqueta y acercarse a la entrada con el fin de averiguar algo. Mientras se colocaba la chaqueta un soldado entró hablando atropelladamente.

—Sargento Dávila, van a atacarnos, van a atacarnos. ¡Los moros nos han rodeado!

24

En silencio o al menos en la medida de lo posible, los defensores de Igueriben empiezan a ocupar sus puestos, algunos salen de sus tiendas subiéndose los pantalones, abrochándose los correajes con las cartucheras, otros ya están en el parapeto con sus fusiles en un vano intento de localizar al enemigo en la oscuridad, pero la mayoría va de aquí para allá con el miedo en el cuerpo sabiendo que la posición está rodeada y va a ser asaltada por los moros. Ahora sí calaran bayonetas, rezan y besan sus peines de proyectiles antes de introducirlos en el fusil, los hay que gastan unos céntimos con el cantinero para echar un último trago de vino antes de apostarse en los sacos terreros, pero todos están en silencio, como si supieran que esta vez, habría algo más que un paqueo. Todos saben que falta agua y que hoy era día de convoy, si están rodeados por los rifeños y atacan deberán emplearse a fondo, deberán demostrar de qué pasta están hechos.

Los ingenieros telegrafistas no dejan de comunicar con el *mangin* las instrucciones de Benítez a Annual. Luis, que ha salido de la tienda, ve como toman nota de lo dicho por Benítez y transmiten el mensaje cifrado a través de los destellos luminosos.

Al ver que Benítez volvía a su tienda, el periodista decidió acercarse a los telegrafistas para saber cuál era el contenido de los mensajes.

De la Paz ha preparado sus cañones, apunta hacia las coordenadas del bosquecillo donde sospechan que se concentraran los moros, no quiere desperdiciar ni una sola bala. Bustamante examina concienzudamente cada cañón y su munición.

El teniente Galán ha dispuesto sus ametralladoras y repartido los peines de munición, ahora comprueba con sus soldados los ángulos de tiro para evitar dejar alguna zona muerta. Ha situado dos de ellas en la entrada de la posición y otras dos en el extremo sur para dar cobertura a los cañones. El sargento Cisneros y el sargento Ansa, con un pelotón cada uno, quedan en el centro de la posición para ocupar aquellos puestos que puedan verse comprometidos y acudir como apoyo en la defensa. Se reparten granadas de mano de manera estratégica para cubrir todo el perímetro del campamento, pero principalmente en la parte norte y este que se sospecha pueden ser los flancos donde se dé el ataque más fuerte. Allí están el capitán Bulnes y el teniente Sierra organizando la defensa, el teniente Casado queda pendiente de la entrada. El lado sur será defendido por el teniente Castro.

Luis estaba con los telegrafistas cuando llegó de nuevo Benítez con su ayudante.

—Este no es momento de entrevistas señor Codrán, le ruego que no distraiga a mis soldados y que se marche a su tienda.

Sin duda sonaba a amenaza y la mirada de Benítez al periodista lo confirmaba. Muñoz, el ayudante, con gesto conciliador apartó a Luis llevándoselo de allí mientras Benítez dictaba otro comunicado.

—Por favor compréndalo, la posición peligra —dijo sacándolo sin que Luis apartara la mirada del comandante.

—Claro, no se preocupe, no se moleste en acompañarme, váyase con él —concedió haciendo un leve gesto con la cabeza dirigiéndola a Benítez.

El ayudante vaciló unos segundos, como si no se fiara que el periodista volviera a la tienda, pero no tuvo más remedio que dejarlo solo y volver con el comandante.

El cantinero ha vaciado el tonel de vino que traía y guardado sus ingresos en un fajo de tela. Pide a todo sargento u oficial que se cruza que le den un arma, aunque siempre le responden lo mismo: «cállate y coge al mulo no le peguen un tiro». Queda poco para el amanecer, a lo lejos se adivinan las líneas azules y los tonos fríos que anuncian el fin de las tinieblas, pronto nacerá el sol y el prometido ataque.

El cocinero ha gastado todo el café y ya no queda más, apenas dos sorbos para cada hombre, va de puesto en puesto con una taza y su ayudante lleva un perol con el negro líquido. «Tomad, esto os mantendrá despiertos», dice, pero la verdad es que no todos lo beben, se acuerdan del último café y prefieren no animarse tanto. «Para el

compañero», le responden. Después de que media guarnición se niegue a beberlo, el cocinero empieza a sospechar que tal vez no haya tanto compañerismo y sí mucha guasa. Poco le importa eso, el sol ya ha salido y puede ver a los rifeños apostándose en las depresiones que el terreno ofrece, en los matorrales, en las improvisadas barricadas que con las piedras sueltas han hecho, poco importa que no quieran su café, él se lo bebe pensando que quizá sea el último, porque allá donde mirara solo veía moros. El campamento ha sido completamente rodeado.

Luis se acercó al cocinero que se dirigía a la cocina a dejar el perol de café y coger su fusil. Quería un poco de café, ha sido el único que se lo ha pedido por favor y no puede negarle una taza.

—¿Lleva azúcar?

—No, y deberías ponerte a cubierto, esto se va a poner feo, coge un poco de la cocina y vete a tu tienda, no pinta nada bien...

El cocinero y sus ayudantes, cogiendo sus fusiles, se apostaron en la zona de la cocina. Luis ha echado azúcar en su café y andando hacia atrás sin dejar de ver el parapeto se aleja de este, se agacha y da un sorbo, el gesto de su cara lo dice todo, le falta azúcar, aunque piensa que más bien lo que le falta es café. Ve a sus recientes camaradas *Pichón y Belmonte* que se encuentran junto a los sacos terreros, a su amigo Manuel que saca unos peines de munición y los pone cerca de la tronera, sobre un saco para poder recargar más rápido, y a su izquierda una granada de mano. Todos están en el perímetro defensivo excepto Benítez, su ayudante y los telegrafistas que no dejan de mandar mensajes a Annual.

Los sargentos Dávila, Ansa, Daza, Bernal, Abatener y Chapino se encuentran detrás de sus soldados a unos pocos pasos de distancia, controlan que todos estén en sus puestos, recorren el parapeto dando las órdenes recibidas de los oficiales, tal y como lo habían hecho otras veces, aunque esta vez, todos sabían que era diferente.

—Un disparo, un muerto. No desperdiciéis munición y esperad a recibir la orden de hacer fuego.

—Cuando carguéis el arma agacharos, cubriros con los sacos, no ofrezcáis un blanco fácil a esos moros.

—Si el compañero cae herido no abandonéis vuestro puesto, ya será atendido por el pelotón de reserva. Cargad y disparad.

—Usad las granadas si el enemigo atraviesa las alambradas, nunca antes, si os quedáis sin munición avisad y se os llevará.

No parecía que los soldados prestaran mucha atención a lo que decían. Cada uno, en ese instante previo a la lucha estaba solo, con sus recuerdos, con sus pensamientos, con sus miedos y sus esperanzas.

El capitán Bulnes, con ayuda de sus prismáticos, recorre las posiciones defensivas indicando a sus soldados donde ha avistado al

enemigo para que enfilen sus fusiles hacia esas posiciones. De paso les tranquiliza y les dice que desde Annual van a bombardearlos, que durará poco y que todo acabará cuando manden las columnas de auxilio. De la Paz se ha dirigido a la barraca desde donde el telegrafista manda los mensajes que Benítez le ha dejado. Este se acerca a sus oficiales —uno por uno en sus puestos— para darles las últimas instrucciones. Bustamante ha quedado momentáneamente al mando de la batería ya que, De la Paz, debe transmitir las coordenadas a su hermano que está en Annual para que bombardee la zona y los apoye. A pesar de la advertencia de Benítez, Luis decide acercarse a los telegrafistas para averiguar qué está pasando.

—¿Viene el convoy? —les pregunta directamente. Los dos telegrafistas se miran durante un segundo y continúan con su tarea.

—No vendrán —responde el cabo Aguilar sin dejar de mandar las señales.

Jáuregui con lápiz y libreta está preparado para copiar los mensajes que reciban, descifrándolos y transmitiéndoselos a Benítez.

—¿Cómo? Pero no puede ser, tienen que venir —protesta Luis esbozando una sonrisa nerviosa—. Dijeron que hoy…

—¡Oye, chupatintas! —interrumpió bruscamente Aguilar con evidentes signos de nerviosismo—. No vienen, te enteras, mientras estén ahí los moros no van a venir, así que déjanos en paz y métete en tu tienda.

Luis quedó paralizado. Sin duda aquella respuesta no era la que esperaba, al igual que él, todos sabían que no había agua, el convoy era necesario, vital. Seguramente se habría solicitado, pero Annual quería evitar mandar más tropas a una emboscada. Solamente habría apoyo de la artillería por el momento, y era eso lo que les estaba diciendo Benítez a sus oficiales en ese instante. El corazón del periodista comenzó a latir más deprisa, su respiración se aceleró haciéndose más fuerte. Notaba como sus glándulas sudoríparas segregaban esa exudación generada por la ansiedad y el estrés, esto no es como el tiroteo de ayer. Ahora era diferente, ahora empezaba a preguntarse si no había sido una estupidez de niño rico ir a Igueriben. Intentaba pensar qué hacer para tranquilizarse, pero solo piensa en una cosa: el agua. Corrió a la tienda en busca de su cantimplora, tenía la boca seca, solo pensar en que no hay agua le da más deseo de beberla. Cuando llega a la tienda busca la cantimplora, puede notar como su cuerpo entero pide agua al cogerla, su mano tiembla, aprieta la boca, respira más profundamente intentando tranquilizarse, desenrosca el tapón, la mira y bebe un sorbo, cierra los ojos saboreándola y respira con profundidad exhalando el aire mientras se calma.

Los tonos azules del amanecer van desapareciendo y dejan paso a

la luz clara y cálida del sol. El rumor de los soldados ha desaparecido, es ahora cuando pueden verlo, están solos y rodeados, esta vez no se trata de una escaramuza o de un hostigamiento por parte de la harka. Esta vez todo apunta a una ofensiva en toda regla, premeditada, planeada sabiendo que escasea el agua; esta vez asaltarán la posición y Benítez se pregunta si está de nuevo en Sidi Dris y saldrá victorioso o está en un segundo Abarrán.

El Sargento Antón Cisneros le ha dado un fusil a Luis y dos peines de munición.

—Por si acaso *Plumilla*, quédate en la tienda parapetado, ya sabes cómo funciona.

—No gracias, prefiero mi lápiz y mi kodak —dijo el periodista.

—Está bien, como quieras, de todas formas, no creo que esto dure mucho, todo saldrá bien, ya verás.

Las palabras del sargento no tranquilizaron a Luis, pero agradeció la intención de este. Intentaba convencerse de que quizá tuviera razón y todo saldría bien.

VIII. 17 de julio de 1921

25

Con la mano derecha, el soldado Manuel Lerma se seca el sudor de su frente. Empieza a hacer calor y se lame los labios en un vano intento de aliviar su sequedad. A lo lejos se escucha un cañoneo continuo y el crepitar de ametralladoras. Situado junto a la Hotchkins que da cobertura a uno de los cañones se asoma con precaución por la tronera. Sabe que están allí, ve moverse bultos negros que se esconden entre las rocas y oquedades del terreno desde donde están apostados. Piensa que quizá lo dicho por el moro que apareció por la noche era mentira, intenta convencerse de que tal vez la agresión se produzca en otra posición, como Buymeyan o Annual, desde donde escuchaban los cañonazos. Es posible que aquí no vengan, se repite una y otra vez. Mira a su izquierda y a su derecha, en el parapeto están todos, inclinados, en tensión, bajo el implacable sol marroquí. Los pelotones de reserva aguardan su turno arrodillados. Observa a la policía indígena que está en la entrada, no se fía de ellos, mira al soldado Emilio que está a su lado y los señala con un ademán despectivo. Se pregunta si esos diez policías indígenas, esos diez moros serán leales o los traicionarán. Pero Emilio tiene bastante con lo suyo, sufre diarrea como otros en el campamento, y entre dientes murmura blasfemias por lo oportuno del ataque. Quiere que comience ya o se cagará en los pantalones y no quiere morir lleno de mierda.

Luis está junto al sargento Cisneros, ha decidido que esta vez no se quedará dentro de la tienda. Cisneros está al mando del primer pelotón de reserva a solo unos metros detrás del parapeto. Sus hombres se encuentran alineados aprovechando las sombras que las lonas de las tiendas de campaña ofrecen.

«Menuda suerte tienen esos», piensan los que están en el muro. Los de la reserva están a la sombra y solo deben cubrir las bajas y retirar a los heridos hasta una tienda de campaña que se ha dispuesto como hospital. Pero ese espacio tiene poco de hospital; un rollo de algodón, algo de desinfectante, unas tijeras, alcohol y un par de pinzas es todo su material médico. No hay enfermero. Un soldado que en la vida civil estaba en una farmacia como mancebo es el encargado de esta tarea. Suda más que nadie.

Luis tiene su cámara de fotos preparada. Está lista para disparar, su bolsa de lona está cruzada a su espalda y la cantimplora cuelga a la

izquierda. Está agachado junto a los soldados Bernardino, Celedonio y Pedro Arroyo, desde ahí puede ver la tienda de Benítez y la barraca de los telegrafistas. Ha quedado con Manuel en que este le dejará un hueco junto a él para que pueda echar un vistazo y hacer unas fotos desde el muro. Su corazón palpita acelerado. Se quita el chambergo y se pasa la mano por la cabeza. La espera era algo que Luis no había sufrido aún, los anteriores asaltos ocurrieron por sorpresa, pero ahora era diferente, sabía que iban a venir, pero no cuándo y esa espera tensa le crispaba los nervios.

Alfonso Galán está en el lado sur, ha emplazado dos ametralladoras junto a la batería para darles cobertura, sabe que los artilleros estarán expuestos al fuego enemigo en sus maniobras de carga, aunque se haya elevado el muro y el cortado del extremo —donde se posicionan los cañones *Schneider*— le confiera a la zona cierta altura sobre el terreno dándole más protección. No puede permitir que se pierda una sola de las piezas. Sabe que los cañones son presa codiciada por el enemigo y atacarán su zona, pero los defenderá hasta el final. Se queda allí, junto a los cañones, aprieta los dientes esperando al enemigo y se repite una y otra vez que ningún moro llegará hasta ellos.

El cabo Antonio, segundo al mando de la compañía de ametralladoras, ha recibido una orden tajante del teniente Galán: «Nadie debe pasar de las alambradas», y piensa cumplirla. Él mismo manejará la ametralladora que está dispuesta a la izquierda de la puerta con el camino de acceso más enfilado. Los soldados de segunda Juan, Isidro y Pepe son sus asistentes. Juan suministrará los peines de munición a la ametralladora, le tiene más miedo al cabo que a los moros, sabe que si falla se llevará un buen par de palos y será limpiador de letrinas lo que le quede de vida militar en Marruecos. Isidro abrirá las cajas de munición para que a Juan no le falte y cambiará el cañón de la ametralladora para que se enfríe. Debido a la falta de agua usaran sus propios meados, no puede permitir que se caliente mucho o se acabará la ametralladora. Pepe disparará con su fusil, cubriendo la recarga de la ametralladora, impidiendo el avance del enemigo. Se considera afortunado porque puede disparar sin que el cabo le agobie y sin tener que limpiar las letrinas si el peine de proyectiles no entra o si el cañón se calienta demasiado.

El soldado Aquilino no deja de espantar las moscas que se posan sobre su cara. Le ha tocado defender la zona de las cuadras. El olor de los excrementos de los mulos que allí están no es agradable. A su lado, Marcelino y Lucio se ríen de verlo, pero tienen el mismo problema y además tienen miedo. Más que Aquilino. Distraen la mente o quieren distraerla riéndose de su camarada, no quieren pensar en lo ocurrido en Abarrán y recuerdan su última juerga en Melilla. Hablan de

acostarse con todas las putas del burdel cuando vuelvan.

Benítez ha entrado un momento en su tienda, está solo, ha tomado uno de sus calmantes para el dolor de cabeza. Se ha tragado la pastilla y busca en el bolsillo superior izquierdo de su guerrera. Saca la foto de su mujer, acerca los dedos índice y corazón de su mano derecha y toca con ellos la imagen de su esposa con cariño, con nostalgia de tiempos pasados. Sabe que Annual está siendo atacado, que Buymeyan está rodeado y sin posibilidad de escape. La carretera de Izummar, por donde el convoy de abastecimiento de Drius debe llegar, está tomada por la harka y se libran duros combates por recuperar el control. Desde Annual le han comunicado que no pueden efectuar el convoy de auxilio a Igueriben por el momento, así que toca resistir. Pero no hay agua y el calor es insoportable. Resistir hasta cuándo, se pregunta; cuánto tiempo aguantaremos sin agua; piensa que, puestos a morir, prefiere que la embestida del enemigo sea imposible de contener y así todo suceda rápidamente. Pero por ahora solo hay una tensa espera. Una densa y angustiosa espera.

Sigue escuchándose el cañoneo de lejos, todo el mundo se pregunta cómo irán las cosas por allí abajo, pero eso solo lo puede saber Benítez.

El sargento Antón de Cisneros ha pedido fuego a Luis, este saca un fósforo de su bolsillo, lo enciende y cubriéndolo con su mano se lo acerca.

—Gracias *Plumilla* —agradece Cisneros.

El periodista se lleva el cigarro a la boca para encenderlo, pero un espasmo de su mano hace caer al suelo el fósforo. Ha sonado un disparo. El macabro juego empieza, su pulso se acelera, mira a su alrededor para comprobar si hay algún caído, no ve nada. Suena un segundo disparo. Mira hacia atrás, el sonido viene del sur, ve a los soldados del pelotón de reserva que no dejan de mirar a su alrededor con extrañeza y temor. En ese momento el aire se llena de un griterío como nunca antes había escuchado. *«Allah-u-Akbar», «Allah-u-Akbar»*, *«Allah-u-Akbar»*, gritan los rifeños. Y Luis se da cuenta de que la espera ha terminado.

Miles de nubecillas de humo blanco aparecen de repente. Una lluvia de proyectiles siseando en el aire cae sobre la posición impactando en el compacto muro de sacos terreros. Benítez ordena al cabo Valeriano que comunique a Annual que están siendo atacados. Se dirige hacia el centro de la posición cerca del parapeto norte; Luis toma unas fotografías, hace varias ya que el pulso le tiembla y teme que salgan movidas; Benítez está erguido, dirige una mirada a los defensores apostados en el muro. Los soldados aguantan en sus posiciones las descargas de fusilería rifeñas, todos los ojos están puestos en él. Con la pistola en la mano levanta el brazo y grita:

—¡Fuego!

La orden es repetida por los oficiales y sargentos. Los soldados españoles responden. Las ametralladoras hablan, los fusiles escupen los proyectiles con los que fueron alimentados para matar. El griterío es ensordecedor, los moros no dejan de aullar, avanzar y disparar. Bulnes no quiere que la moral de la tropa caiga, los anima gritando con fuerza: «¡Soldados, Viva España!». Y toda la guarnición responde al unísono.

Luis piensa que Benítez debe estar loco, lo ve recorriendo todo el perímetro defensivo animando a los soldados, va de pie a paso lento, pistola en mano, dando consignas a sus hombres. Luis no lo oye y no sabe qué dice, pero observa que los soldados a su paso mueven los cerrojos de sus fusiles con más brío y sus rostros cambian. Pasan de tener caras preocupadas y temerosas a mostrar rabia, fuerza y valentía. Los soldados de los pelotones de reserva que se encuentran apostados detrás de la primera línea, dan vivas y vítores al paso de Benítez, se les nota deseosos de entrar en combate, de relevar a sus compañeros que con este sol abrasador no podrán aguantar mucho tiempo en el parapeto.

El humo, el sudor que cae por la frente penetrando en los ojos provocando escozor, y el polvo que tras cada disparo se levanta, no ayudan mucho a fijar bien un blanco, aunque el ímpetu y el gran número de rifeños que se lanzan al ataque hace que elegir un objetivo y acertar sea algo más fácil. Los rifeños avanzan, apenas se parapetan, disparan, cargan y avanzan, sin miedo a morir. Están decididos a tomar la posición. Por ahora los defensores los mantienen a raya, el cansancio de los soldados españoles no aparece aún y los oficiales y sargentos mantienen la disciplina, el ejemplo de Benítez es copiado y ninguno se agacha detrás del muro defensivo. Un disparo, un muerto, repiten una y otra vez.

—Ánimo valientes.

—Por España y por el Rey.

—¡Viva el Ceriñola 42!

26

Mientras que su servidor introduce otro peine en la ametralladora, el cabo Antonio observa que la harka está concentrando un gran número de enemigos en la loma que hay frente a la entrada, están a unos doscientos metros. Demasiado cerca piensa, grita a Juan para que se dé prisa y avisa a Felicito para que con su ametralladora haga un barrido en ese frente. Los rifeños están acumulando piedras y levantando una barricada, pese al buen hacer de las ametralladoras,

poco a poco, muerto a muerto, el enemigo ha formado un pequeño muro de piedras de corta longitud que no levanta más de un metro del suelo. Sin embargo, es lo suficientemente peligroso como para que los rifeños puedan apostar allí a sus francotiradores. «Demasiado cerca, demasiado cerca», masculla entre dientes Antonio que continúa disparando.

—Los tenemos encima —grita el cabo—. Llamad a la artillería.

El sudor empapa la camisa de Luis y le resbala por sus sienes, y la excitación se transforma en movimientos rápidos, los ojos abiertos, casi sin pestañear para no perder ni un detalle del momento. Debe hacer un esfuerzo mental, casi doloroso, para dominar sus nervios y evitar temblar mientras hace fotografías.

Lo había conseguido. Estaba en plena batalla. La noticia era suya, solo suya. Y por Dios que en ese momento se sentía la persona más feliz y afortunada del mundo, a pesar del miedo y de los nervios.

El sargento Cisneros y el teniente Casado se han percatado de la situación. No pueden permitir que el enemigo se acomode en la loma y Casado acude a comunicárselo a Bustamante para dirigir un cañón que castigue la zona ocupada. El sargento Cisneros con su pelotón de reserva ha reforzado el muro para intensificar el fuego. Luis lo ha seguido y está tumbado a un par de metros del parapeto, se apoya con su antebrazo izquierdo que sujeta la cámara kodak y con el derecho se prepara bajando la mirada hacia la pequeña lente de esta para apretar el disparador.

El periodista escuchó el siseo y el posterior impacto sordo de un proyectil contra algo seguido de un sonido gutural. El sargento Cisneros ha caído a su lado, tiene el cuello ensangrentado, su pierna se mueve espasmódicamente mientras intenta taponarse la herida con las manos. Los ojos abiertos del sargento miran a uno y otro lado compulsivamente buscando algo o a alguien, se desangra entre estertores, entre bruscos movimientos de sus piernas y agónicos intentos por respirar. Luis al verlo caer ha dado un pequeño salto apartándose hacia la derecha, ha soltado la cámara de fotos; tiembla, es imposible calmarse cuando tu corazón quiere salir de tu pecho a golpes, su respiración se acelera y se hace más corta, no puede moverse, no puede apartar la mirada de los ojos del sargento, de la sangre que encharca el suelo de tierra amarillenta a su alrededor.

Cisneros ha dejado de moverse, ya no respira, sus ojos abiertos ya no bailan, ya no buscan, ya no ven. Luis sigue mirándolo inmóvil, hipnotizado, para él se ha hecho el silencio, no escucha nada, no ve nada más que los ojos del sargento. Sin embargo, a su alrededor la lucha continua, alguien grita pidiendo ayuda llamando a los camilleros. Tres soldados se acercan corriendo y cogen al sargento por las rodillas y por sus brazos para levantarlo del suelo y llevarlo a la

enfermería. De nada sirve. Su cabeza con la cara ensangrentada cuelga inerte. Está muerto.

El cañón hace su primer disparo; largo, treinta metros a la derecha del objetivo, deben rectificar, disparan otra vez, más centrado pero corto. No obstante, la metralla ha hecho daño en el conjunto de piedras que los moros han utilizado de barricada. Disparan y rectifican el tiro, las balas siguen silbando, algunas impactan en los sacos terreros, otras hallan su presa. El soldado Ramón Pérez cae también en la entrada a la posición, un disparo le ha atravesado la cabeza, ha quedado postrado de rodillas en su puesto, sus ojos abiertos parecen buscar a quien le disparó. Dos de los componentes de la policía indígena le siguen.

Blanco. El cañón destruye el montículo pétreo desde donde disparaban los rifeños, un segundo cañonazo barre la zona, los moros que aún quedan en pie se van a duras penas, algunos se levantan cojeando, otros se tambalean sin dirección y las ametralladoras hacen el resto. No queda nadie. Sin embargo, las cavidades que se originan por el impacto de las balas de cañón pueden ser las trincheras de futuros enemigos. Pero nadie piensa en eso ahora.

Se efectúan un par de tiros más de cañón con el objeto de limpiar la zona de algún rezagado o superviviente y finalmente, la loma queda relativamente despejada hasta que la ocupen otra vez.

Annual tiene su guerra reconquistando la pista de Izummar, por lo que la posición debe bastarse por ella misma para la defensa. Esto hace que los cañones gasten su preciada y escasa munición. Se cañonea la zona de la Loma de los Árboles y sus barrancadas, aunque sin el resultado esperado debido a las trincheras que ofrecen refugio al enemigo, De la Paz ha decidido ahorrar munición y no disparar a no ser que vea gran acumulación de enemigos.

Luis estaba algo aturdido tras ver caer al sargento Cisneros, se negaba a aceptar la realidad, esa realidad que te golpea directamente para recordarte que en un segundo todo cambia. Tuvo que ser arrastrado por Manuel al parapeto para evitar ser alcanzado. Su cámara de fotos quedó tirada donde fue abatido el sargento. Solo un charco de sangre y un rollo de película que positivar quedan como prueba de la existencia de un hombre.

Una vez en el parapeto y tras unos segundos, con la mirada puesta en el charco de sangre de Cisneros, Luis mira a su alrededor, ve a Manuel disparar y cómo el fusil escupe el casquillo al mover el cerrojo. Mira al soldado que está al otro lado realizando la misma operación que Manuel, el periodista aprieta los dientes buscando algo de valor en su interior. Al ver a los soldados disparar sin descanso entiende que a pesar del miedo hacen su trabajo, y comprende que eso es el valor, no se trataba de no tener miedo, sino de afrontarlo, de

mirarlo cara a cara con desdén. Se da cuenta de que no tiene su kodak, la localiza y lentamente a gatas, se aleja del muro defensivo hasta donde está. La coge y se queda mirando, durante un segundo, el charco de sangre que dejó el sargento. Tierra amarilla que se mezcla con el rojo de la sangre.

Luis comprueba el estado de su cámara, aún parece que sirve, se prepara, toma aire y hace una foto del parapeto donde se encuentran los soldados disparando. Toma otra foto, esta es de Manuel disparando, corre la película, enfoca y toma otra foto de los soldados del pelotón de reserva que se encuentran a la sombra de las tiendas de campaña. Su mano ya no tiembla. Dispara una y otra vez tomando instantáneas de los soldados, como si tuviera un fusil. El periodista apunta con su cámara, dispara y corre película para volver a disparar. Enfoca a un caído que es auxiliado por dos compañeros que intentan llevarlo a la tienda hospital, y a Benítez detrás de los soldados dando ánimos; un instante después se arrastra cerca de las ametralladoras y captura la imagen. Cada vez que toma una foto lo hace con más furia y más rápido, casi sin enfocar, no le importa, apunta y dispara.

Algunos soldados empiezan a notar el cansancio al agotarse sus reservas de agua. La cadencia de tiro de los defensores comienza a decaer y las bajas aumentan, muchos se retiran agotados, los que caen muertos quedan en su puesto, la prioridad son los heridos y solo hay tres soldados para llevarlos a la tienda hospital donde el enfermero no puede hacer nada por ellos.

La kodak vuelve a producir ese chasquido que indica que el obturador se ha abierto y cerrado tomando una instantánea. Luis intenta correr la película para tomar otra, pero no puede, hace fuerza intentando girar la palanquita que le permitirá hacer otra foto, es imposible, se desespera y aprieta los dientes, gruñe al forzarla, no se acuerda de que el rollo solo le permite ocho exposiciones, ocho fotografías, ocho cápsulas del tiempo.

—Vamos, vamos, ¡estúpida máquina! —dice forcejeando con ella —. ¡Maldita seas! ¡Maldita seas! —. Al darse por vencido se queda en cuclillas llevando la cámara de fotos a su cabeza, rompe a llorar, necesita hacer fotos, quiere fotografiar a todos y a cada uno de los que están allí antes de que mueran y desaparezcan.

—¡El enemigo está en la alambrada! ¡Todos al parapeto!

27

El soldado Felipe Camuñas se dirige a la enfermería, lleva cogido del hombro a un herido que arrastra los pies, en su camino tropieza con Luis.

—*Plumilla* llévalo a la enfermería, yo tengo que volver al muro.

A Luis no le da tiempo a reaccionar. Felipe deja al herido en el suelo y vuelve al parapeto para ocupar su puesto. Una mueca de lástima y terror se dibuja en el periodista. El herido tiene un impacto de bala en la cabeza, aquel hombre está muerto.

De nuevo tenía frente a él a otro soldado por el que nada podía hacer. El periodista vio en el parapeto un hueco a la derecha de Manuel, posiblemente del soldado muerto. Otro soldado lo ocupó en ese momento, pero una bala impacta en su cara y cae. Con las rodillas dobladas el soldado yace inerte boca arriba con la cabeza destrozada manchada de sangre.

—¡Se acercan! ¡Son muchos! —gritó un soldado desesperado que introducía nerviosamente un peine en su fusil.

Luis miró el fusil que colgaba en la tronera del soldado muerto, oyó la voz del comandante Benítez que se dirigía a los defensores animándolos.

—¡Ánimo, hijos míos! ¡Tened valor! ¡Juntos seremos invencibles!

«Juntos seremos invencibles» se repetía Luis. Comprende entonces que solamente unidos podrán salir de allí con vida, que él no es un eslabón perdido en aquel grupo, él es uno de ellos y debía luchar con ellos. Entonces se levanta, seca sus lágrimas e introduce la kodak en su macuto, no puede permanecer quieto mientras ellos, sus camaradas, sus compatriotas, están muriendo. Se dirige a la tronera, coge el fusil tembloroso pero decidido, apunta y dispara. Mueve el cerrojo con rabia dando salida a la vaina del proyectil que revolotea en el aire hasta caer al suelo aún caliente y humeante. Apunta y dispara otra vez, los proyectiles se pierden en el horizonte sin dar con una presa. El arma queda descargada, desesperado se tira al suelo, busca en las cartucheras de su último dueño y cogiendo los peines de munición los coloca junto a él. Carga el arma como le mostraron días atrás repitiendo los pasos en voz alta, apunta y dispara. Dispara una y otra vez.

Es entonces cuando Luis observa a un moro que viste chilaba blanca, está de pie y hace ademanes como si animara a sus compatriotas en cada embestida, entendiendo que puede ser una especie de jefe piensa dispararle creyendo que tal vez solo así los rifeños paren el ataque. Apunta cuidadosamente, por un momento el tiempo se ha parado para él, solo escucha su respiración y el latido de su corazón, intenta acompasarlos, sigue su movimiento a través del punto de mira del fusil y aprieta el gatillo.

El golpeo en el hombro del joven producido por el retroceso del fusil y el sonido seco de la detonación, fue lo único que Luis sintió y escuchó en ese segundo, al instante todos los sonidos y voces del combate volvieron a escucharse y pudo ver como el hombre de

chilaba blanca caía al suelo a plomo.

—Le he dado, le he dado —susurró.

Manuel se giró para recargar su fusil y vio a su amigo que seguía mirando desde la tronera su primer acierto. Su primera presa humana.

—Le he matado, le he matado —decía en voz alta.

Pronto, el líder rifeño es auxiliado por sus compañeros, pero son tiroteados por los españoles. Caen varios antes de que lo arrastren hasta un punto fuera del alcance de los fusiles. Al poco rato, el brioso avance de los rifeños se ve parado y lentamente van retrocediendo sin dejar de disparar. Se alejan. Se retiran.

El asalto sobre Igueriben queda paralizado por unos instantes; el enemigo seguía allí, pero no atacaba, tan solo observaban y se mantenían a la espera, mas no desperdiciarán un tiro fácil, así pues, los soldados guardan las máximas precauciones para no darles esa satisfacción. Benítez ha ordenado que se retiren a los heridos y los oficiales organizan el descanso. Un soldado de cada tres permanecerá vigilante, el resto recobrará fuerzas bebiendo la poca agua que quede en las cantimploras. Muchos la tienen vacía y han de beber de la de sus compañeros. El comandante Benítez pide a Bulnes que haga recuento de bajas y a su ayudante que haga el recuento de las municiones para comunicarlo a Annual.

—Transmita Jáuregui: «*Ataque enemigo detenido, no tenemos agua y la munición escasa. Urgente envío de convoy para mantener la posición*»

Con los prismáticos puede ver que a lo lejos la actividad ha decrecido y piensa que quizá haya una oportunidad y el enemigo se retire. De la Paz llega junto a Benítez que, apostado en los sacos terreros, observa las explosiones en las lomas que rodean Annual.

—Parece que abajo también hay jaleo del bueno —sentencia un jadeante De la Paz, que no puede evitar pensar en su hermano y en la distancia que los separa—. ¿Quién irá ganando?

Benítez sigue mirando sin dar respuesta. El grito de un herido que es trasladado a la tienda que sirve de enfermería hace que el comandante mire hacia atrás.

—Pronto lo sabremos —dice sin apartar la mirada del herido—. No pierdas de vista la loma que tenemos frente a la entrada Federico, desde ahí nos zurran fuerte —comenta dirigiéndose a este—. Estoy pensando que tal vez sea conveniente trasladar uno de los cañones al muro norte que es por donde el asalto ha sido más contundente, así separaremos los cañones por si nos bombardean.

Federico pone un gesto de extrañeza pues piensa que si los moros tuvieran cañones ya los habrían usado, se encoje de hombros y acata la orden.

—¿Cómo estáis de munición?

—Aguantaremos, no te preocupes, no caerá ninguna bomba que no

quite a cinco o seis moros a la vez, ya verás —contestó cogiendo el hombro derecho de Benítez en actitud cariñosa, intentando infundirle algo de ánimo.

—¿Algún herido? —preguntó interesado por los artilleros.

—Alguno hay, pero es de poca importancia, pueden seguir en su puesto.

Benítez asintió satisfecho con la cabeza dándole dos palmaditas en el brazo al capitán de artillería—. Mantenme informado —finalizó dirigiéndose al telegrafista que recibía contestación desde Annual.

—¿Qué dicen Jáuregui?

—Que resistamos mi comandante, el mensaje dice: «*Resistid, el convoy de Ben Tieb en camino. Izummar despejado. Convoy a Igueriben en breve*». ¡Vienen a por nosotros comandante!

—Responda lo siguiente: «*Enemigo armado con fusiles Lebel. Posible cañón. Extremen precauciones. Cubriremos la entrada en campamento. Buena suerte*».

Benítez miraba con los prismáticos las lomas que rodeaban a Annual y los caminos de acceso a Igueriben. Observó las barrancadas de la Loma de Los Árboles con las trincheras excavadas por los rifeños y el gran número de enemigos que se encontraban en aquellas laderas.

—Dios mío, los van a masacrar.

Concluido el ataque Luis resopló retirando el fusil de la tronera, se arrodilló cara a este y pegó su cabeza a un saco terrero, la mano le temblaba, intentaba respirar profundamente para calmarse y recuperar el aliento.

Parece que el peligro ha pasado. Manuel, que está a su lado sentado de espaldas a las defensas terreras, cruza una mirada con él y empiezan a reírse nerviosamente contentos por estar vivos.

—Si tu madre se entera le da un patatús —dice Manuel abrazándose a Luis.

—Y a la tuya, y a la tuya —y continúo Luis—. El sargento Cisneros… Cayó a mi lado… Tenía un tiro en el cuello… Yo…

Manuel asintió con la cabeza, y apretando los labios lo miró con actitud compadeciente. Cogió su cantimplora y dando un sorbo se la ofreció a su amigo que gustosamente aceptó. Al cogerla comprueba que no pesa y supone que apenas queda agua, cosa que Luis sabía. La cantimplora pasa a *Pichón* y este se la ofrece a otro soldado que estaba mirando.

—Solo queda un sorbo, pero es tuyo —dice con resignación.

El periodista miró el fusil apoyado en los sacos terreros, junto a ellos, la bolsa que deja entrever la libreta y la cámara de fotos. Se queda quieto mirando la bolsa, pensando que debe escoger entre disparar con el fusil o con la cámara de fotos; que debe elegir entre escribir sobre los soldados o ser uno de ellos, escribir sobre los que

mueren o matar.

Se acerca despacio y se agacha frente a sus pertenencias mirándolas pensativo, sin saber que escoger, qué camino seguir.

—Hoy ha tocado disparar, mañana tocará escribir —dice Manuel que lo observa a un metro de distancia. Luis gira la cabeza al oírlo, cabizbajo vuelve a mirar su bolsa y al fusil.

—¿Tú crees?

—Anda vamos, descansemos, aprovechemos este rato a la sombra y no pienses más en lo que has hecho. Si no fuera por tu disparo quizá hubieran muerto más de los nuestros.

—Tal vez le hubiera acertado otro.

—Es posible, sin embargo, lo hiciste tú. El campamento te debe la tregua. Acéptalo. Pronto terminará esto, nos relevaran y nos iremos a casa, ya verás. Oye *Belmonte,* por qué no nos haces una foto a Luis y a mí. ¿Qué te parece, tienes ahí tu cámara?

Luis asintió y sacó de su bolsa la cámara de fotos, con la mano aún temblorosa giró la palometa de la kodak para rebobinar el rollo de película. Después de introducir otro en la cavidad cilíndrica de la cámara, explicó al soldado lo que tenía que hacer para tomar la instantánea. *Belmonte* mira procurando que la imagen quede encuadrada por la pequeña lupilla de la cámara que sirve como objetivo y aprieta el botón. ¡Clac!

—Gracias maestro.

—De nada *Plumilla*, hoy «*tas portao*».

Luis sacó un pequeño lápiz metálico de la cámara y en una abertura de esta que deja ver la película, escribe: «*Luis y Manuel, 1921*». Después guardó la cámara en su funda metiéndola en el macuto al pie de la tronera junto al fusil.

28

—Mi comandante, mensaje de Annual.

—¿Qué dicen?

—A las catorce treinta horas partirá una columna para evacuar heridos y abastecernos de agua, víveres y municiones.

Benítez no dejaba de mirar con los prismáticos. Las lomas más próximas a Annual han sido reconquistadas y el camino de Izummar está despejado; a costa de cuántas vidas, se pregunta. Sabe que el camino hasta Igueriben será duro, cerca de cuatro kilómetros cuesta arriba por senderos estrechos, barrancadas y laderas empinadas, con el enemigo disparándote a placer desde sus trincheras y tú peleando contra el miedo y contra la idea de no quedar atrás. Si caes herido te aguarda la muerte segura, pues si no puedes avanzar con el convoy

quedas a merced de los rifeños que le darán gusto a la *gumía*. Ese miedo a caer con el cuello rebanado atenaza a los soldados que van en el convoy.

—¿Cuántos mulos? —pregunta mirando hacia donde se encuentra Annual.

—Setenta mulos y un escuadrón de regulares de apoyo —contesta el telegrafista.

—¿Cómo? —asombrado Benítez mira hacia Jáuregui, mueve la cabeza con gesto negativo—. No lo conseguirán como no se bombardee la Loma de los Árboles, está plagada de trincheras y es donde empieza la ascensión al campamento. Trasmita que a nuestra señal bombardeen la Loma de los Árboles, especialmente con granadas rompedoras, han construido barricadas y trincheras. De la Paz corregirá el fuego de los cañones, nosotros desde aquí haremos lo que podamos. Es la única forma de que lleguen aquí.

—A sus órdenes.

Cuando el telegrafista se dirigió a transmitir las instrucciones, Benítez se quedó mirando a aquella maldita loma con los prismáticos. Repasa las trincheras, resguardos y protecciones dispuestas por los rifeños. Se aparta los prismáticos y cogiendo su gorra se seca el sudor de la frente con el puño de su chaqueta. Mira al sol y con gesto de abatimiento entiende que no hay esperanza y que la batalla está perdida. Los rifeños tienen el sol de espaldas y para colmo están en la loma que debería haber sido tomada y mantenida por los españoles. Tienen agua, municiones y el tiempo corre a su favor. Lo peor de todo, confirma mientras mira con los prismáticos, es que esta agresión no parece ser algo puntual, ni algo que nazca de una asamblea de las diferentes cabilas, sino que está planificado con tiempo y se han estudiado cuales son las localizaciones más estratégicas. Todo obedece a un plan perfectamente tramado. Siente como si se le helara la sangre. Si es así, los rifeños irán siempre un paso por delante de ellos y es posible que esta vez, no logre salvar a sus soldados.

Federico De la Paz se encontraba junto al soldado Enrique Cáceres de la Compañía de Telégrafos Est. nº 17. La cara blanca de Enrique, casi descompuesta y las continuas pasadas de su mano sobre la cara retirándose el sudor que le corría a chorros, indicaba el estado de nerviosismo y el sofocante calor que hacía.

—¿Nervioso, Cáceres? —preguntó De la Paz sin dejar de mirar al frente.

—Un poco mi capitán.

—Tranquilo, tú solo trasmite lo que te vaya diciendo, te diré frases cortas, como «largo, corregir 150» o «a la derecha 100», ¿entendido?

—Sí, sí, entendido —contestó sin mucha seguridad.

No obstante, el oficial es de los que dan confianza, así que Cáceres

cerró los ojos, respiró un par de veces y repetía que todo acabaría ese día y con suerte serían relevados de aquella ratonera a la que les enviaron.

Bustamante, advertido por Benítez y por De la Paz, ya había dispuesto los cañones para apoyar a la columna. Apuntaban a esa maldita loma y a la zona que se encuentra junto al camino de entrada, donde los moros han levantado barricadas que han ocupado. Debían hacer un uso racional de la munición y en previsión de futuras acometidas de los rifeños cargaron los cañones con granadas rompedoras, dejando las de metralla para un posible asalto.

Las ametralladoras de Galán y varios de los mejores tiradores del Ceriñola estarían en la entrada para cubrir su llegada. Una escuadra al mando del teniente Casado los acompañarían para salir en auxilio de los que estuvieran heridos o para ayudar a transportar la carga.

El campamento se preparaba tras la breve tregua para recibir el auxilio tan esperado. Benítez se lo había comunicado a los oficiales al mando y estos a sus subordinados. Todos esperaban atentos su llegada, con la mirada puesta en el camino. Con la esperanza puesta en el convoy.

El soldado que ejercía de enfermero en la posición hacía lo que podía, que era prácticamente nada o todo, según se mirase. Sin apenas gasas, vendas, desinfectante, calmantes, ni utensilios con los que intentar extraer las balas alojadas en los cuerpos de sus compañeros. Apodado *Boticario*, el pobre hombre no sabía qué hacer con aquella riada de heridos.

—Me cago en mi padre, estás en una farmacia y ya te hacen enfermero —gruñía al intentar parar la hemorragia a un soldado que había recibido un tiro en el hombro—. Deja a ese ahí y ven aquí, aprieta fuerte mientras busco algo para vendarle.

—¿Yo? —contestó Luis con desaprobación, él estaba de paso, solo había ayudado a un soldado que cojeaba a entrar, pero eso de quedarse allí era otra historia.

—¡Sí cojones! ¡Venga!

Y Luis apretó la bola de algodón empapada en sangre que el soldado Abelardo tenía en el hombro. El *Boticario,* con las camisas limpias que Benítez y otros oficiales dejaron para vendas, consiguió inmovilizar el tapón para evitar que se perdiera más sangre.

—Así está mejor —concluyó mirando el hombro para comprobar que el vendaje no se moviese—. Ayúdame a ponerlo ahí al lado vamos.

Luis, una vez que colocaron al soldado en un camastro, empezó a sentirse mareado, el sofocante calor, el estómago vacío, el olor metálico de la sangre, su tacto pegajoso y cálido con los gemidos de los que allí estaban hicieron el resto. Tuvo que salir corriendo al sentir

que aun no teniendo nada en el estómago, algo comenzaba a ascender camino de la boca.

—¿Estás bien? —preguntó Manuel.

El periodista daba arcadas arrodillado en el suelo expulsando bilis, este meneaba la cabeza negativamente profiriendo sonidos guturales y carraspeos.

—Tengo que marcharme al parapeto, podrás…

Luis, asintiendo esta vez y moviendo el brazo para que se marchara, se quedó allí intentando recomponerse. Necesitaba respirar. No pudo soportar aquella atmósfera enrarecida y pesada que inundaba todas tus fosas nasales.

Todavía estaba de rodillas, mirándose las manos manchadas de sangre mezcladas con la tierra del suelo, cuando el *Boticario* salió de la tienda y encendiendo un cigarrillo con un fósforo se dirigió a Luis.

—Sin agua para lavártelas será difícil quitarse la sangre, restriégatelas con la tierra y luego date con cualquier trapo, al menos no te quedarán pegajosas.

Luis lo miró y sin decir nada volvió a mirarse las manos, por mucho que se frotara con aquella tierra él sabía que esa sangre no se iría nunca.

29

No era lo mismo ver el combate desde Igueriben que estar allí abajo, subiendo por esas pendientes, tiroteados por ambos flancos, azuzando a las mulas, en inferioridad numérica y sabiendo que, por muy duro que fuera el camino de ida, la vuelta sería peor. Se había cubierto la primera parte del camino, la más fácil y cercana a Annual, despejada de enemigos a costa de sangre, demasiada sangre. Pero unas lomas situadas junto a la carretera de Izummar, en la bifurcación del pasillo que sube a Igueriben, quedando estas en medio de los dos caminos, estaban en poder de los rifeños, lo que ponía en serio peligro el éxito de la misión. Los regulares los atacaron por la retaguardia, desplegándose en guerrilla desde la carretera de Izummar, entraron en un combate cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, que finalmente hizo huir a los rifeños. El primer objetivo se había conseguido.

Luis, al igual que Benítez y los demás oficiales, observaba ansioso con sus prismáticos la penosa ascensión a Igueriben.

—¡Corregir 100 a la izquierda!

—¡Corto, elevación 50!

—¡Blanco!

Cáceres no dejaba de lanzar destellos de luz con el heliógrafo transmitiendo las correcciones del tiro para Annual.

—¡Ahí Miguel! ¡Zúmbales duro! —animaba De la Paz, que no dejaba de mirar por los prismáticos a través de una tronera que daba al camino de acceso al campamento.

Bustamante hacía lo propio, aunque racionaba mucho más la munición espaciando el lanzamiento de las rompedoras. Se trataba de conseguir una cortina de fuego que protegiera al convoy y que de paso se llevara por delante a los rifeños, pero esta cortina, debía avanzar conforme avanzara el convoy por lo que las indicaciones del oficial de artillería debían ser precisas.

Todos los defensores estaban apostados en sus puestos. Algunos, movidos por la emoción y el nerviosismo, olvidaban la seguridad de la tronera y se elevaban por encima del muro de sacos de tierra para ver mejor, se mordían los labios pensando en el agua, apretaban los puños y golpeaban los sacos; «¡Vamos, vamos…!» decían mascullando; «¡Hijos de puta tenéis que llegar…!»

El teniente Casado, al mando de dos escuadras, se encontraba preparado para salir de la posición y proteger la entrada del convoy. El nerviosismo y la ansiedad eran inevitables, todos sabían lo que se jugaban en aquel convoy. Benítez había ordenado que, en el momento de la llegada, cualquier cubo fuera utilizado para recoger el agua que seguro se iría derramando de las cubas tiroteadas por los rifeños.

La cortina protectora estaba funcionando, a pesar de las numerosas bajas sufridas por los regulares y los componentes del convoy, este se acercaba más y más, haciendo que la harka se empleara al máximo para evitar su llegada. Los rifeños, en un último esfuerzo casi desesperado, salieron de sus trincheras y atacaron la retaguardia del convoy intentando hacer fracasar el abastecimiento, pero no lo consiguieron.

—¡Ya están aquí! —gritó Benítez al ver como unos pocos regulares, mandados por un oficial moro, se desplegaban por la loma situada frente al campamento.

—¡Fuego sobre la loma!

Con esa orden un cañón bombardeó la loma, Casado y sus escuadras salieron al camino apostándose a ambos lados de este, cubriendo a los acemileros que subían jadeantes tirando de sus mulas. Galán ha salido también, tiene apostada entre el muro y las alambradas una ametralladora que acribilla a los rifeños de la loma haciéndoles huir. Los regulares por fin llegan a la posición protegidos por Galán que no da descanso a su ametralladora escupiendo proyectiles.

La entrada de los mulos con su preciado contenido fue celebrada por los soldados con gritos jubilosos y vivas a España. Rápidamente, sin descuidar la vigilancia, comenzó la descarga de cajas, suministros y barricas mientras que los acemileros caían al suelo de rodillas

agotados.

Hasta que la última mula no entró, los valientes y sacrificados regulares no pasaron al abrigo del campamento. El oficial moro, con un movimiento de su mano, indicó a Galán que cubriría su retirada con los catorce regulares que quedaban de la sección que subió con el convoy. El resto ha quedado en el camino.

—Capitán Joaquín Cebollino a sus órdenes mi comandante. Le presento al teniente Nougués de artillería.

—Descanse capitán, enhorabuena caballeros, me alegro de verlos, han conseguido algo casi imposible —felicitó con entusiasmo Benítez a los oficiales recién llegados.

—Gracias mi comandante, pero... Hemos perdido al comandante Romero, estaba al mando del convoy, cayó en los primeros metros de avance... No ha sido el único lamentablemente, y ya ve que traemos bastantes heridos.

—Bulnes, encárguese de que sean atendidos los heridos —ordenó Benítez casi inmediatamente.

Benítez indicó al capitán Cebollino que se refrescara y le acompañara a su tienda. Federico de la Paz como segundo de la posición y el teniente Nougués acompañaron al comandante.

Joaquín Cebollino dio un largo trago de agua de su cantimplora y se la ofreció a Benítez que aceptó agradeciendo el gesto. Nougués hizo lo mismo con su camarada de artillería dándole una carta.

—Mi capitán, su hermano me entregó esta carta para usted, y le manda un fuerte abrazo.

—¡El bueno de Miguelón! Dele otro de mi parte cuando regrese al campamento y si no le importa, le daré también una carta para que se la entregue.

Nougués sonrió dando a entender que llevaría gustoso la carta.

El campamento vivía escenas de gran actividad, los sargentos organizaban las tareas y Bulnes hablaba con el alférez Osuna al mando de la compañía de intendencia sobre el desarrollo del combate.

Luis que andaba haciendo fotos de la llegada de los soldados se dio cuenta de la pequeña reunión y se acercó rápido para poder conocer detalles de aquel convoy sangriento.

Osuna estaba sentado sobre unas cajas de munición, bebía de su cantimplora dando pequeños tragos que le permitían tomar aire, sudaba profusamente. Con la cara ennegrecida, el uniforme sucio de arrastrarse y manchado de sangre, relataba los hechos a Bulnes, Luis y Castro que se encontraban a su alrededor.

—Cazaron al comandante Romero a las primeras de cambio, en toda la cabeza, ni se enteró… Mejor así —sentenció Osuna agachando la cabeza—. Cerca de setenta mulos iniciaron el viajecito, y mirad lo que nos queda, los acemileros han tenido que cargar con la munición

y los víveres con sus propios brazos, muchos… Se han quedado atrás con la carga. Cebollino le echó coraje y huevos —dijo mirando ahora a sus camaradas—, como le gusta al *Bigotes*, le darán una medalla fijo. Cuando mataron al comandante rodeó las lomas que estaban al principio de la subida y les dio por detrás, tuvo buena vista el cabrón. Allí ha dejado un par de secciones que cubrirán la retirada —dio otro trago a la cantimplora—. La subida ha tenido miga, los moros nos atacaban haciendo descargas compactas, no era el típico ataque guerrillero disparando a discreción, era… Era muy militar, sí —confirmó—. Nosotros nos defendíamos ordenadamente, los pelotones se cubrían unos a otros y la artillería ha ayudado lo suyo. Al teniente Nougués le mataron el caballo —hizo una pausa—, este es otro que los tiene bien puestos, con lo delgadillo que es «*el ioputa*» y que nervio tiene, si no le dan medalla no sé qué hay que hacer para que te la den. Pues el caso es que después de que mataran a su caballo se levantó rápido, y con la pistola en la mano se puso al frente del convoy tirando el mismo de una mula hasta que un soldado la cogió, y ha entrado llevando una caja de municiones en el hombro. No ha parado de animar a los soldados y de tirar de ellos, gritando, dejándose la voz ahí abajo.

—¿Sabes cuántas bajas habéis tenido? —preguntó Luis.

Osuna se quedó mirando extrañado de no verle uniforme, pero no le dio importancia, tal y como estaban en el campamento que importaba si llevaba guerrera o camisa, hacía un calor de mil demonios y si por él fuera se hubiera quitado hasta los pantalones. Volvió a dar un trago a la cantimplora y se quedó mirando aquel improvisado corrillo, había verdadera sed en sus miradas y no tuvo más remedio que ofrecer su cantimplora que fue aceptada con signos de alegría y satisfacción.

—No lo sé —respondió siguiendo con la mirada la cantimplora que pasaba de mano en mano—. Aún queda la retirada, ya ves los heridos que traemos y alguno habrá que se haya quedado abajo esperando al regreso para que lo recojamos, eso… Si no está muerto ya. ¡Cristo del Gran Poder que «*caló*» hace aquí! —exclamó.

—Y más que hará. Se sabe algo de los refuerzos —preguntó Bulnes entregando la cantimplora a Osuna que aún contenía algo de líquido.

—Está previsto que mañana llegue más tropa; regulares, Ceriñola y el escuadrón Alcántara de caballería, con más fuerzas esperamos hacer llegar los víveres, agua y municiones necesarias para sostener la posición y relevaros.

—¿Relevarnos? Has oído *Plumilla,* nos vamos de aquí.

—¿Aceptan a un voluntario en sus filas para el regreso? —dijo Luis.

—Quien manda es Cebollino, pero no creo que haya problema,

pero no respondo si te pegan un tiro—dijo Osuna con un acento que indicaba su procedencia andaluza.

—No se preocupe, le prometo que no le formaré consejo de guerra —siguió Luis con la broma.

Todos rieron, necesitaban reír, querían reír, usar esos segundos en los que se olvida todo, el peligro, la muerte, las responsabilidades, todo excepto la alegría. Pero por desgracia el tiempo para reír acabó.

El teniente Casado se acercó al corrillo que habían formado con el informe del convoy y Bulnes se apartó dándoles la espalda.

—Mi capitán, cerca de setenta bajas entre regulares y los de intendencia, aunque puede que haya alguno más —Bulnes asentía como aceptando el sacrificio dada la importancia de la empresa y lo urgente de la necesidad—. En cuanto al agua —hizo una pausa—, no llegamos a ochenta litros.

Bulnes se quedó mirando a Casado, que continuaba con el informe.

—Se han perdido cajas con espoletas y granadas de artillería de unas mulas que se despeñaron. Aun así, han entrado varias cajas con granadas de metralla y alguna rompedora. Para fusil tenemos diez cajas de proyectiles. De víveres tenemos patatas, galletas y algunas latas de sardinas y pimientos.

—Ochenta litros nada más, con eso no tenemos ni, para empezar —la cara de Bulnes se crispó, el calor y la sed ya estaban haciendo mella en la tropa, después de dos días sin poder beber en condiciones, y él lo sabía. Esa cantidad era insuficiente.

—Las cubas han sido agujereadas por los disparos y el agua se ha ido derramando por el camino —aclaró Casado.

—Malditos hijos de puta.

—Otra cosa mi capitán —interrumpió Casado—. Hay varios heridos... Algunos graves y... No hay botiquín en el convoy, ni enfermeros. Los estamos atendiendo como podemos, pero…

—¿Pero qué mierda de convoy es este que no hay médicos ni botiquín Osuna? —escupió Bulnes irritado cambiándole el gesto a Osuna.

—Mi capitán yo... No organizo la carga, solo la llevo.

Bulnes, que se quedó un rato mirando a Osuna intentando buscar un culpable se retiró del grupo, se dirigió cabizbajo y con paso lento a la tienda de Benítez a informar. Sabía que el agua era insuficiente, que solo daba para dos tragos, que el enemigo tenía granadas y espoletas y que muchos de los heridos morirían antes de ser relevados, vidas que podrían salvarse de tener alguien con los conocimientos y material adecuado para su cura. Aquellos hombres morirían sin remedio por la fiebre, la sed o desangrados lentamente, gota a gota.

Bulnes estaba comunicando a Benítez el informe de Casado cuando el oficial moro de regulares interrumpió la reunión en la tienda de Benítez y, con cara de circunstancia, llamó a su superior. Cebollino se acercó a este que le susurró al oído algo inaudible para el resto de los oficiales, se miraban entre ellos preguntándose qué información sería aquella. Cebollino asintió con la cabeza y el oficial salió de la tienda.

—¿Problemas capitán? —preguntó Benítez.

—Los acemileros se niegan a volver al campamento llevando las mulas, nos estarán esperando y...

—Entendido capitán —interrumpió Benítez.

Hizo una pausa permitiendo oír el rumor del exterior de soldados hablando y mulos que relinchaban.

—Demasiadas bajas han tenido ya para subir aquí, si al bajar no llega con hombres, la moral de la tropa se derrumbará. Mañana llegaran refuerzos en otro convoy... Deje las mulas aquí; si me permite la sugerencia, lo mejor sería escoger otro camino para el regreso —dijo mirándolo—. Veamos el mapa.

—Sí mi comandante... Gracias.

Benítez se quedó mirando al capitán Joaquín Cebollino. No podía premiar con una muerte segura a los que habían tenido las agallas y arrestos de subir hasta el campamento y aliviar, aunque solo fuera por unas horas, el sufrimiento de la sed. Sabía que las mulas en el campamento harían menos bien que mal, y que los heridos abandonados en la subida del convoy no podrían ser recogidos, pero ahora lo que importaba es que el convoy regresara, lo último que quería es que en Annual vieran que el convoy que subía a Igueriben no regresaba.

—Mi comandante si me permite... —interrumpió Nougués—. Me quedaré con mis hombres aquí, ayudaremos al capitán De la Paz y le daremos descanso a sus chicos, Miguel no me perdonaría si estando aquí no enseño a su hermano a disparar con el cañón —se excusaba mirando a Federico De la Paz con una sonrisa en la cara.

—Si él no tiene inconveniente… —repuso Benítez.

—Ningún inconveniente mi capitán, toda ayuda es poca.

—Conforme, es su pellejo teniente. Vayan a disponerlo todo.

Benítez se quedó en la tienda con el capitán Cebollino, De la Paz salió afuera con Nougués interesándose por los heridos de su compañía. Siete leves y uno grave le dijo Bulnes al acompañarlo a la tienda hospital que empezaba a quedarse chica.

Osuna estaba con el sargento de intendencia Ricardo Rodríguez, discutían el hecho de que los acemileros no quisieran continuar con

sus mulas y regresar a Annual, cuando vio salir a Nougués. Inmediatamente dejó aquella reunión y se acercó a él a toda prisa.

—Mi teniente... Preparados para el regreso…

—Nosotros nos quedamos Osuna —anunció Nougués—diga a sus acemileros que se preparen, salen sin las mulas.

Osuna se detuvo al oír aquello, no podía creer lo que acababa de escuchar. Mientras seguía con la mirada a Nougués intentaba asimilar la orden recibida.

—Me cago en mis cojones —masculló Osuna—. ¡Sargento! ¡Sargento!

El sargento de intendencia Rodríguez se olía problemas cuando escuchó a Osuna llamarlo, lo conocía de sobra para adivinar por el tono de voz cuando se iba a liar. Y ahora tenía ese tono de voz. Y esa mirada.

—¿Mi alférez? —se presentó temeroso Rodríguez.

—Nos quedamos —dijo sin mirarlo—. Me cago en mis cojones... Nos quedamos. Vamos, los heridos leves se irán en las mulas con artolas —se volvió mirando al sargento, que tenía los ojos como platos, atónito por lo escuchado—. Me quedo con una sección y los heridos que no puedan moverse, usted vuelva al campamento con el resto y con los regulares. Andando, que es gerundio —animó dando unas palmadas.

Luis estaba en su tienda introduciendo en su bolsa las libretas, lápices, plumas, tinta, sobres, rollos de película para fotos y su kodak, mientras el convoy se preparaba para la marcha. Se largaba de allí, había cumplido como periodista y no tenía muchas ganas de apretar el gatillo otra vez ni de jugarse la vida, ahora se iba a por su merecido descanso y lo que era mejor, su merecida gloria periodística.

Al salir de la tienda buscó a Manuel para despedirse, fue entonces cuando vio a los artilleros de Nougués organizando y distribuyendo las cargas que habían traído, «suerte muchachos» pensaba al cruzarse con el alférez Osuna que seguía discutiendo con el sargento Rodríguez para que se marchara con el convoy de vuelta a Annual. Pero el sargento algo cabezota decía que nones: «Si se queda usted mi alférez, me quedo yo y no hay más cojones que hablar».

¿Qué tipos eran esos que se peleaban por quedarse en aquel infierno? ¿Qué es lo que pasaba por su cerebro cuando aún a sabiendas de que podían morir, elegían voluntariamente jugar esa partida con el destino? ¿Qué lazos los unían para discutir por enfrentarse juntos al peligro, a la muerte? Andaba Luis preguntándose todas estas cuestiones, cuando empezó a sentir que él estaba en deuda con esos hombres. Pensó que el pecado del soborno al firmar la declaración de inútil para el servicio militar debía tener su penitencia. Luis miró la hora en el reloj de bolsillo Omega que su padre le regaló,

y empezó a reírse cuando recordó las palabras que su padre le dijo aquella mañana: «Luis, no hagas ninguna tontería».

Salió corriendo en dirección a su tienda, en su cara había una sonrisa desafiante, entró y rápidamente, pues sabía que el convoy partiría de inmediato, se puso a escribir. «El Convoy», así tituló su crónica.

Casi a punto de salir el convoy, Luis logró terminar de escribirla. La guardó en un paquete junto con las otras crónicas y una carta a sus padres. Lo ató fuerte con un cordoncillo y puso la dirección de Federico en Madrid, tal y como acordó con él.

—Cuando lo reciban les va a dar un infarto —se decía mientras terminaba de escribir la dirección en el paquetito.

Al salir, vio al comandante Benítez en la entrada de su tienda entregando al capitán Cebollino una carta que el compañero se guardaba en el bolsillo de su guerrera. Después de saludarlo militarmente Benítez le estrechó la mano. En ese momento, la mirada de Luis se cruzó con la del comandante unos segundos, este lo miró comprensivo, entendiendo que dejara el campamento y le lanzó un gesto de despedida con la mano antes de volver a sus obligaciones.

—Vamos periodista —dijo Cebollino al pasar junto a Luis—. Nos vamos ya.

—Capitán, siento comunicarle que me quedo aquí
—Cebollino se paró en seco mirando a Luis, se preguntaba si estaba en sus cabales. Él sabía muy bien lo que suponía permanecer en aquella posición y seguramente lo habría hablado a solas con Benítez—. Y esto es para usted —dijo entregándole el paquetito —. Le ruego lo mande por correo cuanto antes.

—¿Está usted seguro? —preguntó Cebollino.

—Completamente —aseguró Luis haciendo un gesto con la mano derecha rehusando cualquier consideración contraria.

—Está bien, buena suerte entonces —deseó a Luis estrechando su mano—. Espero verle pronto.

—Y yo a usted. Suerte en el regreso.

Sin embargo, esta no era la única sorpresa que le quedaba al capitán. Osuna y el sargento Rodríguez elegían quedarse en Igueriben. Cebollino no insistió, en cuestiones de deber cada uno es dueño de sus acciones, por ilógicas que sean. En el fondo él se hubiera quedado de no tener la responsabilidad del mando, además, debía recoger a los regulares que quedaron en aquellas lomas ayudando al convoy en el ascenso y que protegían su retaguardia. No podía abandonarlos allí.

Cebollino hizo una señal al oficial moro y este se volvió a sus hombres ordenándoles que dejaran allí las cantimploras, aquel gesto fue imitado por el resto de los hombres que saldrían en la columna.

—Es poca agua capitán, pero... —Cebollino fue interrumpido por

Bulnes que le agradecía el gesto deseándole suerte—. Caballeros, les deseo toda la suerte del mundo. Queden con Dios —dijo llamando la atención al oficial de regulares que al momento salía en vanguardia de la expedición rodeando el campamento y tomando dirección oeste.

Sin duda, el cambio obedecía al intento de evitar al enemigo que seguro estaría apostado en las barrancadas del camino. El plan lo había configurado con Benítez, pero De la Paz, al tanto de este, mandó a sus artilleros que abrieran fuego para distraer al enemigo haciendo más lento su avance por el norte, en un intento de cortarles el paso cuando se dieran cuenta de la maniobra.

Y así, con la intención de dar un rodeo para evitar ser cogidos en una emboscada, el capitán Cebollino al mando de sus catorce regulares y del resto de la compañía de intendencia se dispuso a volver a Annual, con la promesa a Benítez de regresar con más hombres, víveres y municiones.

Cebollino volvió la vista atrás un momento antes de que Igueriben desapareciera tras él saludando militarmente a sus defensores. En el fondo piensa que es el último que los ve con vida. Benítez observaba como desaparecía la columna de Cebollino por aquellas sendas pedregosas cuando Luis se acercó a su lado.

—Creía que se iría con el convoy periodista.

—Y yo comandante, y yo.

31

Poco tardó en darse cuenta el enemigo de la estrategia seguida por el convoy y empezó a oírse el grito aterrador que indicaba que la lucha comenzaba de nuevo.

—*Allah-u-Akbar, Allah-u-Akbar, Allah-u-Akbar.*

Quieren el desquite.

Ahora la distribución ha cambiado, la sección de intendencia recién llegada se hace cargo de recoger a los heridos, ellos formarán el grupo de reserva. Las mulas han tenido que ser sacadas fuera del campamento al ser imposible contenerlas dentro, quedando entre el muro y las alambradas.

Las cantimploras que los del convoy dejaron antes de marcharse se vaciaron en un bidón para realizar el reparto de agua. Ha sido un gesto que les honra, desde que empezara el día han sufrido el acoso de los rifles enemigos, el sofocante calor y la tensión de saber que el próximo disparo puede que no lo oigan. Sin haber probado apenas bocado en todo el día, se marcharon dando generosamente el agua que seguro necesitaban tanto o más que los que allí estaban.

El agua se repartió entre todos los defensores. Se mimó al

milímetro el reparto para evitar que ni una sola gota cayera al suelo hirviente de Igueriben. Los oficiales han renunciado a su parte. En silencio, los soldados reciben su mísera porción de agua que agradecen a la oficialidad.

Hay relevos en los defensores de Igueriben. Luis ha cambiado el máuser por el lápiz, no quiere volver a disparar, a matar. Ahora es el cantinero quien lo coge, no piensa permitir que sus ganancias acaben en el bolsillo de un moro. Y va a defenderlas a toda costa. Su mula y su ganancia es todo lo que tiene, lo que le hace ser independiente, lo que le hace tener algo por lo que luchar día a día. Ahorrando algo, en unos años podría montar una cantina en un buen asentamiento, donde haya un campamento grande de soldados y dejaría los caminos infestados de piojos y salteadores.

Al morir la tarde aumentó la frecuencia de disparos por parte de los moros sobre el campamento. El enemigo quiere la pieza que con la maniobra de Cebollino no han podido cobrarse. Entre los defensores corrió la voz de la retirada de los regulares en las lomas donde estaban apostados, lo que indicaba que Cebollino, al menos ha llegado a ese punto del camino, faltaba saber en qué estado y si lograría entrar en el campamento; no obstante, la noticia alegró a los soldados que empezaban a ver que pese al número de bajas y de la mermada carga de víveres y agua, la llegada de un próximo convoy es factible.

—¡Mierda de mulos! —dice el soldado Felicito que apostado en la ametralladora no puede hacer fuego limpio sin que se cruce un mulo y lo deje seco—. Otro que se cruza, acabaremos matándolos a…

No termina la frase, por la tronera ha entrado un proyectil que tenía su nombre. Juan el servidor de munición tiene la cara manchada de sangre y mira el cuerpo inanimado de Felicito que ha caído de espaldas dejando sus piernas dobladas sobre el taburete de la Hotchkins. El disparo ha venido de la loma que hay frente a la entrada, lo que indica que el enemigo volvía a estar muy cerca. Salvador, el ayudante de la ametralladora, al verlo en el suelo con la cabeza en un charco de sangre enloquece de rabia, y apartando sus inertes piernas empieza a disparar sobre la loma buscando venganza. Acabado el peine grita a Juan, todavía en estado de shock, para que introduzca otro peine y que no se pare o le cortará los huevos. La ametralladora no deja de escupir fuego, Galán preocupado pide el alto el fuego, aunque no obedecen la orden. Repetidas veces reclama el alto el fuego, más aquella ametralladora no deja de escupir proyectiles, segundo tras segundo, peine tras peine. El cañón se calienta y no se refrigera, no hay piezas para su cambio y eso puede provocar que la ametralladora se pierda. Está al rojo.

Finalmente, Galán aparta de un empujón a Salvador que cae al suelo dejando de disparar.

—¡He dicho alto el fuego! —pero Salvador no lo mira, tan solo mira la ametralladora con el cañón humeante junto a Juan con un peine entre sus temblorosas manos—. ¿Qué cojones pasa aquí?

—Lo han matado mi teniente, lo han matado —responde Salvador que no aparta la mirada de la ametralladora.

Galán miró el cuerpo de Felicito y el charco de sangre junto a su cabeza.

—Soldado, si pierde la ametralladora van a morir más hombres aquí, así que cuando yo diga alto el fuego, usted cumple mi orden, ¿entendido? O le juro que se pasará lo que quede de tiempo en Melilla dentro de las letrinas —dijo con una mirada que haría temblar al más sereno.

—A sus órdenes mi teniente —respondió.

—Lleven el cuerpo a la morgue —ordenó dirigiendo el dedo índice a la tienda destinada a albergar los cuerpos de los fallecidos, que empezaba a ver mermado su espacio.

El cabo Antonio se acercó cuando se llevaron el cadáver y estuvo observando la ametralladora.

—Esta se terminó de joder —dijo haciendo un chasquido con la boca—. Tarde o temprano se joderán todas.

—Pues mejor tarde que pronto cabo —repuso un irritado Galán—. Como vea que el material y armamento de guerra no se cuida de manera correcta me cargo a quien sea, ¡Entendido! —dijo levantando la voz con la intención de que todos le escucharan.

—A sus órdenes mi teniente.

Al llegar la noche, Annual comunicó la llegada del convoy, cien soldados no regresaron quedando en aquellos caminos. Un alto precio para ochenta litros de agua y unas cajas de munición. Cien bajas en cinco kilómetros, sin contar a los heridos que quedaron en Igueriben. Benítez sabe que el número es muy alto y que la moral en el campamento no será muy alta. Ir en el convoy suponía una alta probabilidad de morir.

Los soldados, aprovechando un alto en el fuego, se repartieron las pocas latas de conserva que había para el rancho nocturno, pero nadie abandonaba el parapeto por temor a un ataque y a los francotiradores.

Luis estaba junto a Manuel y sus amigos. Ha cogido su libreta y escribe en ella iluminado con una linterna bajo su capote-manta. Junto a la entrada, Benítez y varios soldados en el máximo silencio se han reunido junto a las casetas.

—¿Algo pasa allí *Plumilla*, por qué no te acercas y nos lo cuentas luego? —indicó *Belmonte* que se acomodaba para intentar dormir algo utilizando un saco terrero como almohada.

—La verdad es que sí —dijo Luis apagando la lámpara *Lot*—. Algo pasa... —agachado, con la espalda doblada se arrastró pegado al

parapeto, intentando no ofrecer un blanco fácil hasta aproximarse al grupo de soldados.

—Traed granadas de mano —susurró uno de los que están allí reunidos.

—Creo que son de los nuestros mi comandante —dijo en voz baja el teniente Casado a Benítez.

—¿Cómo lo sabe?

—He podido ver como una sombra arrastraba a otra, no creo que los moros estén arrastrando a sus heridos para atacarnos.

—Es muy posible que sean heridos del convoy, pero no me fío, los moros pueden estar vigilándolos esperando a que nos acerquemos. Atentos todos, alertad a los hombres, pero en silencio.

La orden se transmitió de boca en boca en voz queda: «Alerta, a sus puestos».

—Me cago en... Si lo sé le digo al *Plumilla* que se quede aquí —dijo *Belmonte* que, levantando la cabeza de su improvisada almohada, se arrodillaba frente al parapeto comprobando el cargador de su fusil.

—Comandante, parece que oigo algo.

—Silencio —ordena Benítez.

Luis se pegó al parapeto y se agachó. El bombeo de sangre de su corazón se hace más fuerte y rápido notándolo en sus sienes, intenta aguzar el oído cerrando los ojos con la intención de concentrarse. De las sombras sale una voz silenciosa y quebrada.

—Eh, los del campamento. No tiréis. Somos del convoy.

—¿Quién mandaba el convoy? —pregunta Casado, para comprobar que no se tratara de una estratagema de los moros.

—El capitán Cebollino, al comandante lo mataron.

—Está bien, venid, pero sin movimientos bruscos.

—Tenemos un herido, necesitamos ayuda.

Casado miró a Benítez y este asintió; sabe lo que le ha preguntado con la mirada y lo que supone, pero accede. El soldado Ibarra que está junto a Casado se ofreció a acompañarle, otro soldado también se dispuso a salir con ellos, pero Benítez se negó temiendo que pudiera haber francotiradores y se pierdan más vidas.

Arrastrándose, por el hueco de la ametralladora que ha sido inutilizada, Casado e Ibarra salen del campamento. Luis se acercó a una tronera y miró por esta a los dos soldados cuando traspasaban la línea de alambradas desapareciendo en la oscuridad.

Tras una espera tensa en la que a cada segundo se temía lo peor se escuchó un gemido doloroso que hizo pensar que todo había terminado para los valientes soldados, pero al rato, el rumor producido por los cuerpos al arrastrarse por el suelo se oía en el silencio del campamento.

—Alfonso —se escucha en el exterior.

—Trece —contestan desde Igueriben.

Empezaron a adivinarse formas humanas que se hicieron visibles al reflejarse en ellas la luz que proyectaba la luna. Luis pudo ver que eran cinco hombres los que se arrastraban. Cuando llegaron a la entrada introdujeron a un soldado de la compañía de intendencia herido. En sus manos tiene cogidas aún las bridas del mulo que llevaba en el convoy. A continuación, entró el soldado Ibarra con otro componente de esa compañía y finalmente, Casado con uno de artillería.

Ibarra, apoyando la espalda en el muro defensivo y respirando profundamente pide agua, le entregan una cantimplora que coge con verdadera desesperación dando un largo trago.

—No he pasado más miedo en mi vida, a cada centímetro creía que un moro iba a saltar y rajarme el cuello —dijo pasando la cantimplora a Casado que se la cedió al soldado de intendencia que entró con ellos.

—Gracias, vaciamos nuestras cantimploras hace tiempo. Este sol abrasa.

Una vez repuesto y con la voz más serena contó lo sucedido a los que le rodeaban que esperaban ansiosamente saber de su pequeña aventura.

—Fue una matanza, nos tiraban a placer, los regulares nos cubrían, pero a pesar de eso mataron a nuestros mulos y mientras les quitábamos las cajas hirieron a ése, tiene un tiro en la tripa —dijo mirando a Osuna—, no verá amanecer. El convoy siguió hacia adelante y nosotros nos escondimos en un hueco que había en el barranco con la idea de esperar al regreso del convoy, pero al ver que no pasaban por aquí decidimos salir aprovechando la oscuridad, pensamos que ellos, al igual que nosotros, necesitarían descansar. Intentamos llevar las cajas, pero no podíamos tirar con ellas y con él —dijo señalando al herido—. Las dejamos allí escondidas y las cubrimos con piedras, he podido traer unos peines de munición y unas granadas, no es mucho, pero…

Benítez se arrodilló frente al soldado de intendencia tocándole el brazo y asintiendo con la cabeza como muestra de agradecimiento. Al herido solo podían ofrecerle algo de agua para que mitigara su sed. En ese momento, todos miraron al herido que yacía tendido en el suelo sobre el costado derecho, tenía una mancha oscura de sangre seca que se mezclaba con la sangre fresca que brotaba por moverse y abrirse la herida. Poco a poco sus lamentos se fueron apagando, eran más tenues y espaciados, su respiración apenas se sentía. Casi de manera imperceptible el soldado musitó unas palabras: «Ma… má…» y expiró.

—Llevadlo a la morgue, Osuna, encárguese usted —dijo Benítez tras unos segundos de siniestro silencio.

—Otra cosa mi comandante, hubo más heridos en la subida, así

que es posible que durante la noche intenten llegar aquí como nosotros —advirtió el recién llegado.

—Estaremos prevenidos para salir a rescatarlos. Casado ocúpese de eso, lo ha hecho muy bien —dijo Benítez dejando aquella pequeña reunión y volviendo a su tienda.

—Gracias comandante, estaremos prevenidos.

Han pasado un par de horas desde que entraron los últimos supervivientes del convoy. La quietud del campamento solamente se rompe por los cascos de los mulos que deambulan frente al muro, los ronquidos de los que duermen y algún rumor de conversaciones con risas entre los soldados. A Luis le parecía increíble que incluso en las más duras circunstancias aún se pueda dormir como un niño o reír. En la entrada, junto al teniente Casado, acomodado entre los sacos terreros, el periodista intentaba anotar todo lo acontecido en su libreta, nada debía caer en el olvido, ni siquiera su miedo.

—Se aproximan más —se oyó desde la entrada—, atentos todos.

Sin embargo, nadie se movió ignorando de manera imprudente el peligro que podían traer aquellos sonidos. El día había sido duro y dormían por agotamiento.

—Se acercan —susurraron alarmados—. Están en las alambradas.

32

—Los del campamento... No tiréis somos del convoy.

—Más heridos mi teniente.

—Acercaros, pero despacio, de uno en uno —aclaró Casado que no quería caer en una emboscada.

A lo lejos, por las alambradas, comenzó a definirse el contorno de un soldado que semiagachado y con el fusil entre las manos, se acerca nombrando la compañía a la que pertenece. Una vez dentro, fue interrogado por Casado acerca de los que quedaban por venir y este contestó que únicamente quedaban dos más, uno de ellos de la sección de regulares. Aclarado todo, Casado los llamó.

—Adelante venid los dos, rápido —ordenó el teniente.

Dos sombras aparecieron desde la oscuridad caminando agachados hacia la posición. Una de las mulas que se encontraba fuera lanzó un relincho dando un brinco cuando uno de los soldados la apartaba de su camino. Sería lo último que hiciera. Se escuchó un tiro que provenía desde la loma vecina y el soldado fue abatido. Varios fogonazos surgieron de la oscuridad acompañados por el terrible siseo de los proyectiles que buscaban matar al de regulares que corría intentando llegar a la seguridad del campamento. Desde las troneras contestaron al fuego cubriendo a su compañero.

—¡Vamos, vamos! —grita Casado que haciendo gestos con la mano anima al regular que avanza todo lo rápido que puede con evidentes signos de agotamiento—. Corre ¡ya queda poco!

Sin embargo, justo antes de entrar, a falta de un par de metros para llegar al muro cayó abatido por varios disparos certeros, lo que conmocionó a los hombres que lo esperaban animándolo con los brazos tendidos, en especial al conductor del convoy, que solo dos minutos atrás había echado a suertes con sus dos compañeros quién sería el primero en salir. Había perdido él, pues pensaban que los propios defensores temiendo que se tratara de un moro les disparasen en la oscuridad. La suerte se burlaba una vez más de aquellos hombres.

Los de Igueriben, puestos en pie y alarmados tras el tiroteo supusieron que estaban ante otro ataque. Benítez se había acercado para saber qué había pasado y mientras Casado le informaba de lo ocurrido los soldados respondía disparando a ciegas el reanudado paqueo sobre la posición, pero ahora el objetivo de sus mortales proyectiles no eran los españoles, sino los mulos.

—Disparan a los mulos —dice Luis que mira a Casado con gesto interrogativo. La respuesta llega de inmediato cuando ven a las bestias agitarse, dar brincos, correr de un lado para otro bramando asustadas, por el tiroteo y los impactos de bala en el suelo.

—¡Canallas! —exclama Benítez—. ¡Matad a las mulas o destrozaran las alambradas y el parapeto! —gritó con todas sus fuerzas a sus hombres—. ¡Disparad!

Al instante todos los hombres dispararon para acabar con ellas, pero ya era tarde, los mulos, en su loca carrera, fueron aliados involuntarios de los rifeños; el extremo norte apenas tiene unas pocas clavillas en pie con el alambre erizado de púas que servía de protección al campamento, han sido arrancadas por las mulas; el lado oeste donde se encuentran los cañones ha sufrido grandes destrozos, las mulas han caído en su frenética y ciega carrera por el barranco arrastrando la espinosa defensa. En la entrada, los animales han intentado regresar al campamento y al verse impedidos por los sacos terreros han chocado contra estos tirando parte de ellos y debilitando las defensas. Las acémilas que entraron con el convoy yacen desperdigadas por toda la explanada. Unas mueren rápidamente y otras, atrapados por el alambre de espino, mueren lentamente, emitiendo continuos y horribles quejidos de dolor y agonía.

Para colmo, las mulas del acemilero que se encontraban en la barraca que hacía de cuadra, espantadas por el tiroteo y sin nadie que las sujetase, han tirado una tienda de campaña, destrozando en su carrera un heliógrafo para señales antes de ser abatidas por los soldados.

El cantinero estaba arrodillado junto al cuerpo de su mula. Lloraba acariciando la cabeza de la bestia apoyada en sus rodillas. Lleno de ira se dirigió hacia el parapeto dispuesto a vengarla.

—¡Malditos! Pagareis la muerte de mis mulos... ¡Venid! ¡Venid! —gritó con ira.

Su deseo se vio cumplido más pronto de lo que podía imaginar. El griterío de los asaltantes se mezclaba con las detonaciones de los fusiles al ser disparados y de las balas que siseaban o impactaban contra los sacos terreros y piedras que formaban el muro de Igueriben. El enemigo, aprovechando el momento de confusión provocado por los animales, intentaba un asalto amparado en la oscuridad. Las alambradas debilitadas y la reducida visibilidad por parte de los españoles, debido a la oscuridad, eran bazas que querían poner en juego en este nuevo asalto. El griterío era estremecedor.

Los soldados son presa del pánico, la oscuridad impide que apenas puedan ver al enemigo. Disparan al azar. Pronto empiezan a caer los primeros defensores, los rifeños se encuentran tan cerca del campamento que al impactar las balas en las cabezas de los soldados españoles estos caen hacia atrás por la fuerza del impacto. Un tirador junto a Luis ha caído herido, un proyectil enemigo ha impactado en el arma arrancándole dos dedos.

—Todos al muro, ¡usen las granadas!, ¡usen las granadas! —gritó Benítez, que se dirigía a toda velocidad a su tienda.

Entrando en ella, abrió un baúl y sacó una pistola lanza bengalas y de una bolsa de lona cogió varios de sus proyectiles.

Al salir de la tienda, cargó la pistola y corrió hacia la entrada disparando la primera. Su luz descubrió a toda una horda de enemigos que desde la loma cercana se dirigían al campamento. Aquel fogonazo delator les pilló por sorpresa quedando unos segundos inmóviles viendo el vuelo luminoso de la bengala que descendía paralizando la escena por unos segundos, como si fuera una fotografía.

Aprovechando ese momento las ametralladoras y los defensores dispararon sin perder un segundo. Rápidamente Benítez se dirigió al muro norte y lanzó otra bengala, corría atravesando el campamento, pasando entre las tiendas montadas, yendo de uno a otro extremo, cargando y disparando las bengalas, haciendo visibles a los asaltantes que sufren numerosas bajas ya que, confiados en la oscuridad, gran número de ellos se unieron al que creían que sería el último asalto.

Desde Annual, alertados al ver las bengalas, iniciaron el cañoneo ayudando así a la defensa, las granadas lanzadas cumplieron su propósito eliminando al enemigo. El estruendo y el griterío eran de locura. Luis desde la entrada ve al enemigo caer bajo el fuego de las ametralladoras y por el efecto de las granadas. Poseído de un ataque de locura ríe y ríe sin parar bajo aquella sinfonía macabra.

Aunque los moros han provocado un gran número de bajas entre los soldados, la lucha se va resolviendo a favor de los españoles, obligando a la horda rifeña iniciar el repliegue, pero la victoria no está siendo regalada. Los cuerpos inmóviles de los defensores que han caído y los heridos por la metralla de las granadas con sus lamentos lo demuestran. La algarabía y el atronador estrépito de los disparos y las explosiones dejaron paso al lamento de los heridos, las toses, los jadeos y a la alegría contenida de los que sobreviven. De nuevo el ataque se resuelve a favor de los españoles.

—¿Y ese juguete? —preguntó De la Paz a Benítez.

—Es mi pistola lanza señales *SPRA,* la compré en Inglaterra hace años cuando estuve allí de viaje —dijo mirando la pistola—. Se utilizaron en la Guerra Europea y la llevo siempre que estoy de campaña por aquello de que nunca se sabe…

—Pues nos ha venido de perlas, me alegro de que la compraras, creo que esta noche has salvado el campamento, Julio —dijo un emocionado De la Paz, al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Me voy a comprobar cómo están mis hombres.

Benítez quedó absorto mirando el campamento, sostenía aún la pistola lanza señales en su mano, los heridos se mezclaban con los muertos, hay sangre y su olor y el aroma de la pólvora colman la atmósfera de Igueriben.

—Han estado cerca… Muy cerca —se dice a sí mismo.

33

Mientras que los heridos y muertos son retirados, los que han sobrevivido y aún se valen por sí mismos recargan sus armas y apuran las últimas gotas de agua de sus cantimploras. El cansancio se va apoderando de los soldados; el estrés, la tensión de la lucha y la falta de agua empiezan a hacer estragos entre las filas de Benítez. Varios soldados caen exhaustos, lo han dado todo.

Luis ha visto a Manuel que se encuentra sentado compartiendo con *Belmonte* y *Pichón* un cigarrillo y se acerca reuniéndose con ellos. Al llegar se miraron riendo, con esa risa amarga del superviviente que sigue de una pieza mientras se cubren los cadáveres de los compañeros.

—Se acabó —dice Manuel poniendo boca abajo su cantimplora—. Si mañana no hay convoy…

—Me queda un sorbo —comenta Luis ofreciendo su cantimplora—. Tú la necesitas más que yo, yo no disparo —insistiendo en su ofrecimiento le acercó la cantimplora a Manuel que haciendo un gesto de aprobación la cogió dando el último trago de agua.

—Creo que deberías coger tú también el fusil, no se te da mal, y es posible que en el próximo asalto lleguen al parapeto.

—Bueno, ya veremos —dijo con una mirada condescendiente.

Luis se quedó pensativo, la sola idea de volver a coger un arma le hacía recordar el olor a sangre sintiendo un nudo en el estómago. Tener en el punto de mira a un hombre, apretar el gatillo y en un segundo arrebatar una vida, es una sensación que no se olvida fácilmente.

—Volved si tenéis cojones ¡hijos de puta! —gritó un soldado desde muro oeste.

—¿Qué pasará allí? —se preguntó Manuel.

—Algún nerviosillo que se habrá quedado con ganas —comentó *Pichón* introduciendo un peine de proyectiles en su máuser.

—Hay más de uno —dijo Luis, al comprobar que las voces se multiplicaban dando vivas a España y al rey—. Voy a ver qué pasa.

—¿Dónde vas? Quédate aquí y no seas curioso, que la curiosidad mató al gato.

—Tranquilo, iré con cuidado.

Codrán se dirigió hasta el lugar desde donde se escuchaba el griterío pese a las advertencias de Manuel. Pudo comprobar que los españoles respondían a los insultos y provocaciones que los moros lanzaban contra ellos.

—¡Mal nacidos! —dijo un artillero que se encontraba junto al periodista—. Nos dicen que si nos rendimos nos darán agua. ¡Venid aquí a por ella! ¡Tenemos de sobra hijos de puta!

—Quieren que matemos a nuestros oficiales y así nos perdonarán. No me fío de uno de estos ni harto de vino peleón.

Los moros continuaban con sus provocaciones intentando minar la moral de los soldados españoles.

—Si matáis a vuestros jefes, beberéis agua y vino —decían con el peculiar acento del marroquí que habla español.

—Volved a *Ispania* con *viuestras mujeras.*

—Callad bastardos ¡Callad! —gritó un soldado poniéndose en pie, siendo rápidamente agarrado por sus compañeros que lo sientan otra vez.

—Te quieres quedar aquí quieto Dionisio o es que quieres que te maten.

El soldado, tendido en el suelo comenzó a sollozar desesperado. El teniente Galán apostado con sus ametralladoras junto a los artilleros los tranquilizaba. Quiere evitar que sean presos del pánico y los moros lo aprovechen, o lo que es peor, que crean las promesas de los rifeños. Galán empezó a dar vivas a España siendo acompañado por sus hombres. Luis gritó con él, está emocionado por aquel comportamiento, por esa firme resolución a no rendirse. Cuando los

gritos se silenciaron decidió dar media vuelta y regresar a su puesto junto a sus amigos. En ese momento varias granadas lanzadas por los moros explotaron cerca. Del suelo brotaron surtidores de tierra amarillenta que fue arrojada sobre los soldados. La metralla muerde la carne y varios hombres caen sin vida. Una ametralladora ha quedado destrozada y los defensores comienzan a disparar hacia la oscuridad en respuesta a la agresión.

De nuevo la lucha por la supervivencia; Luis estaba en el suelo cubierto de cascotes y restos de sacos de tierra. Las explosiones le dejaron algo aturdido y solo podía sentir un agudo pitido en sus tímpanos. Intenta levantarse, pero siente que las fuerzas lo abandonan.

Hay varios cuerpos mutilados por la picadura de la metralla, los heridos se retuercen en el suelo de dolor y sus compañeros intentan socorrerles. Benítez ha llegado y habla con Galán. Es necesario arrojar de ese barranco a los moros que se encuentran parapetados o perderán esa posición. Galán, reuniendo a un grupo de soldados y con unas pocas granadas de mano se dispone a acabar con el enemigo, pero sabe que una vez fuera del parapeto las posibilidades de volver se reducen de manera significativa.

Benítez lanza una bengala hacia el barranco, cuando la zona se ilumina adivinando las formas de los asaltantes, los españoles arrojan sus granadas de mano que explosionan lanzando al aire piedras y carne entre alaridos y sonidos huecos. Una vez explosionadas y con el campo despejado el grupo de soldados con las bayonetas caladas en sus fusiles saltan el parapeto gritando y disparando dispuestos a matar o morir matando, pero resolutivos a no dejar a nadie vivo.

Luis no puede ver el combate, sigue aturdido tumbado en el suelo, solo puede distinguir a Benítez que lanza una nueva bengala y a los defensores que disparan desde el muro. La cabeza le va a estallar, en el suelo, tumbado boca arriba, mira borrosamente el perfecto circulo blanco que la luna llena forma mientras oye los gritos de los soldados. Todo se vuelve oscuro ahora, lentamente deja de oír las voces y gritos para finalmente perder el conocimiento.

—Todo despejado mi comandante.

—¿Cuántas bajas?

—Tres muertos, pero... Hay dos o tres heridos muy graves, los moros nos han arrojado bombas caseras. Esta por fortuna no ha explotado —informó Galán entregando la bomba casera a Benítez que la observó con minuciosidad, manipulándola con el especial cuidado que hay que tener, pero sin bacilar —. Otras en cambio... Sí lo hicieron —concluyó Galán mirando los cuerpos sin vida de los soldados que había a su alrededor.

—Este tipo de granadas fue muy común en las trincheras de la

Guerra Europea —Benítez se quedó pensativo—. Cebollino nos contó que el enemigo atacaba de manera ordenada, haciendo descargas cerradas por pelotones, cosa inusual en la harka. La planificación de este ataque, esta nueva estrategia en el combate y el uso de este tipo de explosivos no es casualidad teniente. Sin duda, tienen a mercenarios europeos que los están instruyendo en tácticas de combate, pero ¿quiénes?

—¿Usted cree?

—Buen trabajo teniente, refuerce el muro y reaprovisione a sus hombres.

Benítez se despidió de Galán marchándose entre las tiendas del campamento, debía informar a Annual de la última agresión sufrida y de la desesperada situación en la que se encontraban; los heridos necesitaban urgentemente atención médica o morirían, la sed empezaba a causar bajas por agotamiento, no había agua y cuando saliera el sol la temperatura subiría peligrosamente hasta los cincuenta grados. Confiaba plenamente en sus hombres, pero sabía que la sed los podía volver locos en cualquier momento obligándolos a realizar actos que escapasen a su control; incluso la traición, debía informarles de sus sospechas, no estaban ante algo puntual como lo de Abarrán, temía que Igueriben solo fuera la primera ficha de dominó en caer, de una fila que terminaba en Melilla.

34

—Vamos Luis, despierta hombre, que no tienes *ná*.

Manuel intentaba reanimar a su amigo que por efecto de la explosión de aquella granada estaba sin sentido, al escuchar las explosiones se acercó a la zona y pudo recogerlo con ayuda de *Pichón* llevándolo al parapeto junto a él.

—¡Bah! Déjalo tranquilo que duerma, si se despierta querrá beber agua y le vamos a dar una patata —comentó *Belmonte.*

—Al menos tenemos patatas…

—¿Cuánto crees que podremos aguantar mordisqueando las patatas para chupar su miserable jugo?

—Aguantaremos más tiempo que sin patatas.

—Llevo sin beber a gusto tres días así que no me toques los cojones, aguantar para qué, para morir lentamente de sed, anda y cállate.

—Lo siento cabo.

—¡Déjame en paz! ¡Y deja de pedir perdón!

Belmonte se acurrucó como pudo en la base del muro dando la espalda a Manuel, que veía como la desesperación se apoderaba de la

razón. Luis abrió los ojos intentando incorporarse, pero estaba demasiado cansado para eso. Solo consiguió sentarse echando la espalda sobre los sacos terreros ayudado por su amigo.

—¿Cómo estás?

—Ha estado cerca, ¿verdad?

—Mucho, demasiado.

—Me pitan los oídos.

—Sí, me lo imagino, ten, para tu cantimplora —dijo Manuel con sorna dándole una patata a Luis.

—¿Y esto?

—Se acabó el agua, por ahora si quieres algo líquido, tendrás que masticar las patatas crudas y chupar su jugo, los heridos se llevan la mejor parte con las latas de pimientos y tomates. Pero tú no sangras —apostilló sonriendo.

Sonó un tiro y el proyectil se estrelló sobre una piedra del muro defensivo.

—¡Agacharos todos! —gritó, el sargento Dávila—. Todo el mundo con la oreja en el suelo, los moros tienen francotiradores, no le deis esa satisfacción. No os mováis. Pegaros a los sacos como la mierda a las uñas.

—¿Y cuándo se acaben las patatas?

La pregunta de Luis no tuvo respuesta. Manuel miró a *Pichón* que en ese instante escupía los restos de un trozo de patata que había estado chupando hasta sacarle la última gota de su jugo.

—Lo mejor será que descansemos un poco, amanecerá en breve y mañana será un día duro, si viene el convoy tendremos jaleo, y si no llega acabaremos por matarnos entre nosotros como no tengamos nada que beber, además, ya has oído al sargento, nada de separarse del parapeto —dijo *Pichón*.

—El parapeto apesta —dijo Manuel—. La gente está meando en sus puestos y por como huele ya han empezado a cagarse también. Esperemos que todo acabe mañana, o no respiraremos.

Los tres esbozaron una sonrisa intentando olvidar lo difícil de su situación. Con la espalda pegada en la pared, colocándose el chambergo sobre la cara para mitigar el olor y la luz del próximo amanecer, empezaron a cerrar los ojos vencidos por el cansancio y con la esperanza de que al abrirlos todo fuera una pesadilla.

Pronto quedaron a merced de Morfeo mientras la luna seguía arrojando su tenue luz plateada sobre la loma llamada Kudia Igueriben, en la que trescientos soldados españoles estaban sitiados por miles de rifeños dispuestos a tomar el campamento o morir en el intento. Sin piedad, sin compasión, sin alternativa.

Más de veinte hombres no verán el amanecer y muchos del medio centenar de heridos no sobrevivirán a otro día si no son atendidos por

un médico. Benítez lo sabe, aunque les miente cuando habla con ellos. El comandante no duerme, pasa la noche acompañando a los soldados que hacen guardia, animando a los heridos, comprobando las municiones, los cañones, las ametralladoras, dando valor a los telegrafistas y consuelo al desesperado. Pese a los fuertes dolores de cabeza que sufre, agudizados por la falta de agua, no se rinde al sueño. Cada latido de su corazón es una bomba que estalla en su cabeza, solo le quedan dos comprimidos, los mira sobre su mano, guarda uno en el bolsillo de su guerrera y se traga el otro. El dolor es ya insoportable.

Melilla 17 de julio de 1921

Queridísima madre.

Cuando llegué a Melilla no podía imaginar lo que me iba a pasar. La aventura, el interés por lo desconocido y lo exótico, la sensación de sentirse vivo y hacer algo que nadie había hecho antes vencieron a la prudencia.

No te enfades, te lo ruego, ni estés triste. Por la ciudad todo está tranquilo y por este motivo he creído oportuno trasladarme a un campamento del frente. Se trata del campamento de Igueriben, con trescientos soldados españoles, así que no te preocupes por mí, como ves estoy muy protegido.

Dile a Fernanda que estoy aquí con su hijo Manuel y que se encuentra estupendamente. Le manda muchos besos. En poco tiempo estaremos allí los dos.

Dale un abrazo a padre de mi parte y dile que pronto me verá en la portada del periódico con Silvestre y el rey Alfonso XIII en la playa de Alhucemas.

Esto es un momento histórico para España y me alegro de estar aquí viviéndolo y poder contároslo. Todo saldrá bien, ya verás.

Afectuosamente, tu hijo que te quiere.

IX. 18 de julio de 1921

35

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

El convoy

Igueriben, 17 de julio. En el día de hoy se han producido fuertes combates entre el ejército español que realizaba el convoy de abastecimiento a Igueriben y los rebeldes rifeños de Abd el Krim que nos asedian. Con gran esfuerzo y a costa de mucha sangre y vidas han conseguido llegar a esta posición, donde me encuentro desde el pasado trece de este mes. El deseado maná de víveres y municiones llega al fin, y aunque insuficiente, ha supuesto una gran inyección de moral y alegría a la tropa que aquí lucha. La entrada de las acémilas fue celebrada como la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Grandes vítores y gritos de ¡Viva España! han dado la bienvenida a tan esforzados soldados. Desde el campamento se realizaron acciones de cobertura que ayudaron a su entrada, no dudando el comandante D. Julio Benítez en mandar salir fuera de la seguridad que ofrecen el muro de sacos terreros a una compañía de ametralladoras que escupieron fuego batiendo las trincheras de los moros. El enemigo, parapetado a lo largo del camino de acceso a la posición, hostigaba a nuestro convoy que con gran esfuerzo y valor ascendía metro a metro. Sin embargo, el ánimo queda ensombrecido por la dejadez o incompetencia de aquél que ha permitido que este convoy se realizara sin que siquiera se llevara a lomos de un mulo un simple botiquín.

Quizás, las órdenes del mando o la posibilidad real de morir en el intento han hecho descartar la opción de enviar enfermeros que puedan ofrecer sus cuidados a los enfermos y heridos, más no hay justificación ni perdón por no incluir un botiquín que mitigue el dolor y padecimientos de los que han derramado su sangre. Gran error del mando que denuncio públicamente aquí, en este periódico, con la esperanza de que se depuren responsabilidades. Es difícil poder describir las heridas sufridas por efecto de la metralla, la carne destrozada deja a la vista el hueso. Los brazos y piernas quedan amputados, caras desfiguradas, carne quemada... Los que lean esta crónica no podrán oír sus lamentos y quejidos, sus lloros. Yo ya no los olvidaré mientras viva, me acompañarán como las pesadillas

acompañan al sueño, siempre estarán conmigo. Ahora, al escribir estas líneas pienso si en realidad quiero olvidarlo o prefiero conservarlo todo en mi memoria.

Si no se acaba con el enemigo, si no se consigue la toma de todas las posiciones rebeldes que nos rodean, los heridos morirán, pues su evacuación a lomos de mulas no es posible, sufrirán una suerte cruel, un pago injusto a su valor si no se conquista cada metro del camino que lleva a Annual.

He de elogiar la actitud de cincuenta valientes al mando del teniente Nougués y el alférez Osuna que venían en el convoy y han decidido quedarse con los heridos y correr nuestra suerte, se quedan a ayudar en la defensa hasta el próximo convoy, la mirada del comandante Benítez a estos hombres tras la negativa a regresar difícilmente puede ser descrita con palabras. El resto de esta caravana, portadora del correo de los soldados junto a esta crónica que espero puedan leer, regresará a Annual, les deseamos la mejor de las fortunas.

Este corresponsal ha decidido correr la misma suerte que sus nuevos camaradas, sus nuevos amigos. Amistad recia es la que se forja en la adversidad, la certeza de la muerte elimina la natural desconfianza previa, dándole a esta profundidad y valor. Si vuelven a saber de mí es que salí con vida, si no, pienso que esta habrá sido una buena despedida y mi última crónica desde Igueriben.

Cuando las primeras luces del día hicieron su aparición entre aquellas colinas de color amarillento, Luis continuaba dormido en el parapeto. Aquel amanecer carecía de la agitación habitual del campamento, solamente los sargentos y varios oficiales se movían. Este amanecer es diferente, los mismos rayos de sol que antes eran esperados con ansiedad ahora son repudiados y temidos, pues la luz lleva consigo el final de la tregua nocturna y el inicio de otro día demoledor donde la resistencia al calor pone a prueba a los españoles, esta vez, sin el consuelo del agua.

Varias moscas se posaron sobre la cara del joven que fue espantándolas con la mano. Todo un ejército de estos insectos pululaba por el campamento posándose sobre heces, heridas que sangraban y cuerpos inertes de animales o de hombres. El ambiente se va llenando poco a poco del inquietante sonido de su zumbido. Sin embargo, no son las moscas, ni su zumbido, ni la luz del sol ni tan siquiera la sed lo que despertó a Luis, sino los lamentos de un soldado que repetía una y otra vez lo que todos pensaban en silencio: «No quiero morir», «no quiero morir». Su voz se apagaba lentamente haciéndose más aguda, «no quiero morir», «no quiero morir», repetía para acabar rompiendo a llorar. Aquel infeliz, con veinte años recién cumplidos, ve que toda su vida puede terminar en aquel metro

cuadrado que era su puesto de combate, un metro cuadrado donde vivir, matar y morir.

—Buenos días, señorito —saludó Manuel a su amigo periodista.

—¿Quién es? —preguntó haciendo un leve gesto con la cabeza dirigiéndose al soldado que lloraba.

—Y qué más da, podría ser cualquiera de nosotros, acabaremos todos así o pegándonos un tiro si no viene hoy el convoy —respondió el de Ceriñola.

—Sargento, ¡sargento Dávila!

El sargento Dávila pasaba por aquella zona agazapado, dirigiéndose hacia la cocina, cuando fue llamado por Luis que al verlo vio la oportunidad de poder conocer que se cocía de nuevo.

—Hombre, *Plumilla*, me alegro de verte muchacho.

—Lo mismo digo sargento. ¿Qué noticias hay? ¿Tendremos convoy?

El sargento miró a un lado y a otro como si quisiera confirmar que no había nadie alrededor que pudiera escuchar lo que iba a contar.

—Pues verás, te cuento esto porque sé que no se lo vas a decir a nadie —dijo mientras le guiñaba un ojo—. En Annual están haciendo los servicios sin problemas, y se espera que llegue un importante número de tropas que refuercen el campamento y hagan el convoy. Esta noche podrías dormir en Melilla *Plumilla*.

—Hombre, eso suena bien.

—Pero no podemos vender la piel del oso antes de matarlo —en ese momento sonó el golpeo de un proyectil que se estrelló contra un saco terrero cercano—. ¿No te lo dije? Agacharos y estad prevenidos. No dejéis de morder las patatas para que chupéis algo de jugo.

Algo de jugo, se repetía el periodista viendo como Dávila se alejaba pegado al parapeto. El sargento vigilaba que ningún soldado se despistara e intentaba hacer olvidar la sed.

La labor del sargento y del resto de oficiales era encomiable, sabían que estaban rodeados y que solamente juntos podrían salir de allí; solo unidos, como hermanos, como camaradas, lograrían sobreponerse y resistir. Pero, aunque la presencia de los oficiales animaba, también era cierto que en cuanto dejaban de hablar con un grupo y se iban a otro, los últimos volvían a su pesimismo, a sus miedos. Retornaban los fantasmas. Era como si los soldados quisieran también animar a sus oficiales y suboficiales, pero una vez retirados, la máscara caía y quedaba el hombre que se enfrenta a sus temores en soledad. Todos tienen miedo a morir, la única diferencia es la actitud frente a la certeza absoluta, de que llegará ese segundo en que no sentiremos dolor, ni sentiremos ansiedad, ni sed. Ese segundo exacto en el que el tiempo dejará de correr.

Luis, mientras miraba al soldado llorar, se preguntaba cuál sería su

actitud llegado el momento, llegada la hora de morir. La actitud frente a la certeza de la muerte podía ser muy diferente. No pensaba que llorar por miedo a morir fuera de cobardes. Todos los allí presentes lo tenían, pero cómo se comportaría frente a la muerte era la cuestión que debía resolver. Luis sentía una gran admiración por el teniente de artillería Flomesta capturado en Abarrán, el oficial agonizó de hambre y sed muriendo antes de enseñar a los rifeños como utilizar un cañón. Podría él hacer lo que se decía tan fácilmente: morir de sed por sus compañeros, sus camaradas. Aguantaría el tormento o se rendiría. Y los oficiales que estaban en Igueriben, ¿cuál sería su actitud? Soportarían como Flomesta la tortura, darían la vida por sus soldados o correrían por salvar sus vidas. ¿Y los soldados? ¿Serían leales y disciplinados o por el contrario abandonarían el campamento? ¿Cómo juzgar algo tan humano como el miedo a morir de otros cuando ni siquiera nosotros sabemos cómo nos vamos a comportar? Llegado el momento, ¿lo afrontaría con dignidad? ¿Se sacrificaría dando la vida por sus compañeros o buscaría su salvación a toda costa? El periodista se dio cuenta de que además de miedo a morir tenía miedo a fallar a sus amigos, sentía vergüenza solo con pensar que no daría la talla. Cierto consuelo le invadió pues tal vez ese miedo a no corresponder era el primer paso hacia el valor. Hacia la dignidad.

Los francotiradores rifeños seguían paqueando el campamento, no pueden permitir ni un solo instante de descanso entre los defensores. Descuidado en sus pensamientos el cuerpo del periodista se expone lo justo entre los huecos de las defensas para que un francotirador pruebe fortuna y se cobre la primera pieza del día.

—Toma otro trozo de patata —dijo Manuel a su amigo.

—Gracias —contestó este.

Cuando se agachó a cogerlo se oyó un disparo y el trozo de patata cayó al suelo. Manuel se volvió rápido mirando a través de la aspillera. El proyectil se había hundido en un saco terrero frente a Luis. Los francotiradores rifeños también fallaban pensó resoplando en el suelo con el corazón en la boca mientras su amigo lo miraba sonriendo pensando en la suerte del periodista. Pero no les daría otra oportunidad tan fácilmente.

36

Las gotas de sudor brillaban en la frente de Lorenzo Ravillet, la garganta, completamente seca, pedía a gritos agua con la que calmarla. Sin embargo, únicamente podía chupar el sudor salado que corría hasta sus labios. «Chupa una piedra» le había dicho Dávila, pero sus ochenta kilos de peso empezaban a pasarle factura. El sol

castigaba, se había quitado la guerrera y la camisa estaba sin abotonar. No sabía si ponerse el chambergo o quitárselo, no sabía que hacer ya para refrescarse la sesera; la cabeza le iba a explotar. La fiebre lo consumía agotando sus fuerzas, sus esperanzas.

Se quemaba por dentro. Su cuerpo hervía, se quitó la camisa y removió la tierra a su alrededor buscando el consuelo del suelo frío al tumbarse sobre él. Pero la sensación de frescor solo duró unos pocos segundos. Abrió la boca intentando aspirar la mayor cantidad de aire buscando aliviar su sed, pero el aire se llenaba de moscas y quemaba. Se introdujo otro trozo de patata intentando engañar a su cuerpo. Se repetía una y otra vez que no tenía sed queriendo engañar a su cerebro para que olvidara que necesitaba beber agua.

Sus compañeros no hablaban, no querían desperdiciar saliva, no querían hablar de la sed, del agua o de la madre que los parió, cada uno intentaba mantener la mente tan ocupada que no tuviera ni un segundo libre para notar la sensación de sed, para pensar en ella.

Estaba solo. Solo contra él mismo, contra la necesidad de beber, su mente contra su cuerpo. Debía luchar, resistir al deseo irrefrenable de beber agua. Pero no podía dejar de pensar en las aguadas a Uxanen realizadas días atrás para rellenar las cubas y cantimploras, los baños a orillas del río Amekran refrescándose, lavando la ropa, sintiendo el frescor del agua en los pies cuando pasaba sobre el río. Empezaba a tragar saliva, pero al tener la garganta seca se hacía muy doloroso. El pulso se aceleraba y aumentaba el ritmo de la respiración. En cuclillas frente al muro golpeándose suavemente la cabeza contra este, en voz baja repetía su nombre una y otra vez.

—Mal asunto —dijo *Pichón* mirando al soldado—. Nosotros no aguantaremos mucho más.

—Imagino que nunca habéis pasado sed —les dijo en tono paternalista—, sed de verdad —aclaró—. El truco está en no pensar en ello, mantener la mente en blanco. Olvidarse de todo, por mucho que sufráis no penséis en beber, lo mejor para eso es dormir. Ése tiene fiebre—dijo señalando a Lorenzo con un leve gesto de la cabeza—. Y estará ardiendo por dentro. Lo peor viene después como no se controle.

—¿Lo peor? —preguntó el periodista.

—La locura. Las visiones, la sensación de derrota, de querer morir para descansar. Debéis ser fuertes, siempre se puede aguantar un segundo más. No lo olvidéis. Si no... Moriréis como ese —hizo una pausa—. No creo que lo consiga.

Pichón lo había dicho con conocimiento de causa, como si supiera de antemano que al pobre Lorenzo le quedaba poco tiempo, como si él hubiera sufrido la fiebre, la locura, la desesperación por beber.

Un segundo más, pensó Luis mirando su reloj de bolsillo, *un segundo*

más, ¿qué es un segundo?, se preguntó. Llevó el reloj a su oreja. Escuchaba la perfecta sincronización del mecanismo al tiempo que repetía a intervalos exactos, una y otra vez, «un segundo, un segundo, un segundo…»

Un segundo lo es todo. El chasquido de una fotografía, el impacto de una bala contra tu corazón, la victoria frente a la sed, apretar el gatillo de un fusil, ese paso que te lleva más lejos de lo que nunca antes has ido, la salvación. Un maldito segundo. Otro enemigo más contra el que luchar, el tiempo, el cruel tiempo que en Igueriben parecía no avanzar.

Sin embargo, aquello no era lo único a lo que debía enfrentarse Luis. La mañana había dejado ver los restos de los mulos masacrados la noche anterior y los cadáveres de los rifeños, aquello empezaba a despedir un olor nauseabundo. El hedor de la muerte. Los españoles que han muerto han sido trasladados a una tienda de campaña, pero las altas temperaturas hacen que lo más prudente sea enterrarlos. Se dispuso así una escuadra de enterramiento, al mando del teniente Ovidio Rodríguez, con orden de cavar una trinchera en la zona noroeste que estaba más a resguardo, y allí, comenzaron a cavar un hoyo con el fin de enterrar los cadáveres y sacarlos de la posición.

Las condiciones higiénicas ya eran bastante lamentables en la tienda hospital, donde los heridos se amontonaban, como para que aumentaran teniendo cadáveres insepultos. Muchos de los heridos se meaban encima al no poder moverse y sus excrementos les hacían compañía. Las moscas chupaban en sus heridas, los vómitos en el suelo mezclados con la sangre hacían imposible permanecer allí, el *Boticario* aguantaba en la tienda el tiempo justo para colocar al herido y taponar la herida intentando cortar la hemorragia. Abrieron varios huecos en la tela de la tienda para que se ventilara, pero de nada servía pues el aire caliente y la atmósfera cargada hacían imposible respirar aire puro. El gesto de Benítez al salir de aquella tienda y ponerse un pañuelo en la boca era elocuente.

Luis quiso entrar en la tienda hospital y dejar allí un par de camisas para que se usaran de vendas, pero no pudo hacerlo. Justo cuando estaba a punto de acceder, la visión de su interior y el fétido olor, a pesar del pañuelo que cubría su nariz, se lo impidieron. Dejó sus camisas en una especie de cesto y se alejó despacio, andando hacia atrás, aguantando las arcadas que le produjo el olor y aquella horrible visión, meditabundo, en dirección a la tienda de Benítez, comprendió ahora el horror y sufrimiento al que el comandante era sometido. Entró en la tienda despacio, sin pedir permiso, como si su mente aún estuviera en otro lugar. No habló, tan solo se quedó mirando al militar que anotaba en el diario de operaciones el nombre de los soldados que en la tienda hospital habían dejado de sufrir. A su lado, en un baúl,

botes con objetos personales, medallas, fotos, carteras, cartas...

—¿Cómo puede soportarlo?

—Guardo aquí los efectos personales de los que han muerto. Sus familias deben tener el recuerdo de sus seres queridos. ¿No le parece? —aclaró con un gesto de la mano dirigido al baúl.

Luis que parecía salir del trance en que se encontraba movió la cabeza afirmativamente y acercándose a Benítez sacó de su bolsa una linterna mostrándosela al comandante.

—Creo que le hará a usted más falta que a mí —dijo mientras se fijaba en las anotaciones de Benítez.

—Es posible. Se lo agradezco, déjela ahí mismo —respondió haciendo una señal con su mano dirigida a una banqueta que había junto a la mesa donde se hallaba sentado—. Es el listado de los caídos en Igueriben —aclaró—. Nombre, graduación, cuerpo al que pertenece y fecha de su muerte.

Benítez hizo una pausa y se echó hacia atrás en la silla, su cansancio era notable.

—¿Desde cuándo no duerme? —preguntó Luis.

—Dormir es un lujo que no me puedo permitir ahora... Otros, ya duermen para siempre. ¿Y usted qué tal? Lamento que no se fuera con Cebollino. Sinceramente, no sé si...

—Yo no lo lamento —cortó Luis—. Un periodista debe estar donde esté la noticia, usted me lo dijo, ¿no se acuerda?

Benítez hizo un gesto de extrañeza y Luis supo que no se acordaba de la conversación que mantuvieron en el casino de Melilla.

—Es igual, no pienso abandonar este corralito—hizo una pausa—, si no es con mis nuevos camaradas.

Benítez sonrió levemente y se acomodó para continuar anotando los nombres de los caídos en combate.

—¿Cómo lleva no beber agua?

Benítez hizo una pausa, miro el retrato de su mujer que se encontraba en su mesa y sin mirar a Luis le contestó en tono sereno.

—Procuro no pensar en ello. Además, están las patatas —y mirándole le dirigió una sonrisa que fue correspondida por Luis.

—Agache la cabeza cuando salga de la tienda, no se lo ponga fácil al enemigo.

El periodista entendió que quería estar solo y salió de la tienda en silencio. Agachado, pensando en lo que le había dicho Benítez, se dirigió donde se encontraban sus amigos. Una vez allí pudo comprobar para su sorpresa que tenía nuevos compañeros. El cantinero y la perra *Niebla.*

—Si llego a saber que me iba a comer mis patatas para poder tener algo de líquido, hubiera «*echao*» más vino y menos «*papas*» —dijo el cantinero a los soldados que estaban a su alrededor mientras jugueteaba con la perra *Niebla.*

—Mejor no *Cajas*, porque mira que es malo el vino que has traído, nos hubiéramos «*cagao tos*» en los pantalones—dijo un soldado, haciendo reír al resto de los allí congregados.

—Lo que pasa es que tú no sabes beber zagal, no estás acostumbrado a una bebida de hombres.

—Ese vino no era para hombres sino para los cerdos.

—¡Qué estás diciendo «*desgraciao*»! —exclamó con rabia el cantinero escupiendo trozos de patata por la boca.

—Que lo que nos has vendido no era vino y que nos has estafado.

—Maldito hijo de… —el cantinero se abalanzó sobre el soldado, iba a devolverle céntimo a céntimo el vino que el soldado se había bebido a base de palos, pero el soldado se revolvió y los compañeros que estaban a su alrededor saltaron rápidamente a separarles.

—¡Soltadme cojones! Que le voy a explicar al ladrón este los vinos que he bebido yo.

—Tú no bebes más que mierda «*desgraciao*».

En aquel momento el sargento Chapino llegó interponiéndose enérgicamente en medio de los dos cortando la pelea de raíz.

—¿Estáis locos o qué? Lo que me faltaba a mí. Escuchadme bien, como alguno me toque mucho los huevos le pegó un tiro y me quito el problema de encima, ¿estamos?

—Sí, mi sargento —contestó el soldado dirigiendo una mirada despreciativa al comerciante.

—Yo no he *empezao*… Dijo que mi vino era malo —se excusó el cantinero.

—Me importa una mierda el que haya empezado. Tú, a tu puesto en la tronera —ordenó al soldado—. Y tú, si me das otro problema te quito el fusil y te echo fuera del campamento y les vendes a esos el vino —la amenaza del sargento le pareció muy real al cantinero que agachó la cabeza y no la levantó hasta que no se había alejado, no sin dejar de murmurar sus protestas.

El teniente Sierra se acercó al sargento para preguntar por el altercando, pero el sargento no parecía disgustado, sino más bien comprensivo.

—Pasa poco para lo que podía pasar mi teniente
—informó—. Los soldados no tienen agua, han pasado la noche esperando en cada segundo recibir un tiro, han visto morir a sus compañeros, lo raro es que aún no se hayan acuchillado entre ellos. Verse rodeados y no contemplar salida alguna es algo que puede llegar a crispar al más templado.

—Comprendo sargento, intentaremos que todo esto acabe pronto, mientras tanto… Siga evitando que nos matemos.

Luis se acercó a Manuel que realizaba labores de vigilancia, apoyaba la pierna derecha en un saco terrero, mirando por la tronera con cuidado de no ofrecerse al enemigo.

—¿Qué hacen esos? —preguntó Luis.

—Están intentando cavar una trinchera donde enterrar a los muertos.

—Pues tienen ganas de cavar. ¿Y los moros?

—No dan señales de vida, parece que se están tomando un descanso ¿y el comandante?

Luis se encogió de hombros, empezó a mirar desde el lado izquierdo de la tronera imitando a Manuel para evitar ser un blanco fácil al enemigo.

—Le he dejado mi linterna. Espero que me la devuelva —dijo.

—Yo también lo espero —contestó el amigo que seguía mirando por la tronera.

—El caso es que… No me arrepiento de haberme quedado en el campamento —dijo el periodista.

—Tranquilo, todo saldrá bien, solo es cuestión de tiempo que venga a relevarnos.

—Tiempo, cuestión de tiempo…—murmuraba Luis sin dejar de mirar por la tronera—. Pero, ¿cuánto tiempo?

Era media mañana cuando uno de los soldados de la policía indígena que estaban destinados en el campamento dio la voz de alarma. Algo se movía por el camino de acceso al campamento.

El teniente Casado y el capitán Bulnes acudieron rápidos. El policía, señalando con el dedo les indicó el lugar donde un soldado de regulares había quedado inmóvil.

—¿Estará muerto? —preguntó Bulnes.

—Lo he visto moverse —contestó secamente el policía indígena.

Benítez al oír la alerta salió de su tienda y se dirigió hacia la entrada. Luis, que se percató del incidente, aguantó poco en la seguridad de su puesto, le dominaba la curiosidad que a cada instante se hacía más fuerte que la prudencia. Había estado con el oficial unos instantes antes en su tienda, le había visto cansado y sabía que no había bebido agua pues los oficiales renunciaron a la parte que les correspondía del convoy para que fuera repartida a los soldados, así que no había más líquido en su cuerpo que el jugo de una patata.

Aun así, había salido de su tienda y se dirigía con paso firme y rápido hacia la entrada. Eso infundió valor y ánimo a Luis. Ya fuera por valor, admiración o vergüenza, el caso es que en su interior creció la necesidad de demostrar que él era uno de ellos. Debía jugársela tanto como los demás. Aquellos hombres ya no eran extraños, ni el

objetivo de una crónica, eran sus camaradas.

Cuando Benítez llegó, Casado y Bulnes estaban hablando a solas detrás de los casetones destinados a la Policía Indígena.

—¿Y si es una trampa Casado?

—No lo creo capitán, ayer subieron más soldados, este puede que se haya quedado rezagado.

—Y si está muerto y este nos la está jugando para que salgamos fuera y nos peguen un tiro. Ya es de día y aunque no parece que haya movimiento quizá estén esperándonos.

—¿Qué pasa? Informen —dijo Benítez.

—Un regular mi comandante, está tumbado en el camino pegado a la ladera, aquel policía lo ha visto, pero cuando Casado y yo hemos llegado no se movía… Puede ser una trampa.

—Es posible capitán, pero no podemos dejarlo allí. Mande una escuadra de voluntarios para traerlo vivo o enterrarlo.

—Yo mismo la mandaré —dijo Bulnes cuadrándose ante Benítez.

—¡No! —contestó Casado—. Mi capitán usted debe quedarse aquí al mando, yo iré con dos soldados, déjeme a mí —Casado miraba a Benítez pidiendo su consentimiento.

—Está bien, escoja a sus hombres y vayan con cuidado, desde aquí les cubriremos.

—Déjenme ir a mí también —inquirió Luis que había llegado a tiempo para poder oír toda la conversación.

—Estás loco *Plumilla* —dijo enfadado Bulnes que veía que todo el mundo se apuntaba menos él. Ante el silencio de Benítez que se quedó mirándolo, Bulnes insistía—. Mi comandante, no es militar, no pinta nada, déjeme ir a mí.

—Quiero ir, soy periodista, y realmente no necesito permiso de nadie. Además, es mejor que vaya yo y no un soldado que puede ayudar más en la defensa —Luis insistía a Benítez en su idea de ayudar al rescate del soldado de regulares.

Quizá fuera la fiebre, el no querer discutir o simplemente un gesto de agradecimiento por la linterna y los últimos cigarrillos que Luis entregó a Benítez; el caso es que accedió. Y así, Luis, con el teniente Casado, el soldado Julián Muñoz y el policía indígena que vio al regular saldrían a rescatarlo.

38

—¡Protesto mi comandante!

—Ya tendrá su oportunidad capitán —cortó de raíz—, no pienso exponer a más oficiales que necesito vivos. Agradezco su ofrecimiento y constará en el parte del día, pero la decisión está tomada. Además,

ciertamente el señor Codrán no es militar y por tanto no está sujeto a mi mando.

—A sus órdenes…—dijo Bulnes obediente.

—¿Cómo va el pelotón de enterramiento? —cambió de tema Benítez.

—El teniente Ovidio está con ellos, se está consiguiendo abrir una pequeña zanja, pero el terreno es duro y…

—Lo sé capitán, que se den prisa o que lo dejen, puede que ataquen y no quiero a nadie al descubierto después del regreso de Casado.

Luis salió corriendo hacia su tienda después de intercambiar una mirada de satisfacción con el teniente Casado a la que este correspondió sonriendo. No quería hacer la excursión sin su cámara de fotos. Manuel, que observaba de lejos la escena, vio a su amigo correr a la tienda y salir de ella al momento con la bolsa cruzada en la espalda.

—Me cago en…

—Tu amigo está como un cencerro, Manuel. El sol, le ha ablandado los sesos.

—Voy para allá.

El sargento Dávila le ofreció a Luis un fusil para su protección, pero el periodista se negó, ya había tenido suficiente con el día anterior, quería ayudar a traer al herido y hacer fotos y para eso no necesitaba un fusil. Había decidido coger la cámara de fotos.

—Al menos llévate mi pistola —dijo Bulnes en tono conciliador—. No te molestará y en caso de emergencia…

—Gracias capitán —concedió el periodista por no discutir—. Pero se la devolveré si pegar un tiro.

—Más te vale.

El periodista se unió a la escuadra de Casado que estaba dispuesta en el muro junto al hueco desde donde hicieron las salidas anteriores, comprobaban los fusiles y recibían las últimas consignas. Desde allí les cubrirían los soldados, misión a la que se apuntó Manuel y a la que estaban obligados el resto de los componentes de la policía indígena. Casado se santiguó y salió primero seguido del policía y del soldado Muñoz. Luis inspiró fuerte un par de veces y les siguió con decisión a unos metros de distancia.

—Buena suerte —dijo Bulnes.

Casado marchaba en cabeza procurando no hacer ruido; agachado, se cubría entre los cuerpos de los mulos hinchados y cubiertos de moscas, hizo un gesto con la mano indicando a sus hombres que tomaran posiciones en los flancos; Luis esperaba en retaguardia tomando algunas fotos del grupo de rescate, avanzando con precaución; protegiéndose entre los restos pestilentes de los mulos

paso a paso llegaron al límite de la alambrada. Era ahora cuando empezaba lo más peligroso de la misión, sin protección y a campo descubierto, debían llegar hasta el camino para recoger al herido. Se miraron, y a un gesto de Casado el policía salió corriendo hasta que llegó junto al soldado mientras sus compañeros miraban a todas partes con sus armas preparadas para cubrir al policía en caso de ataque. Situándose en la pequeña cuneta que formaba el camino y la ladera apuntó su fusil en dirección a la loma e hizo una señal para que avanzaran. El soldado Muñoz le siguió colocándose en la misma posición, pero con sus ojos puestos en el camino por si el enemigo viniera por la retaguardia.

Luis llegó junto a Casado, al ver que no había movimiento este preguntó al joven si estaba preparado para salir corriendo como alma que lleva el diablo. Luis asintió con la cabeza, tomó con su kodak una foto, arrastró la película con la palometa de la cámara y después la guardó en su bolsa. Miraron por última vez al horizonte por si veían algo sospechoso, comprobaron que todo estaba calmado y salieron a toda velocidad hacia el lugar donde se hallaban sus compañeros. Cuando llegaron dieron la vuelta al regular y pudieron ver que tenía la camisa manchada de sangre. Mala cosa, parecían decir los ojos de Casado, aún respiraba, pero no sabían cuánto duraría. Casado le levantó la cabeza y preguntó al soldado por su nombre; el periodista, cogiendo la cantimplora del herido vertió la poca agua que contenía para refrescarlo.

El soldado empezó a balbucear.

—Ibrahim, me... llamo... Ibrahim.

—Tranquilo, te llevaremos al campamento y allí te curaremos. Te pondrás bien.

—Vamos mi teniente, que empiezo a olerlos —dijo Muñoz apremiando a Casado.

—Cállese soldado.

Ibrahim, el soldado de regulares, tenía dos tiros en el cuerpo y no le quedaba mucho tiempo. Él lo sabía y con la mano gesticulaba para que se fueran y lo dejaran allí.

—Vendrá con nosotros, ¿verdad Luis? —dijo Casado rasgando la manga de su camisa para taponar la herida del vientre.

—Claro que sí y pronto estará en Melilla —respondió arrojando la cantimplora que ya estaba vacía.

—Ca...ñones, tie...nen cañones —la frase de Ibrahim heló la sangre de los rescatadores que no podían creer lo que oían.

—Repite Ibrahim, ¿cómo dices? —preguntó incrédulo Casado.

—Ala…mani, ala… mani.

El periodista y Casado se miraron con preocupación pues si en realidad tenían un cañón, la posición estaría en una situación muy

grave. Indefendible.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Luis—. Repítelo.

—No… No...—dijo señalando hacia el camino donde había dos rifeños que yacían inertes.

—Está bien, tranquilo, te pondrás bien y veras co… ¡Ibrahim, Ibrahim!

El policía indígena se acercó al cuerpo y palpó la garganta de este. «Muerto» sentenció con un gesto. Luis y el teniente se miraron unos instantes conscientes de lo importante del aviso recibido. Un cañón rompía las reglas del juego sangriento en el que aquellos hombres apostaban su vida. Inmediatamente Casado retiró la canana con los peines de munición que tenía el regular y se la colgó.

—Vámonos ya mi teniente.

—No. Vamos a enterrarlo, ayúdame *Plumilla*.

—¿Enterrarlo? —protestó el soldado—. ¿Vamos a enterrarlo cuando estamos rodeados de moros?

—Sí —contestó Casado mirando a Muñoz fijamente—. No lo dejaremos así.

Aprovechando el espacio que había entre el camino y la suave pendiente ascendente de la loma, colocaron allí el cuerpo inerte de Ibrahim y comenzaron a cubrirlo de piedras y tierra ayudándose con la culata del fusil.

Cuando estaba casi cubierto escucharon disparos que provenían del campamento. El grupo quedó paralizado pues lejos del campamento, sin la protección de los sacos terreros y en una zona donde el enemigo los tenía a tiro, eran presa fácil. El joven Codrán notó como su corazón estallaba, como si miles de finísimas agujas se clavaran en sus manos.

—¡Mierda! Lo sabía, lo sabía —dijo el soldado Muñoz tratando de tapar por completo el cuerpo de manera acelerada —. Estúpido, estúpido —se decía a sí mismo el soldado.

—*Plumilla* prepárate a salir corriendo —apremió Casado mientras el tiroteo arreciaba—. Vuelve por el mismo camino, nosotros te cubriremos desde aquí.

—Está bien —contestó Luis que cargaba la pistola que momentos antes le había dejado el capitán Bulnes—. Cuando tú digas.

—¡Ahora!

Luis salió corriendo agachado hacia el cuerpo del mulo que yacía en la alambrada, nuevamente la sensación de peligro y ansiedad le invadía. La adrenalina llenaba su cuerpo. La extraña sensación de debilidad en las piernas. Otra vez el sudor frío recorría su cuerpo. De nuevo vivir o morir era cuestión de la suerte y de tiempo. De ese segundo en que el enemigo podía disparar sobre ti o no. Y para su sorpresa empezaba a sentirse cómodo con aquellas sensaciones,

empezaba a dominarlas. Las piernas, aunque temblorosas se asentaban firmes y respondían a las órdenes del periodista, ya no pensaba en el moro que pudiera dispararle sino en su siguiente paso, el próximo objetivo. Ya no pensaba en él, pensaba en los que quedaban atrás.

Cuando llegó al cuerpo del mulo, las moscas formaron una nube a su alrededor espantadas por su llegada. Miró a Casado indicando que todo estaba bien con un movimiento de su mano sobre la frente como si fuera un saludo militar. El teniente ordenó al soldado Muñoz que repitiera la operación. Muñoz después de un par de aspiraciones fuertes salió corriendo y llegó donde estaba Luis resoplando y blasfemando. Al comprobar Casado que se encontraba bien ordenó al policía que se marchara, pero este se negó, indicando a Casado que él le cubriría.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué no vienen ya? —preguntó molesto Muñoz.

—No sé, algo pasa, parece que el policía no quiere venir.

—Pero que..., me cago en la puta. ¡Vamos, a que esperáis! —masculló con rabia.

—Parece que el policía se queda para cubrir la retirada.

—No me fío, no me fío de darle la espalda... Cubriremos desde aquí al teniente, yo apuntaré al policía y tú ten el ojo abierto por si aparecen los moros.

Muñoz hizo un gesto a Casado indicándole que avanzara. El teniente abandonó la cuneta del camino mirando hacia atrás un par de veces y corrió hacia las alambradas, cuando llegó donde estaban sus camaradas suspiró aliviado, pues tampoco a él se le escapaba la idea de que pudiera ser tiroteado por la espalda por el policía indígena. Lo sucedido en Abarrán aún estaba presente en la memoria de todos, la sombra de la traición cubría a todos los soldados indígenas que estaban al servicio de España en Marruecos.

—Joder mi teniente, salgamos de aquí de una puta vez —suplicó Muñoz cuando llegó Casado junto a ellos.

—Hay que esperar a que venga...

—¡Maldito cabrón! —exclamó Muñoz.

El policía indígena ya no estaba. Se había marchado. Y fue cuando Casado empezó sopesar la idea de que quizá su plan no saldría bien del todo. El policía podría estar apuntándoles a la espera de que se levantara y dispararles.

—Está bien —dijo Casado decidido—. Rápido, os cubriré desde aquí corred hasta el parapeto.

—Pero usted... —repuso Luis—. ¿Qué pasará cuando nosotros lleguemos?

—No te preocupes *Plumilla*, ya me cubriréis, vamos Muñoz ¡ahora!

Los dos se pusieron en marcha, Muñoz tiraba del brazo de Luis que

no quería abandonar al teniente Casado allí, entre aquellos pestilentes e hinchados mulos rodeados de moscas. Sonaron disparos y el oficial respondió protegiendo la retirada de sus compañeros. Luis tropezó en la carrera cayendo al suelo, Muñoz se paró a su lado disparando con su fusil hacia la loma desde donde provenían los disparos.

—¡Mierda! Levántate *Plumilla* que nos dejan secos aquí. ¡Vamos mi teniente, no se quede ahí! —gritó sin dejar de disparar.

Luis se levantó dando traspiés y empezó a disparar a ciegas al igual que el soldado mientras corría, encaró la entrada al campamento, estaba a seis metros de distancia, pero le parecieron kilómetros. Muñoz seguía disparando sin parar mientras corría hacia la seguridad del muro tirándose por el hueco dejado en él para su escapada. Nada más entrar asomó su fusil disparando contra los moros que continuaban haciendo fuego contra Casado.

—¿Por qué cojones no viene ya? —se preguntaba enfadado.

—Atentos los de la ametralladora para abrir fuego en cuanto se levante el teniente, le cubriremos desde aquí —ordenó Bulnes que seguía atento en el muro.

Luis entró detrás de Muñoz en el campamento flanqueado por disparos de los rifeños que fueron a parar a los sacos terreros y al suelo pétreo de Igueriben. Cuando entró pudo oír a Bulnes que daba la orden de abrir fuego con las ametralladoras. Intentó recobrar el aliento tumbado en el suelo, su respiración era acelerada y corta, su pecho se movía rápidamente acompasado con la respiración. Muñoz disparaba desde el muro sin dejar de repetir «hijos de puta, hijos de puta». Luis asomó su pistola por el muro y disparó cubriendo a Casado que en ese instante entró saltando por encima de los sacos terreros tirando parte de ellos al suelo, acto seguido se revolvió rápidamente acercándose al muro para disparar las últimas balas de su pistola.

Benítez se acercó a los recién llegados; en cuclillas, con la espalda apoyada en el muro Casado sonreía junto al periodista y resoplaba con fuerza aliviado de llegar sano y salvo. El teniente miró a Benítez mostrando la canana y el fusil que recogió del regular. Benítez frunció los labios.

—Ha hecho usted todo lo posible teniente, buen trabajo.

—Mi comandante el policía ha desertado —dijo Casado mirando al resto del pelotón de la policía indígena que estaba apostada en el murete.

—Lo tendremos en cuenta para futuras misiones de rescate.

—Una cosa más…—dijo acercándose al oído del comandante bajando la voz—. El regular habló de un cañón que los moros tienen en su poder.

—Sospechaba que pudieran tenerlo, posiblemente venga de Abarrán, esperemos que no puedan utilizarlo y solo lo tengan para

reclamos de otros rifeños —contestó.

—El soldado de regulares antes de morir dijo algo, repetía una y otra vez la palabra «Ala…mani» —interrumpió Luis — ¿sabe usted que puede significar?

Ahora el rostro de Benítez se crispó.

—Significa «alemán».

Si el enemigo tenía un cañón operativo y alguien que supiera manejarlo con destreza ya no había esperanza alguna. Aguantar en la posición sería absurdo y tendrían irremediablemente que retirarse. Ese cañón cambiaba los planes de Benítez y lo peor de todo, lo que más le preocupaba era el efecto que esa noticia podía causar en la guarnición. Sabía del acercamiento de Abd el Krim a las posiciones pro germanas durante la Guerra Europea, y muchos espías alemanes operaron en el protectorado español, pero a pesar de que la guerra terminó, los espías seguían actuando por su cuenta como mercenarios. Ahora todo empezaba a encajar.

Benítez tenía que recomponer su plan. Si el enemigo tenía un cañón era necesario saber dónde lo emplazarían. Quizás no lo utilizaron antes por falta de proyectiles, pero tras el convoy del día diecisiete, donde parte de la preciada carga se quedó por el camino, todo hacía sospechar lo contrario, la breve tregua que disfrutaban era por un motivo muy simple. El enemigo no atacaría hasta tener emplazado el cañón con su munición. Desde la caseta de telecomunicaciones dio las últimas indicaciones a Jáuregui para que las transmitiera a Annual, era importante que supieran que los rifeños contaban con una nueva arma y estaban preparados para utilizarla.

39

—¡Qué cojones te pasa! ¿Es que quieres que te maten? —preguntó Manuel enfadado mirando por la tronera del muro—. Pedazo de cabrón... ¿Qué necesidad tienes de hacer estas locuras?

El periodista se sentó y se quedó mirando a su amigo por un momento. En silencio abrió su bolsa de lona y sacó la cámara kodak rota por en la caída sufrida después de enterrar al regular mostrándosela. Manuel, al ver aquello no quiso decirle nada, sabía que en ocasiones lo mejor que podía hacer un amigo era guardar silencio. Luis intentó recomponer la cámara, pero fue inútil, al caer sobre ella el objetivo se había roto y la película se había velado, era imposible que volviera a funcionar. Lleno de rabia, Luis tiró la cámara contra el suelo. Se echó las manos a la cara tapándosela, inclinó su cuerpo hacia

atrás hasta apoyarse en el muro y empezó a reírse.

Mientras se reía sacó un trozo de patata de su bolsa y lo introdujo en la boca, tal vez fuera la desesperación por perder la cámara a pesar de la certeza de que no escaparían vivos, o la locura provocada por la sed, pero no podía parar de reír.

Los defensores del muro empezaron a percatarse de ello y miraban a Luis que seguía riéndose, esta vez ya, tumbado en el suelo, escupiendo los trozos de patata que intentaba masticar.

Poco a poco fue serenándose, miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo el campamento le miraba.

—Los moros tienen un cañón Manuel, de esta no salimos —haciendo una pausa con una profunda respiración repitió—. De esta no salimos.

—Pero ¿qué dices, hombre? Que lo tengan no significa que sepan usarlo, eso sí lo tienen, ya sabes que esa gente miente más que hablan.

—No lo creo —dijo mirándolo a la cara.

Manuel lo cogió por el brazo y se lo acercó para que nadie pudiera oírlos.

—No digas nada de los cañones —le reprendió—. Si es verdad que los tienen pronto lo sabremos, pero hasta entonces es un rumor que puede hacer mucho daño a la moral de la gente, ¿comprendido?

Pero ya era demasiado tarde, el rumor pronto se extendió y toda la guarnición del campamento conocía que el enemigo poseía un cañón. Mal asunto para Benítez y sus oficiales, que a cada minuto que pasaba debían luchar contra la desesperación y un pesimismo cada vez más fuerte.

—¿Y a esos qué les ha pasado? —preguntó Luis acerca del pelotón de enterramiento.

—Pues pasa que ni siquiera podemos enterrar a nuestros muertos, es imposible cavar una fosa en esta maldita roca y los moros no facilitan la tarea. Hemos enterrado al sargento Antón y nos han matado a dos que se han quedado allí tirados.

Se hizo el silencio. No había nada que decir, dos compañeros habían muerto, y, pese a no conocerlos de nada y no saber sus nombres el periodista sentía que había perdido algo. Allí estaba en el muro, observando al resto de aquel funesto pelotón de enterramiento donde permanecían semienterrados dos cuerpos junto a sus enterradores. La suerte había decidido quienes volverían a ver un atardecer y quienes quedarían allí, en la tumba que habían cavado instantes antes para otros.

Manuel y el resto de la guarnición guardaban silencio. Intentaban recordar alguna escena con aquellos que habían caído, recordar alguna anécdota, alguna frase, sus rostros. Era la única manera de hacerles un maldito y sincero homenaje. Un simple recuerdo.

La tensión, tras el tiroteo al pelotón de enterramiento, había desaparecido. El campamento respiraba cierta tranquilidad, más por el cansancio y el agotamiento físico que por la falta de actividad enemiga. No era ese el caso de Benítez. Continuaba mandando informes a Annual con el heliógrafo reclamando los refuerzos y la llegada urgente de un convoy que permitiera llevar agua, víveres, munición y cuidados médicos a sus hombres.

A lo lejos, se escuchó el sonido bronco y sordo de un cañón y, aunque los soldados apenas se alarmaron cuando la bala que rasgó el aire y finalmente cayó explosionando cerca de la barrancada donde la noche anterior Galán y sus hombres pelearon contra los rifeños, estos despertaron del sopor y se llenaron de incertidumbre preguntándose de dónde había salido aquel disparo, y rezaron para que fueran los artilleros de Annual.

Los nervios aparecen, pese a los combates que se han vivido, debido al estado de cansancio esa explosión provocó una nueva inyección de adrenalina y excitación que se traducía en miradas aterradoras, suplicantes porque aquel cañón no estuviera en manos rifeñas.

—Proviene del noroeste mi comandante —se escuchó decir a un soldado de artillería que acompañaba a Benítez —. El capitán De la Paz está intentando localizarlo.

Ya no había lugar a dudas, los españoles no tenían tropas en aquellas posiciones. Se confirmaba lo dicho por aquel regular antes de morir.

Cuando Benítez llegó, De la Paz intentaba localizar al cañón con los prismáticos, y buscaba cualquier resto de polvo levantado, humo o movimientos de tropas. Sonó otra vez y casi al instante el proyectil cayó algo más cerca.

—Están corrigiendo el tiro, si saben manejarlo el siguiente debería caer dentro o pasar de largo —concluyó el capitán de artillería.

—¿Lo ha localizado?

—Aún no... Pero con el siguiente tiro...

En el resto del campamento empezaba a crecer la angustia, los oficiales y suboficiales a duras penas lograban mantener el orden y la serenidad dentro de aquel recinto. Se ordenó que todos permanecieran pegados al parapeto tumbados para ofrecerse menos a la metralla que pudiera caer.

—¡Allí! —había sonado un tercer cañonazo y Federico localizó por fin el lugar por donde deberían disparar con el cañón—. Ya te tengo, cabronazo.

El proyectil cayó pasado el campamento como predijo el oficial, lo que hizo temer que el próximo tiro podría caer dentro.

—*Boticario,* sal de la tienda y ven con nosotros —dijo Dávila que se

acercó a la enfermería.

—Váyase usted mi sargento, el «melonazo» puede caer en cualquier sitio y yo me quedo aquí.

—¡No seas idiota y al muro echando leches! Si cae una de esas en la tienda no va a quedar nada y nos quedaremos sin enfermero —contestó Dávila.

—No pienso irme y dejarles aquí solos. Yo no soy enfermero, no sé nada de enfermería, así que cualquiera sirve, si me cae encima no habrá heridos ni enfermeros —sentenció mirando fijamente al sargento.

—Tú verás lo que haces, pero te quedas solo. Tú tienes tus responsabilidades y yo tengo las mías —masculló Dávila volviendo a toda prisa al parapeto.

El *Boticario* no quería ser el enfermero, pero le había tocado serlo y a base de poner vendas en las heridas, taponarlas con algodón, limpiarlas, animar, prometer una y mil veces lo que no sabía si podría cumplir y verlos morir, sentía que no podía abandonarlos. Su suerte sería la de ellos.

40

De la Paz se dispuso a devolverles aquel regalo y empezó a dirigir dos cañones hacia donde vio levantarse la nube de polvo y humo, fue entonces cuando sonó otra vez el estruendo sordo de un disparo. El capitán de artillería ordenó a todo el mundo que se echaran a tierra, al instante se escuchó el silbido de la granada que descendía, pero no hubo explosión cuando esta impactó en el suelo. La espoleta de la granada no inició el mecanismo de explosión evitando así la catástrofe. Rápidamente Nougués y un soldado de artillería corrieron hasta donde había caído.

—¡Cristo! —exclamó Nougués.

—Mi teniente… —balbuceó el soldado Isaac Corral.

—Rápido, aparta tú las cajas de munición, yo intentaré recoger la granada.

—¿Yo…?

—Sí tú, ¡vamos! —ordenó con celeridad el oficial, llamando a otros dos soldados que habían salido corriendo al ver que el proyectil cayó junto al almacén de víveres y municiones—. Vosotros dos, ayudadle a coger las cajas de munición y distribuirlas entre los puestos defensivos.

Nougués esperó a que se alejaran para recoger el proyectil avisando a todos los soldados que se apartaran. Luis se acercó a una distancia prudencial para observar la maniobra, parapetado tras el

murete levantado alrededor de las tiendas, miraba atento la maniobra del oficial.

El teniente se arrodilló con sangre fría frente al proyectil, el sudor que recorría su frente y caía por las sienes se mezclaba con el polvo adherido a la piel, retiró cuidadosamente las piedras caídas que lo rodeaban y que formaban parte de la pared de la caseta de víveres, se secó la palma de las manos frotándoselas en sus pantalones, intentaba tranquilizarse acompasando la respiración. Con decisión se quitó la guerrera y enrollando un pañuelo en su mano izquierda la colocó suavemente debajo del obús, cogió la guerrera doblada con la derecha y la apoyó en el culote de este. Las gotas de sudor recorrían su angulosa cara concentrándose en el mentón para caer definitivamente sobre la vaina que aún estaba caliente, pero se abrasaría las manos antes de dejarla caer.

—¡Cargad! ¡Elevación cuatro, posición cero, fuego! —ordenó De la Paz.

Nougués se levantó suavemente intentando no hacer gestos bruscos que accionaran la espoleta, se dio cuenta de que se trataba de un proyectil de montaña, posiblemente obtenido como botín de guerra al tomar la posición de Abarrán o del convoy a Igueriben. Tal vez, las prisas de los moros al querer hacer blanco después de corregir el tiro hicieron que la espoleta no fuera activada correctamente o estaba defectuosa. En cualquier caso, no estaba dispuesto a comprobarlo.

—¡Cargad! ¡Elevación tres y medio, derecha uno, fuego! —corregía De la Paz en sus indicaciones intentando que alguna de esas balas del Scheneider hiciera blanco.

Luis seguía en la distancia los pasos del oficial que se encaminaba al extremo sur, una vez allí, respiró hondo y lanzó el proyectil lo más lejos que pudo e inmediatamente después se tiró al suelo. El proyectil no explosionó al caer, Nougués se quedó unos segundos tumbado en el suelo resoplando aliviado. Levantaba pequeñas nubecillas de polvo en cada respiración, empezó a reír suavemente, había sobrevivido. Luis se acercó a Nougués, lo miraba fijamente, sorprendido por la acción del teniente.

—¿Qué?

—Asombroso, apenas... Tengo palabras.

—No es para tanto hombre —bromeó el oficial que ayudado por Luis se incorporó sacudiéndose el polvo de sus pantalones y camisa—. Probablemente la espoleta estuviera defectuosa por eso no explosionó.

—Las anteriores sí —repuso Luis.

—Suerte que hemos tenido —dijo Nougués marchándose hacia su posición—. Pero le aseguro que no pienso repetirlo.

De la Paz y Bustamante dispararon otra vez sus cañones, pero ya no hubo respuesta por parte del enemigo, quizá alguna de aquellas

balas guiadas por la mano de la providencia o la del buen artillero hizo blanco. En cualquier caso, De la Paz no podía confiarse ni a una ni a otra. Así pues, dejó cargados los dos cañones en previsión de que volvieran a disparar.

—Bustamante, deje a un hombre vigilando por si volvieran a cañonearnos —ordenó—. Que avise para que todo el mundo se cubra y abra fuego de inmediato. Comunicaré con Annual la posición del cañón para que nos ayuden con el bombardeo.

—A la orden —dijo Bustamante dirigiéndose a los dos cañones para dejarlos cargados y apuntando a la loma desde donde suponían disparaban los moros el cañón.

Después del episodio del cañón, la calma volvió de nuevo al campamento por unos instantes, y los defensores aprovecharon para tumbarse a la sombra y reponer fuerzas, otros preferían aliviarse y visitaban la letrina del campamento sin despegarse de la seguridad que daba la pared de sacos terreros.

La orden de Benítez era clara, dos de cada tres soldados deberían descansar y un tercero vigilaría la posible embestida. La falta de víveres y agua hacía necesario reservar fuerzas y economizar cualquier esfuerzo. El sol brillaba en todo lo alto, empezaba la tarde y las altas temperaturas hacían de Igueriben un horno. El hedor de los animales muertos que rodeaban el campamento se mezclaba con el aire caliente haciéndose irrespirable y la sed empezaba a cobrarse sus primeras víctimas. Varios soldados se derrumbaron en sus puestos, desfallecidos, febriles, con la palidez cerúlea de la muerte en sus caras. Los combates no siempre se libran contra otros, a veces hay que luchar contra uno mismo. Muchos caían para no levantarse más, sus cuerpos eran trasladados a la tienda que hacía de morgue. Otros en cambio, solo caen desvanecidos, aflojándoles sus compañeros los pantalones y abriéndoles la camisa para intentar en la medida de lo posible que se refrescaran.

El chirrido de las chicharras se hacía más fuerte, o al menos se lo parecía a Luis, que miraba sentado al ardiente sol, guiñando los ojos, molesto por la cegadora luz del astro rey, se ajustaba el chambergo sintiendo su cara arder como si tuviera puesta una careta de hierro al rojo. El suelo que pisaba quemaba y sentía que sus pies se cocían dentro de las botas; los fusiles, ametralladoras y cañones ardían bajo el implacable sol del Rif en aquel mes de julio.

El cantinero se había colocado un pañuelo cubriéndose la nuca que sostenía con la boina que llevaba puesta. Acostumbrado a caminar por esos caminos con sus mulas, de campamento en campamento vendiendo su mercancía, parecía no sufrir tanto el calor como los demás.

Benítez, que se encontraba junto a la caseta de la compañía de

telégrafos, dictaba a Jáuregui los mensajes que una vez cifrados mandaría con el heliógrafo a Annual mientras el resto de la oficialidad permanecía junto a sus hombres en los puestos asignados a cada compañía.

—¿Qué piensas Manuel?

—¿Qué pienso…? —contestó Manuel que se apartaba el chambergo usado para evitar que la luz molestara su descanso—. ¿De qué?

—¿En qué estas pensado ahora? —insistió *Belmonte*.

—Intento dormir, pensar… Aquí, no sirve de mucho.

—Yo pienso en los muslos de la Marian —dijo riendo—. No he visto puta en Melilla con piernas más fuertes —esta vez soltó una carcajada aún mayor, acompañada por las risas de los demás soldados que allí estaban.

—¿Y tú? ¿En qué piensas? —preguntó Manuel dándole un leve golpe a Luis en el brazo.

—En lo que nos decía aquel regular antes de morir, y en que en solo cuatro disparos han hecho blanco en el campamento.

—No te preocupes, lo más seguro es que el capitán De la Paz haya acabado con ellos. Además, pensando en eso no conseguirás nada. Piensa en tu familia, en tu casa en Madrid, eso te dará fuerzas y ánimos para resistir.

Manuel sacó del bolsillo de su pantalón media patata a la que quitó la piel con la bayoneta, la partió por la mitad y pinchándola en el alfanje se la dio a Luis. Agradeciéndole el gesto y dispuesto a hacer caso de sus consejos se tumbó en el parapeto dispuesto a descansar y dejar de pensar mientras saboreaba el delicioso néctar de la patata.

Apenas pudo sacarle algo de jugo, la harka atacaba de nuevo. Todo empezó con un tiro que alertaba posiblemente a los moros del inminente asalto, al segundo tiro se inició un tiroteo sobre la posición.

La lluvia de plomo que se desencadenó al momento cayó mortalmente sobre los defensores, estos respondieron, los primeros disparos se hicieron casi sin mirar, al templar más el tiro se dieron cuenta de que el enemigo estaba más cerca de lo que imaginaban. Recompusieron las defensas, los oficiales ocuparon en las aspilleras como un soldado más, no dejaban de disparar y gritar dando órdenes, animando a los soldados a no flaquear. Benítez seguía recorriendo el parapeto con una energía y una vitalidad que solo Dios o el diablo sabrían de dónde las sacaba. Arengaba a las tropas para elevar la moral. Mientras tanto, Luis ayudaba a Manuel y a sus amigos cargando los fusiles, desgraciadamente, el aumento de las bajas hacía que hubiera un gran número de estos sin utilizar. Los heridos quedaban en sus puestos sin poder ser evacuados ni atendidos, todo el campamento era batido por el enemigo que lo rodeaba; era una manada de lobos que acosaban a su presa acorralada.

Annual comunica que ayuden con la dirección de las bombas al caer para hacer más efectivo el tiro. Nougués, junto al soldado de telégrafos Cáceres, empieza a corregir el bombardeo que alivia un poco la presión sobre el campamento. Pero cada vez, ese bombardeo se hace más y más próximo, pues el enemigo se acerca con gran atrevimiento al muro llegando incluso a superar las alambradas destrozadas por los mulos parapetándose también éstos entre las bestias destrozadas. No obstante, los rifeños son repelidos. Se resiste de manera sobrehumana, aguantan estoicos, prietos, todos juntos. El sargento Dávila moviliza a los soldados llevándolos de un puesto a otro para que en todo el perímetro defensivo no queden espacios sin defender.

De repente alguien grita adivinándose en su tono el miedo y el terror.

—¡A tierra! ¡A tierra!

41

Casi de manera instantánea, un proyectil impactó sobre una de las tiendas del lado sur, pero en este caso sí explosionó. La tienda quedó destrozada por la detonación lanzando al cielo todo lo que contenía, solo quedaron unos restos llameantes; desde ellos se elevó una columna de humo negro. Inmediatamente se respondió a la agresión disparando con los cañones que estaban dispuestos. Afortunadamente la tienda estaba vacía y no había soldados cerca. Sin embargo, los francotiradores del enemigo sí se cobraron sus víctimas, entre ellas, al pobre cantinero, que fue herido debajo del cuello. Luis, con el pañuelo que tapaba la nuca del comerciante cubrió la herida en un desesperado intento de evitar que se desangrara, pero poco pudo hacer.

—Mis dineros...

—No hables cantinero, no malgastes energía.

—Cre...ía que... mañana, pero...

—El aceite... El aceite… Hay agua…, agua.

—Calla por Dios, no hables.

La perra *Niebla* daba vueltas nerviosa junto al cantinero ladrando.

—Hablarás de mí... ¿Verdad?...

—Claro que sí hombre y de tu vino que es el...

Luis hizo una pausa, el cantinero había dejado de respirar. Su corazón ya no latía y sus pupilas se dilataron. Los dedos manchados de sangre del joven cerraron los ojos del cantinero que ya no vendería más vino.

—Sigue recargando, Luis —ordenó Manuel que no dejaba de

disparar—. Luis, sigue recargando. ¡Por Dios!

Al ver que no reaccionaba, Manuel se volvió y golpeó a Luis empujándole hasta el muro, cogiéndole por los hombros lo zarandeó mirándolo fijamente.

—¿Pero qué cojones haces? ¡Recarga!

—¡A tierra! ¡A tierra! —gritaron y de nuevo el suelo tembló.

Luis estaba tumbado cubriéndose la cabeza con las manos, la tierra vuela y la metralla silba a su alrededor. Tras la detonación viene la lluvia de cascotes y los gritos desgarradores de los soldados agonizantes alcanzados por el proyectil, voces que se retuercen, que no parecen humanas y se apagan para siempre, aunque perdurarán en la mente de los que allí están mientras vivan. Cuando Luis se levantó pudo ver que parte del muro norte había sido alcanzado. Había un boquete abierto donde se encontraba la cuadra, varios cuerpos yacían inmóviles en el suelo, ensangrentados, desmembrados junto a los humeantes sacos terreros que formaban aquella defensa.

Se hizo el griterío de nuevo.

—*Allah-u-Akbar.*

—*Allah-u-Akbar.*

—*Allah-u-Akbar.*

Los moros, viendo que parte del muro había caído y con un cañón en su poder supieron que era su oportunidad y empezaron a animarse entre ellos para tomar la posición al asalto. El miedo se apoderó de los españoles que se veían degollados. La visión de aquellos soldados destrozados por la metralla los paralizaba. Benítez vio aquel hueco y comprendió al momento que allí estaba la llave de Igueriben, era el momento de sacrificarse. Sin perder un instante consiguió reunir a un grupo de soldados con el capitán Bulnes y se dirigieron hacia el espacio abierto.

—¡Rápido capitán! Salgamos fuera, hemos de proteger el muro.

—A la orden. Sargento Daza usted forme la primera sección, vayan con el comandante. Bernal usted conmigo. ¡Adelante!

Rápidamente los soldados se dispusieron delante de aquella abertura, debían cubrir con sus cuerpos a los compañeros que se apresuraban a reconstruirlo con los sacos terreros caídos intentando cerrar aquella herida en el perímetro defensivo. Formaron en dos filas paralelas, la primera de rodillas y tras esta, una segunda de pie, todos prietos, juntos hombro con hombro como si de un solo soldado se tratara. Bulnes y Benítez se posicionaron junto a ellos para ordenar el momento de hacer fuego. Los rifeños iniciaron el asalto en medio de un griterío aterrador. Una de las ametralladoras empezó a desmontarse para llevarla hacia aquel hueco y poder cubrirles en su retirada una vez repuesto el dique de sacos.

Luis corrió para ayudar en las tareas de fortificación de aquella

brecha en la que iban colocándose los sacos terreros uno encima de otro tan rápido como podía.

Cuando los moros llegaron a escasos cuarenta metros del muro los soldados hicieron fuego, primero los arrodillados, después los de pie y así sucesivamente dando tiempo para que abrieran y cerraran el cerrojo de los fusiles. Bulnes y Benítez hacían fuego con sus pistolas al tiempo que animaban a sus hombres.

El parapeto se reconstruye saco a saco bajo el intenso fuego enemigo. La ametralladora se ha posicionado en el muro que se ha elevado lo suficiente para poder dar cierta protección a sus servidores. Podrán cubrir la retirada de sus camaradas que desde fuera repelen el asalto. El muro se ha reconstruido en parte, pero no ha sido gratis. Varios soldados han caído, entre ellos el sargento Bernal. Los moros, en su intento de asalto también sufren numerosas bajas dejando sobre aquel suelo una alfombra de rifeños que sangran y se retuercen. Bustamante, que había dispuesto una pieza de artillería en el extremo norte, hizo fuego con la espoleta a cero barriendo a los asaltantes que se abalanzaban sobre los españoles. Los rifeños destrozados caen entre alaridos, algunos continúan andando aún destrozados por la metralla, resueltos a llegar al campamento español, pero son abatidos por los soldados.

—Comandante retírese —gritó Galán desde el muro.

—Atrás, rápido —grita Benítez mientras sigue disparando con su pistola.

Bulnes, Daza y los soldados que permanecían de pie se retiraron lo más ordenadamente posible entrando en el recinto defensivo saltando el muro. Benítez y los soldados arrodillados les cubrieron hasta que ellos retrocedieron dejando por el camino a varios soldados. Inmediatamente después la ametralladora empezó a escupir proyectiles cerrándose por completo la brecha en el perímetro defensivo.

De la Paz había comunicado con Annual para que abrieran fuego indicando las coordenadas donde tenían que caer los proyectiles. Conforme los obuses empezaron a caer, corregía el tiro haciéndolo más eficaz. Aquella tarde sobre Igueriben se desencadenó el infierno.

La potencia del bombardeo impedía a los soldados apuntar desde sus troneras, disparaban a ciegas debido al polvo, los cascotes y la metralla. Agachados, apoyándose en los sacos terreros, con el rostro hundido en la arpillera de los sacos, con el gesto contraído y los dedos crispados en sus fusiles, esperan a que el bombardeo termine. Los proyectiles caen aullando, el ruido es ensordecedor, la tierra retumba, tiembla a cada explosión y el estómago se estremece con cada detonación. Luis desde el suelo ve como uno de los soldados, acurrucado junto a su tronera, es presa del pánico, y no para de gritar

mientras sus manos protegen los tímpanos del ruido de las explosiones.

El joven periodista se arrastra por el muro evitando la caída de tierra y fragmentos, quiere volver junto a Manuel. El bombardeo continúa, pero para él todo sucede lentamente, se siente transportado, es una sensación rara, como si a pesar de estar allí todo ocurriera en otra dimensión y él fuera un simple espectador. ¿Cuánto duraría esto? se preguntaba.

Otros están agachados, sujetando con manos temblorosas sus fusiles. Benítez sigue moviéndose a lo largo del perímetro del campamento levantándolos y obligándolos a no dejar de disparar. Bustamante con sus artilleros sigue haciendo fuego, permanece de pie, cargando su cañón y disparándolo. Benítez corre hacía De la Paz y le hace señas para que mande un mensaje a Annual. Alto el fuego.

42

El bombardeo cesó y la tierra dejó de retumbar. Sin embargo, los gritos de pánico de aquel soldado no cesaban y se unieron a un sonido más difícil de mitigar y olvidar: los lamentos de los heridos que agonizan.

Luis levantó la cabeza lentamente, los rifeños se habían retirado, y observaba el desolador panorama que se ofrecía a su vista. El entramado de picas y espino defensivo semienterrados en montañas de tierra formadas por las explosiones, prácticamente no existían. Los cuerpos de los rifeños se mezclaban con los mulos envueltos en el alambre espinoso; miembros cercenados por las ondas expansivas de los proyectiles salpicaban la superficie; cuerpos partidos por la mitad dejaban ver sus entrañas que pronto serán pasto de buitres y moscas. Los huesos sobresalían entre jirones de piel y carne arrancada. Cabezas abiertas por el impacto de la metralla dejaban la materia gris a la vista. Los cuerpos de los rifeños en horribles e impensables posturas se amontonaban en la explanada frente al muro. Inmóviles todos. Excepto uno.

A pesar de que el infierno ha caído sobre Igueriben aún hay un superviviente. Un moro está sentado entre la tierra removida; tiene la cara ensangrentada, la cabeza le cuelga casi inanimada con la barbilla en el pecho, le falta un brazo amputado por las descargas explosivas, descalzo con heridas en los pies y la chilaba sucia rasgada por la metralla. Alza la mirada hacia el campamento. Lentamente, con gran esfuerzo levanta su brazo izquierdo señalando a los españoles. Al verlo el periodista siente compasión. Es un gesto acusador. De rabia y odio en sus últimos instantes de vida. Aquel gesto dejó a Luis paralizado,

solo las detonaciones de los fusiles que abrieron fuego contra aquel superviviente lograron un estremecimiento de su cuerpo. Al volverse hacia los soldados vio como estos corrían sus cerrojos fríamente, sin un atisbo de piedad o compasión. Era una lucha sin cuartel.

Luis se sentó en el muro, abatido por todo lo visto. Sabía que no podría esperar clemencia de los moros en caso de caer prisionero. Fue entonces cuando vio al soldado Domingo Bueno que abrazaba llorando el cadáver de su amigo Juan. Tampoco Domingo ofrecería clemencia.

Hace dos días Luis no había visto morir a nadie. Hace dos semanas Luis vivía en un hotel, desayunaba café y tostadas e iba por las noches al prostíbulo. Hace dos meses dormía en su cama, en la seguridad de su hogar. Ahora había matado, no tenía líquido alguno con el que saciar su sed, dormía en el yermo suelo de Igueriben rodeado de muerte y pestilencia y si el convoy no lograba llegar moriría de sed, por el tiro de un francotirador rifeño, por una granada o degollado. Se dio cuenta de que la vida era una ruleta donde el azar decidiría qué pasaría cuando dejara de girar.

Manuel dio gracias a Dios o al diablo de seguir vivo. Miró a su alrededor con miedo y ansiedad a la vez, pues temía hallar a sus compañeros heridos o muertos; al verlos, se abrazó a *Pichón* y se miraron forzando una risa, estaban vivos.

Corrió hacia Luis que estaba apoyado en los sacos defensivos.

—¡Qué suerte tienes cabrón! —dijo levantándolo del suelo.

—Otros no han tenido tanta suerte —dijo Luis dirigiendo una mirada hacia Domingo que mecía desconsolado el cuerpo de su amigo —. El cantinero tampoco…

Luis y Manuel se miraron en ese instante. ¡El aceite!

El cantinero tenía barriles de aceite y en ellos había agua. Buscaron al capitán Bulnes para decírselo, y al pasar por el cadáver del cantinero que era tapado por *Belmonte,* le dirigieron una mirada compasiva y agradecida. Como si quisiera pedir perdón en sus últimos instantes de vida indicó que la tinaja de aceite venía mediada con agua, sin duda para engañar a los posibles compradores.

—¿Cree usted eso? —preguntó Benítez a Bulnes que junto a los dos amigos fueron a la tienda del comandante.

—Eso es fácil de comprobar —apuntó Manuel.

—Vayan entonces. No lo digan a nadie, no quiero que los soldados se hagan demasiadas ilusiones, si hay agua se repartirá entre todos de manera igualitaria, aunque solo sea una cucharada; primero los heridos, después la tropa y los oficiales los últimos.

Los tres se dirigieron a la cocina dejando a Benítez. Luis se quedó mirándolo unos instantes antes de reunirse con sus compañeros. El comandante se sentó en su mesa y abrió el diario de operaciones para anotar los nombres de los fallecidos y heridos. El pulso le temblaba y

su letra se hacía difícil de leer. Intentó calmar sus temblores frotándose las manos, sabía que los nervios no ayudarían, pero los temblores no eran producto del nerviosismo; la falta de agua y sueño unido al continuo estado de tensión empezaban a pasarle factura.

—Aquí están —dijo Manuel con cierta ansiedad—. Veremos si el cantinero decía la verdad —Manuel cogió su bayoneta y arrancó la tapa de la tinaja con evidentes signos de ansiedad—. Haz tú los honores —dijo a Luis mirándolo impaciente.

Luis cogió un pequeño cacillo que había en el suelo y lo introdujo en la tinaja hasta el fondo, al sacarlo comenzó a verter el contenido del cacillo dentro de la tinaja hasta descubrir que efectivamente, aquel cazo contenía agua. El cantinero no mintió y aquel viejo truco podía significar la diferencia entre la vida y la muerte. Conforme aquella mezcla caía dentro de la tinaja Luis y Manuel no dejaban de reírse pensando en el bueno del cantinero y su última confesión.

—Mi comandante, hemos separado el aceite del agua y hemos visto un tonelillo con vinagre. Estamos preparados para el reparto.

—Muy bien capitán, bien hecho, los heridos…

—Se les dará a ellos primero, mi comandante… Si me permite, debería usted beber algo de agua.

—Cuando llegue mi turno, Bulnes —respondió Benítez con autoridad, dando por zanjado el tema—. Y si el agua se acaba, beberé el vinagre.

Bulnes salió de la tienda en silencio, no estaba de acuerdo con Benítez, sabía que su fortaleza en el mando era crucial para la supervivencia del campamento. Pero nada podía hacer. Ordenó a Sierra que iniciara el reparto de agua entre los soldados del parapeto con el teniente Casado, él iría a la tienda hospital a dar esa miserable cucharada de agua a los heridos. El joven Codrán observó como los soldados tomaban aquella cucharada de agua con verdadera desesperación. Con temblores en las manos, sin atreverse a coger ellos la cuchara, esperando con la boca abierta a que el teniente Casado introdujera aquellas gotas en las ásperas bocas de los soldados, blanquecinas y rajadas por la sequedad. Una vez introducido el líquido de la cuchara, agarraban las manos del teniente con una fuerza impropia de auténticos cadáveres vivientes. *Agua, agua, agua…* Decían todos al tragar aquellas míseras gotas.

Una patata cruda y una cucharada de agua, era todo el líquido y toda la comida que habían ingerido aquel día. Lo único que tomarían.

—Agradecedlo a nuestro amigo el cantinero —comentó el teniente Sierra a un grupo de soldados.

—Por el cantinero —dijo Luis cuando tragó aquella mínima porción de vida que daba esperanza y aliento.

Aquel reparto de agua continuaba su camino por el muro, como si

fuera un oasis que llevara agua a los sedientos soldados, esa agua no mitigaría la sensación de sequedad en la boca, el dolor de cabeza, la fiebre o la imposibilidad de limpiar los ojos con lágrimas, pero daría esperanza.

—¡Que no se derrame!

43

—¡Que no se derrame!

Era el grito desgarrador de un soldado al ver que el teniente Casado soltaba el cubo con el agua al recibir el impacto de un proyectil que le hizo doblar las rodillas y echarse mano a la garganta. Una bala había rebotado en el muro de piedras y una esquirla se introdujo en su cuello. Vivía por milímetros. Sin embargo, el teniente Sierra no tuvo tanta suerte y cayó de bruces al suelo herido en la cabeza. Los francotiradores aprovecharon que los oficiales estaban en una zona enfilada de las defensas para acertarles.

Los soldados respondieron al fuego, pero disparaban a ciegas sin saber desde donde partió aquel proyectil. Maldecían más por haberse derramado el agua que por el intento de matar a los oficiales.

Luis se acercó a Casado y rajándose la manga de su camisa le hizo un vendaje en el cuello intentando parar la hemorragia. El teniente Sierra fue atendido inmediatamente y al comprobar la gravedad de su estado lo trasladaron a la tienda hospital. Los soldados desde las troneras disparaban dando cobertura, pero no había nada que hacer, los francotiradores desaparecieron. De nuevo la decepción y la amargura golpeaban a los españoles que miraban abatidos como el agua era absorbida por aquel maldito suelo perdiéndose para siempre.

La herida de Casado no resultó tan grave y fue atendido en el muro por el periodista y su amigo Manuel con lo poco que quedaba en la enfermería. Algo de ginebra para lavar la herida, algodón y un trozo de tela fue todo el instrumental quirúrgico de la cura. Los finos dedos del joven periodista fueron las pinzas que extrajeron la esquirla incrustada en el cuello.

—Gracias *Plumilla*, te debo la vida.

—No diga tonterías y cállese que se va a abrir la herida.

—Llevaremos a Sierra a su tienda, es grave, ¿cómo estás tú Casado? —dijo Bulnes interesándose por el herido.

—No acabarán conmigo tan fácilmente —respondió.

—No se preocupe por él mi capitán —terció Manuel—. Nosotros nos ocuparemos del teniente.

—Está bien lo dejo en vuestras manos, luego nos vemos.

Bulnes abandonó el muro y se dirigió a la tienda hospital, lo de

Sierra no pintaba nada bien y se había perdido el agua, parecía que todo empeorara por momentos, que a cada minuto que pasaba todo era más difícil y complicado.

La tarde llegaba a su fin, las temperaturas se hacían más suaves, casi soportables. Los soldados sucios, con barbas crecidas, con el pelo apelmazado, extenuados y sedientos se acomodaban en el muro tapando sus fosas nasales con pañuelos para evitar respirar aquel insoportable olor a carne muerta y putrefacta. Bulnes se reunió con sus hombres, debía restablecer la cadena de mando en la sección del teniente Sierra. Casado era ahora el responsable de las vidas de esos hombres.

Benítez estaba solo en su tienda cuando fue informado de todo por Bulnes. Con resignación lo anotó en su diario de operaciones, sabía que no había mucho más que hacer. La fiebre le invadía, sentía cada latido de su corazón en sus sienes produciéndole un dolor insoportable que se dirigía a sus cuencas oculares.

Sabe que sus soldados están sintiendo lo mismo que él. La resistencia de sus hombres empezaba a quebrarse. La sed provocaba dolores de cabeza, resecaba las gargantas rasgándolas en cada respiración y los hacía hervir por la fiebre, aquello empezaba a ser insostenible. El olor inaguantable y nauseabundo de los cuerpos descomponiéndose al sol, la falta de munición, los heridos y los muertos que permanecían delante de todos ofreciendo una visión profética de dolor y angustia, unido al cañón enemigo que había sembrado el terror y el horror en el campamento era demasiado.

Benítez no tenía duda de que en esas condiciones el campamento caería. Mandó un mensaje a Annual reclamando ayuda de manera urgente por la grave situación que vivían. Pero no respondieron. Las ráfagas de luz del heliógrafo, esas señales silenciosas gritando auxilio, pidiendo agua; no recibieron contestación.

Luis ya no veía la noche estrellada de Igueriben igual que el primer día cuando llegó. Ahora, el ocaso era heraldo de miedo, de horror, de muerte. Ahora Luis veía la luna y se preguntaba si aquella vez sería la última que la viera, si esa noche sería su última noche. Su adiós.

Aprovechando la oscuridad se arrastró hasta la tienda hospital donde el *Boticario* regresaba de ver a Sierra en su lecho, se encontraba tumbado en la entrada de aquel espacio horrendo intentando tomar algo de aire, pero era imposible, pues el olor a carne podrida del exterior apestaba tanto como en el interior de aquello que llamaban hospital donde heces, orines, sangre y sudor se mezclaban en el ambiente.

—¿Cómo está el teniente? —preguntó Luis tapándose la boca con un pañuelo intentando mitigar el fuerte olor de aquel lugar.

—¿El teniente? —respondió con tono distraído—. El teniente... —

repitió, esta vez pensativo como si tuviera que reflexionar la respuesta —. El teniente Sierra está muerto.

Hizo una inspiración con la boca pues unos tapones de algodón taponaban sus fosas nasales y tras aguantar un segundo el aire en sus pulmones lo expulsó.

—Está muerto. Pero aún tuvo un instante de lucidez antes de morir, ¿y sabes qué dijo?

Luis ladeó levemente la cabeza negando saber la respuesta.

—Pues no te creas que lloriqueo llamando a su madre o a su esposa, no, ni siquiera llamó a Dios.

Hizo una pausa y en voz baja, casi de manera imperceptible al oído repitió «Ni siquiera llamó a Dios», dejando salir todo el aire de sus pulmones. Con la mirada perdida en algún punto del infinito que Luis no lograba ver, el *Boticario* repitió las últimas palabras del teniente Sierra.

—Pues verás, dijo: «Perdonadme, hubiera querido estar con vosotros hasta el final», eso dijo, y después… Expiró.

Luis miró al suelo pensativo al oírlo.

—¿Te lo puedes creer? —preguntó riendo a Luis—. Pidió perdón. Muere por un rey que no ha visto, en este maldito país olvidado de todos y pide perdón. Pide perdón —repetía con sarcasmo—. Claro, solo ha derramado su sangre, solo ha muerto dejando viuda e hijos, solo ha muerto después de dos días sin beber agua y de un tiro en la cabeza, pero no es suficiente para el rey, ni para tus malditos lectores que quieren epopeyas y gestas heroicas, donde el sacrificio de unos desgraciados mantenga el buen nombre de España y sus gobernantes, miserables todos ellos, que se enriquecen a costa de la sangre derramada por otros. ¿Cómo está el teniente?

El *Boticario* se acercó a la cara de Luis y con voz profunda y grave dijo.

—El teniente está muerto, como lo estamos nosotros, como lo está España.

La mirada del enfermero daba miedo, había verdadero rencor en sus ojos, ¿pero hacia quién? ¿A España o al Rif?

Luis comprendió la decepción del *Boticario,* se marchó dejándolo solo con sus enfermos y regresó al muro junto a sus amigos. Sentía cierta culpabilidad, pero se animó convencido de que no era la muerte de los soldados ni la sangre lo que le motivaba para escribir, sino contar la realidad de lo que sucedía. Pensó en esas últimas palabras del teniente Sierra, recordó las últimas palabras del cantinero y las del soldado de regulares que murió aquella mañana. Se preguntaba cuáles serían sus últimas palabras.

Empezó a preocuparse de no saber qué decir en ese último segundo. Pensaba en la muerte y en cómo afrontarla, pues sabía que

no había posibilidad de salir vivo de allí.

En ese momento Benítez habló a todo el campamento.

—Camaradas, acabo de recibir un mensaje de Annual que quiero compartir con vosotros.

El silencio se hizo en el campamento donde los soldados ponían toda su atención a las palabras de Benítez.

—El mensaje dice así: «*Heroicos defensores de Igueriben, el mando está orgulloso de vosotros y de vuestra entrega sin límites. Se hallan en Annual numerosas fuerzas que mañana saldrán en convoy para el relevo y auxilio de la posición. La Patria, que tiene sus ojos en vosotros, sabrá recompensar vuestro sacrificio*».

Al terminar la lectura de aquel mensaje el campamento se vio inundado de vítores y gritos que seguramente serían escuchados por los rifeños que rodeaban la posición. Vivas a España y al rey, gritos de felicidad e insultos a los rifeños.

—Hijos míos, mañana habrá terminado este tormento, abandonaremos este campamento después de haberlo defendido con honor y disciplina. Estoy muy orgulloso de todos vosotros. Eso es todo.

Benítez volvió a su tienda tras el discurso, debía estudiar la retirada tras el relevo pues sabe que serán atacados en el camino. Durante unos segundos aquel pedregal se llenó de alegría. Saldrían de allí al día siguiente, la próxima vez que vieran la luna sería en otro lugar alejado de aquel infierno.

Los soldados se abrazaban, se agarraban con fuerza; una fuerza que un segundo antes no tenían, olvidaron por unos instantes la sed, el hambre, los dolores... En unos segundos, la esperanza ha llenado sus corazones. Empezaron a formarse los corrillos con animadas conversaciones entre oficiales y tropa animándose mutuamente, recordando entre risas la falta de fe en el rescate por parte de algún soldado *cenizo*. Luis se sentó junto a Manuel y le ofreció un cigarrillo, el último.

—Lo tenía reservado para una ocasión especial, si esta no la es... Ya me dirás tú —dijo riendo.

—Desde luego, la es.

Y allí, sentados, en la oscura noche rifeña, los dos amigos fumaron juntos el último pitillo.

44

Los rifeños, al oír los gritos y voces de alegría de los españoles iniciaron su guerra psicológica intentando minar la moral de los combatientes. Se repitieron las propuestas para desertar a cambio de

agua y libertad. Pero ya no es lo mismo, los soldados saben ahora que mañana el convoy los relevará. Ahora las amenazas caen en saco roto, las propuestas de traición se responden con vivas a España y a Benítez. La moral de los españoles —pese al tormento de la sed, los sufrimientos del combate, las heridas y el hedor de la muerte— sigue alta. Su lealtad no es con la bandera o con el rey, su lealtad es hacia su comandante él los ha mantenido unidos, él ha luchado a su lado, él ha arriesgado su vida y no los ha abandonado a su suerte.

—¡Lo mejor que podéis hacer es traernos al traidor de Abd el Krim y largaros a vuestras cuevas! —respondían los soldados españoles.

—Si os quedáis os cortaremos las orejas —dijo otro soldado.

—Otra vez —dijo el periodista.

—Otra vez qué —respondió Manuel.

Benítez acaba de salvar el campamento otra vez.

Poco a poco, el campamento se sumergía en el silencio, la noche se cierne sobre Igueriben sumiéndolo en la oscuridad. Solo la luna con su brillo daba luz sobre aquella tierra de sufrimiento. Las nubes se movían al capricho del viento cálido del *Jamsin*.

Han pasado horas y los moros han dejado de lanzar sus proposiciones traicioneras, y eso ha despertado los recelos de los defensores que permanecen en un tenso silencio. Un silencio como nunca antes sufrieron. Benítez sospecha que tal vez preparen un asalto a la desesperada, una vez organizada la defensa ha comunicado a Annual sus preocupaciones avisándoles para que preparen los cañones. Los españoles están en alerta, cargan sus fusiles, ajustan las ametralladoras y esperan.

Manuel está sentado, se muerde nerviosamente el labio, bajo la protección de los sacos terreros espera el momento de apretar nuevamente el gatillo de su fusil. Acaricia el guardamano de este suavemente, de arriba abajo, como si tratara de calmar a un animal antes de la pelea.

Luis está agachado junto a su amigo. La perra del campamento, que ha sido adoptada casi a la fuerza, está tumbada a su lado, aunque hubiera preferido que la perra se fuera con otro en realidad no podía separarse de aquella mirada que no parecía animal.

—¿Crees que atacarán? —preguntó susurrando *Pichón*. Nadie contestó. Los rifeños podrían atacar la posición a la desesperada, la concentración de fuerzas en Annual no pasaba desapercibida al enemigo que vigilaban el paso de Izummar. Sabían que los españoles intentarían el rescate y por tanto tenían solo aquella noche para tomar el campamento. Los moros atacarían y sería un ataque desesperado, pero lo que nadie sabía era cuando.

Sin granadas de mano que pudieran repeler una nueva intentona, los artilleros dispusieron los proyectiles con las espoletas a cero, si el

enemigo cañoneaba, sería Annual quién respondería a pesar de la oscuridad que favorecía a los rifeños haciendo imposible la localización del cañón.

La perra, que estaba siendo acariciada por Luis, se levantó de golpe y empezó a gruñir nerviosa dando vueltas y lanzando aullidos agudos. El periodista sufrió de nuevo ese golpe seco en la boca del estómago al ver a la perra que empezaba a ladrar y a dar vueltas, y se asomó por la tronera intentando vislumbrar algo. De inmediato una luz blanca y mortecina se hizo, Benítez había lanzado su última bengala dando al paisaje una claridad cadavérica. El enemigo estaba allí, cientos de ellos rodeaban el campamento, arrastrándose en el más absoluto silencio, centímetro a centímetro, como si de una plaga silenciosa y mortal fuera.

El periodista se quedó helado.

—Dios mío…

Aquella visión paralizó su corazón. Miró el fusil que tenía a su lado y pensó que esta vez, esta noche sería el final de Igueriben y de sus defensores, de aquella perra, de aquellos hombres a los que había fotografiado, a los que había entrevistado, con los que había compartido una cucharada de agua, aquellos hombres que habían sido reclutados como borregos y llevados a Melilla a morir por no tener el dinero necesario para comprar a un médico que los declarara inútiles. La admiración hacia esos pobres diablos, la rabia y el odio hacia los políticos que los enviaban a una guerra que solamente servía al interés de unos pocos y la vergüenza de ser uno de los que se libraron por el soborno, le dio el valor y la fuerza para saber que había llegado el momento de dejar el lápiz y coger el fusil.

Se agachó, lo agarró fuertemente, tenía la bayoneta calada, estaba dispuesto a utilizarlo para redimir sus pecados e intentar salvar la vida de aquellos hombres que habían sido conducidos hasta un parapeto en el Rif marroquí. Lucharía por intentar al menos que uno solo regresara a su casa, de donde nunca debió marchar.

—¡Fuego!

La orden de Benítez inmediatamente después de que aquella bengala iluminara el campo se cumplió al instante, como si el fin del mundo hubiera llegado, se desencadenó una lluvia de proyectiles sobre los atacantes que fueron sorprendidos. Las ametralladoras escupían sin dejar que un solo proyectil se perdiera en el suelo, todas impactaban sobre la carne de los cuerpos de aquellos rifeños que apretados unos con otros avanzaban confiados en el cansancio, la sed y el agotamiento de los soldados tras días de lucha. Creían que estarían dormidos y despreocupados como los habitantes de Troya. Se equivocaron. Héctor aún no había muerto.

Benítez no dejaba de ordenar a los soldados que disparasen, él

mismo se unió la defensa disparando desde el muro con su pistola. Animando en todo momento y haciendo las señales precisas para que la posición fuera apoyada por la artillería de Annual. Haciendo una señal, el telegrafista oculto en la caseta, codificaba su orden que era inmediatamente trasmitida a Annual. Jáuregui repite una y otra vez las consignas que Benítez le dijo momentos antes: «*Brazos arriba, parapeto norte; brazos abajo, sur; brazo derecho, este; brazo izquierdo, oeste; brazos en cruz, al cañón; puños en pecho… Sobre la posición*».

No le gustó mucho oír esa clave, pero no había otra opción, Benítez barajaba la posibilidad de que el enemigo llegara a invadir el campamento y en ese caso estarían preparados.

Los rifeños que se levantaban apenas conseguían dar dos pasos cayendo abatidos por los españoles, aquella maldita tierra era regada con demasiada sangre. Aun así, seguían avanzando, pisando a sus caídos, tropezando, cayendo, levantándose, continuando con su ciego avance. Saben que la victoria está en tomar Igueriben, y morirán por conseguirlo.

El atronador sonido de las balas de cañón al impactar sobre el suelo hizo su aparición.

—Esos cabrones nos están bombardeando —exclamó Manuel mientras movía el cerrojo de su máuser.

Luis, protegido por los sacos terreros, sostenía el fusil entre sus manos cuando un proyectil cayó en el parapeto norte, su explosión lanzó a sus defensores en todas direcciones, o, mejor dicho, lanzó los trozos que quedaban de aquellos hombres.

—¡Malditos bastardos! ¿A qué esperan los nuestros para responder?

Luis se quedó pensativo, «*a qué esperan para responder*», habían dicho, a qué esperaba él mismo para responder, se preguntó. Introdujo decidido el peine de cartuchos en el máuser y levantándose sereno asomó su fusil por la tronera apuntando a las siluetas que las explosiones dibujaban, los rifeños en masa intentaban superar las defensas de los españoles. Empezó a disparar, a mover el cerrojo, a volver a disparar y a cada disparo que hacía, el retroceso de su fusil que golpeaba violentamente el hombro derecho le indicaba que era el momento de volver a mover el cerrojo y apretar el gatillo. Al acabarse la munición se agachó y cogió otro peine repitiendo la operación con movimientos precisos, exactos. Como si no hubiera nadie más a su alrededor, como si el mundo hubiera desaparecido, cargar y disparar, disparar y cargar.

El enemigo en su ciego ataque se aproximó tanto al campamento que no tuvo tiempo para terminar de cargar otra vez el fusil, un moro saltó por encima del murete de sacos terreros con la intención de degollarlo, pero el periodista interpuso su fusil con la bayoneta

atravesando al rifeño, que con un gemido cayó sobre el periodista que empezaba a notar la calidez de la sangre que mojaba su cuerpo.

—¡Ahora, ahora!

Benítez grita dirigiéndose hacia la caseta del telegrafista con los puños cerrados. La señal convenida «fuego sobre las alambradas». El telegrafista ejecutó la orden y lanzó destellos que transmitían la última esperanza de sobrevivir.

—¡Los tenemos encima! ¡Viva España! —gritó el capitán Bulnes cuya figura subida sobre unos sacos terreros se recortaba en la noche con cada fogonazo de las explosiones, exponiendo medio cuerpo por encima del muro disparando con un fusil que ha cogido de un defensor muerto—. ¡Hasta el final! ¡Por España!

La pieza de la batería que estaba apostada en el lado norte abre fuego y caen numerosos rifeños destrozados por la metralla. Una de las ametralladoras que cubrían a los cañones ha quedado inutilizada lo que hace que peligre el extremo sur que es atacado con granadas de mano. Bulnes reacciona y se dirige allí con un grupo de soldados de refuerzo que lo acompañan.

—¡Protejamos los cañones! —grita para organizar un pequeño pelotón que lo ayuden. Acuden a la zona y comienzan a disparar de manera ordenada, haciendo descargas conjuntas a su orden —. ¡Fuego! ¡Cargad! ¡Fuego! ¡Cargad!

—¡Luis!, ¡Luis! —gritó Manuel al apartar al moro que aplastaba a su amigo—. Joder Luis, no te muevas.

—Estoy bien, estoy bien —dijo palpándose el cuerpo compulsivamente buscando una herida.

—La sangre no es mía —resolvió aliviado.

De repente, el silbido de un objeto cayendo paraliza todos los músculos de Manuel, piensa que todo ha acabado, el cañón le ha elegido esta vez a él, no sentirá dolor, será rápido y cierra los ojos a esperar su turno. Sin embargo, el proyectil cae en las alambradas, le sigue otro, dos más. Es la ayuda de Annual que ha recibido la señal convenida y ajustando el tiro tal y como Federico había informado a su hermano Miguel, ha logrado su objetivo. Manuel abre los ojos, advierte la situación y reacciona, vuelve a la lucha, dispara, mata, sonríe. Está vivo. El infierno se desata de nuevo en Igueriben.

Los rifeños sufren numerosas bajas, los proyectiles caen con precisión matemática sobre ellos como dirigidos por una mano fantasma espoleando a los españoles.

—¡Se retiran! ¡Se retiran! —gritan los soldados.

—No dejéis de disparar hasta que yo lo ordene —dijo Benítez que no quiere sufrir ningún contraataque—. Que nadie abandone su puesto.

Manuel, apostado en la aspillera dispara sus últimos cartuchos.

—Ya no veo nada —dice frotándose los ojos con el dorso de su mano—. Hijos de puta…

El periodista sentado en el suelo junto al cadáver del moro que seguía con el fusil atravesado resoplaba agotado. Se ordenó el alto el fuego pues era necesario ahorrar munición. Ahora era el turno de los lamentos de los heridos. Los españoles cayeron al suelo exhaustos, demasiado cansados para poder siquiera quejarse o alegrarse de estar vivos.

—Esto envejece, seguro —dijo *Belmonte* a *Pichón* con una leve sonrisa de circunstancia al comprobar que sus amigos seguía vivos.

—Sargento, organice la guardia, que procure descansar todo el mundo, mañana será un día duro.

Dávila apenas pudo abrir la boca, se preguntaba qué demonios había sido hoy. Benítez se alejaba para revisar las defensas y conocer el estado de los soldados y la posición; estaba sereno, frío como si aquel ataque hubiera sido para él un movimiento más de una partida de ajedrez, una metódica y rutinaria partida de ajedrez, en la que por ahora seguían en tablas.

X. 19 de julio de 1921

45

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

La mirada de la guerra

Igueriben, 19 de julio. ¡Oh! Dios, si al menos fuera ya mañana.

Es difícil o mejor dicho doloroso describir una batalla de esta guerra en unas líneas, sobre todo por alguien que ha vivido una, para que al leerlas en el café mientras se desayuna o en el sofá de casa a media tarde puedan ustedes comprender, entender y sentir el miedo, la angustia y el horror de la muerte. El recuerdo de lo vivido comprime mi corazón y desespero al pensar en lo ocurrido y que la próxima vez puede tocarme a mí caer por un proyectil enemigo. La guerra, en toda su crueldad y en todo su esplendor, no puede conocerse con las fotografías que aparecen en las primeras planas de los periódicos. Pero puede encontrarse en una mirada. En la mirada perdida del combatiente que sobrevive a un ataque. En la mirada abatida del soldado que mece el cuerpo ensangrentado de su camarada y se pregunta por qué. En la mirada dulce de un moribundo un segundo antes de exhalar su último aliento con la palabra «madre» en sus labios. En la mirada extraviada de quien intenta salvar la vida de un hermano taponando con sus manos una herida en el pecho. En la mirada insolente y llena de odio de quien disfruta matando por venganza. En la mirada del herido en combate, triste, sufriente y conocedora del final que le aguarda.

Estamos a 19 de julio, hace un calor abrasador y las tropas reunidas en Annual no pueden enviarnos víveres ni municiones. Es ahora, torpe de mí, cuando tomo conciencia de mi suerte. De lo que realmente importa en la vida, de sus prioridades, de lo fundamental y lo superfluo. Es ahora cuando rodeado de oscuridad e incertidumbre todo se ve más claro.

Hemos cometido el mismo error del pasado. Nos hemos creído más fuertes y superiores a estas gentes que viven en chozas. Seguros en nuestra condición de pueblo más adelantado y moderno, cuando la mayoría de nuestros soldados no saben leer ni escribir y no completan su instrucción militar. Ciegos a causa de nuestra vanidad y soberbia. Sordos a los avisos de la historia pasada. Guiados por la

corrupción y la avaricia.

Y resulta que nos encontramos frente a un enemigo que nace, vive y muere en las montañas. Guerrero por naturaleza y por tradición, no dado a servidumbres ni pleitesías. Acostumbrado al uso del fusil y al imperio de la violencia desde niño, de formidable puntería y hábil en el combate individual con la gumía.

El territorio del Rif ha sido creado para la guerra de guerrillas, no tiene secretos para el montañés marroquí que aplica todo lo aprendido de generación en generación: Golpe de vista, resistencia, austeridad, acometividad, fluidez, movilidad.

Yo quería contar noticias, pero creo que me he convertido en noticia. Seré una línea en la crónica de la mañana de cualquier periódico o tal vez aparezca en las necrológicas. Mis camaradas muertos serán una cifra. Y la batalla de Igueriben un hecho a silenciar. A repudiar. Pero no somos números. Somos personas con nombres y apellidos, sueños y esperanzas. Vidas rotas que romperán otras vidas arrastrándolas con ellas. Un muerto no es un número, no es una línea en el periódico de la mañana. Es una mirada vacía y fría que se apaga al expirar. Un muerto es el continuo recuerdo del fracaso del ser humano. La historia de otra oportunidad perdida. Igueriben existirá para siempre en la memoria de las madres que tienen aquí a sus hijos, en las miradas de quienes salgan con vida de este cementerio. Aunque nadie las vea. Y yo intentaré que quienes lean estas líneas nunca se olviden de quienes aquí lucharon y murieron, de su sufrimiento y sacrificio por los que en España pagan unos céntimos por leer un periódico. Que no se olviden de Igueriben. Porque hay lugares de los que nunca podremos irnos. Por mucho que corramos. Por mucho que huyamos. Por mucho que los ocultemos.

Los párpados de Luis temblaban al compás del sonido de las explosiones que resonaban lejanas. Ni la claridad del sol aquel amanecer, ni las moscas que zumbaban y se posaban sobre el periodista lo habían despertado. Había conseguido dormir a pesar del hedor del campamento. Estaba sentado junto a los sacos terreros, con la cabeza inclinada apoyada en estos. Sus manos, manchadas con la sangre seca del moro que le cayó encima, asían el arma que descansaba sobre sus piernas. En sus ropas se mezclaba la sangre, la tierra y sus propios meados. Estar siempre en alerta no daba para muchos descansos y todos hacían sus necesidades allí donde estuvieran, incluso meándose encima. Pasados los primeros momentos tras la micción, el líquido amarillento refrescaba dando cierto consuelo al agobiante calor.

Luis seguía durmiendo o, mejor dicho, seguía sufriendo aquella sedienta pesadilla en sus sueños, veía a su padre y a su madre que corrían con vasos de agua, pero nunca llegaban a estar tan cerca de él

para que pudiera alcanzarlos, alargaba sus manos queriendo cogerlos, pero no podía, era como si la tierra que sus padres pisaban se moviera en sentido contrario haciendo imposible que estos llegaran a calmar la sed del periodista. Luis avanzó hacia su madre y cuando justo iba a tocarla con su mano, esta recibió el mortal disparo de un fusil cayendo a un abismo que se abrió a sus pies. La cantimplora lanzada al aire caía lentamente girando sobre sí misma, derramando su contenido. Luis se abalanzó hacia ella intentando que no cayera al abismo, dio un salto, alargó su brazo haciendo un desesperado esfuerzo por alcanzar el correaje de la cantimplora.

—¡Luis! ¡Luis! ¡Despierta! —gritó Manuel que zarandeaba al periodista que dando un grito se levantaba bruscamente— Tranquilo chico, solamente era una pesadilla.

Los ojos del joven se abrieron bruscamente al tiempo que su brazo intentaba apartarlos de Manuel que lo sujetaban, miraba a su alrededor intentando situarse y asimilar que todo lo que hasta hace un segundo había vivido era una pesadilla.

—Ha sido horrible, horrible —repetía sentado llevándose las manos sobre la cabeza.

—¿Qué has soñado? —preguntó el amigo.

Pero el periodista no contestaba, se limitaba a frotarse los ojos haciendo un esfuerzo por despertarse por completo y tranquilizarse. De olvidar.

—Vamos, despéjate que te vas a perder el espectáculo —dijo Manuel.

—¿Cree usted que llegarán aquí? —preguntó Bulnes al comandante Benítez.

Los dos militares, apostados junto a la entrada del campamento, seguían los movimientos del convoy que había partido de Annual.

—No lo sé, deberían haber salido hace horas, han dado tiempo a los moros para que se reorganicen, si consiguen pararles y el convoy no llega… Moriremos sin remedio. Anoche, después del combate, mandé mensaje a Annual exponiéndoles lo crítico de nuestra situación.

Bulnes intentó animar a Benítez.

—Esta noche hemos conseguido pararles, no creo que tengan más gana de fiesta, ya sabe usted como son y que después de sus derrotas se retiran, creo que…

—Capitán —paró en seco Benítez mirando fijamente a Bulnes—. Mire a su alrededor, ¿le parece que estos moros quieran retirarse? Mire bien a su alrededor, mire las trincheras abiertas en el camino que ha de recorrer el convoy y mire a nuestros hombres.

Bulnes miraba los cuerpos de los cientos de moros que rodeaban el campamento, miraba el patético aspecto de los soldados que se

pegaban al parapeto; sentados, con la mirada perdida en el horizonte, invadidos por moscas, con los uniformes rotos, manchados de sudor y sangre, las esparteñas que a duras penas cubrían los pies oscurecidas por la sangre seca, abatidos por el esfuerzo al que estaban sometidos.

—No capitán, no pararan en sus ataques. ¿Pararía usted si ellos estuvieran en España, si tuviéramos los papeles cambiados? Les impulsa algo más que la captura de un botín, les impulsa un sentimiento de odio y venganza que solamente podrá parar con sangre, con nuestra sangre.

Nicolás Gil, soldado del Ceriñola 42, empezó a arrancarse la camisa, no aguantaba más; tenía los labios cuarteados, costras de saliva blanca en la comisura de la boca, la cara estaba cubierta de una pasta resultado de la mezcla de polvo, sudor y sangre; el tono oscuro de su cuello contrastaba con el blanco de su espalda y pecho donde se veían moratones en el hombro derecho producidos por el manejo del fusil. Nicolás no soportaba más el calor sofocante, y aunque la temperatura aún no había alcanzado su punto más alto, Nicolás ardía por dentro. Con la bayoneta removía la tierra con verdadera furia, con una energía que parecía imposible que aquel cuerpo demacrado pudiera tener. Apartó la tierra arrancada del suelo con sus manos, y tumbándose en el hoyo excavado buscó el frescor del suelo para bajar la temperatura de su cuerpo y consolarse. Allí tumbado, restregando su espalda contra el suelo excavado percibió como el frío recorrió su cuerpo poniéndole la piel de gallina, y por unos segundos, quedó inmóvil, pero pronto desapareció esa sensación y empezó a llorar sin dejar de moverse, gemía más que lloraba, no salían lágrimas de sus hundidas cuencas oculares; sus ojos rojos irritados por el polvo, la falta de sueño y la sequedad, indicaban el sufrimiento soportado.

Los compañeros no se movieron de sus puestos, permanecían callados observando la desesperación de aquel hombre que ya no tenía más armas para poder calmar aquella torturadora sensación.

La agonía de la sed se ceba con crueldad, no trata igual a sus esclavos. Los más débiles caen primero, tal vez ellos son los más afortunados al dejar de sufrir. Los más fuertes serán los que padecerán la sed con toda su inclemencia.

46

Bulnes dejó a Benítez y se marchó a inspeccionar las defensas, era crucial transmitir calma y serenidad a la tropa pues a pesar de todo, esa era la clave para salir de allí. La noche anterior, de no haber sabido que el convoy partiría hoy hacia Igueriben, posiblemente los soldados no se hubieran defendido como gatos panza arriba en el

último asalto rifeño. Pensó que debía darles una mínima esperanza de poder regresar con los seres queridos.

Federico de la Paz, como segundo al mando, se acercó a Benítez; debía conocer cuál era su opinión respecto a la situación. Federico era robusto y fuerte, soportaba mejor aquel sufrimiento, tanto física como moralmente. A cada cañonazo que se disparaba desde Annual y caía en las filas del enemigo, él contestaba con un grito de ánimo para su hermano Miguel que estaba en aquel campamento disparando los cañones.

Al llegar junto al comandante no dijo nada, se limitó a observar con sus prismáticos los movimientos de los españoles que intentaban llegar hasta Igueriben. Recordó como allá por el año 1909, él y su hermano, ingresaron en la academia de artillería de Segovia siguiendo la tradición familiar. Recordó la casa de huéspedes donde se alojaban con otros compañeros de armas, las tardes de toros, las escapadas que hacían al gallinero de la casa donde cogían huevos con cuidado de no ser pillados. Federico reía al recordar esos días, aquellos días felices.

—¿De qué se ríe? —preguntó Benítez.

—Recordaba mis tiempos de cadete en Segovia —rio—. Una vez la academia fue visitada por un regimiento de exploradores, y Miguel Puebla, Gaspar Regalado y yo secuestramos su mula mascota —dijo riendo más fuerte, acompañado por Benítez que le miraba—. Mi hermano nos hizo una foto con la mula… —continuaba riendo agachando la cabeza recordando aquel momento—. Maldito bicho, nos costó mucho secuestrarla, a Gaspar lo coceó y a mí me quería morder cada vez que la cogía de las riendas, el bueno de Gaspar y Puebla… Buena gente…

—No se preocupe, volverá a ver a su hermano —comentó Benítez.

—No tengo miedo a morir comandante. Lo que me preocupa es que si cae esta posición la siguiente será Annual, y mi hermano está allí. Igueriben no puede caer, no pienso rendirme. Y usted tampoco debe rendirse —dijo mirándolo fijamente—. Dependemos de usted, dependen de usted —insistió haciendo un gesto con la cabeza dirigido hacia la posición de Annual—. No se rinda.

Instintivamente Luis se echó mano al bolsillo como si buscara algo, miró en su bolsa de lona, pero no encontró lo que buscaba. Las patatas se habían acabado, recordó. Su gesto era de dolor, tenía sed y no podía calmar esa sensación.

—Métete una piedrecita en la boca —dijo *Belmonte*—. Eso te calmará… Al menos por un tiempo.

—¿Chupar piedras? Primero patatas crudas y ahora piedras ¿qué le vamos a sacar a las piedras?

—Cálmate *Plumilla,* que te enfades no va a solucionar nada.

—Que me calme… Que me calme… —se lamentaba Luis

recostándose en el suelo exhausto.

Las patatas se acabaron y solo quedaban un par de latas de pimientos cuyo jugo serviría para mojar los agrietados labios de los heridos. La sed es ya insoportable. Ya no había nada, nada que calmara aquella horrible sensación de calor, desesperación, angustia, ansiedad y agonía. Aquel presentimiento de muerte.

El sargento Dávila se arrodilló delante de Luis, respiraba intentando recuperar el aliento y tomar algo de aire que refrescara los pulmones. Miró a Manuel y a *Pichón* que le observaban esperando órdenes y movió la cabeza asintiendo, estaba orgulloso que sus soldados aguantaran aquel tormento, y si no fuera porque no debía mostrar demasiado entusiasmo los abrazaría uno a uno.

—No sé si es bueno o malo lo que os voy a decir, pero son órdenes.

—Usted dirá mi sargento.

—El combate se está alargando mucho y tenemos que ponernos en lo peor... Tal vez no puedan romper el cerco y el convoy no llegue. Debemos hacer todo lo posible por aguantar la posición hasta ser relevados ¿entendido? —preguntó con autoridad—. Debéis mear en vuestras cantimploras —dijo seriamente mirándolos a los ojos—. Tal vez sea el único líquido que bebáis hoy.

—¿Nuestros meados? —preguntó sorprendido Luis—. ¿Nuestros propios orines?

—Sí, *Plumilla*, sí, tus meados o los del compañero como tú no puedas mear, ¿me explico? —respondió el sargento algo molesto—. Tenemos que sobrevivir a toda costa, mead en las cantimploras, dejad que se enfríen y mezclarlos con azúcar. Bebed o moriréis —sentenció.

Los ojos del sargento se clavaron en el periodista. Estaba claro que al sargento tampoco le gustaba la idea de beberse sus propios orines, pero había que aguantar, resistir hasta que la ayuda llegara. Luis apartó la vista del sargento y sacó de su bolsa de lona la cantimplora mirándola pensativo.

—Eso es *Plumilla* —dijo Dávila—. Y ahora sácatela y a mear.

Los demás sargentos Daza, Abatener, Ansa y Chapino transmitieron la misma orden a todo el campamento. No había otra. Se trataba de sobrevivir.

—No sé tú *Plumilla,* pero yo no moriré de sed, además, con azúcar no vas a notar diferencia entre tus meados y el café que nos preparan aquí —dijo *Pichón* abriendo su cantimplora y procediendo a mear en ella—. Peores cosas he bebido en la cantina del *Cartagenero* y mírame, aquí sigo.

Los demás soldados del campamento empezaron a cumplir la orden dada. Luis quiere obedecer al sargento, pero no podía, sentía un dolor agudo en la zona de los riñones que le impedía mear.

—No puedo... No tengo ganas...

—Tranquilo Luis, seguro que de vernos a todos meando te entran ganas —comentó Manuel.

—Más me vale, no quisiera beber los meados del sargento —rió sin mucha gana.

El dolor de cabeza se acentuaba en Benítez, el mareo y la sensación de vértigo volvían a castigarle. Su pulso se aceleraba, se esforzaba por no caer y dar sensación de debilidad para no afectar a la moral de la tropa.

—Federico… —dijo con voz lastimosa a la vez que se quitaba las gafas y se restregaba los ojos.

De la Paz lo entendió y rápidamente se acercó para darle un punto de apoyo sujetándole por el codo.

—Le llevaré a su tienda mi comandante.

—No, se me pasará en un momento, son los efectos de la sed… ¿Cómo llevan lo de beber los orines?

—No es que les guste… Pero cumplirán, resistiremos.

—Dentro de poco si no vienen a por nosotros no tendremos ni meados que beber, ¿lo entiendes? —dijo mirando a De la Paz.

—Vendrán, y nosotros estaremos aquí esperándoles —animó este.

Federico se quedó en silencio, pensó en su mujer ¿qué sería de ella si él moría en aquella tierra?

El alférez Osuna, con los soldados de intendencia situados en la entrada del campamento, procuraba animar a los que allí estaban.

—Tampoco es para tanto, allí en Sevilla nos hemos bañado todos en el Guadalquivir y hemos tragado los meados de la ciudad entera, y ya veis el cuerpo lustroso que tengo.

Arrancó algunas risas, seguidas de alguna que otra broma sobre su lustroso cuerpo. Pero aquellos soldados no presentaban un aspecto de lo más limpio: sus caras eran barbudas, con la tierra adherida a la piel, una piel arrugada, quemada por el sol, los ojos hundidos en las cuencas oculares, el pelo revuelto y apelmazado daba una imagen aún más triste de aquellos hombres. No eran cuerpos lustrosos. Pero aguantaban. Resistían.

Se escuchó un sonido seco, de una detonación, y el lustroso cuerpo de Osuna y los que con él estaban se tiraron al suelo, se escucharon gritos que alertaban de un nuevo ataque y los españoles respondieron con sus fusiles disparando alocadamente, el temido ataque se producía sin dar tiempo a que llegara el convoy, Osuna y sus hombres no dejaban de disparar hasta que escucharon que ordenaban repetidas veces el alto el fuego. Era el teniente Casado. Había descubierto el origen de aquella detonación.

—¡Son las mulas, calma! Sus estómagos están reventando.

Otros sonidos parecidos le siguieron, los estómagos de las mulas que no estaban destrozadas por las granadas ya no soportaban los gases generados por el calor y la descomposición de sus entrañas, explotaban lanzando al aire sus vísceras junto con los gusanos que devoraban aquellos restos y la atmósfera se llenó de un olor tan nauseabundo que provocaba arcadas en los soldados. El aire era tan irrespirable y denso que era difícil de soportar aún con los pañuelos en la cara. Las fosas nasales se taponaban con algodón viéndose obligados a tomar aire por la boca, secándose así la garganta y aumentando el dolor en cada respiración.

Manuel y Luis, tras el susto volvieron a acomodarse en su parcela de sacos terreros, sentados en el suelo como la mayoría de los defensores, salvo unos pocos soldados, sargentos y oficiales que hacían de centinelas, atentos al convoy que realizaba el ascenso a Igueriben.

—¿Cansado *Plumilla*? —preguntó *Belmonte* con el brazo en cabestrillo por una herida sufrida en el último combate, donde destacaba una mancha oscura de sangre.

—Algo.

—Oye, hablarás de mí en tu periódico, ¿verdad?

—Cómo poder olvidar al gran *Pasmo de Triana* —dijo bromeando —. Descuida que estás el segundo en la lista.

—¿Cómo que el segundo?

En ese momento el *Boticario,* que estaba con los heridos, salió de la tienda hospital e hizo la señal de la uve con los dedos de la mano al capitán Bulnes que se encontraba cerca de Luis, dos de los heridos habían muerto. Esta vez no sacó a los fallecidos de la tienda ni nadie se acercó para trasladarlos a la morgue. El cansancio y el sol no daban tregua. Nadie sudaría una gota por mover unos cadáveres. La más mínima gota de agua del cuerpo debía ser conservada pues las fuerzas abandonaban poco a poco a esos hombres tendidos a merced del sol.

—Os aseguro que por muy pestilente que sea este aire, el de dentro es peor —dijo el *Boticario* después de informar a Bulnes.

—¿Cómo están los demás heridos? —se interesó Luis.

—Los demás heridos solo esperan morir —respondió tumbándose en el suelo—. Tiritan, se lamentan de sus heridas y de la gangrena que los devora... Los dos últimos no han dicho nada solo han dejado de respirar y listo. Al pasar a su lado para mojarles los labios he visto que ya no tiritaban por la fiebre. Mueren en silencio, no les queda fuerza ni para hablar. Ya no puedo más, ya no puedo más... Estoy tan cansado; no puedo dormir, lo intento y cada vez que cierro los ojos los veo, me piden agua, vendas, ayuda, no puedo dormir...

—Quédate aquí con nosotros, necesitas salir de ahí, además, no puedes hacer nada más, dentro de un rato iremos nosotros y les

mojaremos los labios —dijo el oficial.

—Se lo agradezco capitán, pero es mejor que lo haga yo, no se preocupe. Descansaré un rato nada más y volveré a la faena.

Bustamante en el extremo oeste, no apartaba la vista de la zona donde el enemigo realizaba los disparos de artillería. Los ojos le picaban de estar constantemente mirando por los prismáticos, debido a la falta de agua su visión se hacía borrosa, al tocarse con sus dedos para aliviar aquel picor lo que hacía era ensuciarlos más, pues sus manos estaban negras por el manejo de los cañones, apenas segregaba lágrimas que limpiaran sus ojos. El teniente Nougués se acercó para hacerle algo de compañía.

—¿Qué munición nos queda? —preguntó Nougués acodándose a su lado.

—Veinte granadas, las he distribuido entre los cañones no quisiera que en un asalto de estos...

—Bien pensado, esperemos que hoy seamos relevados y salgamos de esta ratonera. Empiezo a estar algo cansado de esta situación.

Bustamante y Nougués se miraron unos instantes, los dos estaban de acuerdo en una cosa: que no resistirían mucho sin la llegada del convoy de suministros, y que aquello era el resultado de una serie de errores militares motivados por la sed de conquista a cualquier precio, sin tener en cuenta las más elementales reglas de la guerra y la estrategia militar. Errores que pagarían muchos con sus vidas.

El teniente Castro estaba cogiendo los efectos personales del soldado Magín Fidalgo que había dejado de respirar, en el sector sur. La herida de metralla en el hígado no le dejó muchas opciones sin medicinas ni médicos. Junto al cadáver estaba otro soldado, sentado, rodeando sus rodillas con los brazos. Lo miraba fijamente.

—¿Sabe su nombre soldado? —preguntó Castro.

—Se llama... Se llamaba Magín. Me había dicho que hoy nos iríamos de este maldito lugar. Pero solo se ha ido él.

Castro cogió dos peines de munición que tenía en una de sus cartucheras y le entregó una al soldado.

—¿Cómo te llamas?

—Galope, José Galope, mi teniente.

—Pues Galope, aquí tienes, utilízalo bien, no quiero que falles ni un solo tiro —el teniente Castro entregó el peine de proyectiles al soldado, al cogerlos Castro le apretó fuerte la mano—. Hazlo por él, aguanta. Debes resistir.

Antes de irse, el teniente tapó el cuerpo con una manta y colocó piedras para que la improvisada mortaja no se levantara. Era importante para la moral ocultar los cadáveres de los soldados que habían muerto hasta que pudieran ser trasladados a la morgue o enterrados. La visión de los compañeros muertos no era lo mejor para

soportar un asedio sin apenas municiones y sin víveres.

El teniente Galán visitaba cada ametralladora, iba dejando en cada puesto un cubillo con orines y un trapo para la refrigeración de los cañones de estas. Hablaba con los soldados y estudiaba cuanta munición quedaba, repartiéndola de forma equitativa. Cuidaban al milímetro la defensa. Sabía que la diferencia estaba en las ametralladoras, que el éxito o el fracaso en un asalto dependían de que el cañón de la *Hotchkiss* no se calentara tanto que inutilizara el arma.

48

—¡Volved, volved! ¡No nos abandonéis! ¡No nos dejéis aquí!

Félix Gais suplicaba entre lágrimas a sus compañeros del convoy que iniciaban la retirada después de varias horas de combate encarnizado intentando llegar al campamento.

—Volved —decía con voz apagada—. Volved.

La noticia de la retirada del convoy hirió de muerte a la moral de la guarnición, y un silencio atroz se hizo en el campamento. Los soldados se dejaban caer desmoralizados, vislumbrando el final que les aguardaba. De lejos se escuchaban los gritos de victoria de los moros que habían evitado que aquel convoy llegara con éxito junto a los españoles.

—¡No, no pueden dejarnos! —insistía gritando el soldado—. No me quedaré un minuto más aquí —dijo con resolución.

Moviendo el cerrojo de su máuser preparándolo para disparar de un salto abandonó el parapeto, corrió entre los cuerpos inertes de moros y mulas que había en la zona de alambradas. Desde el campamento, los compañeros y oficiales le gritaban para que volviera, pero era imposible, Félix ya no oía a nadie, la locura y la desesperación le habían vencido. Cuando llegó al camino de acceso al campamento, por la loma de Kudia Igueriben, sonó un disparo y el soldado cayó al suelo dando un traspiés, al intentar ponerse de pie de manera algo torpe, sonaron varios disparos y doblando las rodillas se desplomó sin vida. Desde el campamento los que lo llamaban dejaron de hacerlo, miraban la polvareda que levantó el cuerpo al caer, aquel cuerpo sin vida que aún convulsionaba al recibir varios disparos de los rifeños.

Mientras la guarnición entera seguía mirando a su compañero muerto Benítez, llamó al telegrafista.

—Jáuregui vaya a la caseta y prepárese para mandar un mensaje.

—Sí mi comandante, cuando usted ordene.

Jáuregui se marchó a su caseta, estaba nervioso, debía respirar

tranquilo y no pensar en nada, dejando la mente en blanco como le dijeron en la academia: «...Pensad que es posible que os encontréis en situaciones peligrosas cuando tengáis que mandar mensajes. Vuestra mente debe estar despejada para no equivocaros. Si erráis podéis hacer que muchos mueran…»

Pensaba en su pueblo, cuando en las noches de verano tumbado en el tranco de su casa mirando al cielo estrellado, se quedaba dormido junto a su perro escuchando a los grillos, esperando ver estrellas fugaces. Pero por mucho que pensara en aquello no se tranquilizaba. Ni le ayudaba a mantener la mente despejada. En la mente de todos los que allí estaban solo había una cosa. Agua.

—Federico, que los hombres permanezcan alerta en sus puestos, es posible que los moros aprovechen y nos ataquen, no quiero despistes.

—No los habrá… Quizás aún esté vivo…Podríamos…

—Está muerto capitán, vaya con sus hombres —dijo Benítez con cierto pesar.

Cuando el capitán se marchó Benítez echó un último vistazo con sus prismáticos, él también albergaba la esperanza de que tan solo estuviera herido, pero no era así y tras comprobar la inmovilidad del soldado se acercó con paso firme a la caseta de los telegrafistas.

—Comunique esto: «*Qué estáis haciendo. Necesitamos auxilio de convoy o la posición caerá. El enemigo ataca con granadas y en gran número. No resistiremos*».

Jáuregui envió aquel mensaje de reproche. Benítez estaba enfadado, no se estaba planificando bien la estrategia para llevar el convoy y eso costaba vidas, las de aquellos que lo intentaban y sobre todo condicionaba las vidas de los que se encontraban con él.

—Comandante contestan.

Benítez presenciaba como Cáceres copiaba lo que Jáuregui le dictaba observando aquellas señales que recibía desde Annual.

—*«Coronel Manella al mando. Se prepara otra salida con los regulares. Convoy reorganizándose»*. Vuelven mi comandante, ¡vuelven!

Benítez suspiró con alivio, quizá obedeciera a algún movimiento estratégico de despiste. Aún había esperanzas, todavía se podía conseguir algo. De la Paz, que se encontraba con él, se dirigió a comunicar la noticia a los soldados que recibieron aquellas palabras con gran júbilo. Luis no se alegraba, no gritaba, no se abrazaba a nadie, solo miraba el cadáver del soldado Félix Gais. Miraba aquel cuerpo sin vida que movido por la locura y la desesperación no aguantó un minuto más en aquel lugar. El destino cruel jugó una mano traicionera, el convoy volvía a intentarlo, pero Félix ya no lo vería.

—Mi comandante, ¿vuelven? —pregunto Bulnes.

—Eso parece, el coronel Manella tiene ahora el mando, Argüelles

ha sido relevado.

—¿Argüelles, relevado en pleno combate?

—Conozco a Manella de la guerra de Cuba, es de caballería como Silvestre, sin duda lanzará un convoy por las bravas, esperemos que también lo haga con cabeza.

—La tropa tiene esperanzas de que llegue el convoy, pero si se fracasa... La decepción será grande —se lamentó el capitán.

—De nosotros depende que lo soporten, debemos ser fuertes a pesar de todas las privaciones y animar a los soldados. Si la moral cae no tendremos opción. Si preguntan, les diremos que ha sido un repliegue táctico para atraer al enemigo hacia Annual y aliviar la presión sobre nuestra posición —Benítez miraba a Bulnes fijamente, eran momentos críticos y no podían fallar, ni como oficiales ni como soldados.

—Así lo haré.

—Ya ves cabo, el convoy solamente quería engañar al enemigo, solo son cinco kilómetros y en Annual hay miles de soldados, llegarán aquí, es cuestión de números, los moros no tienen más que nosotros.

—¿De verdad cree usted eso sargento Daza? —interrumpió Luis.

—¿Cómo dices?

—No le parece raro que después de la agresión de anoche estuvieran tan bien atrincherados precisamente en el camino.

Daza y *Belmonte* se miraron sorprendidos por la repentina actitud del periodista. ¿Quién era este para saber más que sus oficiales?, se preguntaron. Sin hacerle caso alguno, continuaron mirando por la tronera achacando a la sed y al calor las locas ideas del *Plumilla*.

—El caso es que... Cuando han atacado al convoy, a nosotros no nos han molestado, ni siquiera se han acercado —intervino Manuel que se encontraba sentado junto a éstos.

—Exacto —concluyó con vehemencia el periodista—. Y ahora que el convoy ha retrocedido deberían atacarnos a nosotros, pero no lo hacen.

Luis cogió sus prismáticos y empezó a moverse por el parapeto, miraba por las troneras las posiciones del enemigo a lo largo del camino que subía a Igueriben. Mientras lo hacía, recibía algún que otro disparo de los francotiradores apostados, pero no conseguían acertarle estrellándose todos los proyectiles en los sacos terreros. Aquel tiroteo alertó a Benítez que se dirigió agachado hacia Luis.

—¿Es qué quiere que le maten Codrán?

—Mi comandante, observe —el periodista quitándose los prismáticos del cuello se los entregó a Benítez indicando con su dedo donde tenía que mirar—. Allí, al fondo del barranco, las trincheras.

Benítez extremando la precaución miró con los prismáticos hacia el barranco, observó al enemigo apostado en las trincheras, pese a que

los españoles se habían retirado hasta las lomas de servicio del campamento, Benítez miró sorprendido a Luis y desplazándose hasta la entrada del campamento se acercó hasta otra tronera para ver mejor el camino.

—Siguen en las trincheras del camino, se reagrupan y parapetan en ellas como si los estuvieran esperando —dijo sin dejar de mirar por los prismáticos.

—Comandante ¿Y si supieran lo que vamos a hacer?

—¿Cómo?

—Eso explicaría que anoche se produjera el ataque tras el mensaje que informaba sobre la concentración de fuerzas, y por eso el convoy de hoy ha sido frenado. Lo sabían.

—Y por eso siguen en el camino… —Benítez dejó de mirar con los prismáticos—. Saben que hay otro convoy y los están esperando —dijo con voz resignada—. ¿Habrá un traidor entre nosotros?

Benítez miró a los cuatro miembros de la policía indígena que seguían con vida y que estaban apostados en la entrada del campamento. No podía ser posible que allí mismo, delante de ellos, los moros pudieran ser informados de los movimientos que los españoles planeaban.

—Creo que es algo más sencillo —dijo Luis—. Tal vez en Abarrán, al igual que capturaron el cañón, se hicieron con los códigos de mensajes, puede que el mismo mercenario que les ha enseñado a manejar los cañones les está poniendo al tanto de todos nuestros movimientos, al conocer el código morse y tener nuestras claves, sabe de todos nuestros movimientos.

—Pero eso es imposible, los telegrafistas saben que deben destruir la libreta de códigos antes de que caiga en manos enemigas.

—Sí, pero y si no les dio tiempo, y si cuando la policía desertó lo primero que hicieron fue matar a uno de esos telegrafistas y hacerse con la libreta. Puede que lo capturaran vivo y lo torturaran hasta que les mostrara los códigos de cifrado.

—Como pasos previos… —Benítez susurraba pensativo—. Como movimientos en ajedrez…

—Si han logrado intervenir la línea con Ben Tieb, sabrán también cuando llegarán refuerzos para tenderles emboscadas en la carretera de Izummar.

—Entonces no debemos mandar más mensajes, ni ellos a nosotros —concluyó Benítez.

—Tal vez solo estén pendientes de las señales que salen desde Annual, las nuestras quizá no les interesen, o no las vean, si suponemos que el traidor está situado donde el cañón no puede verlas.

—Es posible —dijo Benítez asombrado, ya no había duda de que todo era un plan perfectamente trazado para expulsar a los españoles

del Rif. Abd el Krim lo tenía todo pensado; primero el engaño de la cabila y la traición de Abarrán, después, como fichas de dominó una detrás de otra iría cayendo todas las posiciones.

—Lo comunicaremos a Annual inmediatamente. No deben avisarnos de sus movimientos.

Benítez se dirigió a la caseta de telégrafos para ordenar a Jáuregui que comunicara sus sospechas, rezaba porque no fuera demasiado tarde y en ese mismo instante, antes de que pudiera alcanzar la caseta sonó un cañonazo.

49

El impacto de la granada disparada por la pieza enemiga hizo que el suelo se moviera como si fuera un terremoto. Otro disparo certero cayó dentro del campamento destrozando una tienda y provocando varios heridos.

—Malditos sean, Federico, comunique con Annual que disparen al cañón enemigo, nosotros debemos reservar la munición.

—A la orden comandante.

—Póngase a cubierto periodista, si nos atacan tal vez estemos equivocados.

Benítez volvió a la entrada al campamento, no dejaba de mirar con sus prismáticos el camino de subida a Igueriben y las trincheras ocupadas a ambos lados por parte del enemigo.

Luis se dirigió hacia el parapeto donde todos permanecían en sus puestos, agachados, pegados al suelo, intentando exponer su cuerpo lo menos posible a la metralla lanzada en cada proyectil que impactaba dentro del campamento.

De la Paz comunicó con Annual rápidamente indicándoles que necesitaban de su cobertura artillera para ahorrar municiones, en ese tiempo el enemigo volvió a mandar otra granada que impactó en el muro oeste donde estaban apostados los cañones. Afortunadamente la separación dispuesta entre ellos ha sido vital y ninguna de las piezas ha sido dañada, sin embargo, los cuerpos de cuatro soldados yacen en el suelo lanzando sus últimos quejidos al ser amputadas sus extremidades, sus propios huesos arrancados son la metralla que se incrusta en ellos. Los compañeros no pueden hacer nada por sus vidas, morirán desangrados sin que nadie pueda ayudarles.

Los hay que no pueden apartar la mirada, los observan paralizados por tanto horror. Algunos agachan la cabeza apretando los dientes y se tapan los oídos para no oír los lamentos y gritos que no parecen humanos. Pero otros, los miran sin pestañear, sin estremecerse, se han endurecido, ya nada les importa, permanecen insensibles frente al

dolor ajeno, frente a la muerte. Saben que van a morir y solo piensan en dos cosas; en matar moros y en beber agua. Ya no queda sitio para la piedad.

Desde Annual respondieron a la petición de Federico y de nuevo se bombardeó a ciegas sobre el escondite donde los moros tienen su cañón.

—¡Maldito cañón! Si los nuestros consiguieran acertar… Al menos dormiría más tranquilo —dijo De la Paz.

Durante un tiempo los cañones de Annual bombardearon la zona, intentando acertar en el lugar exacto donde se ocultaba el arma enemiga, pero su éxito o fracaso solo podrían saberlo con el próximo bombardeo.

—Demasiado lentos, comandante. Nosotros responderemos la próxima vez que el enemigo dispare el cañón, lo haremos lo más rápido posible y avisaremos a Annual, aunque sea un solo disparo, intentaremos acallarles.

—De acuerdo, apunte bien capitán, necesitamos de su buen ojo para acabar con esta sangría. Yo comunicaré con Annual su idea y… Les diré que dejen de mandarnos señales.

—¿Y eso?

—Es una idea del *Plumilla*. Tal vez tengan los códigos de cifrado y sepan de nuestras comunicaciones, no debemos descartar nada.

—¿Es posible eso?

Benítez no contestó, se limitó a echarle una mirada de circunstancia, y el de artillería supo por aquella mirada que el comandante no albergaba dudas sobre ello.

—Es un líquido asqueroso, casi prefiero la tinta del *Plumilla*.

Manuel, *Pichón* y Luis lo miraban asombrados, imaginándose el sabor de aquellos orines con un poco de azúcar.

—Cuando te bebiste la tinta preferías la colonia, te quejas de vicio —dijo riendo *Pichón*—. Trae acá, este va por Benítez.

Pichón bebió de aquella cantimplora, un escalofrío recorrió su cuerpo, después se limpió la boca con el dorso de la mano los miró y eructó.

—¡La mejor meada que he probado nunca!

Todos rompieron a reír, y comenzaron a pedir aquella cantimplora que llena de orines se vaciaba trago a trago seguido de un eructo. Todo era difícil de entender para Luis. Aquellos hombres, pese a las grandes privaciones de la batalla, el horror de la muerte, la sangre en las manos, las heces por el muro, la sed, el hedor nauseabundo y el miedo, aún reían. Tal vez, aquella risa era la vía de escape del desasosiego o de los nervios, daba igual, el caso es que ellos reían.

Otros, en cambio ya no reirían más. Gregorio Alonso cayó desplomado, no fue el disparo de un francotirador, esta vez, el

enemigo era más difícil de sortear. Su cuerpo no soportó más el calor, no soportó más aquel tormento de sed y sol, sus ojos enrojecidos se cerraron para siempre. Sus cartucheras fueron vaciadas y su fusil entregado a otro soldado que tenía el suyo totalmente descalibrado. Su cuerpo quedó allí, en el mismo lugar donde cayó, tapado con la guerrera; Benítez no quería exponer a más soldados a los francotiradores ni que se consumieran las pocas fuerzas que pudieran tener moviendo los cadáveres. Donde caían, allí quedaban.

Comenzó a escucharse un tiroteo en Annual, los soldados sospecharon que se iniciaba el nuevo intento de socorro. En ese momento el cañón enemigo volvió a disparar sobre la posición, y Federico respondió al segundo.

—Nos están probando —dijo el artillero cargando de nuevo el cañón—. Quieren saber si disponemos de granadas, pues les contestaremos.

Federico disparó un segundo proyectil, los de Annual deberían haber respondido ya, no tenía la intención de seguir disparando, pero no quería dar la sensación de estar sin munición, aunque al ver que ya solo le quedaban al cañón cinco cargas prefirió dejarlo preparado para disparar en caso de ser nuevamente atacados. Al mirar hacia el campamento, De la Paz descubrió que en el bombardeo una tienda había sido destrozada por completo y empezó a reír al descubrir que era su tienda.

—Hijos de puta… —masculló entre dientes—. Si pudiera ver yo donde tenéis el cañón…

Benítez al ver que la tienda saltó en pedazos ordenó al enfermero que no volviera a la tienda con los heridos, no quería que una de esas granadas acabara con él.

—También puede caer el pepino en el muro mi comandante —protestó—. No pienso dejarlos solos. No se preocupe por mí, tengo la entrada a la tienda bien parapetada y puedo sacar la cabeza a respirar sin miedo a que me la vuelen.

—De acuerdo *Boticario* es su pellejo.

—Gracias mi comandante, si no manda otra cosa…

—Márchese y agache la cabeza.

—Descuide.

El teniente Casado llamó la atención del comandante Benítez para que se acercara a la entrada del campamento. Una vez allí, Casado le comentó que no observaba avance en las columnas del convoy y se temía lo peor. El periodista observó el gesto contrariado de Benítez y se deslizó para intentar saber que ocurría, desde una tronera protegido por los sacos terreros, Luis con ayuda de unos prismáticos pudo ver lo que los oficiales ya sabían. El convoy había fracasado.

Los rifeños abandonaban sus trincheras entre gritos y gestos de

victoria para despojar a los caídos de sus pertenencias. Todo vale: Calzado, ropa, cantimploras con el agua que debía ser entregada en Igueriben, correajes y, sobre todo, armas y munición. Luis observó horrorizado como los rifeños desnudaban a los muertos y remataban con sus gumías a los heridos que se arrastraban en un vano esfuerzo por escapar de la muerte. Los soldados eran salvajemente degollados y mutilados, el pene seccionado era introducido en sus bocas. Se decapitaban cuerpos y las cabezas rodaban por la pendiente del camino quedando como advertencia para los futuros convoyes.

Luis no pudo soportarlo y dejó de mirar. Se sentó abatido, en cuclillas, con la mirada perdida rodeaba sus rodillas con los brazos. Su gesto era de desconcierto, de incredulidad, de horror. Su cabeza no dejaba de hacerse preguntas, de buscar una explicación racional a tanta barbarie, necesitaba encontrar una respuesta. ¿Cómo era posible? Una cosa era matar, pero... Esos hombres estaban heridos o muertos, esa mutilación, ese odio visceral al enemigo... Qué clase de animales eran. ¿Era capaz el hombre de tanta crueldad?

Lleno de rabia se dirigió a su puesto junto a Manuel. Aquel triste espectáculo le hizo comprender hasta qué punto el hombre puede llegar a ser despreciable, hasta qué punto la humanidad desaparecía en una guerra. No habría piedad para los de Igueriben y se prometió que no caería prisionero.

50

Desde Igueriben los soldados observaron la retirada del convoy en silencio, con el presentimiento de que estaban ante la rúbrica de su sentencia de muerte. Supieron por los oficiales que las tropas españolas, en su retirada, lucharon incluso en la misma entrada del campamento por su vida. Los rifeños ávidos de botín y borrachos de éxito, osan llegar hasta las mismas alambradas que rodean las posiciones de Annual, allí se han quedado a la espera de cazar una presa en cuanto llegue la oscuridad. En un mismo día han hecho fracasar dos intentos de rescate. Igueriben es cada día más vulnerable; hoy no hay convoy, no hay relevo y deberán continuar en aquella posición otro día más.

La tarde muere. De nuevo las tinieblas extienden sus alas de oscuro plumaje sobre las laderas de Kudia Igueriben, la luz de la luna dejará entrever las formas y las sombras de los cuerpos mutilados, el día acaba y otra noche de terror llega a la espera de la muerte.

Los españoles escrutan con sus ojos la oscuridad, sus pupilas se dilatan intentando adivinar cualquier forma humana. Se espera un asalto del enemigo que finalice su glorioso día con la conquista del

campamento español. La situación es dramática, sin apenas comer; salvo las patatas crudas, algunas galletas y las sardinas enlatadas; sin beber, sin dormir, sin esperanza alguna de salir con vida. Los soldados apenas se pueden sostener. Permanecen atentos, aunque algunos, vencidos por el cansancio, duermen de pie apoyados en el parapeto con sus fusiles.

Luis escribe en su libreta la que quizá sea su última anotación, la última crónica que tal vez nadie llegará a leer, el último homenaje a sus compañeros caídos. Sabe que será saqueado por los moros después de morir, que su cuerpo tal vez sea ultrajado y que sus pertenencias serán robadas. Mira a Manuel, ya no tiene ese semblante sereno y tranquilo, este nuevo fracaso le ha dejado tocado, tal vez Manuel como muchos de los que allí están haya abandonado toda idea de salir con vida. Todos sus sueños, sus planes y sus esperanzas se agolpan en su mente, todo lo que no ha hecho y quisiera hacer, todo lo que jamás volverá a hacer. Manuel busca un culpable, necesita buscar al responsable que hace que él, y no otro, se encuentre allí, en Igueriben, en este maldito lugar lleno de muerte y desolación. Busca quién ha iniciado esta guerra y quién no la ha terminado antes de que llegara allí. Malditos, malditos todos.

Los grillos han tomado el relevo a las chicharras de la mañana y adornan con su canto esta nueva noche triste para los españoles. Los grillos…, piensa Manuel, las noches anteriores cuando fueron atacados no cantaban, pero esta sí. Y si...

—Luis, Luis… —llamó insistentemente a su amigo.

—¡Qué quieres! —contestó malhumorado.

—¿No oyes a los grillos? Los grillos cantan, tal vez sea porque no hay nadie que los inquiete ¿no crees?

El periodista se quedó pensativo agudizando su oído, captando el canto nocturno del grillo.

—Es posible —intervino *Belmonte* que miraba por la tronera—, quizá los moros también necesiten un descanso, saben que nos tienen a su merced, no les interesa un ataque nocturno cuando pueden esperar a que nos muramos de sed y nos pudramos al sol. ¡Bastardos hijos de puta! ¡Venid ya! —gritó lleno de ira.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó el sargento Dávila—. Calmaros coño.

—Sargento los grillos cantan —comentó Luis intentando atraer la atención del sargento.

—Y los pájaros pían... ¿Qué cojones dices *Plumilla*?

—Los grillos mi sargento, si cantan es porque no hay nadie que les moleste fuera... Si hubiera moros estarían callados ¿no cree?

El sargento se quedó mirando a Manuel.

—Además, la perra está tranquila, siempre que han atacado avisa...

Deberíamos aprovechar y descansar algo.

—Si… Tal vez llevéis razón… Pero eso no significa que puedas gritar ¿me oyes? —dijo señalando a *Belmonte*—. Hablaré con el capitán, tal vez podamos bajar la guardia y dormir un poco —Dávila se giró al escuchar un ruido sordo dentro del campamento— ¿Qué cojones es eso?

51

El soldado Roberto se encuentra sentado a la sombra de una higuera, fuera de la protección que esta ofrece el sol abrasa a cualquier ser vivo. A su lado, en el suelo, los restos de unos higos que ha comido son ahora el festín de moscas y hormigas. Roberto duerme. Una mosca revolotea a su alrededor molestando su sueño, dando un par de manotazos al aire intenta espantarla, masculla con la boca enfadado y al fin abre los ojos. Pese a estar bajo la sombra, el ambiente cálido hace que la respiración sea difícil, los higos y la siesta le han provocado sed, traga saliva intentando apaciguar esa sensación, pero no es suficiente. Justo en frente de él, a pocos metros, hay una fuente natural con un caño de agua que se vierte en una pileta amplia.

Observa como las gotas del chorro que cae salpican en todas direcciones, escucha el ruido del agua al caer. La sensación de sed aumenta, el deseo de beberla, de sentirse saciado, el placer de tragarla. El sopor de la tarde y la certeza del frescor del agua que mana de las profundidades de la tierra hacen que el deseo de beber sea irrefrenable y pueda más que el cansancio.

Se apoya con una rodilla en el suelo y con la mano derecha sujeta una rama de la higuera ayudándose con ella para levantarse. No aparta la mirada de la fuente, se limpia las manos dando un par de palmadas al aire, las mira instintivamente para comprobar si están limpias, pero siguen sucias, da unos manotazos en el muslo haciendo sacudir el polvo que hay incrustado en cada poro de la tela de su pantalón. Piensa que se las limpiará en la fuente cuando frote sus manos bajo el caño de agua. Una vez limpias las juntará recogiendo el agua suficiente para lavarse la cara y refrescar su cabeza y su nuca. Comienza a caminar en dirección a la fuente. A cada paso que da el deseo de beber se hace más y más fuerte, se moja los labios con la lengua intentando engañarse para apaciguar su sed. Como prólogo al acto de beber.

El rumor de agua vertida que cae en la pileta, casi rebosante, se escucha más claro, pero algo no va bien, a pesar de que escucha con toda claridad caer el agua, la fuente no parece estar tan cerca como creía. Roberto sigue andando más aprisa ahora, la respiración se hace

más fuerte, más profunda. Vuelve a tragar saliva, mira hacia atrás para comprobar el camino recorrido, pero para su sorpresa descubre que la higuera sigue estando a solo unos pasos de él. Mira la fuente y descubre que está más lejos que antes de mirar hacia atrás. Se toca nervioso la cara, se asusta, nota como su cuerpo sudoroso se empieza a quemar y empieza a acelerar el paso, tímidamente al principio, aunque decidido después. Pero tiene que ir más rápido.

Empieza a correr torpemente, mueve los brazos al compás que sus piernas en un intento de correr más y más deprisa, no deja de mirar a la fuente. Tropieza. Cae al suelo. Se levanta jadeante sin mirar atrás para ver qué le ha hecho tropezar, se seca el sudor de su frente con el dorso de su mano. Las mira y observa que están manchadas de sangre; de sangre seca y oscura mezclada con tierra. No se lo explica, niega con la cabeza, la respiración se hace más rápida. Inicia la carrera de nuevo. Corre todo lo rápido que puede, alarga las manos intentando alcanzar la fuente que a cada paso que da se aleja más y más y más.

No, no, no. Grita en silencio haciendo un último y desesperado esfuerzo por alcanzar tan deseado líquido, las fuerzas flaquean y sabe que no le quedan energías para continuar corriendo, pero no puede rendirse, su expresión refleja dolor y sufrimiento, se siente cansado, como si hubiera estado corriendo kilómetros sin descanso. Al fin, parece que su objetivo está casi a su alcance.

Sí, sí. La fuente está más cerca, está justo delante de él, casi oye de nuevo el rumor del agua vertida, casi ve las gotas caer fuera de la pileta, casi siente el frío de esa agua que brota de la tierra húmeda y profunda, no la dejará escapar, no puede permitirlo, no lo consentirá. Grita con toda su alma y con un último esfuerzo salta lanzándose desesperado, intentando coger la fuente para que no escape. Intentando llegar al agua, intentando salvarse...

El sargento Dávila llega hasta Roberto, su cuerpo crispado yace sin vida junto al muro de piedras de la caseta de los telegrafistas. De su cabeza abierta, mana sangre que recorre su frente, bordea sus cejas y tras fluir por su nariz gotea en el suelo. Sus ojos abiertos al igual que su boca parecen pedir una explicación, exigir una respuesta a todo lo ocurrido.

—Se levantó y se abalanzó contra la caseta mi sargento…, parecía estar poseído.

—Acabaremos todos como él si no vienen rápido —reniega Dávila que registra sus bolsillos y tras cerrar los ojos del soldado cubre el cadáver con una chaqueta—. Descansa en paz.

Creyendo que el enemigo no atacará esta noche, Benítez ha ordenado que la tropa intente descansar, se ha montado un servicio de vigilancia organizado por el capitán Bulnes, el teniente Ovidio y el sargento Chapino procurando que todos permanezcan al menos treinta

minutos como centinelas en sus puestos y después descansen. La perra *Niebla* ha sido destinada a la entrada del campamento con la intención de vigilar el camino de acceso y de paso, intimidar a quien quiera escapar de la posición. No olvidan al desertor de la policía indígena. El teniente Casado designado para su vigilancia no les quita ojo.

El periodista se ha quedado junto a la perra, pues esta no se aparta de su lado y ahora, desde la entrada, tiene una perspectiva del campamento diferente a la que tenía en el muro norte junto a Manuel.

El suelo del campamento está sembrado de vainas de los proyectiles, aún humeaba la carpa de la tienda de campaña destrozada por el bombardeo. A lo largo del muro defensivo los cuerpos de los que han caído y de los que duermen se mezclan siendo imposible discernir quién no despertará jamás.

Según le ha contado Casado han sufrido más de ciento cincuenta bajas de las cuales muchas son por sed y hambre, y teniendo en cuenta que no hay medio para curarles, los heridos pronto pasarán a engrosar la cifra de muertos. El *Boticario* le ha contado al comandante que los soldados piden que les peguen un tiro. Saben que no podrán salir vivos de allí y no quieren sufrir más. Las heridas, la carne podrida, a fiebre, la sed... Y a pesar de todo eso siguen vivos. Luis piensa en lo fácil y rápido que puedes morir en ocasiones y en lo difícil que puede llegar a ser en otros casos.

—Oiga teniente... ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro *Plumilla* lo que digas —concedió Casado intrigado por la petición de Luis.

—Si cayese herido... No deje que me lleven a esa tienda...

—Claro, no te preocupes, te dejaremos aquí...

—No, no me ha entendido... Si caigo malherido, si no hay remedio, no quiero verme como ellos, ¿entiende? Prométame que me pegará un tiro.

Esa petición no es fácil de cumplir, no se trata de rematar a una persona, se trata de matar a un amigo, a un camarada, y había que hacerlo mirándole a los ojos, mirando a unos ojos que piden clemencia, que piden que finalice su tormento. Casado sonrió a Luis y asintió con la cabeza.

—No te preocupes —le dijo—. No pienses en eso ahora. Deberías descansar un poco, *Niebla* está de centinela, seguro que nos avisa si se arrastran para atacarnos.

—No olvide su promesa, no deje que me corten el cuello, no deje que me...

—De acuerdo, de acuerdo —cortó Casado—. Te lo he prometido, ahora vete a dormir ya.

Luis se retiró junto a la ametralladora. *Niebla* estaba tumbada en el suelo; es acariciada por el teniente Galán que estaba junto a los

servidores de la ametralladora que vigilaban la colina espolón.

Galán está animando a sus soldados, los alienta a que olviden las penurias y privaciones que están sufriendo y que piensen en cómo serán recibidos en sus pueblos y en sus casas cuando lleguen.

—Sois héroes —dice—. Todo el mundo se querrá hacer una foto con vosotros. El general Silvestre, el presidente, incluso el mismo rey Alfonso XIII, no dejarán pasar la oportunidad de hacerse una foto con los héroes de Igueriben.

—¿Usted cree mi teniente? —preguntó Felipe, que era el servidor de la ametralladora—. ¿El rey?

—El mismo rey, te lo aseguro. Tenemos que aguantar un día más, mañana nos relevarán, pasado mañana estaremos en Melilla y después a Madrid.

—¿Cree qué nos darán un permiso para estar con nuestras familias?

—¡Pues claro! Pero antes estoy seguro de que nos darán una medalla o un ascenso.

—¿Una medalla? Mi pobre padre se pondría muy contento si me viera con una medalla.

—En la verbena del pueblo todas querrán bailar contigo.

Luis escuchó en silencio la conversación, era un momento íntimo entre camaradas que no debía interrumpir. Intentando no hacer ruido sacó su libreta, está cansado pero la sed y el calor le impiden dormir. Siente el deseo irrefrenable de escribir, como si fuera una manera de garantizar su recuerdo, de asegurar la certeza de su existencia. De gritar que una vez, en un monte rocoso sin vegetación, golpeado por el viento, abrasado por el sol, rodeados de enemigos, una vez, trescientos españoles, sin agua, sin comida, sin medicinas, sin municiones, solos, lucharon juntos como hermanos.

XI. 20 de julio de 1921

52

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

Igueriben resiste

Igueriben, 20 de julio. Las tiendas destrozadas por el bombardeo enemigo aún humean, el parapeto apenas se sostiene, los sacos de arena acribillados han dejado escapar su contenido, las alambradas defensivas ya no existen. El aire sin apenas oxígeno quema al ser inspirado, pesa y el hedor insoportable y pútrido de los cadáveres que se descomponen invade el campamento.

El suelo está sembrado de casquillos, de metralla y carne desgarrada. Hay charcos de sangre, cráteres por las explosiones y las moscas revolotean enloquecidas con su ensordecedor zumbido sobre los cadáveres. Escribo estas líneas con un lápiz pues la tinta ya ha sido bebida, al igual que la colonia y el vinagre. Nada queda de líquido en este corralito salvo nuestros propios orines.

Las situaciones difíciles ponen de manifiesto lo peor y lo mejor de los seres humanos, de cada uno de nosotros. Hasta ahora no había conocido la naturaleza humana como realmente es: sus miserias, sus grandezas, su simpleza. Matar o morir. ¿Es así como somos realmente?

Es miércoles, llevamos sitiados cuatro días y estos soldados aún aguantan firmes en el muro. Pegados a él como espectros vivos, como fantasmas que desean morir y acabar con este sufrimiento al que han sido enviados. En África mueren los hijos de los pobres. Los hijos de familias burguesas y acomodadas han podido sortear este infierno pagando dos mil pesetas para prestar servicio en la Península. Algunos, para ser declarados inútiles hemos pagado más, por lo que nuestro pecado es mucho mayor. Vine para hablar de la guerra, pero finalmente será ella quién hable de mí.

Silvestre y sus generales incapaces de hacer frente a las tribus rifeñas que nos rodean, no pueden enviarnos agua, ni víveres ni municiones, lo que nos deja pocas alternativas. Dicha incapacidad, es fruto de la arrogancia de los mandos españoles que no supieron escuchar las voces de quienes lo presagiaban y han subestimado la fuerza de las harkas rifeñas. Estas, unidas bajo el mando de su

caudillo Abd el Krim, están dispuestas a arrojar de este maldito territorio montañoso, árido, desolador y seco que para ellos es su hogar, a los españoles. Aquí acaba lo que queda del imperio que fuimos, atrozmente perdido por ellos, los de siempre, los que nunca están aquí. Dirigida por incapaces, por arrogantes, por corruptos, por tiranos, España se dirige hacia el irremediable ocaso.

La noche tenebrosa nos envuelve en su manto maldito. Apostados en sus troneras, los soldados esperan a que llegue su hora con resignación, siento un gran orgullo por estar aquí con ellos pese a todo. Son carne de cañón, desheredados de la sociedad, pero aquí están. Defendiendo una bandera. Un trozo de tela.

En ocasiones, todos los ruidos cesan al instante, en un solo segundo todo se vuelve silencioso y es cuando crees que has muerto, pero aún estas allí, junto a los que viven, como si una extraña y poderosa fuerza te impidiera salir de este lugar, incluso muerto.

Los oficiales no abandonan ni un solo momento sus puestos, atienden a los soldados, luchan a su lado, animan a los heridos y beben los orines. El hermanamiento y el respeto mutuo es lo que sin duda hace que esta posición no haya caído ya en manos de los moros. Benítez, De la Paz, Bulnes, Sierra, Casado, Galán, Castro, Nougués, Osuna, Bustamante; los sargentos Dávila, Daza, Bernal, Chapino, Ansa y Abatener son el alma del campamento. Los soldados siguen a quienes mueren a su lado, por eso esta posición nunca se rendirá ni traicionará a sus oficiales. Me pregunto si tal vez ya no luchamos por España, tal vez cada uno de los que estamos aquí luchamos por otros motivos. Por la esposa y el hijo que está en casa esperando el regreso, por el que tenemos a nuestro lado en el parapeto, por el simple instinto de supervivencia, por el sentimiento de odio al enemigo, ¿por qué o por quién luchan estos soldados bajo el abrasador sol del desierto? Es absurdo pensar que lo hacen por un rey que no conocen o por una España maldita que los obliga a venir a Melilla en una guerra estúpida e inútil.

De lo que sí estoy seguro es que estos hombres lucharán con Benítez hasta el final, hasta el último instante de sus vidas cumplirán fielmente sus órdenes, son capaces de seguirlo hasta las mismas puertas del infierno, si no lo estamos ya.

No confío mucho en que estas líneas lleguen algún día a ser publicadas, en que algún día se sepa cómo se llegó hasta esta situación, lo que aquí ocurrió, lo que se sufrió, lo que se quedó en esta tierra hostil. Intento mirar atrás, escudriñar en el pasado lejano y descubrir cuando tomamos la dirección equivocada. El camino fatal que no lleva a ninguna parte salvo a la destrucción total de cuanto nos rodea. A otra generación perdida.

—¿Se ve movimiento comandante?

—El habitual... Volvemos a ocupar posiciones cerca de la carretera... De Izummar, imagino que... Esperan un convoy.

Benítez hablaba con dificultad, había pasado la noche en vela con sus soldados, recorriendo cada palmo de la pared de sacos terreros, sosteniendo el peso de los temores y miedos de sus soldados.

—¿Cree usted que vendrán a por nosotros? —preguntó De la Paz con cautela.

—Ya no lo sé capitán —respondió Benítez con indulgencia—. Al amanecer mandé mensaje a Annual, les he dicho que tenemos muertos y heridos sin atender, que no hay agua ni víveres, y las municiones... Son ahorradas con avaricia. Que los soldados permanecen constantemente en el parapeto, y que necesitamos que bombardeen esa maldita loma.

De la Paz concedió unos segundos de descanso al comandante que empezaba a dar síntomas de fatiga.

—¿Qué han contestado?

—Aún nada, y eso es lo que me alarma, eso es lo que...

Benítez cayó desvanecido, la fiebre, la sed y el agotamiento habían quebrado la voluntad del oficial. De la Paz y otro soldado lo llevaron rápidamente a su tienda aún a riesgo de ser tiroteados por los francotiradores, la moral de la tropa se vería golpeada al ver a su comandante en el suelo sin sentido o creyéndolo muerto. El *Boticario* se acercó temeroso a la tienda al ver que llevaban a Benítez y se quedó allí con el asistente del comandante. De la Paz, tomando el mando de la posición, volvió al muro.

Lo tumbaron en su catre, la fiebre le quemaba por dentro, aún quedaba algo de ginebra utilizada por el enfermero para las heridas en su intento de desinfectarlas. Humedeció un trapo y lo colocó en la frente de Benítez, le quitaron la guerrera y desabrocharon su camisa.

Dávila fue informado por Bulnes de lo sucedido, corrió hasta la enfermería escapando de los disparos de los francotiradores que viendo movimiento en el interior del campamento se apostaban a cobrarse la primera pieza del día.

—*Plumilla*, toma esta lata de tomates y llévasela al enfermero, la he cogido de la tienda hospital, quizá la necesite para el comandante.

—Ahora mismo sargento —dijo disponiéndose a llevarla.

Cuando Luis entró en la tienda de Benítez pudo a ver a Martínez, el asistente de Benítez, que empapaba un trozo de tela en el cubo de los orines para refrescar al comandante, Bulnes buscaba inútilmente entre las pertenencias del comandante el pastillero donde guardaba sus pastillas.

—Traigo esta lata de tomates para el comandante, Dávila la ha cogido de la tienda hospital... Es la última.

—Y buen uso que le daremos. Ábrela, su zumo le aliviará —instó

Bulnes.

Luis sacó la pequeña llavecita que contenía la caja de la lata, introdujo la pestañita saliente en el llavín y girándolo comenzó a levantar la lámina de metal que cubría la lata. La visión de aquel líquido que se mostraba ante él hizo aumentar la ansiedad del periodista por beber, dentro había jugo de tomate, dulce y fresco. Sintió ganas de acercar su boca y sorber aquel líquido, la mano que sostenía la lata temblaba al acercarla a la boca en cuya comisura se concentraba una pasta blanca, estaba harto de beber orines, aunque solo fuera un sorbo…

—¡Luis! La lata por favor —la voz de Bulnes sacó a Luis de sus tentaciones, la mirada del periodista pedía ayuda, el oficial lo comprendió y se acercó a coger la lata de las manos de Luis, que se quedaba tragando saliva mientras su labio inferior se agitaba tembloroso.

—Gracias *Plumilla* —dijo al cogerla para entregársela al *Boticario* que cuidadosamente vertía el líquido sobre los labios de Benítez.

—No… No… Déjenlo para los heridos… —dijo Benítez con voz entrecortada—. Solo necesito descansar unos minutos.

—Y usted ¿qué se cree que es, mi comandante? Está herido, aunque no sea por un *pacazo* así que haga caso al doctor o no podrá salir ahí afuera.

—Vamos comandante —suplicó Bulnes al levantarlo del catre para que bebiera el zumo de la lata de tomates—. Beba un poco, eso le reconfortará y le dará fuerzas, le necesitamos ahí afuera.

Luis ayudó a Bulnes a sostenerlo.

—Dependemos de usted mi comandante, beba algo se lo ruego, aunque sea un poco o no saldremos vivos de este maldito lugar.

Bulnes se quedó mirando a Luis. Aunque no lo admitiera sabía que el periodista tenía razón, sin Benítez nadie saldría vivo de allí.

El comandante miró al periodista a través de sus lentes de cristal, el *Boticario* aprovechó el momento y acercó la lata a sus labios forzándolo a beber. Todos los que allí estaban sufrieron el acto reflejo de tragar saliva. La nuez subió y bajó por la garganta del asistente del comandante que observaba la operación teniendo que apartar la mirada para evitar sufrir más. Benítez apartó la boca de la lata, respiró y se echó para atrás dejándose caer sobre el camastro.

—Basta de zumo, prefiero los orines —dijo con una mueca de dolor—. Todavía tengo voz y puedo dar órdenes. Déjenlo para los heridos… Capitán, despiérteme en un par de horas. Solo necesito dormir un poco. Gracias…

—No se preocupe capitán, me quedaré aquí a cuidar de él —dijo el *Boticario* dejando la lata de tomates sobre una mesita que había junto al camastro del comandante.

—De acuerdo, ustedes dos quédense con el comandante. *Plumilla* tú y yo nos vamos fuera, el comandante solo necesita descansar, ¿entendido? —indicó el capitán, dando a entender que esa era la respuesta que debía dar Luis cuando el resto de la tropa le preguntara al salir.

—Por supuesto capitán, el comandante solo necesita dormir, cosa natural después de pasar la noche en vela —contestó cómplice el periodista mientras los dos salían de la tienda.

53

—¿Qué te pasa? Tanto gimotear, ¿meas o no meas?

—No puedo tú, me duele a horrores, ah... No puedo ¡Joder!

—Pues más te vale mear o te vas a beber los míos —dijo Cándido riendo.

—Calla desgraciado. Me duele.

José Litrán se abrochó el pantalón y se quedó agazapado junto al muro, respiraba profundamente, agotado por aquel esfuerzo al intentar mear. Su amigo, el soldado Cándido no quiso decir nada, las bromas hacía tiempo que dejaron de hacer gracia en Igueriben.

—Tranquilo, ya verás cómo dentro de un rato te pones a mear sin parar, lo que tienes que hacer es no pensar en eso.

—¿Tú crees?

—Pues claro, no pienses en mear y verás cómo estás llenando la cantimplora hasta rebosar.

Los dos soldados se encontraban en el lado sur. Cándido había recibido un golpe en la cabeza por un cascote que salió despedido de las últimas granadas que explotaron dentro del campamento. En su cabeza, una manga de camisa de color parduzco, por la sangre seca sujetaba, un trozo de algodón que taponaba la brecha que tenía. Cerraba los ojos doloridos, como signo del terrible golpeo que sentía en sus sienes debido a la herida y a la falta de agua.

Se escucharon unos gritos en el campamento. Era Jesús Pillo, gritaba aterrorizado, se palpaba la cara. Los compañeros que estaban junto a él lo miraban extrañados. Qué podía pasarle, no se habían escuchado detonaciones y estaba sentado a cubierto de los *pacos*. Pero Jesús seguía gritando.

—¡Estoy ciego! ¡Estoy ciego!

Aquellas palabras sacaron de la indiferencia a sus compañeros que se acercaron a él intentando calmarlo. El cabo Eustaquio Valbueno corrió a sujetarlo junto a otros soldados para evitar que los gritos alarmaran al resto de la guarnición. El semblante horrorizado del soldado que tenía los ojos abiertos, casi desorbitados y gimiendo de

puro pánico inquietó al cabo.

—¡No veo, no veo! —repetía llorando.

Los soldados que lo sostenían cruzaban sus miradas intrigados, asustados de lo que le pasaba al compañero y aliviados de que aquello, fuera lo que fuese, no les había afectado a ellos. El cabo intentaba tranquilizarlo evitando que se moviera, procurando que el soldado al hablar con él se relajara.

—Tranquilo soldado, tranquilo, no te preocupes, es normal que no veas, es de noche, ¿me oyes?, es de noche y todo está muy oscuro.

Las palabras del cabo empezaron a surtir efecto en el ánimo del soldado que dejó de moverse y gritar, agotado.

—¿Es de noche?

—Claro, aún no ha amanecido —dijo uno de los soldados que lo sostenían.

—Sí, eso es, es de noche, me he asustado por nada —se decía así mismo nerviosamente.

—Claro que sí chico. Escucha, debes serenarte ¿entendido? Tienes que descansar como todos.

—Debo descansar —repitió el soldado que poco a poco se calmaba abandonándose en el muro—. Debo descansar, descansar, descansar…

El cabo se alejó unos metros con uno de los soldados para darle instrucciones de lo que debían hacer, dejando a otro al cuidado del pobre infortunado.

—Escucha, aparta el fusil de su lado, no quiero que lo coja y apunte donde no debe hacerlo y ponle el chambergo en la cara, no quiero que la luz del sol le pegue en los ojos.

—¿Qué podrá ser mi cabo?—preguntó mirando al soldado ciego.

—Cualquiera sabe, la sed, el calor, la locura… o todo a la vez. Si vuelve a levantarse dando gritos debéis pararlo como sea, comprendes, como si le tenéis que dar con la culata del fusil. Si hay jaleo no quiero a nadie corriendo desesperado porque no puede ver.

El soldado Feliciano obedeció la orden, no le gustaba tener que hacer de niñera con la que estaba cayendo, pero pensó que, si en vez de ser Jesús Pillo el que estaba tendido en el suelo sin poder ver fuera él, le gustaría que alguien estuviera a su lado para no sentirse solo en aquella oscuridad.

—Hoy no habrá intento de rescate, estarán consultando qué es lo que hay que hacer y esperando órdenes. Órdenes... Órdenes de Madrid, que ha de comunicar con Berenguer y este con Silvestre y este con Navarro... Demasiadas llamadas, estamos aquí sitiados, abandonados y ellos esperando a que alguien les diga lo que tienen que hacer... Nadie quiere hacer nada... Y mientras tanto morimos aquí lastimosamente…

Federico hablaba solo. Regresaba de comprobar el estado del

comandante y de inspeccionar a la tropa, y pudo comprobar que la situación era extremadamente delicada. Los casos de locura se multiplicaban, la sed era horrible y el sol ya empezaba a quemar. Los francotiradores moros continuaban disparando con sus fusiles a la menor oportunidad, los muertos proseguían en su lenta descomposición y prácticamente ya no quedaban municiones o medicinas con las que poder aliviar a los heridos que continuamente se quejaban dejando, en el eco de aquel lugar, su agonía de manera permanente.

—¿Cómo sigue el comandante? —dijo Bulnes acercándose al oficial de artillería.

—No sé cómo puede seguir vivo, sin dormir, sin comer, sin beber y recorriendo siempre el parapeto... Apenas ha dado un sorbo a la lata de tomates.

—¿Tomarás tú el mando?

—Sí, ¿cuento contigo?

—Ni lo dudes Federico.

Bulnes se sintió ofendido, tal vez Federico pensó que no lo apoyaría por ser de artillería cuando el mando de la posición lo ostentaba un comandante de infantería.

—Gracias Arturo. ¿Piensas en ella? —terció conciliador.

—Cada segundo —dijo mirando a De la Paz con cierta melancolía, como si sintiera que ya la hubiera perdido para siempre—. He de volver a verla, no puedo dejarme matar aquí, cuando estoy tan cansado que apenas puedo articular palabra o que hasta respirar me cuesta, cierro los ojos y la imagino. Aunque tal vez sea mejor así. Íbamos a casarnos en agosto, si muero, al menos no la dejaré viuda y podrá rehacer su vida. Anoche me desperté porque sentí como me cogía de la mano, no sé si me estaré volviendo loco...

Federico asintió con la cabeza adivinándose una sonrisa muy sutil en su rostro.

—Me alegro, a mí quien me despierta es mi hermano con los cañonazos que manda desde Annual —dijo riendo entre toses—. Volverás a verla y te casarás con ella, y te aseguro que esto es más fácil que el matrimonio.

—No dejas de bromear Federico, ni siquiera en estas situaciones. Me alegro de que tú seas el segundo al mando —Bulnes saludó militarmente a Federico y se volvió a su posición.

—¡Arturo! —requirió De la Paz al capitán cuando este ya le daba la espalda para marcharse—. ¡Volverás con Rosa María y te casarás con ella, te lo prometo!

Bulnes asintió sonriendo de manera extraña, como si agradeciera al artillero aquella mentira piadosa que no se creían ninguno de los dos.

—Capitán, señales desde Annual —gritó un soldado.

De la Paz corrió junto al cabo de telegrafistas que estaba transcribiendo el mensaje.

—¿Pero por qué mandan señales? Les dijimos que podían estar siendo espiados. ¿Qué dicen? —preguntó con ansiedad mirando fijamente al cabo. Este, cuando terminó de decodificar el mensaje en la libretilla arrancó la hoja y se la entregó.

—Léalo usted mismo mi capitán —dijo con amargura.

—*«Imposible realizar convoy. Esperamos fuerzas de Izummar. Resistid. Resistid»* —cuando Federico terminó de leer aquel mensaje miró al telegrafista y golpeó suavemente su hombro un par de veces—. Aguantaremos un poco más...

Federico se marchó para informar a los oficiales del mensaje recibido. El campamento entero observaba todos y cada uno de los gestos y expresiones del capitán de artillería para adivinar qué era lo que decían aquellos destellos.

—Mal asunto —dijo el cabo de artilleros Miguel Sánchez haciendo un chasquido con la boca—. Si se reúne con los oficiales es que toca esperar.

—¿Tú crees? Lo mismo es otra cosa, tienen que venir a por nosotros, lo dijeron ayer, no pueden dejarnos aquí...

—Sí, bueno, tal vez sea otra cosa —dijo el cabo sin querer hacer más daño.

La realidad era tan dolorosa para algunos que preferían vivir en la mentira, esa era su única manera de sobrevivir, el autoengaño. Creer que el convoy iría a relevarlos ayudaba a soportar la realidad. Sin embargo, esta estrategia tiene un alto precio pues descubrir la verdad no es algo para lo que muchos estén preparados.

A pesar de todo, Justo Rodríguez no tuvo más remedio que salir de su mentira. Conforme Federico se acercaba a los oficiales para contarles el mensaje de Annual, los soldados que estaban expectantes mirando con ansiedad al capitán volvían sus miradas al muro, miradas de rabia, de miedo, de odio hacia aquellos que no venían a relevarlos.

—Lo mismo no quieren avisar de que vienen, los moros pueden ver las señales y tal vez no quieran que sepan lo que van a hacer —dijo *Pichón* nervioso pidiendo confirmación con la mirada a *Belmonte*.

—Sí... Tal vez sea eso —*Belmonte* miró por la tronera de su puesto —. Sí, es eso... vendrán no te preocupes... Les están engañando…

54

Los soldados continuaban pegados a los sacos terreros entre cadáveres, excrementos y orines, los *pacos* limitaban la movilidad de estos obligándolos a permanecer en sus puestos bajo el sol abrasador.

Alguno lo intentó, tal vez buscando una sombra o aliviar los calambres que sufría y descuidó su seguridad. Ahora ya no padecía el tormento de la sed.

Juan Muñoz sabía que si se movía los francotiradores no tardarían mucho en meterle una bala en la cabeza. La piel quemaba, tenía los labios cortados, resquebrajados por la sequedad, haciendo doloroso incluso hablar. Juan realizaba repetidamente el gesto casi automático de secarse el sudor de su frente, pero se dio cuenta de que su frente estaba completamente seca, tan solo pudo sentir como los granos de arena pegados en su mano rozaron su piel que ardía por la fiebre y por el sol. Cerró los ojos y dejó caer el chambergo en el suelo, arrodillado, con los brazos sobre sus muslos, alzó la cabeza y respirando profundamente, sonrió. En su mente evocaba aquella tarde en el río, justo antes de ser enviado a Melilla, junto a unos amigos. Recordó como la sed era apagada bebiendo agua del botijo que una mujer le acercaba y como esta se volvía cuando se marchaba y le sonreía.

Juan seguía con los ojos cerrados cuando se incorporó, hizo una inspiración fuerte como si pudiera oler aquellas tierras regadas por el río. Abrió los ojos y empezó a caminar alejándose del muro.

En la loma espolón situada frente a la entrada del campamento un moro vio como aquel español se alejaba del parapeto andando despacio sin la guerrera puesta, apuntó al soldado, siguió su movimiento con el fusil esperando el momento adecuado, contuvo la respiración y apretó el gatillo.

Juan bebía agua del botijo que una mujer morena de ojos negros, pelo largo y ondulado, le acercó para calmar su sed. Pudo sentir el roce de la mano de aquella muchacha que se alejó, regalándole una última mirada. Ya estaba en casa.

Todos los que permanecían en el muro pudieron ver cómo tras el característico sonido del fusil *Lebel* el soldado se desplomó doblando las rodillas, cayendo de boca sobre el suelo. Sobre su cuerpo se formó una polvareda y un charco de sangre surgió alrededor de su cabeza que pronto fue invadido por las moscas.

Nadie se movió, el hastío, el cansancio y la apatía llenaban los corazones de aquellos soldados que estaban sometidos a tanto sufrimiento, quizás incluso sintieran cierta envidia por el soldado abatido. Algunos se santiguaron y volvieron sus ojos a la aspillera; otros los cerraron, tal vez rezando o imaginándose en otro lugar. El sol seguía siendo un enemigo para los españoles, su calor abrasador se cobraba más víctimas que los moros.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz alta Luis.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que ya no corre sangre por nuestras venas, que vemos como un compañero se suicida y nadie le ayuda, ni siquiera

han intentado detenerlo los que estaban a su lado.

—Anda este, haber ido tú *Plumilla,* si tan bueno te crees.

—Yo al menos me indigno, a vosotros os da igual.

—¿Qué me da igual? —*Belmonte* se encaró con Luis acercándose a él—. Escucha niño rico, estás aquí porque has querido venir, porque buscas una noticia que te haga famoso. Ese muchacho estaba aquí por obligación, no estaba aquí por el rey, no estaba aquí por España, ni estaba aquí por la paga. Fueron a su pueblo, lo sacaron de su casa, lo vistieron de verde, le dieron un arma y lo embarcaron para la guerra sin darle a elegir.

Luis estaba sentado de espaldas al muro, Belmonte le miraba fijamente a los ojos señalando el cuerpo inerte del soldado.

—Él ha elegido morir así y nadie, ni patrias, ni reyes, ni el maldito bigotes le dirán como debe morir, ¡entiendes! —con voz áspera, sacada desde lo más profundo de su ser, acercándose aún más a Luis y mirándolo fijamente sentenció—. Y ni tú, ni nadie, le vais a quitar ese derecho.

Manuel, testigo de aquel incidente, se interpuso entre los dos separándolos, intentando que todo quedara en una discusión, *Belmonte* volvió a su tronera mascullando y Luis quedó allí pensativo, sin saber qué decir, buscando algún tipo de explicación racional a todo lo que estaba pasando.

En ese momento, lo que parecía el ruido de un motor llegó a sus oídos, el viento empujaba aquel sonido haciendo que los soldados se miraran unos a otros. Nerviosos, empezaron a mirar por las troneras. El sonido se hizo cada vez más fuerte y alguien gritó.

—¡Aviones!

—¡Aviones!

Las siluetas de dos aviones aparecieron balanceándose en el cielo. Al momento el griterío de la posición se hizo casi ensordecedor. Los soldados se ponían de pie alzando los brazos, agitaban sus chambergos dando vivas a la aviación y a España, olvidaron por un instante el miedo a morir por un francotirador, saltaban con una energía que dos segundos atrás no tenían. Luis se levantó para poder verlos y Manuel sonreía a su lado pensando en que todo aquel infierno había acabado ya.

Cuando estos hicieron una pasada sobre la posición, los moros los tirotearon ahogando durante unos segundos la alegría española, pero al pasar sobre ellos los pilotos lanzaban saludos con la mano, reavivando así las esperanzas de salir con vida de aquel infierno.

El comandante Benítez salió de su tienda y colocándose sus gafas miró al cielo buscando a los aviones, el enfermero salió junto a Benítez intentando hacerle volver a la tienda para que descansara. Al verlo, Bulnes fue hacia el comandante para informarle.

—Dos Havilland comandante. Seguramente de Zeluán, allí —dijo señalando con el dedo facilitando a Benítez la localización de los dos aparatos.

Los dos aviones De Havilland DH-4 se inclinaban a la derecha describiendo un amplio círculo y comenzaban a descender. Sobrevolaban el campamento de Annual y se dirigían hacia Igueriben.

—Todos preparados por si arrojan víveres y municiones hay que recogerlos en cuanto caigan al suelo —gritó Dávila—. Pegaros al muro, no quiero que os mate una lata de sardinas.

—Nunca me gustaron esos refinados de aviación, pero si los tuviera delante de mí los besaría.

—No creo que ellos quisieran besarte, Mariano —dijo el sargento Daza riendo.

Los dos aviones encaraban la posición a baja altura, sonaron disparos procedentes de las lomas donde los moros estaban atrincherados intentando derribarlos. Los aviadores respondieron al tiroteo con sus ametralladoras. Justo antes de llegar a la altura de la posición se separaron tomando direcciones opuestas, uno de los aviones se dirigió a la loma espolón y el otro dio una pasada por las trincheras abiertas al norte del campamento.

—Van a bombardearles —dijo Benítez—. ¡Capitán rápido! Hay que dar cobertura a los aviones.

Bulnes ordenó a los soldados que abrieran fuego sobre la loma espolón, los dos aviones descargaron sus bombas que cayeron en las posiciones enemigas y viraron encarando la Loma de los Árboles, aquello insufló nuevas esperanzas a los soldados españoles que veían que salir de Igueriben era posible. Varias columnas de humo se levantaron procedentes de los lugares donde impactaron las bombas lanzadas haciendo que los españoles dieran gritos contra los moros. Habían cambiado los papeles, esta vez, el ritmo lo marcaban dos Havilland DH-4. Los aeroplanos se dirigieron a la Loma de los Árboles y al llegar a su altura arrojaron más bombas. Los dos aviones volvieron a describir un círculo, esta vez en la misma dirección dirigiéndose hacia Igueriben.

—Vuelven mi comandante.

—Todos preparados, cubriremos a esos aviones cuando se acerquen, hay que protegerles.

—Vamos ¡Listos para abrir fuego!

Cuando los aviones llegaron de nuevo al campamento, repitieron la maniobra anterior tomando direcciones opuestas y bombardeando los alrededores de la posición que estaba plagada de enemigos. Los españoles, desde el campamento, volvieron a cubrir a los aviones disparando también contra las posiciones moras. Finalmente, los dos Havilland volvieron a describir un círculo y enfilaron el campamento,

descendieron aún más, casi podían tocarse con el brazo en alto. Benítez, desde el muro, observó a los pilotos que al pasar por el campamento saludaron militarmente llevándose la mano a la frente. Comprendió al instante que eso era todo lo que podían hacer y que no volverían. Todos en la posición gritaban de júbilo, dando vivas a España, al rey y a la aviación. Todos menos Benítez, que correspondió al saludo de los pilotos de pie, siguiendo con la mirada la trayectoria de aquellos aviones que arrojaron sobre Igueriben algo de esperanza.

55

Las voces de los soldados fueron acallándose según se alejaban los Havilland.

—Volverán ¿verdad? —preguntó el cabo Mariano a Daza.

—No lo creo, al menos no hoy.

—Tal vez… Hoy ha sido un reconocimiento de la zona para ver las posiciones enemigas y mañana vengan con el convoy —expuso Mariano.

—Es posible... —concedió Daza sin estar muy seguro de ello.

El cabo Mariano seguía mirando el cielo mientras Daza volvía a su sitio en el muro. No era el único que seguía mirando el cielo con la esperanza de verlos otra vez, casi todo el campamento permanecía con la mirada puesta en aquellos dos puntitos negros que poco a poco desaparecieron.

Los moros reanudaron el tiroteo sobre la posición tras la marcha de los aviones, debían evitar que la moral de los españoles pudiera levantarse o tenían que hundirla más, pero sobre todo debían evitar que los soldados pudieran descansar.

—Creo que están algo cabreados —dijo riendo *Pichón* agachándose —. No les habrá gustado que les tiren bombas desde los aviones.

—Es posible, pero eso es lo malo, lo mismo atacan ahora mismo creyendo que vienen más aviones.

—¿Tú crees? Si no atacaron antes no creo que lo hagan ahora.

Mientras los soldados discutían sobre la posible agresión de los moros, en la parte norte del campamento, el servidor de ametralladoras Pedro Ruiz cayó al recibir un tiro en el pecho. Esta vez, movidos por un sentimiento de compañerismo, los compañeros recogieron al herido del suelo y lo acercaron al parapeto. Los aviones habían devuelto la esperanza al campamento y la humanidad a sus defensores. Con la manga de la camisa que le arrancaron taponaron la herida para evitar la pérdida de sangre. Se disponían a llevarlo a la tienda hospital cuando Pedro se negó a ir, no quería dejar su puesto, no quería dejar a sus compañeros y, sobre todo, no quería ir a lugar

del que no se salía. Aquella tienda de la que solo salías muerto. El teniente Galán se acercó con la intención de convencerlo, pero al ser imposible llevárselo le entregó su pistola y dos cargadores.

—Te la dejo, no tiene el mismo alcance, pero podrás manejarte.

—Gracias mi teniente, se la devolveré en cuanto salgamos de aquí.

—De eso puedes estar seguro.

El cabo Antonio manejaba con profesionalidad una de las ametralladoras situada en la entrada, espaciaba los disparos de manera que el cañón no se recalentara, escatimaba la munición intentando mantener a raya a los rifeños de la loma espolón que parapetados tras las rocas disparaban a los defensores. Daba varias pasadas sin tener un punto fijo a que disparar, solamente podía apuntar a la línea de rocas desde donde él sabía que le disparaban, aunque no los viera.

—Que hijos de puta, se esconden tras las rocas y no hay manera de acertarles. Si al menos tuviera suerte...

El soldado que colocaba los peines de proyectiles notó como un líquido caliente se esparcía por toda su cara. El siseo previo acompañado de un ruido parecido a una sandía que se raja no dejaba lugar a dudas. El proyectil acertó en la cabeza del tirador que ya no tendría que preocuparse de donde disparar. Juan se quedó inmóvil, con la cara manchada de sangre y con las manos temblorosas sujetaba el peine que iba a ser introducido en el soporte de alimentación de la ametralladora.

Inmediatamente Galán ocupó su puesto y continuó disparando hasta que el peine fue expulsado. Juan continuaba inmóvil con la sangre escurriéndose por las mejillas, sus ojos seguían clavados en el cuerpo del cabo que estaba en el suelo tirado junto a la ametralladora. Galán le gritó, pero él no podía oír nada, el miedo lo tenía paralizado, se veía muerto como su compañero con la cabeza abierta. Galán lo agarró del brazo zarandeándolo gritando su nombre.

—Juan reacciona, necesito que cargues la ametralladora, ¡reacciona!

El soldado salió de su estado y mirando a Galán comenzó a volver en sí.

—El peine, tengo que meter el peine —decía con voz temblorosa mientras cogía un peine de proyectiles y lo introducía en la ametralladora, de manera que Galán pudiera mantener a raya a los moros de la loma.

—¡Otro! Vamos Juan, carga la ametralladora —continuaba Galán animándolo para que saliera de su estado casi catatónico—. No pares, me oyes, no pares.

Otro proyectil cae dentro de la posición, justo delante de la tienda de Benítez. La artillería enemiga no desperdicia ni uno solo de los

proyectiles que lanza. Han reanudado el fuego. Se juegan mucho en Igueriben. Los españoles responden con un cañonazo y piden ayuda a Annual para que bombardeen la zona, los pocos proyectiles que quedan en el campamento han de guardarse para un posible asalto.

—No fallan ni uno esos hijos de puta —dijo *Belmonte*.

—Espero que los nuestros acierten de una vez y lo entierren para siempre.

Al oír esas palabras Luis se quedó pensativo, empezó a formar una idea en su cabeza.

—Lo entierren… —musitó—. ¿Y si ya está enterrado?

—Estas tonto *Plumilla.* Manuel parece que a tu amigo la fiebre empieza a afectarle.

—Escuchadme, por eso no le damos al cañón, porque está enterrado, el cañón está bajo tierra, ¡a cubierto!

—Podría ser —dijo Manuel pensativo—. Disparan, se esconden, aguantan el bombardeo y más tarde salen y disparan.

—Que hijos de puta, lo tendrán en una cueva, así será imposible acertarles —dijo con asombro *Pichón*.

—Tal vez no destruyamos su cañón, pero intentaremos que no nos disparen —dijo Luis deslizándose en busca de Federico de la Paz.

Caminando pegado a los sacos terreros en busca del capitán de artillería, escuchó la voz del soldado centinela que alertaba que el cañón enemigo volvía a disparar. Luis se tumbó en el suelo colocándose las manos sobre la cabeza y el proyectil cayó acertando en su cruel objetivo.

El sonido de la detonación fue más potente que las anteriores escuchándose varias explosiones seguidas. Cuando Luis creyó que el peligro había pasado y la polvareda levantada se difuminaba, alzó lentamente la cabeza y vio frente a él una mano arrancada por la muñeca. Ennegrecida y humeante, despedía un penetrante olor a carne quemada. Se levantó súbitamente apartándose y pudo ver aquel siniestro cuadro.

El proyectil hizo blanco en una de las cajas de municiones repartidas por el campamento. Desgraciadamente, esa caja estaba cerca de la tienda hospital que saltó por los aires junto con todos los soldados que estaban dentro. Esparcidos, junto a trozos de la estructura de la tienda, se encontraban pedazos de carne arrancada por la onda expansiva de la terrible detonación. Pese a estar completamente horrorizado, el periodista se acercó a toda prisa para ayudar a aquellos desgraciados. Agarró la mano de un soldado y lo arrastró hasta el muro dejando tras de sí un reguero de sangre, le faltaba la pierna derecha y parte de la cadera. Al llegar al parapeto se acurrucó con el herido cogiéndolo en brazos, pero solo pudo oír como decía el nombre de Isabel por última vez, antes de dejar de respirar.

Los soldados se abalanzaron hacia la tienda intentando encontrar algún superviviente, poco les importaba ser alcanzados por los francotiradores, no podían quedar impasibles ante tanto horror, los cuerpos destrozados, la sangre esparcida, la injusticia de que fueran los heridos las víctimas del proyectil clamaba venganza.

El *Boticario* que estaba con un herido en el parapeto vio todo aquel horror que se quedó grabado en sus retinas, en sus ojos enrojecidos y hundidos. Levantándose se dirigió hacia la tienda hospital diciendo en voz baja: *«Son mis heridos», «son mis heridos».*

Aquella visión fue el límite para alguien que no podía soportar ver más dolor. Aquellos soldados ya no eran extraños para él, eran sus enfermos, sus hermanos. Llegó al final de su resistencia, ese límite que, traspasado, nubla la razón y da fin a la lógica, el límite que transforma al hombre en animal, en un animal sediento de sangre.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! Gritaba fuera de sí al llegar a los restos de la tienda hospital,

A su alrededor se encontraban esparcidos piernas, brazos, manos y cuerpos mutilados de los que fueron sus camaradas. La sangre formaba charcos que pisaba con sus alpargatas al acercarse, tenía la mirada perdida, ya no era dueño de sí.

—Os mataré a todos con mis propias manos. Os mataré a todos, a todos...

Con el rostro desencajado por el odio y el sufrimiento saltó el murete junto a los cañones, y con una bayoneta en las manos corría gritando «a todos, a todos» ante la mirada atónita de sus compañeros que presenciaban su loca carrera desde el muro. Llegando a las alambradas que rodeaban el campamento recibió el primer disparo que le traspasó el muslo izquierdo, se levantó con dificultad profiriendo gritos de dolor o rabia. Fue entonces cuando recibió un segundo disparo que le atravesó el pecho. A gatas, con su último aliento, escupiendo la sangre que le llegaba a la garganta y agarrándose a la línea de alambre de espino que aún soportaban las estacas intentaba avanzar, dar un paso más, seguir adelante con el objetivo puesto en la loma desde donde bombardeaban la posición.

—Asesi...

Sonó un tercer disparo, el proyectil impactó en su cabeza acabando con su vida. Cayó sobre aquel infierno de púas, quedando enganchado en ellas con la cabeza colgando.

El *Boticario* ya estaba con sus heridos.

56

—Comandante, comandante…

Benítez miraba a través de la aspillera aquella escena cuando el cabo de telégrafos lo sacó de sus pensamientos. Se volvió hacia este y le preguntó qué quería. Algo apurado le contestó que tenía mensaje de Annual, pensaba que tal vez se iniciaría un convoy, pero Benítez sabía que no era posible, la tarde se echaba encima y no había tiempo para intentar rescates. Ya no había tiempo para nada.

—Capitán, que nadie se aleje del parapeto, no quiero más bajas —hizo una pausa mirando a su alrededor, contemplando los cuerpos destrozados de aquellos soldados—. Ya no se puede hacer nada por ellos.

El capitán solo pudo asentir con la cabeza. Bulnes ordenó al sargento Dávila que tapara los restos del soldado que Luis llevó hasta el parapeto y que el resto se tapara durante la noche, evitando así ser tiroteados por los francotiradores. No se podía hacer nada más por aquellos hombres.

Benítez leyó el mensaje que el cabo había recibido de Annual; se quedó pensativo, intentando ordenar en su mente las palabras. Miró hacia el campamento; los soldados permanecían pegados al muro, unos disparaban por las aspilleras al ver cualquier bulto moverse, otros parecían dormidos o muertos, bebían de sus cantimploras los orines que contenían aquellos recipientes. Dávila cubría con su guerrera el cuerpo de aquel desgraciado. Galán disparaba con la ametralladora hacia las barricadas rifeñas en la loma frente al campamento. Un soldado, herido en el pecho con un vendaje que dejaba ver una mancha de sangre, permanecía sentado en el parapeto cargando el fusil que entregaba a un compañero para que hiciera fuego desde la aspillera.

Un sacrificio más, pensó. Se volvió al cabo y le dictó el mensaje de respuesta a Annual.

—«*Sus palabras han sido recibidas con gritos de Viva España*» —el cabo miró a Benítez incrédulo y tras un segundo donde sus miradas se cruzaron, pensó que Benítez había perdido el juicio.

—«*Esta guarnición jura que solo se rendirá a la muerte*» —continuó Benítez.

Después se dirigió al extremo norte y leyó el mensaje a sus hombres.

—He recibido mensaje de Annual y quiero que todos seáis participes de ello. Lo manda el mismo general Navarro.

Luis se quedó extrañado, recordó que Navarro partió a la península justo el mismo día en que él llegó a Melilla.

—Dice así: «*Héroes de Igueriben resistid. España os lo exige*». Bien, pues vamos a resistir, pero no porque lo exija España, ni porque lo ordene Navarro, resistiremos por nuestras familias, por nuestras mujeres e hijos que esperan en casa —Benítez hablaba con

vehemencia y se movía a lo largo del muro defensivo del campamento para que todos los soldados lo vieran—. Resistiremos por nuestros hermanos que han caído, por los que están heridos y que no dejaremos a merced de estos asesinos. Resistiremos como antaño lo hicieron los soldados de los tercios, resistiremos para vengarnos, para vencer, resistiremos para que nadie se olvide de lo que hicimos aquí. Yo os pregunto hombres de Igueriben, ¿resistiréis conmigo?

Los soldados gritaron todos al unísono, Benítez había elevado la moral de la tropa que acababa de ver cómo sus compañeros heridos morían destrozados por la metralla. Luis sintió en su corazón el orgullo de estar allí junto a esos hombres. El periodista recordó a los héroes de Baler, que soportaron cerca de un año el asedio de las tropas filipinas en aquella pequeña misión fortificada. Pensó en aquel pundonor y determinación que hizo que la guarnición se salvara. Quizá pudiera repetirse aquel capítulo de la historia de España. Quizá ellos serían ahora los héroes de Igueriben.

Los segundos pasan tan despacio que los minutos parecen horas. Destellos desde Annual indican que llega otro mensaje. A estas alturas poco importa lo que digan, pese a los ánimos de Benítez y a sus palabras; otro soldado no ha soportado más el tormento y se ha suicidado. La sed, la locura, la desesperación y la falta de esperanza es más fuerte que la voluntad de seguir allí. Casi es peor la falta de actividad, al menos cuando los rifeños atacan sabes dónde está el enemigo, la cosa es fácil, simple: te disparan y tú disparas. Sin embargo, la tranquilidad en la posición hace que el soldado piense y la desesperación es un enemigo difícil de vencer.

Luis es testigo de estos suicidios, los soldados se levantan abandonando el muro esperando a que el enemigo les dispare o introducen el cañón del fusil en la boca y aprietan el gatillo. Lo hacen rápido, llevados por la locura o por la lucidez. Algunos tienen en sus manos crispadas y rígidas, la foto de sus seres queridos, la última carta que recibieron o la medalla de algún santo protector que les entregaron al salir de sus casas, todos tienen algo que les une a su hogar, a otro tiempo. Como si trataran de atravesar una puerta que los llevara donde están sus pensamientos y aquel objeto, fuera la llave para abrirla.

Jáuregui se deslizó en busca de Benítez para entregarle el mensaje. Cuando pasó junto a Luis lo llamó preguntándole qué es lo que decían desde Annual.

—Han llegado refuerzos, Regulares, ametralladoras, cuatro Mías al mando del coronel Morales...

—¿Morales está aquí? —interrumpió Luis.

—Eso dice, también hablan de harkas amigas y una batería de montaña. Mañana se va a armar una buena, te dejo voy a decírselo al

comandante.

Jáuregui se alejó pegado al muro. Atrás quedaron los soldados que comenzaron a comentar con los compañeros lo oído. Los rumores se extendieron rápidamente por la línea defensiva. Luis se quedó pensativo. Si Navarro estaba en Annual con aquella concentración de tropas y Morales había llegado con la policía indígena, solo podía significar una cosa. Que Silvestre llegaría a la posición para tomar el mando. Pero si como sospechaba Luis, el enemigo había descifrado el código de mensajes, concentrarían mañana todas sus fuerzas o atacarían esa noche el campamento. Era una imprudencia comunicarse con Igueriben dando tales informaciones. Debían parar. Inmediatamente se acercó a Bulnes explicando que era una temeridad por parte de los mandos comunicar la concentración de fuerzas y sus intenciones.

—Dígales que dejen de dar esas informaciones, que tenemos sospechas de que el código de cifrado esté en su poder o tengan a espías aquí.

—Está bien, se lo volveré a decir, aunque no creo que nos hagan mucho caso.

—Y dígales que disparen a la loma donde ellos tienen su cañón de forma periódica.

—No te entiendo *Plumilla*. Pero eso se lo tendrás que decir a Benítez o a Federico.

Luis buscó con la mirada a los oficiales, el más cercano era Federico que estaba observando con los gemelos la zona donde los moros tenían el cañón para alertar de un posible bombardeo. Rápidamente se dirigió al artillero para comentarle su idea.

—Capitán, me permite una sugerencia.

—*Plumilla,* no creo que a estas alturas tengas que venir con tanto protocolo y tratamiento ¿Qué quieres?

—Verá, creo que la razón por la que no podemos acertar al cañón enemigo es que lo tienen bajo tierra, posiblemente en una trinchera o cueva —Federico puso una mueca de sorpresa—. Ellos disparan, y se esconden hasta que hemos dejado de bombardearles, nos observan desde su posición y disparan de nuevo.

—Será difícil eliminar el cañón sin tener localizado su escondite —Federico miraba con sus gemelos intentando vislumbrar alguna prueba de aquello, pero no logró ver nada.

—Eso no importa capitán, tan solo tenemos que inutilizar el cañón —Federico se volvió hacia Luis—. O lo destruimos o…

—O no les dejamos disparar —concluyó el oficial.

—Exacto. Tal vez si desde Annual disparasen de manera periódica evitaríamos que salieran.

Federico sonrió a Luis, aquel periodista no solo estaba allí para

escribir, también luchaba con ellos.

—Eso está hecho ahora mismo, lo comunicaré a mi hermano.

—Capitán, que no respondan desde Annual —Luis miró hacia la pequeña loma con arbolillos donde creía que estaba el cañón—. Estoy seguro de que desde ese mismo sitio alguien vigila las señales de Annual, alguien que conoce el código de cifrado y tiene nociones de morse, puede que sea la misma persona que maneja el cañón.

—Gracias *Plumilla*.

Federico se dirigió hacia la estación óptica para mandar aquel mensaje que podría suponer el fin del bombardeo. El periodista se quedó pensativo mirando la loma, quién podría ser aquel hombre que luchaba del lado de los rifeños, cuál sería su precio. ¿Qué ganaría con todo aquello?

Poco después de que De la Paz comunicara con Annual, un proyectil caía en la loma enemiga, el mensaje había sido recibido y Miguel, el hermano de Federico, estaría cargando el siguiente proyectil para lanzarlo unos minutos después. Aquello consoló por breves instantes a Luis. Al menos, si con eso pudiera salvar alguna vida, quizá no todo estuviera perdido y su presencia en aquel campamento serviría para algo más que publicar una crónica.

El sol abrasador de la tarde seguía quemando inmisericorde los cuerpos de los españoles. Los soldados aguantaban el tormento, pero en ellos se reflejaba el sufrimiento, el miedo y el dolor. Tenían facciones cadavéricas, miradas perdidas, y las manos temblaban al llevarse sus cantimploras a la boca para beber los orines.

Los buitres y pájaros de la carroña no disputan la comida, hay suficiente para todos, solamente tienen prohibido acercarse a los que han quedado para siempre en su tronera, en su puesto de combate cubiertos por el polvo, hinchados, pestilentes, llenos de moscas. Los que antes eran bravos hombres con mujeres e hijos, personas que tenían su trabajo, asuntos por hacer a la vuelta de la guerra, ahora esperaban a convertirse en polvo.

—Cabo, mande este mensaje.

Valeriano vio a Benítez cansado, sudoroso, con temblores en la mano, casi sin fuerza en la voz. Asustado, se dispuso con el *mangin* listo para transmitir.

—Transmita: «*La sed es horrible, no queda nada que beber salvo nuestros orines, esta noche buscaremos el consuelo de suelo fresco excavando hoyos, el hedor de los cadáveres es irrespirable y los hombres mueren por las heridas que no podemos curar, las municiones están agotadas, solo resistiremos un ataque más*».

XII. LA ÚLTIMA NOCHE

57

Cuando los últimos rayos de sol se perdían en el horizonte y las estrellas empezaban a ser visibles, los moros lanzaron un ataque con ondas sobre la posición. Arrojaban piedras para mantener a los soldados en un continuo estado de tensión impidiendo que descansaran, aumentando la desesperación en los defensores. Atentos desde las troneras, algunos intentaban acabar con ellos, pero debido a la falta de luz y al cansancio era casi un imposible.

Luis permanecía agazapado en la pared de sacos terreros, estaba demasiado cansado para moverse, demasiado cansado para cualquier cosa. El periodista sentía que las fuerzas le abandonaban, respirar se hacía casi imposible, notaba calambres en las piernas y la cabeza le iba a estallar, creía que era su final, pero para su sorpresa no sentía pánico, no sentía miedo, solo quería que todo terminara. Quería descansar. Dormir.

—Se acabó. Sin munición —dijo *Belmonte*.

—Yo tampoco tengo, iré a por más, ¿tú quieres *Pichón*?

—Sí, me queda un peine, pero otro no me vendría mal, Manuel. No quiero quedarme seco en medio de la noche.

—Y tú qué Luis, ¿quieres? —Manuel descubrió al periodista tumbado en el suelo desvanecido y lo incorporó apoyando su espalda en el muro. La mirada perdida de ojos cansados y enrojecidos revelaba los efectos de la sed y el agotamiento—. *Pichón* ven aquí, hay que reanimarle, trae la cantimplora.

El amigo vertió algo de los orines sobre la nuca de Luis y mojó un pañuelo que puso sobre su cabeza.

—¿Mejor?

Luis movió la cabeza afirmativamente al tiempo que tocaba el brazo del soldado.

—Volveré en un rato, ¿de acuerdo? —dijo Manuel levantándose para ir en busca de la ansiada munición.

—Vete… vete tranquilo —respondió pausadamente.

Después de ir a la barraca donde guardaban la munición Manuel regresó a su posición agachado, sujetaba un puñado de peines entre sus manos y su cuerpo. Luis se incorporó al verlo acercarse, quería dar la impresión de que estaba bien, que estaba listo para ayudar en la defensa, se giró y cogió su fusil.

Escuchó una detonación y una lluvia de cascotes y metralla cayó sobre él haciéndole caer. Al mirar atrás pudo ver que Manuel estaba tirado en el suelo boca arriba, cubierto tierra. Una granada impactó a su lado cuando se acercaba. La explosión arrancó parte de su pierna izquierda dejando al aire el hueso astillado entre jirones de carne quemada, su cara estaba salpicada de pequeñas heridas producidas por las piedrecillas que se proyectaron. Aturdido por la explosión, apenas se había enterado de lo que le había pasado. Luis al verlo se quedó paralizado, su amigo estaba destrozado en el suelo.

Belmonte y *Pichón* corrieron a coger a Manuel para acercarlo al parapeto. Lo cogieron por el correaje de las cartucheras y lo arrastraron rápidamente al muro entre los gritos de dolor que Manuel profería. Luis seguía allí parado, miraba la pierna de Manuel mientras *Pichón* intentaba hacerle un torniquete en el muslo, *Belmonte* se quitó la camisa para envolver aquel muñón sanguinolento y pedía ayuda a gritos.

—Luis despierta ¡coño! —dijo *Pichón*—. Necesitamos vendas, algodón, lo que encuentres ¡Vamos!

El suboficial José Cárdenas ordenó abrir fuego para defender la posición, se acercó corriendo para ver el estado del herido y comprendió la gravedad de inmediato. Rápidamente se dirigió a su tienda buscando una camisa limpia que sirviera de apósito para la herida. Manuel se agarraba al pie de Luis, que seguía como una estatua, entre quejidos y gruñidos. Al sentir la presión en su tobillo despertó del trance en el que se encontraba. Agachándose, cogió la mano de Manuel que aullaba de dolor y lo sujetó por la cabeza.

—Manuel, tranquilo, te curaran, no te preocupes, no te preocupes —repetía con desesperación intentando animar a su compañero.

—No… —dijo estremeciéndose—. Aquí acaba mi…

Manuel se retorcía de dolor mientras Luis seguía cogiéndole la mano y sus compañeros hacían lo imposible por vendar la herida y cortar la hemorragia.

Federico de la Paz comunicó a Annual que estaban siendo hostilizados con granadas y era necesario que bombardeasen la zona. El cabo de la estación de señales transmitió las órdenes que más tarde se transformaron en cañonazos cuyos proyectiles cayeron alrededor del campamento. De la Paz, erguido junto a la barraca de telégrafos exponiendo su vida a los francotiradores, corregía y dirigía el tiro a través de sus prismáticos, sabía que era su hermano el que estaba al otro lado y tenía plena fe en que sus indicaciones cumplirían su misión.

Los proyectiles caían formando una línea defensiva alrededor del campamento. A cada explosión el cuerpo de Luis se estremecía mirando aquel muñón sangriento que era vendado por el suboficial.

Instantes después los cañones dejaron de disparar, poco a poco el viento arrastró las nubes de polvo apareciendo de nuevo aquel paisaje lunar de cráteres y cuerpos destrozados. Otra vez la calma y el silencio invadieron el campamento.

—Esto se acabó para mí amigo… no te preocupes, tú saldrás de aquí —dijo Manuel a Luis.

—No pienso irme sin ti —contestó el periodista agarrando fuerte la mano del herido.

El comandante Benítez se acercó y supo de inmediato que aquel soldado no tenía ninguna opción de sobrevivir sin asistencia médica.

—Tranquilo soldado, mañana al amanecer vendrán y traerán todo lo necesario para que te curen esa pierna y mañana estarás en el Hospital Docker de Melilla.

El resto de la guarnición, que aún podía sostenerse, seguía vigilante en el muro temiendo un nuevo ataque tras el bombardeo.

En el muro sur del campamento, tras la barrancada, se escuchó a un moro que gritaba pidiendo que no disparasen pues traía un mensaje para el jefe del campamento. Al fondo se adivinó en la oscuridad un paño blanco que se agitaba.

—No disparar, *paisa* no disparar.

—¡Qué quieres!

—Traigo mensaje de Abd el Krim.

Bustamante permitió que se acercara y ordenó que una escuadra se preparara para salir. La oscuridad y el miedo a una emboscada atenazaban a los soldados que dejaron la seguridad del campamento tras Bustamante. Despacio, mirando a cada lado, la escuadra avanzaba temerosa hacia el moro que permanecía de pie justo en el borde de la barrancada. Bustamante pistola en mano, andando erguido y decidido se acercó a él siendo observado por el resto de la guarnición con atención.

—Dámelo, yo se lo daré.

El moro sacó una carta de la manga de su chilaba y se la entregó a Bustamante.

—Mi señor Abd el Krim necesita saber la respuesta.

—Sí, ¿verdad? Ya me lo imagino... No te muevas de aquí, ya te la diremos.

El moro inclinó la cabeza aceptando y contestó que esperaría ahí mismo la respuesta.

Bustamante y su escuadra regresaron al campamento cautelosamente, andando de espaldas. Al llegar dentro entregaron el mensaje a Benítez y este le ordenó que avisaran a los oficiales para que se reunieran con él en su tienda.

Al Jefe del campamento español:

Escuchamos los gritos y lamentos de sus heridos, hemos evitado los intentos de rescate y los volveremos a evitar. Sus mandos, ciegos a la realidad y crueles con sus soldados, los han abandonado. No queremos más derramamiento de sangre. Han defendido el campamento con honor y lealtad. Sin agua ni municiones la resistencia es inútil.

Rinda la posición y marche con sus hombres y su bandera libremente hasta Annual. Sus vidas serán respetadas.

Mohamed Abd El Krim

Benítez leyó la carta a sus oficiales a la luz de una pequeña lámpara de petróleo. Al terminar la lectura los miró a los ojos, Bulnes, De la Paz, Castro, Galán, Bustamante, Nougués y Casado aguardaban en silencio las palabras de su comandante. Benítez se acercó a su mesa y empezó a escribir en la misma nota que le fue entregada.

—Casado, entregue esto al moro y vuelva a su puesto inmediatamente —Casado se llevó la mano a la frente y se marchó a cumplir la orden.

—No, no rendiré el campamento —los oficiales, aliviados por la respuesta, se alegraron por aquella decisión—. Quiero que se preparen para una nueva arremetida por parte del enemigo, saben de la concentración de fuerzas en Annual, no cabe duda de ello, esta carta lo prueba y atacaran con todas sus fuerzas para evitar el convoy y conquistar nuestra posición. Debemos resistir a toda costa —dijo mirándolos fijamente.

Luis vio a Casado que salía de la tienda de Benítez y se acercó a él.

—¿Qué pasa teniente?

—Los moros nos ofrecen la rendición.

—¿Qué contesta Benítez?

—Léelo tú mismo *Plumilla*.

Casado enseñó la nota a Luis que pudo ver como debajo de la firma de Mohamed Abd el Krim, Benítez escribió con letras mayúsculas *¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVAN MIS SOLDADOS!*

Apesadumbrado se la devolvió a Casado que aceleró el paso hacia el muro, allí le esperaban los soldados para entregarle la nota al moro. Luis reconoció la firma de Abd el Krim, era la misma que rubricaba la carta que el coronel Morales le enseñó antes de su partida. Lejos quedaba aquella noche, lejos quedaban las propuestas de paz.

Los oficiales se despidieron de Benítez saludándolo militarmente en la entrada de la tienda, cuando todos se marcharon y Benítez se encontraba guardando los mapas y documentación que tenía sobre su mesa, el periodista entró.

—¿Por qué seguimos aquí comandante? ¿Por qué no acepta la propuesta de rendición y nos marchamos de este maldito lugar con los heridos? Usted sabe que no conseguirán rescatarnos, ¿por qué aguantar más? Mírelos, llevan cuatro días sin beber, sin medicinas y apenas nos queda munición, cuando mañana no lleguen, ¿qué pasará con nosotros? Puede ser nuestra única oportunidad.

—No te habrás creído esa carta, si nos rendimos acabarán con nosotros, tal vez dejen a algún oficial vivo para pedir rescate, pero no perdonarán la vida a un solo soldado. ¿Crees que a los de artillería les dejaran irse libremente? Si me niego a rendirme es por ellos, porque quiero darles una oportunidad de regresar a sus casas, quiero que su sacrificio merezca la pena, que sirvan para algo las vidas de los que están ahí fuera cubiertos de moscas. Si abandonamos esta posición atacarán Annual, en cambio, si aguantamos, Annual resistirá y se podrán salvar miles de vidas. Somos la primera ficha del dominó. Si caemos nosotros, otros muchos nos seguirán. Debemos resistir.

—¿Resistir? ¡No se puede resistir más! ¿Qué guerra es esta?

—Podemos resistir un día más y resistiremos, mañana vendrán a por nosotros, hay concentrados cerca de cuatro mil soldados en Annual —Benítez miró a Luis—. Vendrán.

—De verdad cree que conseguirán llegar aquí mañana —preguntó incrédulo el periodista.

Benítez se quitó sus gafas redondas con evidentes signos de agotamiento y presionó la zona de la nariz donde las lentes descansaban intentando aliviar la presión que ejercían en ese punto.

—Esperamos un asalto enemigo, intentarán desgastarnos para el combate de mañana, váyase a su puesto. Mañana saldrá de aquí en dirección a Melilla.

Luis se quedó mirando a Benítez que escribía en su diario de operaciones.

—De acuerdo… Adiós.

Se despidió malhumorado, no creía que los refuerzos llegaran, pero debía al menos hacérselo creer a Manuel. Tampoco pensaba que era buena idea la rendición después de ver lo que les sucedía a los soldados que se rendían, en el fondo sabía que Benítez tenía razón, pero ¿acaso había otra salida para su amigo? De cualquier modo, todo estaba decidido, aguantarían la posición esperando la llegada del convoy.

—¡Cabo! ¡Cabo! Comunique con Annual que hemos recibido oferta de capitulación por parte de Abd el Krim y que ha sido rechazada.

—Sí mi comandante, ahora mismo.

Valeriano transmitió de inmediato. A los pocos segundos desde Annual empezaron a mandar señales.

—Es el general Navarro, comandante, dice… «*Resistid esta noche,*

mañana juramos seréis salvados o todos moriremos en el campo del honor»

—Conteste al general: «*Resistiremos hasta el final*»

Los soldados se dispusieron en sus aspilleras, a pesar de saber que al día siguiente se intentaría un nuevo convoy las esperanzas de éxito eran mínimas y la moral estaba por los suelos, hay quienes no aguantan un segundo más y caen desplomados, ellos no podrán cumplir la promesa de Benítez a Navarro.

Para ellos, Igueriben acabó aquella madrugada del 21 de julio de 1921.

Los rumores de que el líder rifeño había pedido por carta la rendición de la posición y la negativa del comandante a ello recorrieron el campamento como una riada, por supuesto no todos estaban de acuerdo con la decisión tomada, pero confiar en la palabra de Abd el Krim era elevar mucho la apuesta. Era jugarse la vida. Apostados, esperando el asalto de los moros, aquella noche de luna llena, después de cuatro días sin beber agua, sitiados y conviviendo con la muerte, los españoles se preguntaban por qué seguían allí.

La sed y la desesperación juegan malas pasadas a los hombres que se dejan llevar por esperanzas vanas. No se podía confiar en los que masacraron a los heridos del último convoy. Aquellos que ahora prometían la libertad a cambio de la rendición, los degollarían sin piedad.

La lealtad a Benítez fue sin duda lo que impidió que en aquellas circunstancias no se produjera ninguna rebelión y los soldados abandonaran la posición.

—Tranquilo Manuel, mañana nos rescatarán —el periodista debía poner todo su empeño en animar a su amigo, sin embargo, el herido no podía oírle, la fiebre le consumía y perdía el conocimiento constantemente. Aunque había dejado de sangrar gracias al vendaje y a los apósitos colocados, la infección y la sangre perdida no le darían ninguna oportunidad si no lo atendían cuanto antes.

—Está dormido *Plumilla* —dijo *Pichón*—. Es mejor así, no sufrirá tanto.

—No sufrirá tanto… —repitió en voz baja el periodista sacando de su bolsa de lona la libreta donde escribía sus crónicas.

Sentado junto a su amigo, apoyándose en una caja de municiones, se disponía a escribir la que posiblemente fuera la última crónica y debía aprovechar aquella tregua y la luz de la luna llena. Miraba el campamento haciendo esfuerzos para buscar la palabra adecuada que describiera aquella siniestra y triste realidad. Buscaba un título para su último artículo, tras unos segundos de meditación entendió, que solo había un título posible: *La Verdad*, y cómo iniciar su última crónica no fue tan difícil.

«*Me llamo Luis Codrán, y voy a morir en Igueriben*».

—España os observa… España os observa… España os observa…

Arrodillado frente al cadáver de su amigo, con la mirada perdida en un horizonte imaginario, Luis repetía como si estuviera hipnotizado la arenga de Ovidio.

La explosión de un proyectil sacó al joven de sus recuerdos, el ruido atronador de la detonación lo devolvió al presente. *Pichón* le pedía a gritos que volviera a su tronera.

Los moros sufrían el bombardeo desde Annual que sin descanso disparaban sus cañones. Muchos permanecían en sus escondites disparando a los defensores, aguantaban con sangre fría esperando a tener a algún soldado a tiro sin preocuparse por la lluvia de proyectiles que caían lanzados por la artillería española. Muchos, españoles y moros, no verían el amanecer.

El temido ataque que Benítez sospechaba había empezado. Se abalanzaron contra la posición española gritando, disparando sus fusiles y lanzando piedras con ondas. Los moros pretendían conquistar la posición para evitar que a la mañana siguiente se produjera el convoy. El impacto sobre la moral de los soldados en Annual se desplomaría y haría más fácil su caída.

Benítez seguía recorriendo el parapeto animando a sus hombres «resistid valientes, resistid», De la Paz mandaba señales a Annual pidiéndoles que el bombardeo fuera más intenso; Galán con la ametralladora abría fuego sin saber ya donde dirigir sus ráfagas, Bulnes con un fusil disparaba desde la tronera del muro animando a los defensores que estaban a su alrededor; el cabo Vicente Riera no paraba de llorar y gritar presa de la desesperación mientras clavaba una y otra vez su machete en un saco terrero; el soldado Severino con el rostro estremecido, casi enloquecido, disparaba cada vez que veía moverse algo en las sombras; el teniente Ovidio caminaba impasible por el muro disparando a través de las troneras que veía sin defensores, caminaba erguido, con paso lento pero decidido; Nougués disparaba el cañón barriendo a decenas de enemigos; Dávila no dejaba de gritar «matad a esos hijos de puta» mientras disparaba con su máuser, y Luis abrazaba el cuerpo de su amigo; incapacitado para comprender todo aquello, intentaba buscar una explicación a la muerte de Manuel. buscar la manera de asumir lo que estaba viviendo, de comprender tanta locura, de aceptarlo.

XIII. IGUERIBEN NO SE RINDE

60

Los moros habían dejado de atacar, el campamento resistió a pesar de todo, aquellos españoles se negaban a ser derrotados. Querían sobrevivir o matar al mayor número de enemigos antes de caer, el grado de sufrimiento al que han sido sometidos hace imposible discernir la motivación para pelear cuando por las leyes de la naturaleza aquellos cuerpos deberían estar inanimados.

Pronto amanecería, todos estaban en sus puestos con los fusiles en las manos. Habían rechazado a los moros nuevamente en su invasión nocturna y se parapetaban a la espera de mejor fortuna en el intento de rescate. Como en las otras ocasiones, el enemigo concentraría todo su potencial en las barrancadas, en los caminos y los cortados de Igueriben. El convoy sería tiroteado desde las trincheras y escondites naturales que aquel terreno ofrecía. Desde la Loma de los Árboles se les dispararía sin piedad. Morirían cientos antes de llegar a Igueriben, y después estaría el regreso por el mismo camino salpicado de cadáveres y heridos a los que recoger. Aquello era una locura, era jugarse el todo por el todo. Después de los intentos fallidos de rescate por parte de otros convoyes la moral de los soldados no estaba a la altura, sabían que iban a una carnicería, sabían que iban a una muerte segura.

No había movimiento dentro del campamento, no se oyen voces ni lamentos, ya ni los muertos son cubiertos. Extenuados por el combate mantenido durante la noche apenas tenían fuerzas para respirar. Apoyados sobre el muro, esperaban al convoy o a la muerte. Pronto el sol se levantaría y comenzaría de nuevo a torturar a todos los que se encontraban a merced de sus rayos en aquel maldito campamento, cuyo olor a muerte, apenas si era ya molesto a sus defensores, quizá porque ellos eran ya cadáveres.

Las primeras luces de la mañana se abrieron paso entre la oscuridad descubriendo a Benítez apoyado en una caja vacía de municiones ubicada junto a la entrada, semidormido, con la pistola en la mano, con los ojos entornados, golpeado por el viento que agitaba su pelo despeinado. Junto a él se encontraba Federico, escribía una carta. Galán, echado sobre la ametralladora vencido por el agotamiento dormía al igual que lo hacía su servidor. A través de una tronera y procurando no ofrecer un blanco fácil, Osuna miraba con

prismáticos el camino de ascenso a Igueriben que era batido desde la Loma de los Árboles. Entre dientes repite una y otra vez: «Vamos, vamos… Apareced ya… Vamos, vamos…»

Aprovechando el cansancio de los soldados, uno de los componentes de la policía indígena no dejó pasar la oportunidad de abandonar el campamento para unirse a la harka, sin embargo, nada más asomar la cabeza, al perder la protección del muro, un rifeño le disparó matándolo en el acto. Aquel disparo alertó a los oficiales y a Osuna que girándose se percató de lo sucedido.

—¡Maldito traidor! Ese se ha llevado lo suyo por querer escapar.

El teniente Casado responsable de la vigilancia de los miembros de la policía indígena se dirigió hacia ellos con la pistola amartillada.

—El próximo que intente escapar recibirá un tiro por la espalda —amenazó.

Casado apuntaba al cabo de la policía que estaba flanqueado por los dos últimos supervivientes del grupo de nueve agentes que lo formaban al inicio del asedio. Este no dejaba de repetir su lealtad a España y que él no era ningún cobarde.

Osuna se acercó a Casado con otro soldado apuntándoles con el fusil, dando a entender que había más ojos vigilando su lealtad.

Luis abrió los ojos. Por un momento pensó que no estaba en Igueriben, pensó que no estaba en aquella guerra que no existía para España. Pero aquella guerra era real, cruel e inmisericorde para esos hombres. Debía hacer todo lo posible para mostrar la realidad, para que esos soldados, el cantinero, su amigo Manuel y todos los que intentaron llevar una maldita gota de agua a Igueriben, y murieron en el intento, fueran recordados, fueran reconocidos. Intentaría que esta guerra, la que él estaba viendo, la guerra que siempre fue pero que no existía, fuera conocida. Y que los que permitieron esa masacre con su dejadez, ineptitud, avaricia y corrupción pagaran por ello.

—Deben conocerlo… —se dijo—. Tal vez si llegara al campamento…

61

—¡Mi comandante!

—Ya lo oigo Osuna. El convoy ha salido. Prepárense para la defensa, tal vez nos ataquen o debamos cubrir su entrada, en cualquier caso, quiero a todo el mundo despierto y preparado. Sé que pido un imposible, pero debemos hacer un último esfuerzo. ¡Todos a sus puestos!

Al campamento llegó el eco sordo del retumbar de las explosiones y repiquetear de las ametralladoras, el convoy estaba en marcha. Era

el momento de la verdad.

Benítez entró en su tienda, no permitiría que aquel convoy llegara a su campamento y lo viera sucio, con la guerrera rota y manchada de sangre. Aquella guerrera la conservaría para él. Al quitársela y tocar la mancha de sangre no pudo reprimir un estremecimiento al recordar lo sufrido, él sabía que todo acabaría ese mañana para bien o para mal.

—¿Comandante?

Benítez se volvió y vio la figura del periodista que se recortaba en la entrada de la tienda.

—¿Qué quiere Codrán?

—Mi comandante… Quisiera pedirle un favor…

—Usted dirá, pero dese prisa.

—Le ruego que en su informe no mencione que Manuel se suicidó.

Benítez miró durante un instante a Luis fijamente a los ojos.

—De acuerdo, pasaré por alto eso. A cambio, usted me hará otro favor a mí.

—¿Yo?

Benítez sacó una carta de un libro sobre su mesa y se acercó a Luis.

—Quisiera que entregara esta carta a mi esposa si algo me pasara hoy —dijo acercándole la carta.

—¿Por qué yo?

—¿La verdad?… Usted no pertenece al ejército y por tanto no está sujeto a sus normas, a sus leyes más sagradas —hizo una pausa corta mirando la sangre de la guerrera que tenía en sus manos—. La responsabilidad de un oficial es la de salvar la vida de sus subordinados… Aún a costa de la suya misma —Benítez se dirigió hacia el baúl donde tenía la ropa sin dejar de hablar con el periodista —. En cambio, usted, como civil, está liberado de tales responsabilidades, creo que… Además, por su profesión, tiene el deber de salir con vida de aquí, por eso se la doy a usted. Si el campamento es asaltado debe abandonarlo. Aproveche la más mínima oportunidad y corra hasta Annual. El enemigo se ensañará con nosotros, no desperdicie ese tiempo y corra.

Luis lo miró fijamente, sosteniendo la carta entre sus manos, Benítez se abotonaba una guerrera limpia mirándolo, esperando su respuesta.

—No sé qué decir…

—No tiene que decir nada, guárdese la carta en su chaqueta, y si muero… Entréguela a cualquier oficial de Annual, sabrán que hacer con ella. Si salimos de esta me la devuelve y en paz.

—De acuerdo.

—Y por lo que más quiera Codrán, no haga tonterías, ¿de acuerdo? Debe sobrevivir.

Luis sonrió un instante.

—Eso me dijo mi padre —murmuró.

Frunció los labios y movió la cabeza afirmativamente mientras se guardaba la carta. Se agachó con precaución al salir de la tienda y corrió hacia su puesto dejando solo a Benítez. Fue entonces cuando vio el cadáver de la perra *Niebla*. No pudo evitar un estremecimiento en su cuerpo mientras regresaba a su puesto al verla rodeada de moscas. Aquel animal pulgoso de mirada casi humana, que dio calor y risas, se quedaría allí para siempre con sus camaradas.

Sentado ya en los sacos terreros se preguntó qué haría Benítez en aquellos instantes de soledad. Aquellos instantes para los que nadie te prepara. El momento de afrontar la jornada más importante de tu vida y de las vidas de cuantos allí estaban. Quizá rezara, aunque el comandante Julio Benítez no parecía de esos que se abandonan a las manos de Dios. Benítez había visto demasiados muertos y pisado tantos campos de batalla como para saber que, en la guerra, no puedes buscar a Dios. Tal vez, simplemente guardara sus efectos personales en aquel baúl que tenía y preparara los informes, memorias, mapas y toda la información militar que considerara oportuna, para ser destruida o llevada a Annual. Con mimo miraría la foto de su mujer y de su hija para después guardarla en el bolsillo de su chaqueta y dando una profunda inspiración saldría de la tienda dispuesto a cumplir con su deber. Dispuesto a dar la vida por sus hombres.

El paqueo esporádico, al que los moros sometían a la posición, fue transformándose en continuo y finalmente en un asalto en toda regla. Los moros, sabedores del intento desesperado de los españoles por rescatar Igueriben tenían que acabar antes con la posición, debían evitar que el convoy cumpliera con su objetivo en caso de superarles en el camino. Se trataba de conquistar a toda costa Igueriben. Que el sacrificio de la columna de rescate fuera estéril, que los españoles lucharan y murieran intentando rescatar a unos camaradas que ya estaban muertos y que al llegar allí se encontraran con los rifeños. La noche anterior, Abd el Krim había solicitado la rendición de la posición, si decidieron quedarse a luchar, lucharían y morirían.

Conquistando Igueriben y aniquilando la columna de rescate, la victoria sería total, Abd el Krim tendría la lealtad de todas las cabilas, incluso de las que aún no se habían unido a él, y el control de todo el Rif.

Benítez salió de su tienda. La posición respondía al intenso fuego de los moros procurando no desperdiciar ni un solo proyectil, todos los oficiales se encontraban disparando desde las troneras con los fusiles junto a los soldados. A cada disparo que ejecutaban daban ánimo a los soldados que debido a algún milagro aún se sostenían. Luis introdujo los cuadernos en su bolsa de lona, cogió el fusil de Manuel y se dispuso a defender la posición. Aunque Benítez preferiría

que se pusiera a cubierto sonrió orgulloso y agradecido al mirarlo. Rápidamente se dirigió al puesto de observación junto a la entrada, en la esquina noreste del muro, desde donde se podía observar el movimiento de las tropas españolas, allí ya se encontraba Federico de la Paz y junto a él, agachado entre los sacos terreros, el cabo telegrafista a la espera de las indicaciones que este le hiciera.

—Capitán ¿qué tal el avance?

—Parece que ha empezado bien comandante, por lo que veo se han dividido en tres columnas, están empezando a ocupar las primeras cotas, tal vez mi hermano venga en una de ellas...

—No se preocupe por él, seguro que llegará aquí y le relevará, en Igueriben siempre debe haber un De la Paz —dijo lanzándole una sonrisa cómplice.

—Siempre, mi comandante.

Benítez observaba el campo de batalla con los prismáticos.

—Hay tres frentes, esta vez han cambiado de estrategia —hizo un gesto de desaprobación—. Una central escoltada por los flancos; a la derecha la Loma de los Árboles y a la izquierda la harka atrincherada detrás de cada piedra, de cada arbusto... Si un flanco cae, caerá el convoy.

El comandante dirigió sus gemelos a la Loma de los Árboles.

—Si no tomamos esa maldita loma no se conseguirá nada. La aviación debería dar apoyo bombardeando las trincheras, no entiendo por qué no están aquí ya. Insisten en enviar el convoy desde Annual en vez desde Izummar, por nuestra espalda, cogiendo por sorpresa a los moros. Deberían venir por otro camino, este está tan plagado de trincheras que será imposible superarlo sin la aviación, sin el apoyo aéreo están perdidos.

—Quizá se estén retrasando, lo de ayer sería un reconocimiento para calcular tiempos y señalar objetivos ¿no cree comandante?

—Eso espero. Si no fuera así seremos testigos de otro fracaso, de otra masacre. Y después… Caeremos nosotros.

—Lo que me revuelve las tripas es que desde aquí no podemos darle apoyo artillero, solo nos quedan doce proyectiles —dijo con rabia De la Paz.

Los españoles ascendían por un camino lleno de cuerpos desnudos y mutilados de los soldados que intentaron llegar anteriormente. El olor de los cadáveres putrefactos anunciaba a los soldados que comenzaba el camino hacia la muerte.

En ese momento, Benítez bajó lentamente sus prismáticos y dejó escapar de su boca una suave y apagada exclamación —«Dios Santo»—. Lo que vio el comandante lo dejó paralizado, como si fueran hormigas que salieran a defender su nido del invasor, las lomas, las laderas, las barrancadas, cada centímetro cuadrado de aquella tierra

se llenó de rifeños que atacaban a las columnas del convoy en masa. Eran millares que se abalanzaban sin miedo a la muerte contra la columna de rescate. Durante la noche anterior la harka fue aumentando en número para derrotar definitivamente al ejército español, la acumulación de efectivos resultaba demoledora.

—¡Malditos hijos de puta!

—No dejes de disparar Gervasio, pero no desperdicies ni una sola bala.

—Mi sargento no dejan de salir moros por todos lados.

—Aguantaremos el asalto. Resistid, los nuestros ya vienen en camino.

—¿Cuántas balas te quedan? —preguntó el sargento Ricardo sin parar de apuntar y disparar a través de la tronera.

—Creo que un peine, pero si... Sargento...

Gervasio cayó desplomado al suelo. Una bala le impactó en el pecho. El sargento se arrodilló junto a él, tapaba la herida con su mano intentando tranquilizar al soldado quitándole importancia. Pero poco podía hacer. El proyectil se alojó en medio del pecho y el soldado murió en pocos segundos sin poder articular palabra, sintiendo como la vida se le escapaba. La serenidad se iba apoderando de Gervasio por instantes y un segundo antes de dejar de respirar, pudo mirar al sargento con una mueca de felicidad. De paz. Aquel tormento había acabado.

62

El sargento Ricardo era parte de la treintena de hombres asignados en la entrada del campamento que formaban la compañía de intendencia que decidió quedarse en Igueriben el día 17. Tuvo poco tiempo para lamentarse por aquel soldado que exhaló su último aliento; el cañón que fue sustraído en Abarrán volvía a escupir fuego aprovechando que desde Annual se protegía el convoy.

Su primer proyectil impactó de lleno junto al sargento. El efecto de explosión fue devastador. Ricardo cayó con la espalda destrozada por la metralla junto con parte del muro de sacos terreros. Varios soldados cayeron heridos también, el soldado Alamino tuvo que hacerle un torniquete en el brazo al cabo Sardiña para evitar que siguiera saliendo sangre.

—Aprieta bien fuerte no quiero desangrarme —gruñía entre gritos de dolor.

—No, no se preocupe cabo —gritaba Alamino manipulando un correaje torpemente debido a los nervios y a que tenía las manos empapadas en sangre.

Heliodoro no sabía lo que pasaba, tumbado en el suelo, aturdido, sufría un terrible zumbido en los oídos, se tocó la cabeza y vio frente a él una mano borrosa manchada de sangre. La herida junto a la oreja izquierda manaba sangre. Nerviosamente buscó en su bolsillo un pañuelo con que taponarse la herida, sabía que tenía abierta la cabeza, pero no sabía hasta qué punto. Ni quería saberlo. Logró sacarse un pañuelo de su bolsillo, sucio y hecho un manojo, se lo colocó un poco a ciegas en el lugar donde más agudo se hacía el dolor. Fue entonces cuando notó que algo no iba bien. Pudo palpar una depresión en su cráneo. Alguna piedra al salir despedida golpeó su cabeza, pero no pudo romper el cráneo, sin embargo, este fue literalmente abollado por la fuerza del impacto.

El soldado Jenaro al oír silbar el proyectil que caía se tiró al suelo instintivamente encogiendo la cabeza a la vez que se la cubría con las manos. Después de la detonación esperó a que la nube de polvo y lluvia de cascotes cesara. Con cautela esperando otra granada se levantó mirando hacia donde escuchó aquella detonación. Pudo ver como Alamino ayudaba al cabo Sardiña intentando cortar la hemorragia que la metralla le produjo y como Heliodoro sufría horribles convulsiones. Apiadado por aquella imagen se acercó a este para procurar sujetarlo. Cuando se puso sobre el soldado, agarrando sus brazos, pudo ver cómo sus ojos estaban en blanco y su expresión estaba atenazada con las mandíbulas encajadas. Salía sangre por su boca, y el sonido de un gorgoteo se hacía terriblemente audible. Asustado gritaba pidiendo socorro, pero nadie le hacía caso, todos estaban defendiendo el campamento.

Los peines de munición para la ametralladora de Manuel Lerma se acabaron. Su servidor Emilio salió corriendo en busca de un peine de munición que alimentara a la ametralladora. Pero no pudo conseguirlo. Apenas había dado unos pasos cuando recibió un disparo que hizo que doblara las rodillas derribándolo al suelo. Lerma, al verlo caer gritó lleno de dolor y rabia. Otra granada explotó sobre la posición, sin embargo, este ni se inmutó. Su mente no estaba ya en Igueriben. Miraba fijamente a su amigo tendido en el suelo. Lentamente, como si nada existiera a su alrededor, se levantó y caminó hasta el cuerpo. Al llegar se arrodilló y cogiéndolo en brazos volvió a su puesto en el parapeto. Las balas siseaban a su alrededor sin acertarle, dejó a su amigo junto a la Hotchkiss y él se sentó sobre el pequeño taburete del trípode que la sostenía, con la mano puesta en el disparador esperando el peine de munición.

Los servidores de uno de los Schneider de 75 mm permanecían agachados junto a estos, estaban preparados para disparar a una orden de Federico, pero no podían hacer uso de las últimas doce balas salvo por orden expresa de él o del comandante Benítez. Nerviosos,

aguardaban la orden sabiendo que una vez que se terminaran las municiones tendría que inutilizar el cañón. Y en ello les iba la vida.

En el muro sur, Ovidio repetía en voz baja sus movimientos: «apunta, dispara, carga..., apunta, dispara, carga...» Cuando acabó el peine se palpó buscando otro en sus bolsillos, pero no tenía, al mirar a su lado vio que un soldado junto a él estaba muerto. Ni siquiera se había enterado. Se acercó a su cuerpo y abriendo las cartucheras encontró un peine que introdujo en su máuser. «Cargar, apuntar disparar..., cargar, apuntar, disparar...»

La artillería enemiga volvió a hacer fuego sobre la posición. Otra maldita bala hacía blanco dentro del recinto del campamento. Más vidas terminaban en aquel momento y otras se apagarían por las heridas sufridas. Federico miraba a Benítez suplicándole que le dejara silenciar aquel cañón, pero Benítez debía guardar aquellas últimas balas. Algo en su interior le decía que aquel convoy que se batía en las lomas y en el camino a Igueriben, no lograría su objetivo.

Aquella reserva de granadas debería defender la posición del último asalto rifeño.

—Se acabó *Pichón,* no puedo más...—*Belmonte* se derrumbó jadeante repitiendo una y otra vez que no podía más.

Allí, en el suelo, boca arriba, el cabo *Belmonte* con los ojos entornados, sentía que su hora había llegado, llegó a sus oídos el rumor de aplausos y olés que jaleaban a los toreros, recordó aquel día en Las Ventas en el que aprovechando su amistad con el portero y llevando una barra de hielo en el hombro para el bar del coso, se coló en el callejón, aquella tarde gloriosa del 21 de Junio de 1917 en Madrid, donde se medirían Gaona, Joselito y Belmonte. Delante, seis toros y el público que pitaba al *Pasmo de Triana*. Recordó como defendió al matador de toros gritando él solo a las trece mil almas que lanzaban insultos al diestro, cómo se acercó al torero que estaba abatido y le dijo que él era el mejor de todos y que ese último toro iba a ser la mejor faena de su vida. Recordó la mirada afectiva del matador y el arrojo con que salió al albero.

—La mejor... faena... de su vida... maestro.

—¿Qué dice? —preguntó *Pichón* al periodista.

—Está delirando. Hay que evitar que le dé el sol en la cabeza.

Luis y *Pichón* lo cogieron de los brazos arrastrándolo hasta el murete junto al cuerpo de Manuel, colocaron una chaqueta sujeta a dos fusiles para tener algo de sombra que le protegiera de los rayos solares. Aquel murete donde Luis y Manuel soñaron no hace mucho en volver a Madrid, donde Luis lo recomendaría en el periódico para trabajar juntos. Viajarían por el mundo mandando las noticias a «*La Crónica de España*». Sin embargo, eso ya no sería posible.

—¡Luis! ¡Luis! —gritó *Pichón* al periodista que con un fuerte

parpadeo de sus ojos parecía despertar de un sueño—. Está muy mal.

—Déjalo a la sombra, esperaremos que se reponga, en cuanto llegue el convoy le daremos agua, ahora... —las balas de los rifeños siseaban por encima de sus cabezas, los dos amigos continuaban haciendo fuego desde sus aspilleras escuchando como se incrustaban en los sacos terreros las balas de los rifeños.

El enemigo atacaba la posición con todos sus efectivos. De nuevo otro impacto de la artillería enemiga hizo blanco en la posición.

—¡Basta!, ¡basta! —gritó desesperado Federico que se dirigió hacia el muro donde se encontraban los cañones con la intención de abrir fuego.

—¡Capitán! no dispare ni una bala, ¡es una orden!

—Nos están asesinando comandante, y no hacemos nada.

—Aguantaremos en la posición y esperaremos la llegada del convoy —dijo con autoridad Benítez—. En caso de no llegar tendrá tiempo suficiente para disparar sus últimas doce cargas.

Aquellas palabras dejaron a Federico intranquilo, conocía bien a Benítez y sabía de sobra que esa expresión parecía más una sentencia firme que una posibilidad.

—Tendré a los hombres preparados para cuando usted lo ordene comandante —dijo resignado Federico comprendiendo que aquellas doce balas, serían las últimas que dispararía.

63

Luis empezó a observar que los moros disminuían la intensidad de su acometida, ya no avanzaban, sino que se quedaban estáticos en posiciones y disparaban desde ellas. Se preguntaba cuál sería el motivo del cambio de actitud. Pensó que se iniciaría un bombardeo en la zona, pero el enemigo solo tenía un cañón y no pararían un asalto por eso. Posiblemente al disminuir el número de efectivos del enemigo estos se vieron obligados a mantener sus posiciones, dejando que la sed y el agotamiento hicieran el trabajo por ellos. Decidió resguardar mejor a *Belmonte* aprovechando la tregua. Al agacharse para acercarlo más a la base del muro se dio cuenta de que su amigo ya no hablaba, *Belmonte* ya toreaba en otras plazas donde una barra de hielo le refrescaba y donde se respiraba el aroma de los puros y no el de la muerte.

Pichón vio a Luis cerrando los ojos del cabo. Sabía que su amigo ya no sufría, apretó los dientes, miró a través del punto de mira de su máuser y se propuso no dejar un solo enemigo con vida. Moriría allí en Igueriben, pero lo haría luchando hasta el final. Ya no le importaba el convoy, ni la sed, ni España, ni el rey, ni la madre que los parió a

todos. Solo quería vengar la muerte de su amigo. De su hermano.

—Uno.

Corrió el cerrojo de fusil, el chasquido metálico indicaba que otro proyectil estaba dispuesto a ser disparado.

—Dos.

Pichón dibujó en su boca una risa cruel. Repitió operación, esta vez la mira del fusil apuntaba a la espalda de un moro que no estaba lo suficientemente agachado.

—Tres.

¡Clic! ¡Clac!, listo para repetir la operación.

—Cuatro.

Un rifeño pretendía ocupar una posición más resguardada y avanzada, pero la puntería de *Pichón* se lo impidió. El chasquido del percutor avisaba que era el momento de introducir otro peine, llevó su mano a la cartuchera de la espalda, el último peine. Lo besó y lo introdujo en el cargador del máuser con movimientos rápidos y precisos.

—Cinco más a la cuenta —dijo con una voz ronca.

Luis vio en él la determinación del que lucha sabiendo que va a morir, que lo ha perdido todo: amigos, esperanzas, sueños, fe, ideales… Agotado, consumido por la sed, el único pensamiento de aquel soldado era la venganza y la única razón de que aún se sostuviera era el odio. Solo apuntaba, disparaba y contaba.

—¿Qué está pasando comandante? No veo que avancen.

—Parece que el enemigo los tiene copados, están parados en esas alturas, a la derecha del camino —contestó indicando el lugar con la mano.

—Deberían avanzar —protestó el teniente Castro que alarmado por la tardanza se dirigió a la entrada del campamento junto a Benítez en busca de alguna explicación.

—Vuelva a su puesto teniente, desde aquí poco podemos hacer por ayudarles y es posible que reanuden el ataquen en breve —ordenó Benítez.

El teniente Castro regresó al muro sur, gritaba a los soldados que guardaran las municiones al ver que el asalto se paralizaba. No podían permitirse el lujo de desperdiciar un solo proyectil. Debían sostenerse en el muro pese a todo. Debían resistir, aguantar, soportar aquel tormento a toda costa. El convoy llegaría y el enemigo sería vencido.

Otro proyectil enemigo impactó en el campamento, esta vez no causó bajas. Los soldados creen que el enemigo no puede impedir la subida del convoy y huyen disparando el cañón para hacer todo el daño posible a la entrada del destacamento en el campamento, creando así escenas de alegría que los oficiales contienen intentando que no bajaran la guardia.

—Se retiran, se retiran. ¡Viene el convoy! —gritó un soldado.

—Parece que esto se acaba *Plumilla* —dijo *Pichón* en un tono entre triste y resignado.

—No debemos confiarnos.

—Pero ¡qué dices! —increpó al periodista mientras apoyaba el fusil en la aspillera—. ¿No ves que se retiran? Está claro que he…

El sonido seco de un proyectil impactando en la carne y un quejido gutural fue lo último que Luis escuchó de *Pichón,* del soldado Cantalicio. Su corneta no sonaría más en Igueriben. Al girar su cabeza el periodista vio el cuerpo inerte del que días atrás le enseñó a usar el mauser. Tapó la cabeza manchada de sangre con el chambergo, recogió su corneta y empujó el cuerpo junto al muro. Arrodillado junto a él, puso la mano sobre su cuerpo sintiendo que todo cuanto tuvo en Igueriben había desaparecido. Y allí, maldiciéndose con amargura y rabia por seguir vivo junto a los cadáveres de sus amigos, sus hermanos nacidos de la batalla, notó una sensación de vacío y soledad que nunca antes había conocido. Y deseó por primera vez en su vida morir.

Bulnes, al ver que el asalto quedaba estancado a un intercambio de disparos entre las posiciones se acercó a Benítez. El comandante seguía el avance de las tropas españolas desde el muro junto a De la Paz. Agachados, protegidos por los sacos terreros desde la tronera, observaban a las tropas española que habían quedado paralizadas.

—¿Ya vienen? —preguntó Bulnes.

Benítez no hablaba, estaba absorto observando el desarrollo de los combates.

—Les están dando duro —respondió De la Paz sin dejar de mirar.

—Tal vez por eso han dejado de atacarnos, para reforzar a los de las colinas.

Bulnes cogió sus prismáticos y asomándose por otra aspillera intentó enfocar la imagen en el camino de subida a la Loma de los Árboles. Él mismo pudo ver la situación. Aquellos combates decidirían la suerte de Igueriben, de Annual y posiblemente de todo el protectorado. Mascullando entre dientes Bulnes animaba a los soldados del convoy, su desesperación iba a más al ver los movimientos envolventes de los moros y como sus compatriotas nada podían hacer ante tal avalancha de enemigos. En el otro flanco, los moros atrincherados en las lomas resistían ferozmente al avance de la columna de apoyo.

Luis ha cogido el fusil de *Pichón*, prefiere tirar con el de su amigo que gozaba de buen manejo con el arma, pensando que estaría mejor calibrado. Miró a su alrededor con ojos torvos. Los cuerpos de aquellos hombres con los que había convivido estaban inertes y se cubrían de moscas. Comprendió que todo estaba perdido. Apenas quedaban cien

hombres. Si las columnas de rescate no llegan ¿qué podrán hacer frente a un nuevo asalto?

—Vamos *Plumilla*, no me dejes sin salir en los periódicos.

—No… No, claro... Sargento...—dijo sin saber muy bien lo que le había dicho absorto en su contemplación.

—Oye, procura quedarte descansando un rato en la sombra, si te queda algo de meaos en la cantimplora, bébetelos, queda poco para que esto se acabe y sería una pena tener que enterrarte.

—Sí… Sería una pena —contestó.

Dávila, cogió la cantimplora y abriéndola empapó el chambergo del periodista colocándoselo en la cabeza.

—Mantén el tarro fresco, no quiero que se te asen los sesos, ¿entendido?

—Sí, sí, entendido.

—No lo olvides, mantén húmeda la cabeza y a la sombra.

—Bien, gracias sargento... Gracias.

Dávila dejó a Luis y recorrió el parapeto comprobando que los soldados que aún quedaban en pie pudieran sostenerse para el último combate. La fuerza de aquel hombre, su voluntad para vivir y seguir luchando eran admirables.

—Pero ¿por qué se paran? Tienen que avanzar, estancados ahí los matarán. ¡Avanzad, avanzad! —gritó desesperado Benítez—. ¡Cabo! mande este mensaje a Annual, ¡rápido!

—Sí, comandante.

«Estáis dejando morir a un puñado de españoles que se han sacrificado por vosotros. El convoy debe avanzar»

Luis se fijó en la desesperación e intranquilidad del comandante Benítez, algo completamente nuevo, pues en todo momento se había mantenido sereno, incluso en momentos duros de combate tomando decisiones y dando órdenes sin un ápice de nerviosismo o temor. Pero aquella forma de hablar y de moverse hacía pensar al periodista que estaban ante una situación que se escapaba de las manos de Benítez. Una situación que hacía inútil tanto sacrificio.

Bulnes y Casado miraban serios a Benítez que reprochaba a los mandos de Annual la situación en la que sus soldados se encontraban. Benítez contestaba a las señales luminosas que desde el campamento le mandaban. Ante la imposibilidad de cumplir la promesa de devolverles a casa sanos y salvos y sobre todo por las decisiones que no tomaban, Benítez no pudo contenerse.

«Nos abandonáis a los buitres, por vuestro mal hacer»

Luis sabía que aquello era el fin. Abrió su libreta y escribió: «*21 de julio, Igueriben. Ciento dieciséis hombres, no hay rescate, no hay esperanza*».

CRÓNICAS DESDE IGUERIBEN

La verdad

Igueriben, 21 de julio de 1921. Me llamo Luis Codrán y voy a morir en Igueriben. No soy el mismo periodista que hace algo más de un mes, desde Melilla, mandaba mis crónicas al periódico para que en Madrid se leyeran noticias de la Guerra de Marruecos. Ni siquiera soy el mismo de hace cinco días, cuando envié mi última crónica desde Igueriben. La verdad es que ya no sé quién soy. Los acontecimientos de estos últimos días han provocado en mí profundos cambios, sin duda en la guerra el respeto al hombre acaba cediendo ante el odio y la violencia. Tal vez, esta crónica, como las que he escrito estos días no lleguen a leerlas, tal vez incluso si llegan a Madrid sean censuradas, la verdad tiene siempre cerca las manos de la tijera inquisitorial que no quiere que esta flote sobre la miseria. Al llegar aquí era un joven con banderas y reyes que creía en esta guerra... Una guerra que no había visto. Vine aquí como periodista después de evitar venir como soldado por un falso informe médico. No podía ver o no quería ver.

No albergo esperanzas de salir vivo de este lugar olvidado, de este lugar inexistente para los españoles. Cinco días sin recibir ayuda, asediados, bombardeados, tiroteados. Cinco días de continuas esperanzas rotas. Cinco días que muchos querrán borrar de la Historia, de su Historia.

El pueblo español debe conocer lo que sucede con sus hijos en Marruecos, lo que hacen sus generales, lo que permiten sus gobernantes; pero temo que no quiera saberlo, que prefiera vivir feliz en su ignorancia a contemplar la triste y dura realidad. Conocer la verdad puede ser demasiado vergonzoso e incluso incómodo.

Mientras se habla en los cafés del problema de Marruecos, mientras cada uno opina lo que se debería hacer, en Marruecos mueren abandonados los hijos de España. Mientras se habla de honor y heroísmo en España, aquí solo hay corrupción, injusticia y vileza. Si quieren saber la verdad de Marruecos, la verdad de esta guerra, de cualquier guerra, vayan a un hospital militar o vengan aquí. Verán el horror de la carne desgarrada por la metralla, olerán la muerte, oirán el lamento de los heridos, saborearan la sed de sangre y sentirán el miedo cuando toquen el frío cuerpo de quien solo instantes antes respiraba.

Aquí, vengan a esta peña, donde unidos ya para siempre, resistimos en una posición indefendible la llegada de la última

esperanza. O saldremos victoriosos o moriremos todos. Hasta ahora, el comandante Benítez ha logrado mantener la moral y las posibilidades de supervivencia en la tropa. Nos ha mantenido vivos. Pero ya no queda tiempo. Hoy se decidirá nuestro futuro.

Atrás han quedado amigos que serán ya eternamente jóvenes. Ya nunca envejecerán ni sufrirán y sus nombres y caras vendrán siempre conmigo. Todo lo visto irá con nuestras almas mientras vivamos, comprimirá nuestro corazón al recordarlo y hará difícil la propia respiración. Atrás quedaron ideales. Atrás quedó Luis Codrán. Quisiera cambiar las ideas preconcebidas, los razonamientos erróneos de los que lean esta crónica en los cafés o en sus casas que al igual que yo, no veíamos lo que había en una guerra. Una guerra que sigue siendo tan simple como lo ha sido siempre. Como seguirá siéndolo. Hombres matando hombres. Quisiera que aceptaran la realidad de la guerra, su única verdad.

No hay gloria en la guerra. Solo muerte, odio y soledad.

—Mi comandante… Mensaje del general Silvestre —dijo el cabo Valeriano.

Su gesto era solemne. Los que rodeaban a Benítez se miraban entre sí mientras leía el papel doblado que le entregó el cabo. Si Silvestre estaba en Annual no podía significar nada bueno.

—Que parlamente con el enemigo —dijo indignado Benítez arrugando la nota y tirándola al suelo con desprecio. El comandante cerró los ojos, suspiró y se quitó las gafas con un temple que segundos antes no tenía, quizá ya entendiera que era del todo imposible la salvación de los que allí estaban o porque sabe que hay cosas más importantes que salvar la vida. Sacó un pañuelo y frotó sus gafas intentando limpiarlas, cuando se las puso de nuevo se volvió al cabo de telégrafos y con actitud serena ordenó que mandara un mensaje de respuesta.

—Conteste lo siguiente cabo: «*Los oficiales mueren, no se rinden*»

Benítez no miraba al cabo cuando le dictó la respuesta, tenía la mirada fija en Annual, como si estuviera hablando directamente con el general Silvestre. Aquel mensaje hizo suponer a Luis que tal vez con «*oficiales*», Benítez se dirigía a los que estaban en Annual, en el convoy o incluso al mismo Silvestre.

Desde Annual empezaron a mandar señales que Benítez observaba como si pudiera entenderlas, como si aquellas luces fueran voces audibles, como si fuera Silvestre quien le hablara.

—Dicen que ante la imposibilidad de que el convoy avance el general Silvestre le ordena que… Abandone la posición.

Todos quedaron en silencio. Primero rendición y ahora abandono. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba pasando? No podía ser verdad que los dejaran allí. No podían creer que no pudieran llevarles refuerzos.

¿Cómo podía estar sucediendo aquello?

Benítez contemplaba desde la tronera el campamento de Annual. Se sentía traicionado. Le habían ordenado que se rindiera y a pesar de negarse, insistían en el abandono de la posición. Abandonar la posición… Después de tanta sangre derramada, de tanto sufrimiento y dolor.

—Conteste cabo: *«Nunca esperé recibir dicha orden de usted; cumpliéndola y como la tropa no es responsable de los errores cometidos por el mando, dispongo que empiece la retirada, cubriéndola y protegiéndola la oficialidad que integra esta posición, pues conscientes de su deber y en cumplimiento de su juramento, sabremos morir como mueren los oficiales españoles».*

Benítez seguía mirando a Annual mientras susurraba *La muerte no es el final…* Miró al telegrafista que tenía sus ojos puesto en él y dijo en voz alta.

—Daremos una lección de dignidad. ¡Corneta! ¡Corneta!

—Está muerto comandante —respondió Luis.

—Está bien, avisen a los oficiales que se reúnan en mi tienda ahora mismo. No tenemos tiempo que perder.

—Comandante, ¿puedo…? —sugirió Luis con la intención de acompañarlos en aquella última reunión.

Benítez, consciente de que estaban ante el final consideró importante que supiera el plan de retirada para que tuviera más opciones de sobrevivir y asintiendo con la cabeza hizo señas al periodista para que le siguiera.

El comandante aguardaba a sus oficiales en pie, de espaldas a la entrada. Estos, al llegar se fueron alineando tras él en silencio. Luis se apartó quedándose en una segunda fila, cerca de la mesa donde el comandante tenía extendido el mapa de la zona. Todos tenían un aspecto lamentable: barbudos, pálidos, con expresiones heladas, con los ojos vidriosos, mejillas hundidas, como si sus cuerpos hubieran perdido la mitad de su peso. Sin apenas fuerza para hablar aguardaban las órdenes, en silencio, solo roto por las toses. Al poco tiempo Benítez ladeo ligeramente la cabeza.

—Se nos ordena la retirada señores —dijo sin volverse—. Ninguno de los que aquí estamos queremos este final, pero el destino ha querido que así sea. Como oficiales que somos cumpliremos la orden y defenderemos con nuestras vidas las de nuestros soldados.

Benítez se acercó a los oficiales que en línea le escuchaban atentamente.

—No tengo derecho a imponerles más sacrificios tras estos cinco días de sufrimientos, pero…

—Comandante, estamos dispuestos a continuar a su lado hasta el final, sea cual sea el precio —interrumpió De la Paz asintiendo la

oficialidad al completo mostrando su conformidad.

Benítez les lanzó una mirada de orgullo. Orgullo por estar junto a esos hombres en los últimos momentos de su vida.

—Gracias caballeros, lo haré constar en el diario de operaciones que daré al señor Codrán para que lo entregue al mando, igualmente recomendaré encarecidamente que sea concedida la Laureada de San Fernando a cada uno de los defensores de esta posición, pues todos hemos sufrido por igual este confinamiento, todos hemos sangrado y padecido la misma sed y sufrido el mismo miedo. Todos hemos luchado hombro con hombro estos días. Teniente Nougués lamento profundamente que esto acabe así. Usted no debería estar aquí.

—Mi comandante, no me hubiera perdonado haber regresado con el convoy. Este es mi sitio.

Benítez tuvo que reprimir las ganas de abrazar al espigado Nougués. Después de lanzarles una mirada de agradecimiento y afecto les contó el plan de retirada.

—El plan es sencillo, los oficiales llamaremos la atención de los harkeños para dar a la tropa unos segundos vitales que permitan alcanzar el camino. Una vez allí, tendrán la oportunidad de escapar enlazando con las columnas del convoy que se han visto paradas y así llegar con ellos hasta Annual. El orden de retirada será el siguiente: De la Paz, con Bustamante y Nougués, irá en vanguardia con una sección de artilleros y otra sección de Ceriñola mandada por el teniente Ovidio, su misión será la de abrir paso a la columna central. Galán irá por el flanco izquierdo, deberá mantener el flanco y las acometidas de los moros para dar tiempo a la columna de Bulnes abandonar la posición y encarar el camino. Casado, usted cubrirá el flanco derecho con la misma misión que Galán, deben darles todo el tiempo que puedan… Sé que es una misión difícil, pero…

—Mi comandante, es la misión que queremos mandar —interrumpió Galán.

—Estoy de acuerdo —apostilló Casado.

—Gracias caballeros, anotaré en el libro de campo la importancia de su misión y su ofrecimiento voluntario. Bulnes, usted y Osuna mandarán la columna central con los heridos y el resto de la tropa. No se detengan y avancen rápido hasta dar con nuestras avanzadas en el camino de acceso, es su única oportunidad.

El comandante hizo una pausa al mirar el mapa sobre la mesa.

—Yo quedaré en retaguardia con otra sección de artillería que inutilizará los cañones antes de salir, les cubriré lo que pueda.

—Mi comandante… Preferiría ocupar el puesto de retaguardia en la retirada si no le importa —sugirió De la Paz.

—Si quiere ocupar la retaguardia no hay inconveniente, pero no espere que yo ocupe su lugar, seré el último en abandonar Igueriben.

El capitán de artillería asintió satisfecho, hubiera preferido que Benítez saliera en vanguardia para darle más protección y tal vez una oportunidad de llegar a las líneas españolas, pero al menos estaría junto a él.

Los oficiales permanecían alrededor del comandante que les indicaba con gestos sobre el mapa la misión encomendada a cada uno.

—Aún a riesgo de ser traicionados… Mandaremos al cabo de la policía indígena con la misión de enlazar con nuestras tropas, les comunicará que no se retiren, deben esperarnos en el camino, es vital intentar enlazar con ellos. ¿Alguna pregunta?

El grupo de oficiales permaneció en silencio. Todo estaba claro, por primera vez desde que empezó aquel asedio todo estaba claro.

—Bien, a sus puestos entonces, saldré en cuanto firme y entregue mis recomendaciones al señor Codrán. Vayan disponiéndolo todo.

—A la orden —contestaron los oficiales que fueron marchándose de la tienda saludando militarmente a Benítez uno a uno.

Una vez se quedaron solos Luis y Benítez, y cuando este le entregó las diferentes recomendaciones, el periodista le agradeció que confiara en él para aquella misión, aunque no podía prometerle poder llevar a cabo pues las probabilidades de salir con vida de allí eran nulas.

—Ya se lo dije antes amigo Codrán, usted debe sobrevivir, y espero que así lo haga. No se rinda cuando salga de aquí, ignore el cansancio, piense que es usted la única esperanza de esos hombres para que no sean olvidados. Deberá contar lo que aquí pasó.

Luis comprendió que aquel hombre no quería que lo sucedido en Igueriben se olvidara, no por vanidad, sino por justicia, para que el sacrificio de esos hombres fuera recordado y para que los responsables de aquella matanza, de aquellas decisiones que se tomaron obviando los más elementales principios de la táctica, fueran castigados.

—Así lo haré comandante.

—Gracias Luis —replicó Benítez acercándose a él y estrechándole la mano.

Era la primera vez que le llamaba por su nombre, y ese gesto conmovió al periodista haciéndole sentir orgulloso y afortunado de haber conocido aquella noche melillense en la barra del bar del casino, al comandante Benítez.

—Y ahora… Déjeme unos instantes a solas, prepare su equipo y esté dispuesto.

Luis asintió, salió de la tienda y para su sorpresa no estaba triste sino feliz, sabía que no había ninguna posibilidad de llegar vivo a Annual, aunque Benítez lo engañara haciéndole creer que sí animándolo a correr cuando todo se desmoronara, diciéndole que él era el único que tenía una opción al no ser militar. Sabía que iba a morir, pero al menos lo haría luchando, vendiendo cara la piel,

muriendo con dignidad.

65

Los sargentos Dávila y Daza repartieron las pocas municiones que quedaban entre los soldados supervivientes. Todos han recibido las órdenes de sus oficiales para la retirada. Con sus uniformes, perfectamente vestidos para la ocasión, resueltos a jugar su última mano, esperan a su comandante para cumplir con su obligación. Con su honor.

Cuando Benítez salió de su tienda los soldados se encontraban agrupados en el extremo norte y en la entrada. Miró a su alrededor lentamente, recordando como era aquel campamento al llegar, el paseo con el comandante Mingo por el parapeto, las fotografías que Luis les hizo a él y a Mingo antes de que este se marchara, la revuelta por la falta de agua en la cocina, la llegada del último convoy. Miró a su alrededor observando las caras de sus soldados y tras unas inspiraciones como si se llenara de valor se dirigió decidido hacia sus hombres.

—¡Soldados! ¡Nuestros camaradas no vendrán a por nosotros! Nos instan a la rendición; pero no nos rendiremos. No cuando tantos han muerto por nosotros queriendo darnos un día más de esperanza, en la creencia de que nos rescatarían. Ellos no merecen que su sacrificio sea estéril, ellos no merecen ese pago por la sangre derramada. España nos ha abandonado, nos ha olvidado. Hemos luchado y peleado codo con codo, juntos hemos sangrado, hemos sufrido sed y desesperación, como hermanos hemos compartido el dolor y la fatiga y juntos, como hermanos, moriremos o saldremos victoriosos. Esperemos que nuestro sacrificio sirva de ejemplo. Por eso hoy no lucharemos por el rey, hoy no lucharemos por España; hoy lucharemos por nosotros, por ellos, por todos y cada uno de nosotros, vivos o muertos. Hoy, daremos una lección de dignidad a España, al rey y a nuestros mandos. Hoy, sabrán lo que significa el honor, la lealtad y el coraje.

Benítez miraba en dirección al campamento de Annual. Su amor por el ejército y el desprecio a sus mandos se hace patente. Agacha la cabeza, se siente cansado, cansado de esperar, cansado de pelear, cansado de banderas, de mentiras, de falsas promesas, de tanta muerte…

—Hijos míos, vamos a abandonar este corralito que hemos defendido sin víveres, sin agua ni municiones hasta el límite; llorad por vuestros hermanos que quedan aquí, es hora ya de atacar con todo lo que nos quede, roto el fusil emplearemos la bayoneta y rota la bayoneta usaremos nuestras manos; yo estaré con vosotros, hasta el

final.

Un soldado gritó: *¡Gloria a los caídos de Igueriben!* Segundos después otro soldado gritó la misma frase, y después otro, y otro, y todos comenzaron a gritar *«Gloria a los caídos de Igueriben»* como si fuera un grito de guerra que alienta y da valor. Todos y cada uno de los que aún tienen fuerzas para articular palabra repiten esa frase una y otra vez. Unos lloran y otros aprietan los dientes llenos de furia y rencor, tal vez de odio hacia aquellos que los han abandonado; otros, solo gritan de rabia. Pero los hay también serenos, que cargan su fusil mientras colocan en su boca otro peine de proyectiles para ser más rápidos a la hora de recargar. Son veteranos en el oficio y saben que poco valen las lágrimas, rezos y maldiciones. A la hora de la verdad la diferencia entre la vida y la muerte es la serenidad y la suerte.

El llanto deja paso a la resolución, las respiraciones se hacen más cortas y rápidas, estas son acompañadas de pequeños movimientos temblorosos en los labios de los soldados. El hombre ya no es un ser humano, sino un animal que se mueve por sus instintos e impulsos más primitivos, profundos e innatos. Se refleja la furia del animal que se sabe rodeado y sin esperanza de sobrevivir, del animal que sabe que todo está perdido y que lo único que le queda es su dignidad. Lo único que le queda es saber morir mirando de frente a la muerte.

La arenga de Benítez, su última arenga, no ha sido gloriosa, no ha exaltado la fe ciega en la patria, ni en el ejército, sino en la hermandad. Ha sido una arenga nacida de la amargura y la tristeza. Sin embargo, ha llenado de rabia y energía a sus soldados para el último esfuerzo, ha sabido tocar esa última fibra sensible que le queda al soldado, esa única fibra que le queda al hombre, al animal que muere enseñando los colmillos rubricando un final donde a falta de esperanza tendrá dignidad.

Luis ha anotado la arenga de Benítez. Cierra la libreta, la introduce en su bolsa y se la cruza en la espalda. Carga su fusil y se acerca al sargento Dávila para que le entregue un peine de proyectiles.

—Pégate a mi *Plumilla* y no te pasará nada, no mires atrás, sígueme y si me pasa algo sigue corriendo por el camino hacia donde están paradas las columnas del convoy, quizá los moros se contenten con los despojos de la posición y no nos persigan. No mires atrás, pase lo que pase tú sigue adelante, siempre adelante. Es la única posibilidad de salir vivos de aquí, permaneciendo agrupados y sin detenerse.

—Mi comandante la bandera…

El asistente de Benítez apremiaba nervioso al comandante para que le ordenase retirar la bandera que ondeaba en el mástil instalado junto a la tienda de mando. Benítez se quedó mirándola unos instantes, aquel trozo de tela con jirones y agujereado que aleteaba al son del viento. Entonces miró hacia Annual.

—No, hoy no peleamos por ella.

Los hombres heridos saben que no podrán seguir el paso y que morirán, quieren ser los primeros en salir para dar una oportunidad a sus compañeros, no portarán armas para evitar que el enemigo pueda hacerse con ellas, solo sus bayonetas. Los fusiles que no van a ser utilizados por los supervivientes son destrozados allí mismo. Los heridos que no pueden sostenerse y aquellos que no tienen fuerza siquiera para levantarse piden a sus compañeros que les peguen un tiro. No quieren quedar a merced de la harka. No quieren ser degollados y mutilados en vida.

Aquellas escenas que Luis presencia sabe que no podrá olvidarlas mientras viva. Matar a tu compañero, a tu hermano pegándole un tiro en la cabeza. Lo peor son las miradas llenas de agradecimiento por el tiro de gracia. Para esos hombres, que durante tantos días habían estado luchando con todo tipo de privaciones, les quedaba aún un último sacrificio, quizá el más terrible de todos, la de matar al hermano. Cómo poder vivir con esa carga. Con esa última mirada.

Aquellos que por piedad son liberados de todo sufrimiento a manos de sus compañeros, lo hacen en una extraña intimidad, los soldados del parapeto miran al suelo o cierran los ojos hasta oír el disparo.

Federico de la Paz ha pedido a Luis que le facilite una hoja de su libreta para escribir una nota. Su carta de despedida que entregará al periodista. Este, pidiéndole que haga saber al resto de los oficiales y soldados que tienen a disposición una libreta entera para escribir, no sabe que se está haciendo responsable de las últimas voluntades de aquellos hombres.

—Lamento no tener más que tres lápices —dijo mostrando una mueca de resignación.

—Te lo agradezco *Plumilla*, siento que…Has sido valiente.

Federico se marchó llevándose varias hojas más para los hombres de su batería. Al rato, varios oficiales y soldados cogieron más hojas de la libreta de Luis correspondiendo a su ofrecimiento.

—No sé escribir señor periodista... Le importaría escribir una carta por mí.

Aquel soldado dictó a Luis sus últimos deseos, la carta iba dirigida a su madre, pues su padre había muerto siendo él niño.

—Va a quedar muy sola sabe usted... —dijo lamentándose—. Espero que al menos le dejen una pensión, dicen que por estar aquí podrán darnos la medalla de sufrimientos por la patria y esa medalla tienen pensión. Sin mí no sé cómo saldrá adelante…

—No te preocupes, que seguro la seguirás viendo —contestó Luis intentando animar al soldado que lo miraba agradecido.

—Entréguesela usted por favor, voy en la sección que ha de atacar la loma espolón con el teniente Casado, no creo que salgamos vivos

ninguno de nosotros.

Aquel soldado se alejó después de dictarle a Luis unas últimas palabras de despedida para su madre. Era extraño —pensó el periodista—, cómo pese a tener tan cerca el combate y la muerte, aquellos hombres hablaban de preocupaciones habituales en la vida ordinaria, era como si quisieran escapar, aunque fuera unos segundos de aquel lugar.

66

Mi queridísima madre

Perdona que no pueda volver contigo. Pero al menos con la paga que te den podrás valerte por ti sola. No llores por mí, estoy rodeado de amigos y es lo mejor que le puede pasar a un hombre a la hora de su muerte.

Quiero que sepas que estás en mis pensamientos y que rezo mucho por ti.

Tu soldado Pedro.

Igueriben a 21 de julio de 1921

Los soldados estaban dispuestos, esperaban su momento, sabían que en cuanto los moros vieran el humo del fuego de las tiendas asaltarían la posición. Entonces se dispararían las últimas granadas de los cañones con la espoleta a cero y gastarían los últimos peines de la única ametralladora que quedaba. Inmediatamente después, se procedería a inutilizar esas armas tan valiosas para el enemigo y evacuarían la posición siguiendo el plan de Benítez.

—Cabo. ¿Han mandado mensaje desde Annual?

—No mi comandante.

—Está bien —dijo haciendo una pausa como si estuviera ordenando ideas—. Mande este: «*Solo quedan doce cargas de cañón, las dispararemos para rechazar el asalto. Contadlas y tras la última, fuego sobre nosotros. Pues moros y españoles estaremos envueltos en la posición*»

Valeriano no podía creer lo que había escuchado. Tendría que luchar contra los moros y además rezar para que no le cayera nada encima. Aquello era una locura.

—Piden confirmación del mensaje comandante. Creen que hay un error.

—Un error… Efectivamente hay un error… —dijo con decepción—. Vuelva a mandarlo cabo y después destruya la libreta de códigos y asegúrese de que no queda nada que puedan utilizar.

—A la orden.

El *mangin* de Igueriben lanzó por última vez destellos luminosos.

—Teniente Castro ya sabe lo que tiene que hacer.

—¡Sí mi comandante! —contestó el oficial.

—Rodríguez, usted y el sargento procedan a quemar las tiendas.

El teniente Rodríguez con el sargento y dos soldados más se dirigieron a las tiendas quemando camastros, lonas y cualquier objeto que pudiera ser pasto de las llamas, ayudándose de un palo con unos trapos mojados en ginebra y el poco petróleo que quedaba en las lámparas, fueron tienda tras tienda. Castro tenía la orden de destruir toda la documentación que se hallaba en la tienda de Benítez.

Sonó un disparo y el teniente Castro cayó muerto cuando se dirigía a la tienda de Benítez. Apenas pudo dar dos pasos cuando su cuerpo sin vida se desplomó. Fue el primer disparo de muchos, la harka atacaba la posición.

—Parece que el cabo de la policía indígena no ha contactado con nuestras filas —dijo resignado Benítez.

Haciendo una señal alertó a De la Paz para que iniciara el lanzamiento de los proyectiles.

El teniente Galán por su parte, con la única ametralladora, batía la loma espolón sabedor de que ese era el punto más importante para la evacuación. Luis y el sargento Dávila se encargaron de la misión encomendada a Castro.

—¡Preparados todos! —alertó Benítez—. En cuanto se dispare la última carga de cañón comenzaremos la evacuación. Que Dios les bendiga.

En la tienda, el sargento Dávila prendía la lona y Luis con los pocos fósforos que le quedaban, intentaba nerviosamente encenderlos para quemar un baúl con toda la documentación que había sido rociada de ginebra. Todo debía hacerse con celeridad.

En la entrada de la tienda le esperaba Dávila apremiándolo, cuando llegó a su altura, con voz ronca el sargento cogió al periodista por el cuello de la camisa.

—Recuerda *Plumilla*, cuando salgamos de aquí pégate a mi culo ¿entendido?

—Sí sargento —dijo con voz decidida el periodista.

—Pegadito a mí, corriendo como alma que lleva el diablo y no te pares por nada del mundo —Luis asentía al escuchar las instrucciones de Dávila—. Tú eres la única persona que puede hacer que lo que ha pasado aquí se sepa en Madrid. Nosotros somos militares, si sobrevivimos a este día, caeremos mañana, tú puedes volver a casa, cuéntalo —dijo con voz profunda—. Pegado a mí y no mires atrás. No lo olvides.

Luis asintió de nuevo y los dos corrieron hasta el parapeto reuniéndose con sus compañeros.

—Capitán, si no salimos ya agotaremos la munición y no tendremos con que defendernos al salir.

El sargento Dávila apremiaba a Bulnes para que salieran cuanto antes. Se habían repartido cuatro peines de munición para cada soldado y él ya había consumido uno y parte de otro.

—¿A qué esperamos?

—Hay que esperar a que dispare la última granada y una vez destruido el cañón, el comandante dará la orden, aguante en su puesto y guarde munición.

—Maldita sea mi estampa, ¿cuántas van *Plumilla*? —preguntó el sargento.

—Creo que nueve con esta, sargento.

—¿Nueve? La madre que me parió, dame uno de tus peines, más vale que los gaste yo y tú te quedes ahí agachado.

Luis entregó un peine de munición al sargento, que lo introdujo en su fusil y comenzó a disparar desde la tronera donde se hallaba junto a su sección. El periodista se puso a cubierto y vio como Galán destrozaba la ametralladora con el cañón de esta, al terminar el último peine de proyectiles, miró entonces el campamento que empezaba a ser devorado por las llamas y fijó su mirada en la tienda de Benítez. El fuego danzaba arrojando al cielo un humo negro, pero allí se quemaba algo más que mapas, órdenes, diarios de guerra o camastros. Allí se quemaba el cuerpo sin vida de Manuel. Luis veía en aquel humo ascendente el alma de su amigo que dejaba ya para siempre esta tierra de odio y muerte. El sargento accedió a introducir el cadáver en la tienda cuando Luis se lo pidió como favor. Antes de que el fuego hiciera imposible entrar en la tienda, él y Luis introdujeron los restos de su amigo junto con el de la perra *Niebla*. Luis no permitiría que su cuerpo fuera mutilado y devorado por las bestias. Su amigo tendría un funeral vikingo, como todo buen guerrero.

Los soldados disparaban desde las troneras haciéndose la misma pregunta que el sargento. Los nervios empezaban a ser más difíciles de controlar y gritaban pidiendo salir de allí.

Once...

—Cabo, ¿ha destruido la libreta de códigos?

—Sí mi comandante.

Doce… La última granada es disparada, los chasquidos de los cañones dejan de escucharse y Federico de la Paz auxiliado por Bustamante destrozan el cañón, nada queda que pueda servir a los moros.

—¡Alto el fuego! —ordena Benítez.

—¡Preparados! —grita Dávila.

Federico de la Paz abraza a Bustamante, saben que no conseguirán salir de allí, sonrientes se miran uno al otro pues tienen el consuelo de que morirán juntos, miran a Benítez esperando la orden de salir.

—Todos a sus puestos —ordena Benítez que estrecha la mano de

Bulnes.

—Ha sido un privilegio comandante.

Benítez asiente al estrechar su mano mirándolo fijamente.

—*Plumilla*…

—Ya lo sé sargento, pegado a su culo —promete Luis que dirige una sonrisa a Dávila correspondida con una frase de ánimo.

—Saldrás de esta, ya verás —dijo el sargento.

Osuna y Nougués miran a Benítez expectantes a su señal, están allí por propia voluntad, pudieron irse con el convoy regresando a Annual, pero decidieron quedarse allí.

—Creo que quedarme aquí no fue un error como pensé al principio, teniente —dijo Osuna.

—Yo tampoco alférez, me alegro de que estemos juntos en esto.

Luis mira la hora en el reloj de bolsillo que su padre le regaló en la estación de tren antes de dejar Madrid hace ahora, le parece a él, miles de años. Las agujas marcan las 14:32 horas de la tarde del 21 de julio. Piensa en su madre, en su padre, en el disgusto que se llevarán cuando sepan que ha muerto. Piensa en Arturo y Federico, mira su bolsa de lona preguntándose si es posible que llegue a sus manos lo que ha escrito, aunque sabe que es imposible. Sonríe de manera apacible al recordar a Esteban corriendo por el muelle del puerto de Melilla el día que llegó medio mareado y hecho un auténtico borrego.

No quiere cerrar el reloj, se resiste. Es como si mientras estuviera mirando la hora, nada pudiera suceder. Pero si hay algo que no se puede parar, es el tiempo. El estruendo de una granada al impactar cerca del parapeto lo saca bruscamente de sus pensamientos. Cierra el reloj y lo guarda en su bolsillo, cogiendo fuertemente el máuser. El tiempo se ha acabado.

67

Annual cumple con la orden y el fuego cae sobre Igueriben. En ese instante, el primer proyectil hace impacto en la alambrada. Los moros, al ver que desde el campamento no se disparaba, pensaron que estaban sin municiones e iniciaron un tímido avance saliendo de sus escondites y trincheras. El impacto levantó una polvareda y el silencio se hizo en el campamento. A los pocos segundos comienzan a caer más proyectiles causando numerosas bajas en las filas moras, uno de los rifeños que permanecía de pie grita y hace gestos animando a sus compañeros a la invasión del campamento y estos salen sedientos de sangre en una algarabía de gritos y disparos sabedores de que todo llega ya a su fin, de que la presa está moribunda y solo queda el tiro de gracia. Benítez se pone un silbato en la boca, sopla fuerte surgiendo

el peculiar sonido metálico.

—¡Adelante! ¡Por nuestros hermanos! ¡Por Igueriben!

Al unísono las bocas de los defensores de Igueriben gritan saltando sobre el parapeto mientras llueve fuego sobre la posición. No habrá cuartel. Los moros avanzaban al asalto, pero frente a ellos, de entre las nubes de humo negro, polvo y explosiones surge un centenar de hombres cadavéricos, de ojos enrojecidos hundidos en cuencas oculares, con caras sucias, barbudas y labios secos cuyas bocas lanzan gritos de odio, de rencor, de venganza. Caerán con sus fusiles disparando, con los sables en alto y morirán con dignidad, peleando. Y vengarán a sus hermanos. Y nadie los llamará cobardes.

Casado se dirige con su sección abriendo fuego sobre la loma que hay frente al campamento, cubriendo el flanco derecho a las tropas en retirada, saben que van a una muerte cierta, pero avanzan con la bayoneta calada disparando y recargando sin parar. Mantendrán la posición hasta la muerte.

El teniente Galán, en el flanco izquierdo se despliega en guerrillas haciendo fuego por secciones, intentando que sea más continúo y dar una oportunidad a sus hombres y a los que por el camino se retiran, pero es inútil. Los moros se echan encima, son demasiados para contenerlos y se llega a la lucha cuerpo a cuerpo. Benítez, aún desde el parapeto, ve cómo las explosiones de la artillería se llevan por delante a moros y españoles, los cuerpos saltan en el aire y caen para siempre. Un suelo que será regado de sangre rifeña y española, sangre roja y caliente, a fin de cuentas.

Enfilando el camino, la sección de Ceriñola que va en vanguardia con el teniente Ovidio es tiroteada por los fusiles rifeños que atrincherados esperaban como lobos la aparición de su presa, cumple con su misión de proteger a la columna central. Nougués y Bustamante forman parte de esta sección por detrás de Ovidio. Ven como su valeroso amigo junto con sus soldados van cayendo uno a uno.

Después, formando parte del grupo más numeroso llega el turno de Luis, que junto con Dávila salen en la sección de Bulnes. A su lado va el alférez Rafael Villanova que corre con evidentes signos de agotamiento, sortean como pueden cadáveres de mulos, moros y los cráteres de las bombas caídas, tropiezan cayendo al suelo, pero se levantan y continúan avanzando.

Finalmente, De la Paz con una sección de artillería y Benítez cubrirán la retirada abriendo fuego a discreción.

Casado mantiene la cobertura en la loma espolón, pero su sección ha sido aniquilada casi por completo, los soldados mueren acribillados o degollados al ser atacados por la harka. El enemigo cae sobre los españoles que nada pueden hacer, apenas tienen tiempo para recargar

su fusil y tienen que luchar a la bayoneta contra un enjambre de moros que buscan sangre y el preciado botín del fusil.

Osuna queda muerto cerca de las alambradas, ha recibido varios tiros y está bañado en sangre. Luis al pasar junto a su cadáver no puede reprimir su espanto. Se queda inmóvil, la visión de su cabeza abierta por un balazo lo tiene paralizado. Los hombres caen a su alrededor luchando hasta el final, matan a los rifeños a bocajarro pues estos se abalanzan a un cuerpo a cuerpo desesperado, los españoles mueren vendiendo caras sus vidas.

La mano poderosa del sargento Dávila saca a Luis del estado de shock en el que se encuentra y su cerebro vuelve a reaccionar.

—¡Corre desgraciado! —grita Dávila que sujeta al periodista por la chaqueta arrastrándolo colina abajo.

—¡Está muerto sargento, Osuna está muerto!

—Y nosotros como no corramos, no mires atrás ni te pares. ¡Corre!

Pero Luis no podía dejar de mirar hacia atrás, incluso el sargento Dávila lo hacía, cada grito desgarrador era la llamada de auxilio de un compañero, de un hermano que caía acuchillado por el enemigo, las manos de los soldados crispadas por la muerte se aferraban al fusil que los rifeños arrebataban con furia como quien se aferra a la vida.

Los dos miraron atrás antes de bajar por el camino, fue la última vez que vieron Igueriben y a Benítez.

Comenzaba la carrera frenética por la vida. Veía el horror en las caras de los soldados que luchaban, pedían ayuda o morían. Oía gritos, disparos, peticiones de auxilio que imploraban que no los abandonasen, alaridos, balas que siseaban a su alrededor… Pero había que correr, correr y no mirar atrás, esa era la orden. Decidió no oír nada, encerrarse en sí mismo, luchar por vivir, no escuchar nada salvo su agitada respiración, debía concentrarse en una sola cosa. Correr. Correr. Correr. Estaba solo, sus amigos habían caído, Manuel, *Pichón* y *Belmonte* estaban muertos, solo quedaba él. A cada paso que daba esperaba sentir el calor del proyectil penetrando en su cuerpo y caer de bruces como tantos otros. Pero metro a metro esquivaba a la muerte. Creía desmayarse en cada zancada, no sabía por qué motivo o capricho del azar seguía corriendo mientras que a otros les rajaban el cuello.

Galán sigue aguantando el envite de los rifeños, quedan pocos hombres con él, al realizar descargas por secciones han durado un poco más, pero el enemigo es muy numeroso y se les echa encima, no hay opción y luchan a la bayoneta, a culatazos, golpean una y otra vez a los moros, pero finalmente son reducidos, es imposible ante tantos oponentes. Los soldados caen al suelo donde son acuchillados. El flanco izquierdo ha caído. Galán es literalmente cubierto de moros que quieren hacerse con su fusil, sus botas, su ropa… su cuerpo yace

semidesnudo en aquella tierra árida y perversa.

En la carrera por la salvación Dávila es herido en una pierna y cae al suelo dando un grito y maldiciendo al Dios que lo creó. Luis lo ayuda a ponerse en pie y Villanova los protege haciendo fuego de cobertura.

—¡Vamos, joder! ¡Se nos echan encima!

Villanova dispara a un moro casi a tres metros de distancia, no tiene tiempo de recargar, clava la bayoneta en otro, Dávila y Luis avanzan. Otro soldado se une a Villanova, pero cae muerto por el disparo de un rifeño, Villanova coge su fusil y empieza a disparar maldiciendo y profiriendo imprecaciones, cubre como puede la retirada de sus amigos, pero la muerte le alcanza. Por la espalda, sin que pueda percatarse, es acuchillado y cae de rodillas con los ojos abiertos exhalando su último aliento. Varios rifeños acuden hundiendo sus gumías en su cuerpo. Y allí queda para siempre, sentado sobre sus piernas, a modo de un tótem advirtiendo que aquel lugar está maldito.

—¡No! —grita Luis que ha visto cómo ha muerto mientras los protegía—. ¡Asesinos! ¡Asesinos!

Un soldado pasa cerca de este y apiadado le ayuda cargando con el sargento. Otro disparo suena y Dávila es alcanzado de nuevo. Caen los tres.

—¡Marchaos, dejadme aquí idiotas! —grita Dávila enfadado.

—Lo siento sargento —se disculpa el periodista que lo mira con agradecimiento—. Cógelo y sal corriendo —ordena con furia al soldado mientras coge el fusil del sargento del suelo y da unos pasos para cubrirles.

—¡No, no, idiota que haces!

—¡Corred, vamos!

—¡No *Plumilla*!

Luis sale corriendo en dirección contraria alejándose de sus amigos, comienza a disparar matando a los moros que los perseguían, se cruza con otros soldados que pasan de largo corriendo por el camino intentando alcanzar al convoy. Es entonces cuando Luis ve a Bulnes que con el sable en mano se defiende de varios rifeños que lo rodean cubriendo el flanco de su sección.

Casado ha pasado a la carga, ya no se defiende de la acometida del enemigo, se lanza al ataque con lo que queda de su sección contra las trincheras y barricadas de ellos. Puestos a elegir prefiere morir atacando. Ha vaciado su cargador y cuando se dispone a recargar su fusil un proyectil impacta en su pierna, da varios pasos y cae, un soldado lo sujeta por el brazo intentando levantarlo, el teniente está de rodillas, disparando con la pistola, pero una lluvia de proyectiles cae sobre los dos valientes y una de esas balas hiere a Casado en la cabeza haciéndolo caer de espaldas junto al otro soldado.

Benítez se encuentra sereno. Sabe que ha llegado su momento. Desde el parapeto ha visto como las secciones que han abandonado su corralito caen acribilladas por los fusiles de la harka o acuchillados, ve como los cuerpos de sus hermanos son despojados y sus armas arrancadas de las manos inertes.

Benítez saldrá el último de allí, gritará para llamar la atención de los moros, con la pistola en una mano y el sable en la otra se lanzará contra el enemigo. El grupo que capitanea De la Paz sale y el último hombre ha traspasado el muro. ¡Ahora!, mira hacia atrás, a su tienda, al mástil con la bandera de España. Su mirada es una mirada de indignación. Tomad ejemplo de cómo se muere, dice entre sí al saltar el murete de sacos terreros. Se distancia del grupo de Federico y se dirige donde ha visto caer a Galán. Los moros quieren hacerse con su fusil, como lobos hambrientos que quieren arrebatar el primer bocado de una presa caída se lanzan sobre los españoles. Pero es cuando está herido de muerte cuando el jabalí es más peligroso y muere matando.

Uno, dos, tres... Dispara con su pistola avanzando corriendo, los moros caen a su alrededor con las gumías en sus manos.

—¡Es el comandante, cúbranle! —grita desesperado Bulnes que ve como le rodean los moros.Sabe que su orden es imposible de cumplir y quiere marchar a su lado, pero tiene su propia misión, debe proteger a los soldados que van con él, el grito de un moro que se abalanza con una gumía lo saca de sus pensamientos y dispara con su pistola matándolo. Avanza mirando a los pocos soldados que le siguen, los alienta y espolea para que corran y no se paren. Uno de sus hombres se ve sorprendido por un moro. Degollado, el soldado cae sin vida formándose un charco con su sangre derramada. Bulnes lo ha visto y se lanza sobre este, no le importa morir allí, quiere vengar la muerte de aquel compañero de armas.

El moro saborea su premio, ríe con el fusil en sus manos manchadas de sangre. Mueve el cerrojo alojando un proyectil en la cámara para ser disparado. No se percata que Bulnes corre hacia él. Acomoda el fusil en su pecho y lo levanta lentamente satisfecho de su triunfo. Bulnes está a solo unos metros. A través del punto de mira fija su próximo objetivo, un soldado que lucha desesperado contra dos moros que con sus gumías quieren hacerse con su arma.

Sus ojos parecen querer salirse de sus órbitas. El capitán ha llegado a tiempo ensartándolo con su sable y atravesándole el pecho. Quédatelo. Todo para ti. Piensa Bulnes que rápidamente coge el fusil y abate a los dos moros que acosaban al soldado español dándole la oportunidad de seguir con vida.

Benítez ha vaciado el cargador de su pistola, la tira lejos lleno de rabia. Solo le queda el sable, morirá con él en la mano, sigue avanzando, pasa por el cerco de alambradas donde yacen los cuerpos

putrefactos de los moros. Asesta un golpe a un rifeño que le acomete y cuando se dispone a encarar a otro una granada explosiona cerca derribando a los dos. Benítez está herido en la cabeza por los cascotes que son lanzados en la explosión. Está en el suelo, la visión es borrosa, los oídos pitan, solo siente su jadeo, apenas oye, tiene el rostro ensangrentado. «Levántate, levántate», se dice mientras apoya su sable en el suelo ayudándose con este. Se yergue, avanza unos pasos, la nube de polvo levantada por la explosión desaparece. Se escucha un disparo. Un dolor agudo paraliza los músculos del comandante, dobla las rodillas, cae. Benítez ha muerto.

68

Bulnes lo ve, quiere auxiliarlo, pero está rodeado de moros. De pie, con el rostro imperturbable mirándolos fijamente mueve el cerrojo del máuser. ¿Quién es el primero? Como una jauría de fieras se abalanzan sobre él. Dispara, cae uno, con el fusil golpea a otro enemigo que se le echa encima, pero lo acuchillan por la espalda, aún puede revolverse y golpear a su atacante al tiempo que otra gumía lo hiere en el costado, como un enjambre de abejas furiosas caen sobre él clavando sus aguijones una y otra vez sobre su cuerpo. Bulnes cae arrodillado no presenta un rostro dolorido, casi parece que sonríe. Los moros lo miran extrañados mientras este inclina la cabeza expirando. Locura piensan mientras profanan su cuerpo inerte y le dan la espalda en busca de otra víctima. De otro loco.

De la Paz sigue disparando cumpliendo con la última orden recibida. Arrodillado dispara una y otra vez con el máuser.

—¡Capitán se nos echan encima! —grita desesperado un soldado de Ceriñola que se encuentra junto a Federico—. Deberíamos pegarnos un tiro.

—Eso nunca soldado, moriremos matando —dijo poniéndose en pie—. ¡A por ellos!

Federico se ha quedado sin munición y carga con la bayoneta. El soldado le sigue gritando completamente fuera de sí. Van hacia la muerte. Federico cae tras una descarga cerrada del enemigo. El soldado le sigue ensartando con la bayoneta a un moro que se dirigía a coger el fusil del capitán de artillería. Pero es lo último que hace, un disparo impacta en su cuerpo haciéndolo caer rodando ladera abajo.

Los rifeños invaden la posición con gran algarabía y griterío, se hacen con el armamento, la munición, el calzado, la ropa es arrancada sin piedad de los cuerpos inertes de los hombres que ocupan la superficie del campamento. Se pelean por sus trofeos. Los cuerpos son saqueados, dinero, anillos, medallas, todo pasa a sus manos. Quedan

desnudos al sol, mostrando sus heridas, su carne rajada o agujereada. La rapiña se apodera de Igueriben.

Luis ha sido testigo de la lucha del comandante y ve como saquean el cuerpo de Bulnes, furioso dispara con su fusil a uno de los moros que lo rodean, quiere evitar que su cuerpo sea ultrajado, pero se encasquilla su arma, intenta desatascarla, nerviosamente mueve el cerrojo en un vano intento de liberarlo y continuar disparando. De pronto un moro se abalanza sobre él, de la impresión retrocede y cae al tropezar con los pies de un soldado caído, el fusil está en el suelo y el periodista aturdido, queda a merced del rifeño que busca con ansiedad su premio. Solo puede arrastrarse alejándose de su asesino retrasando la muerte. Los nervios bloquean su mente, debe recuperar el arma, mira a su oponente que avanza paso a paso saboreando la captura, seguro de su victoria, en su corazón solo siente deseos de vivir, vivir a toda costa. De pronto suena un disparo y el pecho del rifeño es atravesado por un proyectil, su cuerpo sin vida cae sobre Luis, la sangre de este empieza a empapar las ropas del periodista que intenta desesperadamente librarse de tan pesada carga.

—Vamos *Plumilla* o saldrás en las necrológicas.

—¡Cabo! —grita sorprendido gratamente al ver a Prada que acompañado de dos soldados lo levantan y salen corriendo.

—¡Corre, maldita sea!

—¡El comandante!...

—Atrás no queda nadie en pie, han muerto todos y a nosotros nos van a cortar el cuello si no salimos de aquí —dice entre jadeos sin dejar de correr.

Luis es arrastrado por Prada que lo agarra por la manga de la chaqueta mientras que dos soldados, corriendo a duras penas los flanquean con los fusiles sostenidos en sus manos crispadas, dispuestos a disparar a cualquier ser vivo que se les acercara, amigo o enemigo.

—¡Dios mío mi bolsa! —grita el periodista que se ha dado cuenta de que al caer, la correa de su bolsa de lona se ha soltado y ha quedado atrás —. ¡He de cogerla! —insiste Luis que intenta soltarse del cabo y volver atrás.

—¡Cabo vienen más por la derecha! —avisa un soldado—. ¡Se nos echan encima!

El soldado ha introducido un peine de proyectiles en su fusil y dispara, mueve el cerrojo, apunta y dispara de nuevo a otro rifeño, pero el enemigo está ya sobre él.

—¡Hijos de puta!

—Vamos idiota, olvida la bolsa o harás que nos maten a todos.

Luis y el cabo oyen un grito desgarrador a la espalda. Saben que el soldado ha caído y que ahora los moros tienen un fusil cargado que está apuntándoles a pocos metros de distancia. El chasquido de un

proyectil que impacta en una roca cercana hace que los tres fugados se agachen en un movimiento rápido. El otro soldado se vuelve rápido para responder al tiro, pero dispara casi sin apuntar. Los pies ensangrentados van dejando un rastro de sangre, pero no hay tiempo para sentir dolor, el miedo espolea, da nervio y velocidad.

El grupo de Dávila aparece por fin, pero está siendo atacado por un grupo de moros, hay que ayudarles. A lo lejos se escucha el tiroteo de las fuerzas del convoy que han intentado en vano el rescate y se retiran a Annual acosados por los rifeños. Están cerca, queda poco para enlazar con ellos. Dávila está en el suelo apoyado en una piedra intenta respirar. Cerca de él un soldado dispara para cubrir a sus camaradas que luchan cuerpo a cuerpo. Varios soldados pelean con el fusil moviéndolo de un lado para otro, gastando las últimas gotas de energía que les queda, gritando desesperados viendo que la muerte se acerca. Uno de ellos rodeado de enemigos intenta golpear torpemente con el fusil a un moro, pero este, esquivando el golpe del agotado español lo acuchilla. No emite gemido ni grito de dolor alguno sino un apagado lamento. Otro moro aprovecha el momento y recoge del suelo el fusil. Pero no disfrutará mucho de su premio. Sin que pueda verlo, el cabo Prada le golpea con la culata del fusil en la cara derribándolo. El soldado que acompaña al sargento dispara sobre el rifeño que estaba agachado saqueando el cuerpo del español abatido. Prada, en un rápido movimiento arrebata el fusil a su enemigo y abre fuego contra otros dos moros que acorralaban a un tercer soldado y corre a socorrerlo.

—¡Cabo, cabo! —grita Luis apremiando al cabo, pero este no puede dejar a más soldados atrás y pelea junto a un grupo de valientes contra los moros que en pequeños grupos buscan a los supervivientes para acabar con ellos.

—¡Corre *Plumilla*! Coge al sargento.

—¡Vamos mi sargento! —apremia Luis a Dávila que pasa el brazo del sargento por su espalda intentando levantarlo.

—Dejadme aquí idiotas, corred vosotros yo os cubriré.

—No pienso dejarle aquí.

Un soldado ayuda a Luis y cargan con Dávila, otros tres soldados corren a su lado siguiendo el camino que aparece salpicado de cuerpos desnudos e hinchados de los soldados que días antes intentaron llegar a Igueriben.

El peligro no ha cesado, aunque la mayoría de los rifeños se encuentran en el campamento español gritando y celebrando su victoria, saqueando los cuerpos de los soldados, otros siguen dispuestos a lo largo de la Loma de los Árboles y tienen a tiro a los fugados. Suena un disparo y uno de ellos cae, nadie para esta vez, intenta levantarse, pero varios disparos impactan en su cuerpo. Se

levantan pequeñas columnas de polvo de los proyectiles que con un sonoro chasquido impactan en el suelo alrededor del soldado muerto.

—¡Corred maldita sea, corred!

—No pue...do ...más, no pue…do ...más...

—¡Vamos Ruíz! no te rindas, ya estamos cerca del campamento —anima Dávila.

Con los brazos caídos, la cara desencajada, jadeando como un perro, corriendo sin ningún tipo de coordinación, Ruíz apenas puede sostenerse. Luis tampoco puede más, el sargento Dávila es corpulento y a pesar de la ayuda del soldado, no tiene fuerzas para continuar. Da un traspiés y cae arrastrando a sus compañeros.

El cansancio les impide seguir adelante, el agotamiento físico es total, los otros dos soldados se tiran al suelo al instante, resoplan intentando llenar de aire sus pulmones sin importarles que en ese momento les sorprenda la muerte, ellos ya se sienten muertos.

—Estamos... cerca... conozco… el lugar...

El sargento Dávila reconoció la zona, sabía que estaban cerca del campamento, los sonidos secos de las descargas de fusiles se escuchaban más nítidamente y varios cadáveres en la zona, que no presentaban signos de descomposición le hace pensar que esos soldados han muerto ese mismo día. Estaban cerca, tal vez...

Luis se encontraba tumbado boca arriba, respiraba intentando calmar su corazón que notaba salir del pecho. La vista se le nublaba apenas veía y solamente podía enfocar objetos que viera frente a él. Se sentía mareado, las voces, gritos y disparos empezaron a apagarse, como transportado, lejos de aquel lugar, recordó su charla con el comandante Benítez en su tienda: *«Debes contar lo que aquí ha pasado Plumilla, que no caigamos en el olvido. No moriremos si se recuerda nuestro sacrificio. Debes llegar vivo a Melilla. Vive y escríbelo».*

Las palabras de Benítez resuenan en su mente una y otra vez, poseído por una rabia y una energía impropia de un cadáver andante, el periodista poco a poco vuelve a la realidad. Se levanta con una expresión de furia en su mirada. Lucha por vivir. Por cumplir la promesa hecha a Benítez.

—Vamos, arriba todos —gritó Luis—. ¡Arriba! —cogiendo del brazo al sargento lo levantó haciendo un esfuerzo por no caer.

—Debemos sobrevivir por nuestros hermanos —dijo Luis mirando a Dávila—. Por Benítez.

—Por nuestros hermanos —repitió este entre balbuceos, mientras se incorporaba ayudado por Luis.

Los demás comenzaron a moverse contagiados por el ánimo de Luis y Dávila, los soldados se levantaban con gestos de dolor, estaban exhaustos, pero sabían que permanecer allí un solo instante más podía llevarlos a una muerte segura. Penosamente iniciaron de nuevo su

marcha. Tambaleándose, encorvados, arrastrando los pies, pero avanzando, adelante, siempre adelante, continuaron su marcha.

Tras varios minutos de angustiosa carrera por aquel estrecho camino pedregoso pudieron al fin ver el campamento, aquello les dio nuevas energías y ánimos, pues sabían que habría patrullas cerca que podrían ayudarles.

—Ya estamos cerca sargento, ya estamos cerca.

—Lo conseguiremos *Plumilla* —dijo fatigado.

Siguen avanzando afanosamente, aceleran el paso alentados por la visión de las cónicas tiendas blancas de Annual, parecen ciegos, tropiezan y caen, pero se levantan, solo tienen un pensamiento en sus cabezas. Avanzar.

—¡Aquí!¡ ¡Aquí! ¡Socorro!

Uno de los soldados grita hasta romperse la voz y corre haciendo señales con las manos, pero tropieza y cae al suelo. Delante, no muy lejos, hay unos enfermeros que atienden a un herido, las patrullas españolas de descubierta que ayudan en la retirada del convoy disparan a los rifeños apostados cerca del campamento de Annual. El convoy se había retirado y el enemigo había llegado casi a las mismas puertas de este hostigando a los soldados españoles, pero varios enfermeros protegidos por algunas avanzadillas quedaron fuera para auxiliar a los heridos que llegaban de las columnas.

Los enfermeros se han dado cuenta y alertan a otros para que les ayuden, gracias a ellos, Dávila y los pocos soldados que llegan completamente agotados son atendidos mientras varios regulares se quedan para protegerlos del tiroteo enemigo y cubrir a otros supervivientes que llegan. El periodista es socorrido por los enfermeros que lo colocan sobre una camilla para llevarlo hasta Annual.

«Caigo al suelo. Las piernas no responden, ya no pueden sostenerme. Me ahogo. Me levantan, apenas siento nada, solo quiero respirar, tragar bocanadas de aire que llenen mis pulmones. Los ojos me arden. Murmuro palabras sin sentido. Un enfermero vierte sobre mi cabeza agua, al sentirla dentro de mi boca reacciono. Quiero beber, pero me atraganto, alejan de mí la cantimplora. La busco con desesperación. Lucho contra unas manos que la apartan. Lo intento, pero me sujetan. No tengo fuerzas. Lloro. Gimo. Me abandono. Solo oigo mi respiración agitada. Los brazos cuelgan de mi cuerpo postrado en una camilla. La cabeza me estalla en cada latido. En mi mente se agolpan las sensaciones vividas, la amistad, el miedo, el odio, la piedad, arrepentimiento, admiración, dolor. Vuelvo a revivirlo todo, mi llegada a Igueriben, las noches junto a los soldados, las caras sudorosas, sucias, el olor pútrido, la tierra que cae sobre mí por las explosiones, el golpe en mi hombro al disparar con el máuser, la

muerte; mi cuerpo arde. Todo se vuelve negro. Quiero olvidar. Descansar. Dormir.»